

Abril encantado

Elizabeth von Arnim

I

Comenzó en un club de mujeres en Londres una tarde de febrero —un club desagradable y una tarde triste—, cuando Mrs. Wilkins, que había bajado desde Hampstead de compras y había almorzado en su club, cogió *The Times* de la mesa situada en el salón de fumar, y al recorrer con mirada indiferente la columna de los Anuncios Personales, vio lo siguiente:

Para aquellos que aprecian las Glicinias y el Sol. Se Alquila Pequeño Castillo Medieval Italiano Amueblado durante el mes de Abril. Permanecen los sirvientes necesarios. Z, Apartado 100, *The Times*.

Así había sido concebido; pero, al igual que en muchos otros casos, el responsable de la concepción no era consciente de ello en aquel momento.

Tan inconsciente era Mrs. Wilkins de que su abril, en lo que se refería a ese año, se acababa de decidir para ella en aquel preciso instante que dejó caer el periódico con un gesto a la vez irritado y resignado, y fue hasta la ventana y se quedó mirando con abatimiento la calle empapada.

No eran para ella los castillos medievales, ni siquiera los especialmente descritos como pequeños. No eran para ella las orillas del Mediterráneo en abril, y la glicinia y el sol. Placeres semejantes sólo le correspondían a los ricos. Y, sin embargo, el anuncio había sido dirigido a las personas que aprecian estas cosas, por lo que, de cualquier manera, también había sido dirigido a ella, ya que ella desde luego las apreciaba; más de lo que nadie sabía; más de lo que ella había nunca manifestado. Pero era pobre. Lo único verdaderamente suyo que poseía en todo el mundo eran noventa libras, ahorradas año tras año, apartadas cuidadosamente, libra a libra, de su presupuesto para ropa. Había reunido trabajosamente esta suma por sugerencia de su marido, como protección y cobijo para los tiempos difíciles. El presupuesto que su padre le asignaba para ropa era de 100 libras al año, por lo que los vestidos de Mrs. Wilkins eran lo que su marido, exhortándola a ahorrar, llamaba modestos y apropiados, y sus amistades entre ellas, cuando llegaban a hablar de ella, lo que sucedía raramente porque era muy insignificante, llamaban una auténtica facha.

Mr. Wilkins, un abogado, alentaba el ahorro, excepto la rama de este que se infiltraba en su comida. A eso no lo llamaba ahorro, lo llamaba mala administración de la casa. Pero para el ahorro que, como la polilla, penetraba entre la ropa de Mrs. Wilkins y la

estropeaba, tenía muchas palabras de alabanza. «Nunca se sabe —decía— cuándo llegarán los malos tiempos, y puede que te alegre mucho descubrir que tienes unos ahorros. De hecho puede que nos alegre a los dos».

Mrs. Wilkins, que había permanecido un buen rato muy abatida mirando por la ventana del club a Shaftesbury Avenue —el suyo era un club económico, pero cómodo en relación con Hampstead, donde vivía, y Shoolbred's, donde hacía sus compras—, con la mente puesta en el Mediterráneo en abril, y la glicinia, y las envidiables oportunidades de los ricos, mientras sus ojos físicos contemplaban la lluvia real y extremadamente fuliginosa y horrible que caía sin cesar sobre los paraguas que se apresuraban y los autobuses que salpicaban, se preguntó de repente si no sería este el mal tiempo para el que Mellersh —Mellersh era Mr. Wilkins— la había animado tantas veces a prepararse, y si salir de un clima así y entrar en el pequeño castillo medieval no sería quizá lo que la Providencia había desde un principio pretendido que hiciera con sus ahorros. Con parte de sus ahorros, desde luego; quizá una parte muy pequeña. Era posible que el castillo, al ser medieval, estuviera también derruido, y sin duda las ruinas serían baratas. No le importaría lo más mínimo que hubiera unas cuantas, porque las ruinas que ya estaban ahí no se pagaban; al contrario, al rebajar el precio que había que pagar, en realidad le estaban pagando a uno. Pero qué absurdo pensar en ello...

Se volvió de la ventana con el mismo gesto, mezcla de irritación y resignación, con que había dejado *The Times* y cruzó la habitación en dirección a la puerta con la intención de coger su impermeable y su paraguas y pelearse para entrar en uno de los autobuses abarrotados y pasar por Shoolbred's de camino para casa y comprar unos lenguados para la cena de Mellersh —Mellersh era muy exigente con el pescado y, aparte del salmón, sólo le gustaban los lenguados— cuando advirtió a Mrs. Arbuthnot, una mujer a la que, por haberla visto, sabía que también vivía en Hampstead y pertenecía al club, sentada a la mesa del centro de la habitación en la que se guardaban los periódicos y revistas, absorta, a su vez, en la primera página de *The Times*.

Mrs. Wilkins no había hablado nunca hasta ese momento con Mrs. Arbuthnot, que pertenecía a uno de los diversos círculos religiosos y analizaba, clasificaba, dividía y registraba a las pobres; en tanto que ella y Mellersh, las escasas ocasiones en que salían, iban a las fiestas de los pintores impresionistas que abundaban en Hampstead. Mellersh tenía una hermana que se había casado con uno de ellos y vivía arriba en el Heath, y debido a esta alianza Mrs. Wilkins se había visto arrastrada a un círculo que le resultaba profundamente antinatural, y había aprendido a temer a los cuadros. Tenía que hacer comentarios sobre ellos, y no sabía qué decir. Solía murmurar «Maravilloso», con la sensación de que no era suficiente. Pero a nadie le importaba. Nadie escuchaba. Nadie le prestaba ninguna atención a Mrs. Wilkins. Era el tipo de persona que pasa inadvertida en las fiestas. Su ropa, infestada de ahorro, la volvía prácticamente invisible; su rostro no resultaba llamativo; su conversación era remisa; ella era tímida. Y si tanto la ropa como el rostro y la conversación de una son insignificantes, pensaba Mrs. Wilkins, que era consciente de sus desventajas, ¿qué queda de una en las fiestas?

Además, siempre estaba con Wilkins, ese hombre bien afeitado y de aspecto elegante que otorgaba a una fiesta, simplemente por el hecho de asistir, un aire noble. Wilkins era muy respetable. Se sabía que sus superiores le tenían en muy alta estima. El círculo de su hermana le admiraba. Pronunciaba juicios convenientemente inteligentes sobre el arte y los artistas. Era conciso; era prudente; nunca decía una palabra de más ni, por otra parte, llegó jamás a decir nunca una palabra de menos. Daba la impresión de que

guardaba copias de todo lo que decía; y resultaba tan evidentemente fiable que, con frecuencia, sucedía que la gente que le conocía en estas fiestas comenzaba a sentirse insatisfecha con su abogado y, tras un período de indecisión, se libraba de este y acudía a Wilkins.

Naturalmente Mrs. Wilkins quedaba anulada. «Debería quedarse en casa», decía su hermana, también con una actitud parecida en lo juicioso, lo asimilado y lo definitivo. Pero Wilkins no podía dejar a su mujer en casa. Era un abogado de familia, y todos los de su condición tienen esposas y las exhiben. Con la suya iba entre semana a fiestas, y con la suya iba los domingos a la iglesia. Al ser todavía bastante joven —tenía treinta y nueve años— y ambicionar damas ancianas, que no había conseguido en número suficiente entre su clientela, no se podía permitir perderse la misa, y fue allí donde Mrs. Wilkins trabó conocimiento, aunque nunca de palabra, con Mrs. Arbuthnot.

La veía formando a los niños de los pobres en los bancos. Entraba a la cabeza de la comitiva, procedente de la catequesis, exactamente cinco minutos antes que el coro y encajaba hábilmente a sus niños y niñas en los asientos asignados, y les hacía doblarse sobre sus pequeñas rodillas en la oración preliminar, y levantarse de nuevo en el momento exacto en el que, al tiempo que el órgano se elevaba, se abría la puerta de la sacristía, y aparecían el coro y el clero, rebosantes de las letanías y mandamientos que pronto iban a soltar. Tenía un rostro triste, y sin embargo su eficacia resultaba evidente. La combinación solía dejar perpleja a Mrs. Wilkins, ya que Mellersh le había dicho, los días que sólo había conseguido encontrar acedías, que si uno era eficiente no se deprimiría, y que si uno hace bien su trabajo se convierte automáticamente en una persona animada y activa.

No había animación ni actividad alguna en Mrs. Arbuthnot, aunque sí mucho de automático en su comportamiento con los niños de la catequesis; pero cuando Mrs. Wilkins, al volverse desde la ventana, la descubrió en el club, no se estaba comportando de una forma en absoluto automática, sino que estaba contemplando fijamente un trozo de la primera página de *The Times*, sujetando inmóvil el periódico, sin mover los ojos. Sólo miraba; y su rostro, como de costumbre, era el rostro de una virgen paciente y desilusionada.

Obedeciendo a un impulso que la asombró incluso mientras lo obedecía, Mrs. Wilkins, la tímida y reacia, en vez de continuar como había tenido la intención, hacia el guardarropa y de allí a Shoobred's en busca del pescado de Mellersh, se detuvo en la mesa y se sentó exactamente enfrente de Mrs. Arbuthnot, a la cual no había dirigido hasta ahora la palabra en toda su vida.

Era una de esas mesas de refectorio largas y estrechas, por lo que estaban muy cerca la una de la otra.

Mrs. Arbuthnot, sin embargo, no levantó la vista. Continuó mirando fijamente a un único punto de *The Times*, con ojos que parecían estar soñando.

Mrs. Wilkins la observó durante un minuto, intentando armarse de valor para dirigirse a ella. Quería preguntarle si había visto el anuncio. No sabía por qué quería preguntarle esto, pero deseaba hacerlo. Qué estupidez no ser capaz de hablarle. Tenía un aspecto tan amable. Tan desgraciado. ¿Por qué dos personas desgraciadas no podían refrescarse mutuamente mientras atravesaban este árido asunto que es la vida con una pequeña charla, una charla real, sencilla, sobre lo que sentían, lo que les hubiera gustado, lo que todavía intentaban esperar? Y no podía evitar pensar que Mrs. Arbuthnot también estaba leyendo ese mismo anuncio. Sus ojos estaban exactamente en esa parte del periódico. ¿También ella se estaba imaginando cómo sería, el color, el aroma, la luz, el

suave romper del mar entre las rocas pequeñas y calientes? Color, aroma, luz, mar; en vez de Shaftesbury Avenue y los autobuses mojados, y la sección de pescado en Shoolbred's y el metro hasta Hampstead, y la cena, y mañana lo mismo y pasado mañana lo mismo y siempre lo mismo...

De repente Mrs. Wilkins se encontró inclinándose hacia el otro lado de la mesa.

—¿Está usted leyendo lo del castillo medieval y la glicinia? —se oyó a sí misma preguntar.

Naturalmente Mrs. Arbuthnot se sorprendió; pero no se sorprendió ni la mitad de lo que Mrs. Wilkins se sorprendió a sí misma por preguntar.

Mrs. Arbuthnot no creía haberse fijado nunca antes en la figura de aspecto lastimoso, desgarrada y desvencijada que estaba sentada frente a ella, con el pequeño rostro lleno de pecas y los grandes ojos grises casi ocultos por completo bajo un aplastado gorro de lluvia, y la contempló durante un momento sin contestar. *Estaba* leyendo lo del castillo medieval y la glicinia, o más bien lo había leído hacía diez minutos, y desde entonces se había quedado absorta soñando: con la luz, con el color, con el aroma, con el suave romper del mar entre las rocas pequeñas y calientes...

—¿Por qué me pregunta usted eso? —dijo con voz severa, ya que su formación de y por los pobres la había vuelto severa y paciente.

Mrs. Wilkins se sonrojó y adquirió un aspecto sumamente tímido y asustado.

—Oh, sólo porque yo también lo vi, y pensé que quizá... pensé que de alguna manera... —tartamudeó.

Lo cual llevó a Mrs. Arbuthnot, que tenía una mente acostumbrada a incluir a la gente en listas y apartados, a considerar por hábito, mientras contemplaba pensativa a Mrs. Wilkins, bajo qué encabezamiento, suponiendo que la tuviera que clasificar, sería más adecuado colocarla.

—Y la conozco a usted de vista —continuó Mrs. Wilkins, que al igual que todos los tímidos, una vez en marcha se lanzaba, asustándose a sí misma a seguir hablando sin parar por el mero eco de lo último que había dicho en sus oídos—. Cada domingo, la veo cada domingo en la iglesia...

—¿En la iglesia? —repitió Mrs. Arbuthnot.

—Y esto tiene un aspecto tan maravilloso, este anuncio sobre glicinias, y...

Mrs. Wilkins, que debía tener por lo menos treinta años, se interrumpió y se agitó en la silla con los movimientos de una colegiala torpe y violenta.

—Parece *tan* maravilloso —continuó en una especie de arranque—, y... *hace* un día tan horrible...

Y después se quedó mirando a Mrs. Arbuthnot con la expresión de un perro encadenado.

«Esta pobrecita —pensó Mrs. Arbuthnot, cuya vida transcurría ayudando y aliviando— necesita consejo».

En consecuencia, se preparó pacientemente para dárselo.

—Si me ve usted en la iglesia —dijo amable y atentamente—, ¿supongo que usted también vive en Hampstead?

—Oh, sí —respondió Mrs. Wilkins. Y repitió, al tiempo que su cabeza, sostenida por el cuello largo y delgado, se inclinaba ligeramente como si el recuerdo de Hampstead la abrumara—. Oh, sí.

—¿Dónde? —preguntó Mrs. Arbuthnot, que cuando alguien necesitaba consejo, naturalmente procedía primero a reunir los hechos.

Pero Mrs. Wilkins, colocando suave y amorosamente su mano sobre la parte de *The Times* en la que se encontraba el anuncio, como si las meras palabras impresas fueran preciosas, se limitó a decir.

—Quizá por eso *esto* parece tan maravilloso.

—No, yo creo que *eso* es maravilloso en cualquier caso —dijo Mrs. Arbuthnot, olvidándose de los hechos y suspirando débilmente.

—¿Entonces lo *estaba* leyendo?

—Sí —respondió Mrs. Arbuthnot, mientras sus ojos se hacían de nuevo soñadores.

—¿No sería maravilloso? —murmuró Mrs. Wilkins.

—Maravilloso —dijo Mrs. Arbuthnot. Su rostro, que se había iluminado, se volvió a apagar en una expresión paciente—. Muy maravilloso —dijo—. Pero no sirve de nada perder el tiempo pensando en cosas semejantes.

—Oh, claro que *sirve* —fue la rápida y sorprendente contestación de Mrs. Wilkins; sorprendente porque era tan distinta del resto de su persona: el abrigo y la falda impersonales, el gorro arrugado, el indeciso mechón de pelo despistado—. Y el simple hecho de examinarlas merece la pena por sí mismo —semejante cambio con respecto a Hampstead—, y a veces creo —lo creo de verdad— que si se considera con la suficiente intensidad se consiguen cosas.

Mrs. Arbuthnot la observó pacientemente. ¿En qué categoría la colocaría, suponiendo que tuviera que hacerlo?

—Quizá —dijo, inclinándose un poco hacia delante— me dirá usted su nombre. Si vamos a ser amigas —sonrió con su sonrisa grave—, como espero que lo seamos, deberíamos comenzar por el principio.

—Oh, sí, qué amable por su parte. Soy Mrs. Wilkins —dijo Mrs. Wilkins—. No espero —añadió, sonrojándose, cuando Mrs. Arbuthnot no respondió nada— que le sugiera nada. A veces, tampoco a mí parece sugerirme nada. Pero —miró a su alrededor como buscando ayuda— *soy* Mrs. Wilkins.

No le gustaba su nombre. Era un nombre mezquino y pequeño, con una especie de rizo frívolo al final que le recordaba a la curva hacia arriba de la cola de un doguillo. Pero ahí estaba. No se podía hacer nada con él. Wilkins era y Wilkins seguiría siendo; y aunque su marido la animaba a que en cualquier ocasión lo diera como Mrs. Mellersh-Wilkins, ella sólo lo hacía cuando él estaba al alcance del oído, ya que pensaba que Mellersh empeoraba el Wilkins, haciéndolo resaltar de la misma manera que el nombre Chatsworth a la entrada de una casa de campo resaltaba la casa.

Cuando su marido sugirió por primera vez que debería añadir el Mellersh, ella se había opuesto por las razones arriba mencionadas, y tras una pausa —Mellersh era tan prudente que nunca hablaba excepto tras una pausa, durante la cual era de suponer que estaba haciendo una esmerada copia mental de su próxima observación—, dijo, muy disgustado:

—Pero yo no soy una casa de campo —y la miró como el que mira esperando, quizá por enésima vez, no haberse casado con una necia.

Desde luego que él no era una casa de campo, le aseguró Mrs. Wilkins; nunca había supuesto que lo fuera; no se le había pasado ni siquiera por la mente el querer decir... sólo estaba pensando...

Cuantas más explicaciones daba, más vehemente se hacía la esperanza de Mellersh, ya conocida para él a estas alturas, puesto que llevaba ya dos años siendo un marido, de no haberse casado por azar con una necia; y tenía una prolongada discusión, si se puede llamar

discusión a lo que se conduce con un silencio digno por un lado y sinceras excusas por el otro, sobre si Mrs. Wilkins había pretendido sugerir que Mr. Wilkins era una casa de campo.

«Estoy segura», había pensado ella cuando por fin —tardó un buen rato— se terminó, «de que *todo* el mundo discutiría por *cualquier* cosa si no hubieran dejado de estar juntos ni un solo día durante dos años enteros. Lo que ambos necesitamos son unas vacaciones».

—Mi marido —continuó diciéndole Mrs. Wilkins a Mrs. Arbuthnot, intentando arrojar alguna luz sobre sí misma— es abogado. Él... —buscó algo aclaratorio que decir sobre Mellersh, y encontró—: Él es muy apuesto.

—Bueno —dijo Mrs. Arbuthnot amablemente—, eso debe suponer un gran placer para usted.

—¿Por qué? —preguntó Mrs. Wilkins.

—Porque —respondió Mrs. Arbuthnot, algo sorprendida, ya que el trato continuo con los pobres la había acostumbrado a que sus declaraciones se aceptaran sin duda—, porque la belleza, la hermosura, es un don como otro cualquiera, y si se utiliza adecuadamente...

Su voz se fue apagando. Los grandes ojos grises de Mrs. Wilkins estaban clavados en ella, y Mrs. Arbuthnot tuvo de repente la impresión de que quizá se estaba quedando anquilosada en el hábito de una forma de hablar, y en particular de la forma de hablar de las niñeras, por tener un público al que no le quedaba otra opción más que asentir, temeroso —en caso de que lo deseara— de interrumpir, que no sabía, que se encontraba, de hecho, a su merced.

Pero Mrs. Wilkins no estaba escuchando; porque precisamente en ese momento, por absurdo que pareciera, una imagen había cruzado su mente, y en ella había dos personas sentadas juntas bajo una gran glicinia trepadora que se extendía por las ramas de un árbol que no conocía, y eran ella misma y Mrs. Arbuthnot: las podía ver; las podía ver. Y por detrás, inundados por la luz del sol, había unos viejos muros grises, el castillo medieval, podía verlo, estaban allí...

Por lo tanto, miró fijamente a Mrs. Arbuthnot y no escuchó una sola palabra de lo que dijo. Y Mrs. Arbuthnot también miró fijamente a Mrs. Wilkins, interrumpida por la expresión de su rostro, que parecía barrido por la excitación ante lo que veía, y tan luminoso y trémulo bajo sus efectos como el agua a la luz del sol cuando una ráfaga de viento la riza. En este momento, si hubiera estado en una fiesta, Mrs. Wilkins habría sido observada con interés.

Se miraron la una a la otra; Mrs. Arbuthnot sorprendida, curiosa, Mrs. Wilkins con la expresión de alguien que ha tenido una revelación. Desde luego. Así era como se podía hacer. Ella, ella sola, no se lo podía permitir, y no sería capaz, aunque se lo pudiera permitir, de ir allí completamente sola; pero ella y Mrs. Arbuthnot juntas...

Se inclinó sobre la mesa.

—¿Por qué no intentamos conseguirlo? —susurró.

A Mrs. Arbuthnot se le abrieron todavía más los ojos.

—¿Conseguirlo? —repitió.

—Sí —dijo Mrs. Wilkins, todavía como si temiera que alguien la sorprendiera—. No quedarse aquí y decir «Qué maravilloso», y después volver a casa como de costumbre y preparar la cena y el pescado igual que lo hemos estado haciendo durante años y como lo seguiremos haciendo durante años. De hecho —dijo Mrs. Wilkins, enrojeciendo hasta la

raíz de los cabellos, ya que el sonido de lo que estaba diciendo, de lo que estaba saliendo a borbotones, la asustaba y, sin embargo, no podía detenerse—, no le veo final. No *hay* ningún final. Por lo tanto debería haber una pausa, debería haber descansos, en interés de todo el mundo. Vamos, en realidad sería un gesto generoso marcharse y ser feliz durante un tiempo, ya que regresaríamos mucho más agradables. Sabe usted, llega un momento en que todo el mundo necesita unas vacaciones.

—Pero ¿qué quiere decir con conseguirlo? —preguntó Mrs. Arbuthnot.

—Cogerlo —dijo Mrs. Wilkins.

—¿Cogerlo?

—Arrendarlo. Alquilarlo. Tenerlo.

—Pero ¿quiere decir usted y yo?

—Sí. Entre las dos. Compartir. Así sólo costaría la mitad, y usted tiene un aspecto tan... usted tiene aspecto de desearlo tanto como yo, como si necesitara un descanso, que le sucediera algo feliz.

—Vaya, pero no nos conocemos.

—¡Pero imagínese lo bien que nos conoceríamos si nos fuéramos juntas un mes! Y yo he ahorrado para los malos tiempos, y supongo que usted también lo habrá hecho, y este es el mal tiempo, mírelo...

«Está trastornada», pensó Mrs. Arbuthnot; y, sin embargo, se sentía extrañamente excitada.

—Imagínese escaparse un mes entero de todo, al paraíso...

«No debería decir esas cosas —pensó Mrs. Arbuthnot—. El vicario...». Y sin embargo, se sentía extrañamente excitada. Sin duda sería maravilloso tener un descanso, una interrupción.

La costumbre, no obstante, hizo que recuperara la cabeza; y años de trato con los pobres la hicieron decir, con la ligera, aunque amable, superioridad del que explica algo:

—Pero, sabe usted, el paraíso no está en ninguna parte. Está aquí y ahora. Así está escrito.

Adoptó una actitud muy vehemente, al igual que lo hacía cuando intentaba pacientemente ayudar e iluminar a los pobres.

—El cielo está en nosotros —dijo con su voz baja y amable—. Eso es lo que nos dice la más alta de las fuentes. Y usted conocerá las líneas sobre los puntos afines, no...

—Oh sí, *las* conozco —interrumpió Mrs. Wilkins con impaciencia.

—Los puntos afines del cielo y el hogar —continuó Mrs. Arbuthnot, que estaba acostumbrada a terminar sus frases—. El cielo está en nuestros hogares.

—No lo está —dijo Mrs. Wilkins, sorprendiendo de nuevo...

El comentario desconcertó a Mrs. Arbuthnot. Entonces dijo suavemente:

—Oh, pero sí que lo está. Está allí si nosotros decidimos, si hacemos que sea así.

—Yo decido, yo lo hago, y no está —dijo Mrs. Wilkins.

Entonces Mrs. Arbuthnot permaneció en silencio, porque ella también tenía a veces dudas sobre los hogares. Permaneció sentada contemplando intranquila a Mrs. Wilkins, sintiendo cada vez con más fuerza la necesidad urgente de clasificarla. Tenía la impresión de que le bastaría con poder clasificar a Mrs. Wilkins, incluirla sin que se escapara bajo el encabezamiento adecuado, para recuperar su propio equilibrio, que parecía estar deslizándose de una forma muy extraña todo hacia un lado. Porque también hacía muchos años que ella no tenía unas vacaciones, y el anuncio, cuando lo había visto, la había hecho soñar, y la excitación de Mrs. Wilkins al respecto era contagiosa, y tenía la sensación,

mientras escuchaba su charla impetuosa y absurda y contemplaba su rostro iluminado, de que la estaban despertando de un sueño.

Evidentemente, Mrs. Wilkins estaba trastornada, pero Mrs. Arbuthnot se había encontrado antes con desequilibrados —de hecho se pasaba la vida encontrándoselos— y no tenía el más mínimo efecto sobre su propia estabilidad; mientras que esta la hacía sentirse muy insegura, algo así como si alejarse mucho, mucho de sus puntos de referencia, Dios, Esposo, Hogar y Deber —no le parecía que Mrs. Wilkins tuviera la intención de hacer venir también a Mr. Wilkins—, y ser feliz por una vez, fuera no sólo bueno, sino también deseable. Lo que desde luego no era; lo que sin duda no era, desde luego. Ella también tenía unos ahorros, invertidos poco a poco en la Caja Postal de Ahorros, pero suponer que podría llegar a olvidar sus deberes hasta el extremo de sacarlos y gastárselos en ella era evidentemente absurdo. Sin duda no podría, no haría nunca una cosa semejante. Sin duda no olvidaría, no podría olvidar nunca a sus pobres, olvidar la miseria y la enfermedad de una forma tan total. Por supuesto, un viaje a Italia resultaría extraordinariamente delicioso, pero había muchas cosas deliciosas que a una le gustaría hacer, y ¿para qué recibía una la fuerza, sino para ayudarle a una a no hacerlas?

Tan constantes como los puntos de la brújula eran para Mrs. Arbuthnot las cuatro grandes realidades de la vida: Dios, Esposo, Hogar y Deber. Se había acostado sobre estas realidades hacía muchos años, tras un período de gran infelicidad, con la cabeza apoyada sobre ellas como si se tratara de una almohada; y sentía un gran temor a ser despertada de un estado tan simple y libre de preocupaciones. Por eso buscaba con tanto ardor un encabezamiento bajo el que colocar a Mrs. Wilkins, para así iluminar y estabilizar su mente; y sentada allí contemplándola intranquila tras su último comentario, sintiéndose cada vez más trastornada y contagiada, decidió *pro tem*, como decía el vicario en las reuniones, colocarla bajo el epígrafe Nervios. Era muy posible que tuviera que entrar directamente en la categoría Histeria, que con frecuencia no era más que la antecámara de la Locura, pero Mrs. Arbuthnot había aprendido a no apresurar a la gente hacia sus categorías finales, al haber descubierto consternada en más de una ocasión que se había equivocado; y qué difícil había sido sacarlos de nuevo, y de qué manera la habían abrumado los más terribles remordimientos.

Sí. Nervios. Probablemente no trabajaba de forma regular para otros, pensó Mrs. Arbuthnot; nada que la sacara de sí misma. Evidentemente iba a la deriva: ráfagas, impulsos la arrastraban de aquí para allá. Los nervios eran casi con seguridad su categoría, o lo serían muy pronto si nadie la ayudaba. Pobre pequeña, pensó Mrs. Arbuthnot, recuperando su equilibrio al mismo tiempo que su compasión, e incapaz, a causa de la mesa, de ver la longitud de las piernas de Mrs. Wilkins. Lo único que veía era su pequeño rostro, ardiente y tímido, y sus hombros estrechos, y la expresión de infantil anhelo en su rostro por algo que estaba segura iba a hacerla feliz. No; esas cosas, tan efímeras, no hacían feliz a la gente. Mrs. Arbuthnot había aprendido en su larga vida con Frederick —era su marido, y se había casado con él a los veinte años y ahora tenía treinta y tres— el único lugar en el que se pueden encontrar las alegrías verdaderas. Se encuentran únicamente, ahora lo sabía, en la vida día a día, hora a hora dedicada a los demás; sólo se pueden encontrar —¿no había llevado ella misma sus desengaños y desalientos allí, y había regresado consolada?— a los pies del Señor.

Frederick había sido el tipo de marido cuya mujer se entrega pronto a los pies de Dios. El paso de él hasta ellos había sido corto, aunque doloroso. Retrospectivamente, le parecía corto, pero en realidad le había llevado todo el primer año de su matrimonio, y cada

palmo del camino había supuesto un esfuerzo, y cada palmo estaba manchado, le había parecido entonces, con la sangre de su corazón. Todo eso se había acabado ahora. Hacía mucho que había encontrado la paz. Y Frederick, de ser su novio amado con pasión, su joven marido adorado, había pasado a tener sólo a Dios por delante en su lista de deberes y resignaciones. Allí colgaba, el segundo por orden de importancia, algo sin vida desangrado por sus plegarias. Durante años sólo había sido capaz de ser feliz olvidando la felicidad. Quería seguir así. Quería excluir todo lo que le pudiera recordar las cosas bonitas, que pudiera desencadenar de nuevo su anhelo, su deseo...

—Me encantaría que fuéramos amigas —dijo con vehemencia—. Por qué no viene a verme, o me deja que vaya a su casa alguna vez. Siempre que se sienta con deseos de hablar. Le daré mi dirección —buscó en su bolso— y así no se le olvidará. —Y encontró una tarjeta y se la tendió.

Mrs. Wilkins ignoró la tarjeta.

—Es *muy* curioso —dijo Mrs. Wilkins, igual que si no la hubiera oído—, pero nos veo a las dos —a usted y a mí— en abril en el castillo medieval.

Mrs. Arbuthnot volvió a caer en el desasosiego.

—¿Nos ve usted? —dijo, haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio bajo la mirada visionaria de los brillantes ojos grises—. ¿Nos ve?

—¿No ha visto nunca las cosas antes de que sucedan en una especie de ráfaga? —preguntó Mrs. Wilkins.

—Nunca —dijo Mrs. Arbuthnot.

Intentó sonreír; intentó sonreír con la sonrisa comprensiva, pero a la vez sabia y tolerante con la que estaba acostumbrada a escuchar las opiniones forzosamente parciales e incompletas de los pobres. No lo consiguió. La sonrisa se esfumó temblorosa.

—Sin duda —dijo en voz baja, casi como si temiera que el vicario y la Caja de Ahorros estuvieran escuchando—, sería muy hermoso, muy hermoso...

—Incluso aunque estuviera mal —dijo Mrs. Wilkins—, sólo sería para un mes.

—Eso... —comenzó Mrs. Arbuthnot, sin dudar por un momento que semejante punto de vista resultaba reprobable; pero Mrs. Wilkinson la cortó antes de que pudiera terminar.

—Sea como sea —dijo Mrs. Wilkins, interrumpiéndola—, estoy segura de que no está bien ser buena durante demasiado tiempo, hasta que una se vuelve desgraciada. Y me doy cuenta de que usted ha sido buena durante años y años, porque tiene un aspecto tan infeliz —Mrs. Arbuthnot abrió la boca para protestar—, y yo, yo no he hecho nada más que deberes, cosas para otras personas, desde que era pequeña, y no creo que nadie me quiera ni un poco, ni un poco más por eso, y deseo ardientemente —oh, lo deseo tanto— algo diferente, algo diferente...

¿Iba a ponerse a llorar? Mrs. Arbuthnot se sintió profundamente incómoda y compasiva. Esperaba que no fuera a llorar. Allí no. No en esa habitación hostil, con desconocidos entrando y saliendo.

Pero Mrs. Wilkins, tras tirar agitadamente de un pañuelo que se negaba a salir de su bolsillo, consiguió por fin limitarse al parecer a sonarse la nariz con él, y a continuación, tras parpadear rápidamente una o dos veces, miró a Mrs. Arbuthnot con un aire tembloroso de disculpa, a medio camino entre la humildad y el miedo, y sonrió.

—¿Querrá usted creer —susurró, tratando de calmar su boca, evidentemente avergonzada de sí misma de un modo terrible— que nunca antes en mi vida había hablado así a alguien? No me puedo imaginar, sencillamente no sé lo que me ha pasado.

—Es el anuncio —dijo Mrs. Arbuthnot, asintiendo gravemente con la cabeza.

—Sí —dijo Mrs. Wilkins, dándose furtivamente unos toques en los ojos—, y el que las dos seamos tan... —se sonó de nuevo un poco la nariz— desgraciadas.

II

Claro que Mrs. Arbuthnot no era desgraciada —¿cómo podría serlo, se preguntaba, si Dios cuidaba de ella?—, pero por el momento lo dejó pasar sin negarlo, debido a su convencimiento de que aquí había un semejante urgentemente necesitado de su ayuda; y esta vez no eran sólo botas y mantas y mejores medidas sanitarias lo que necesitaba, sino la más delicada ayuda de la comprensión, del encontrar las palabras exactas adecuadas.

Las palabras exactas adecuadas, descubrió pronto, tras probar con varias relativas a vivir para los demás, y la plegaria, y la paz que se podía obtener al ponerse sin reservas en las manos de Dios —Mrs. Wilkins tenía, en respuesta a estas palabras, otras palabras, incoherentes y, sin embargo, por lo menos por ahora, hasta tener más tiempo, difíciles de contestar—, las palabras exactas adecuadas eran una sugerencia de que no pasaría nada por contestar el anuncio. Sin compromiso. Simplemente para informarse. Y lo que preocupaba a Mrs. Arbuthnot de esta sugerencia era el hecho de que no la hacía únicamente para confortar a Mrs. Wilkins; la hacía porque ella misma anhelaba extrañamente el castillo medieval.

Esto resultaba muy preocupante. Allí estaba ella, acostumbrada a dirigir, a guiar, a aconsejar, a apoyar —excepto a Frederick; había aprendido hacía mucho a dejar a Frederick para Dios—, siendo conducida, influida y desequilibrada simplemente por un anuncio, por una simple desconocida incoherente. Era realmente preocupante. No conseguía entender su anhelo repentino por algo que, después de todo, era pura autocomplacencia, cuando durante años ningún deseo semejante había penetrado en su corazón.

—No pasa nada por *preguntar* simplemente —dijo en voz baja, como si el vicario y la Caja de Ahorros y todos los pobres que la esperaban y dependían de ella estuvieran escuchando y condenando.

—No es como si nos *comprometiera* a algo —dijo Mrs. Wilkins, también en voz baja, pero su voz tembló.

Se levantaron al mismo tiempo —Mrs. Arbuthnot se sintió sorprendida al ver que Mrs. Wilkins era tan alta— y fueron hasta un escritorio, y Mrs. Arbuthnot escribió a Z, Apartado 1000, *The Times* pidiendo más información. Solicitó todos los detalles, pero en realidad el único que les interesaba era el relativo al alquiler. A ambas les pareció que tenía que ser Mrs. Arbuthnot la que escribiera y llevara a cabo la parte comercial. No sólo estaba acostumbrada a organizar y a ser práctica, sino que también era mayor, y desde luego más tranquila; y ella misma no dudaba que también era más juiciosa. Tampoco Mrs. Wilkins tenía ninguna duda al respecto; la forma misma en que Mrs. Arbuthnot se hacía la raya sugería una gran calma que sólo podía provenir del buen juicio.

Pero aun siendo mayor, más juiciosa y más tranquila, Mrs. Arbuthnot tenía no obstante la impresión de que era su nueva amiga la que empujaba. Era incoherente y, sin embargo, empujaba. Parecía tener, aparte de su necesidad de ayuda, un carácter inquietante. Era curiosamente contagiosa. Le conducía a uno. Y el modo en que su mente inestable se abalanzaba sobre las conclusiones —erróneas, desde luego; por ejemplo la de que ella, Mrs. Arbuthnot, era desgraciada—, la forma en que se abalanzaba sobre las conclusiones era desconcertante.

Sin embargo, independientemente de lo que fuera y de su grado de inestabilidad, Mrs. Arbuthnot se encontró compartiendo su excitación y su anhelo; y, una vez que

hubieron echado la carta en el buzón de la entrada, cuando ya realmente no la podían recuperar, tanto ella como Mrs. Wilkins tuvieron la misma sensación de culpabilidad.

—Esto sólo demuestra —dijo Mrs. Wilkins en un susurro, mientras se alejaban del buzón— lo inmaculadamente buenas que hemos sido durante toda la vida. La primera y única vez que hacemos algo de lo que nuestros maridos no están informados nos sentimos culpables.

—Siento no poder decir que he sido inmaculadamente buena —protestó con suavidad Mrs. Arbuthnot, algo incómoda ante este nuevo ejemplo de acierto en sacar conclusiones precipitadas, ya que ella no había dicho ni una palabra sobre su sentimiento de culpa.

—Oh, pero yo estoy segura de que lo ha sido —la *veo* siendo buena— y esa es la razón de que no sea usted feliz.

«No debería decir cosas así —pensó Mrs. Arbuthnot—. Debo intentar ayudarla para que no lo haga».

En voz alta dijo con gravedad:

—No sé por qué insiste usted en que no soy feliz. Cuando me conozca mejor creo que descubrirá que sí lo soy. Y estoy segura de que no cree realmente que la bondad, si uno la pudiera alcanzar, hace infeliz.

—Sí que lo creo —dijo Mrs. Wilkins—. Nuestra clase de bondad hace infeliz. La hemos conseguido, y somos infelices. Hay bondades desgraciadas y otras felices; la clase que tendremos en el castillo medieval, por ejemplo, es de las felices.

—Es decir, suponiendo que vayamos allí —dijo Mrs. Arbuthnot, sujetando las riendas. Tenía la sensación de que Mrs. Wilkins necesitaba que la contuvieran—. Después de todo, sólo hemos escrito para preguntar. Cualquiera puede hacer eso. Me parece muy probable que encontremos imposibles las condiciones, e incluso si no lo fueran, probablemente mañana ya no desearemos ir.

—Nos *veo* allí —fue lo que Mrs. Wilkins le respondió.

Todo esto resultaba muy turbador. Mrs. Arbuthnot, mientras chapoteaba poco después a través de las calles empapadas camino de una reunión en la que iba a hablar, se encontraba en un estado mental desacostumbradamente agitado. Se había mostrado, esperaba, muy tranquila frente a Mrs. Wilkins, muy práctica y sensata, ocultando su propia excitación. Pero en realidad estaba extraordinariamente emocionada, y se sentía feliz, y culpable, y asustada, y tenía todos los sentimientos, aunque esto no lo sabía, de una mujer que acaba de salir de una cita secreta con su amante. Ese, en efecto, era el aspecto que tenía cuando llegó tarde a su plataforma; ella, la de mirada franca, parecía casi ocultar algo al caer sus ojos sobre los rostros fijos e inexpresivos que esperaban escuchar cómo intentaba persuadirles para que contribuyeran a mitigar las necesidades urgentes de los pobres de Hampstead, todos ellos convencidos de ser ellos mismos los necesitados de una aportación. Tenía el aspecto de alguien que estuviera ocultando algo vergonzoso, pero delicioso. Desde luego, su habitual expresión transparente de franqueza había desaparecido, y su lugar había sido ocupado por una especie de satisfacción contenida y asustada, que habría llevado a un público más mundano a la convicción inmediata de unas recientes y probablemente apasionadas relaciones sexuales.

Belleza, belleza, belleza..., las palabras seguían resonando en sus oídos mientras, de pie en la plataforma, hablaba de cosas tristes al poco concurrido mitin. No había estado nunca en Italia. ¿Era realmente en eso en lo que se iban a gastar sus ahorros, después de todo? Aunque no podía aprobar el modo en que Mrs. Wilkins estaba introduciendo el

concepto de la predestinación en su futuro inmediato, como si no tuviera elección, como si la lucha, o incluso la reflexión, fueran inútiles, sin embargo la afectaba. Los ojos de Mrs. Wilkins habían sido los ojos de una vidente. Algunas personas eran así, Mrs. Arbuthnot lo sabía; y si Mrs. Wilkins la había visto realmente en el castillo medieval, parecía muy probable que luchar contra ello iba a suponer una pérdida de tiempo. De todas maneras, gastar sus ahorros en la autocomplacencia... El origen de esta hucha había sido corrupto, pero ella había imaginado que por lo menos su fin sería encomiable. ¿Iba a desviarlo de su destino proyectado, que era lo único que había parecido justificar su conservación, y gastárselo en proporcionarse placer a sí misma?

Mrs. Arbuthnot habló y habló, tan experimentada en este tipo de discursos que habría podido recitarlo todo dormida, y al final de la reunión, con los ojos deslumbrados por sus visiones secretas, casi ni se dio cuenta de que nadie se había conmovido en ningún sentido, y mucho menos en el de las contribuciones.

Pero el vicario se dio cuenta. El vicario estaba decepcionado. Por regla general, su buena amiga y seguidora Mrs. Arbuthnot tenía más éxito que esto. Y, lo que resultaba aún más raro, observó, no parecía ni siquiera importarle.

—No comprendo —le dijo en tono irritado cuando se separaron, ya que se sentía irritado tanto con el público como con ella— a dónde va a ir a parar la gente. *Nada* parece conmoverles.

—Quizá necesitan unas vacaciones —sugirió Mrs. Arbuthnot; una respuesta poco satisfactoria, extraña, pensó el vicario.

—¿En febrero? —exclamó con sarcasmo mientras ella se alejaba.

—Oh, no; hasta abril no —respondió Mrs. Arbuthnot por encima del hombro.

«Muy raro —pensó el vicario—. Pero que muy raro». Y volvió a casa y quizá no se comportó con su mujer de un modo demasiado cristiano.

Esa noche, en sus plegarias, Mrs. Arbuthnot pidió consejo. Sentía que en realidad debería pedir, directamente y con franqueza, que alguien hubiera alquilado ya el castillo medieval y así zanjar la cuestión, pero le falló el valor. ¿Y si su plegaria era escuchada? No; no podía pedirlo; no se podía arriesgar. Y después de todo —estuvo a punto de hacérselo notar a Dios— si gastaba su hucha actual en unas vacaciones podía acumular otra muy pronto. Frederick la apremiaba para que cogiera dinero; y sólo significaría, mientras reunía una nueva hucha, que durante un tiempo sus contribuciones a las obras de caridad de la parroquia serían menores. Y entonces sería la corrupción original de la segunda hucha la que se vería purgada por el uso que finalmente se le daría.

Porque Mrs. Arbuthnot, que no tenía dinero propio, se veía obligada a vivir de las ganancias procedentes de las actividades de Frederick, y su propia hucha era el fruto, madurado póstumamente, del antiguo pecado. La forma en que Frederick se ganaba la vida era uno de los motivos permanentes de angustia en su vida. Escribía con regularidad, cada año, biografías inmensamente populares de las amantes de reyes. Existían en la historia muchos reyes que habían tenido amantes, y había todavía más amantes que habían tenido reyes; por lo que había podido publicar un libro de memorias cada año de su vida marital, e incluso así quedaban grandes cúmulos de estas damas esperando que se ocuparan de ellas. Mrs. Arbuthnot era impotente. Le gustara o no, se veía obligada a vivir de las ganancias. En una ocasión, tras el éxito de su biografía de Du Barri, él le regaló un horrible sofá, con unos cojines inflados y un regazo suave y acogedor, y a ella le parecía algo lamentable que allí, en su propia casa, se hiciera alarde de esta reencarnación de una vieja pecadora francesa muerta.

En su sencilla bondad, convencida de que la moralidad constituye la base de la felicidad, el hecho de que ella y Frederick tuvieran que obtener su sustento de la culpa, por mucho que el paso de los siglos la hubiera purgado, era una de las razones secretas de su tristeza. Cuanto más se había propasado la dama retratada, más se leía el libro sobre ella y más espléndido era él con su mujer; y todo lo que él le daba se empleaba, tras aumentar ligeramente su hucha —ya que esperaba y confiaba en que algún día la gente dejaría de desear leer perversidades, y entonces Frederick necesitaría que le mantuvieran— en ayudar a los pobres. La parroquia prosperaba gracias a la falta de recato de, tomando algunos ejemplos al azar, las señoras Du Barri, Montespan, Pompadour, Nino de l'Enclos e incluso de la culta Maintenon. Los pobres eran el filtro a través del cual se pasaba el dinero, para salir purificado, esperaba Mrs. Arbuthnot. No podía hacer nada más. Había intentado hacía mucho tiempo examinar la situación, descubrir el curso exacto que debía tomar, pero la había encontrado, al igual que a Frederick, demasiado difícil, y la había dejado, como había dejado a Frederick, en manos de Dios. Nada de este dinero se gastaba en su casa o su vestuario; esos seguían siendo, exceptuando el sofá grande y suave, austeros. Eran los pobres los que se beneficiaban. La solidez de sus mismas botas se debía a los pecados. Pero qué difícil había sido. Mrs. Arbuthnot, buscando desorientada consejo, había rezado por ello hasta el agotamiento. ¿Debería quizá negarse a tocar el dinero, evitarlo como habría evitado los pecados de los cuales se originaba? Pero entonces, ¿qué pasaría con las botas de la parroquia? Le preguntó al vicario su opinión y, a través de una gran cantidad de palabras delicadas, evasivas y cautas, este finalmente pareció dar la impresión de que estaba a favor de las botas.

Por lo menos había convencido a Frederick, al principio de su próspera y terrible carrera —no la comenzó hasta después de su matrimonio; cuando Mrs. Arbuthnot se casó con él era un intachable funcionario destinado en el Museo Británico—, de que publicara las memorias bajo otro nombre, de forma que ella no se viera marcada públicamente. En Hampstead se leían los libros con regocijo, y se ignoraba por completo que su autor se contaba entre sus habitantes. Frederick era prácticamente un desconocido, incluso de vista, en Hampstead. Nunca asistía a ninguna de sus reuniones. Cualesquiera que fueran sus actividades de esparcimiento, tenían lugar en Londres, pero nunca hablaba de lo que hacía o de a quién veía; a juzgar por los amigos que mencionaba a su mujer, podría no haber tenido ninguno. Sólo el vicario sabía de dónde procedía el dinero para la parroquia, y consideraba una cuestión de honor, le dijo a Mrs. Arbuthnot, no mencionarlo.

Y por lo menos los fantasmas de las damas de vida alegre no frecuentaban su pequeña casa, ya que Frederick realizaba su trabajo lejos del hogar. Tenía dos habitaciones cerca del Museo Británico, que era el escenario de sus exhumaciones, y allí iba cada mañana, y regresaba mucho después de que su mujer se hubiera dormido. A veces no regresaba en absoluto. A veces no le veía durante varios días seguidos. Después aparecía de repente a la hora del desayuno, tras haberse franqueado la entrada con su llave la noche antes, muy jovial y amable y generoso y feliz si ella le permitía darle algo: un hombre bien alimentado, contento con el mundo; un hombre risueño, vigoroso y satisfecho. Y ella siempre se comportaba con dulzura, preocupándose porque su café estuviera como a él le gustaba.

Parecía muy feliz. Por mucho que uno la clasificara, la vida, pensaba ella con frecuencia, seguía siendo un misterio. Había siempre algunas personas a las que resultaba imposible situar. Frederick era una de ellas. No parecía tener ni el más remoto parecido con el Frederick original. No parecía sentir la más mínima necesidad de las cosas que antes

solía calificar de importantes y hermosas: el amor, el hogar, la comunión total de los pensamientos, la completa inmersión en los intereses del otro. Tras aquellos dolorosos intentos por retenerle en el punto en el que tan espléndidamente habían comenzado cogidos de la mano, unos intentos que le habían provocado terribles heridas y en los que el Frederick con el que creía haberse casado se había deformado hasta volverse irreconocible, acabó colgándole junto a su lecho como el objeto principal de sus plegarias, y le dejó, exceptuando estas, enteramente en las manos de Dios. Su amor por Frederick había sido tan profundo que lo único que podía hacer ahora por él era rezar. Él ignoraba por completo que nunca salía de casa sin que su bendición le acompañara también, revoloteando, como un ligero eco de su amor concluido, alrededor de esa cabeza antes tan querida. No se atrevía a recordarle como solía ser, como le había parecido ser en esos maravillosos días primeros del noviazgo, del matrimonio. Su hijo había muerto; ella no tenía nada, nada propio sobre lo que volcarse. Los pobres se convirtieron en sus hijos, y Dios en el objeto de su amor. Qué podía haber más feliz que una vida semejante, se preguntaba en ocasiones; pero su rostro, y sobre todo sus ojos, seguían tristes.

«Quizá cuando seamos viejos..., quizá cuando los dos seamos muy viejos...», pensaba a veces con melancolía.

III

El dueño del castillo medieval era un inglés, un tal Mr. Briggs, que se encontraba en Londres en ese momento y les contestó diciendo que había camas suficientes para ocho personas, excluyendo a los sirvientes, tres cuartos de estar, almenas, mazmorras y luz eléctrica. El alquiler era de 60 libras por todo el mes, los sueldos de los criados eran aparte, y quería referencias, quería garantías de que se pagaría la segunda mitad de su alquiler, ya que la primera mitad se pagaba por adelantado, y quería garantías de respetabilidad por parte de un abogado, o un doctor, o un sacerdote. Su carta era muy educada, y en ella explicaba que su petición de referencias era lo acostumbrado y debería considerarse como una simple formalidad.

Mrs. Arbuthnot y Mrs. Wilkins no habían pensado en las referencias, y no habían soñado que un alquiler pudiera ser tan elevado. En sus mentes habían flotado sumas del estilo de tres guineas a la semana, o menos, teniendo en cuenta que el lugar era pequeño y viejo.

Sesenta libras por un solo mes.

La idea les daba vértigo.

Ante los ojos de Mrs. Arbuthnot aparecieron botas: horizontes sin fin, todas las resistentes botas que se podrían comprar con sesenta libras; y además del alquiler estarían los sueldos de los criados, y la comida, y los viajes en tren hasta allí y de vuelta. Mientras que, en lo que se refería a los informes, eso sí que parecía un escollo insalvable; parecía del todo imposible proporcionar ninguna sin dar a su plan más publicidad de la que habían pretendido.

Ambas —incluso Mrs. Arbuthnot, apartándose por una vez de la sinceridad perfecta al darse cuenta del ahorro de problemas y críticas que una explicación imperfecta supondría —, ambas habían pensado que estaría bien divulgar, cada una en su círculo, al ser sus círculos afortunadamente distintos, el plan de que cada una iba a estar con una amiga que tenía una casa en Italia. Sería verdad en cierta medida —Mrs. Wilkins sostenía que sería completamente cierto, pero Mrs. Arbuthnot pensaba que no lo sería del todo—, y era la única manera, dijo Mrs. Wilkins, de mantener a Mellersh aunque sólo fuera aproximadamente tranquilo. El hecho de que gastara algo de su dinero simplemente en llegar a Italia le indignaría; Mrs. Wilkins prefería no pensar en lo que diría si supiera que iba a alquilar por su cuenta parte de un castillo medieval. Necesitaría días enteros para decirlo todo; y eso a pesar de que era su propio dinero, y ni un penique de este le había pertenecido nunca a él.

—Pero supongo —dijo— que su marido es igual. Supongo que a la larga todos los maridos se parecen.

Mrs. Arbuthnot no dijo nada, porque su motivo para no desear que Frederick se enterara era exactamente el contrario: Frederick estaría encantado de que se fuera, no le importaría ni lo más mínimo; de hecho, acogería una manifestación semejante de autocomplacencia y mundanalidad con un regocijo doloroso, y la incitaría con una indiferencia aplastante a que disfrutara y no se apresurara a volver. Era mucho mejor, pensó, ser echada de menos por Mellersh que ser despachada por Frederick. Que la echaran a una de menos, que la necesitaran, cualquiera que fuera el motivo, era, pensaba, preferible a la soledad total que suponía el que nadie le echara a una en absoluto de menos o la

necesitara.

Por lo tanto no dijo nada, y permitió que Mrs. Wilkins se abalanzara incontrolada sobre sus conclusiones. Pero ambas tuvieron la sensación, durante todo un día, de que lo único que se podía hacer era renunciar al castillo medieval; y fue al llegar a esta amarga decisión cuando se dieron realmente cuenta de la intensidad de su anhelo.

Entonces Mrs. Arbuthnot, cuya mente estaba entrenada para encontrar soluciones a las dificultades, encontró una solución para la dificultad de las referencias, y simultáneamente, Mrs. Wilkins tuvo una visión en la que se le reveló cómo reducir el alquiler.

El plan de Mrs. Arbuthnot era simple y tuvo un éxito total. Le llevó todo el alquiler en persona al propietario, sacándolo de su Caja de Ahorros —su aspecto era de nuevo el de una persona llena de secretos y disculpas, como si el empleado tuviera por fuerza que saber que el dinero se necesitaba para fines autocomplacientes— y, tras dirigirse a la dirección cerca del Brompton Oratory en la que vivía el propietario con los seis billetes de diez libras en su bolso, se los ofreció, renunciando a su derecho a pagar sólo la mitad. Y cuando él la vio, y vio su pelo con la raya en medio y sus ojos dulces y oscuros y su sobria indumentaria, y oyó su voz grave, le dijo que no se molestara en pedir esas referencias.

—No habrá ningún problema —le dijo, mientras garabateaba un recibo por el alquiler—. Pero siéntese, por favor. Un día desagradable, ¿no cree?

Encontrará que el viejo castillo tiene un montón de sol, aunque sólo sea eso. ¿Su marido va?

Mrs. Arbuthnot, no acostumbrada a nada que no fuera la franqueza, adquirió ante esta pregunta un aspecto agitado y comenzó a murmurar de forma inarticulada, y el propietario inmediatamente decidió que era viuda —de guerra, desde luego, porque las demás viudas eran viejas— y que había sido un tonto por no haberlo supuesto.

—Oh, lo siento —dijo, poniéndose rojo hasta la raíz de su cabello claro—. No pretendía..., ejem, ejem...

Recorrió con los ojos el recibo que había escrito.

—Sí, creo que así está bien —dijo, levantándose y dándoselo—. Ahora —añadió, cogiendo los seis billetes que ella le ofrecía al tiempo que sonreía, ya que resultaba agradable contemplar a Mrs. Arbuthnot— yo soy más rico y usted más feliz. Yo tengo el dinero y usted tiene San Salvatore. Me pregunto qué es mejor.

—Yo creo que usted lo sabe —dijo Mrs. Arbuthnot con su dulce sonrisa.

Él se rio y le abrió la puerta. Era una pena que la entrevista se hubiera terminado. Le habría gustado pedirle que almorzara con él. Ella le recordaba a su madre, a su niñera, a todas las cosas buenas y reconfortantes, además de poseer el atractivo de no ser ni su madre ni su niñera.

—Espero que le guste la vieja casa —dijo, reteniendo un momento su mano en la puerta. El tacto mismo de su mano, incluso a través del guante, era tranquilizador; era el tipo de mano, pensó, que les gustaría apretar a los niños en la oscuridad—. Sabe usted, en abril es sencillamente una masa de flores. Y además está el mar. Debe usted vestir de blanco. Encajará muy bien. Hay varios retratos de usted allí.

—¿Retratos?

—Virgenes, ya sabe. Hay una en las escaleras realmente idéntica a usted.

Mrs. Arbuthnot sonrió y se despidió y le dio las gracias. Inmediatamente, y sin el menor problema, le había colocado en la categoría correspondiente: era un artista, y de temperamento efervescente.

Le dio la mano y se marchó, y él deseó que no lo hubiera hecho. Cuando se hubo marchado, supuso que debería haber pedido esas referencias, aunque sólo fuera porque a ella le parecería tan poco profesional no hacerlo, pero antes habría insistido en pedir referencias de una santa con aureola que de esa dama seria y dulce.

Rose Arbuthnot.

Su carta, en la que le pedía la cita, estaba sobre la mesa.

Bonito nombre.

Esa dificultad, por lo tanto, estaba superada. Pero todavía quedaba la otra, el efecto verdaderamente devastador del gasto sobre los ahorros, y particularmente sobre los de Mrs. Wilkins, cuyo tamaño, comparado con los de Mrs. Arbuthnot, era como el del huevo de un chorlito respecto al de un pato; y esta a su vez fue superada gracias a la visión concedida a Mrs. Wilkins, en la que se le revelaban los pasos a dar para su superación. Una vez obtenido San Salvatore —el nombre, hermoso y religioso, las fascinaba—, ellas a su vez pondrían un anuncio en la columna de los Anuncios Personales de *The Times*, y buscarían a dos damas más, de deseos similares a los suyos, que se unieran a ellas y compartieran los gastos.

La presión sobre los ahorros se reduciría inmediatamente de la mitad a un cuarto. Mrs. Wilkins estaba dispuesta a derrochar toda su hucha en la aventura, pero se daba cuenta de que, si esta llegaba a costar incluso seis peniques por encima de sus noventa libras, su posición sería terrible. Cómo iba a ir después a Mellersh y decirle «Tengo una deuda». Ya sería lo suficientemente terrible si alguna circunstancia la obligaba a decir «No tengo ahorros», pero en tal caso se vería por lo menos respaldada por el conocimiento de que los ahorros habían sido suyos. Por lo tanto, aun dispuesta a derrochar hasta su último penique en la aventura, no estaba dispuesta a derrochar en ella ni un solo cuarto de penique cuya propiedad no pudiera demostrar; y creía que, si su parte de la renta se reducía a tan sólo quince libras, tendría un margen seguro para los demás gastos. También podían economizar mucho en la comida, recoger aceitunas de sus árboles y comérselas, por ejemplo, y quizá coger peces.

Desde luego, como se hicieron notar mutuamente, podían reducir la renta hasta una suma casi insignificante aumentando el número de personas a compartir; podía tener a seis damas más en vez de dos, visto que había ocho camas. Pero, suponiendo que las ocho camas estuvieran distribuidas por parejas en cuatro cuartos, encontrarse encerradas de noche con una extraña no sería exactamente lo que estaban buscando. Además, pensaron que quizá, al haber tantas, no sería tan tranquilo. Después de todo, iban a San Salvatore para encontrar paz y descanso y alegría, y seis damas más, sobre todo si se introducían en el dormitorio de una, podrían interferir ligeramente con eso.

De cualquier manera, sólo parecía haber en ese momento dos damas en toda Inglaterra con algún deseo de unirse a ellas, ya que únicamente recibieron dos respuestas a su anuncio.

—Bueno, sólo queremos dos —dijo Mrs. Wilkins, recuperándose rápidamente, ya que se había imaginado una gran avalancha.

—Yo opino que habría estado bien poder elegir —dijo Mrs. Arbuthnot.

—Lo dice porque así no tendríamos que haber aceptado a Lady Caroline Dester.

—Yo no he dicho eso —protestó Mrs. Arbuthnot con suavidad.

—No necesitamos que venga —dijo Mrs. Wilkins—. Una sola persona nos ayudaría mucho con el alquiler. No estamos obligadas a tener dos.

—Pero ¿por qué no la íbamos a aceptar? Verdaderamente, parece corresponder muy

bien a lo que queremos.

—Sí, eso parece por su carta —dijo Mrs. Wilkins dubitativa.

Tenía la impresión de que se sentiría terriblemente tímida ante Lady Caroline. Por increíble que pueda parecer, visto cómo los miembros de la aristocracia se infiltran en todas partes, Mrs. Wilkins no se había encontrado nunca con uno de ellos.

Entrevistaron a Lady Caroline, y entrevistaron a la otra aspirante, una tal Mrs. Fisher.

Lady Caroline vino al club en Shaftesbury Avenue, y dio la impresión de que un único y gran afán la absorbía por completo, el afán de alejarse de todas las personas a las que había conocido jamás. Cuando vio el club, y a Mrs. Arbuthnot y a Mrs. Wilkins, tuvo la certeza de que había encontrado exactamente lo que quería. Estaría en Italia, un lugar que adoraba; no estaría en hoteles, unos lugares que odiaba; no estaría viviendo con amigos, una gente que le disgustaba; y estaría en compañía de desconocidos que jamás mencionarían ni siquiera una sola persona que ella conociera, por la sencilla razón de que no se habían tropezado, no se podían haber tropezado y no se tropezarían con ellos. Hizo algunas preguntas sobre la cuarta mujer, y las respuestas le parecieron satisfactorias. Mrs. Fisher, de Prince of Wales Terrace. Una viuda. Ella tampoco conocería a ninguno de sus amigos. Lady Caroline no sabía ni siquiera dónde estaba Prince of Wales Terrace.

—Está en Londres —dijo Mrs Arbuthnot.

—¿De verdad? —dijo Lady Caroline.

Todo parecía sumamente descansado.

Mrs. Fisher no pudo ir al club porque, les explicó por carta, no podía andar sin un bastón; por lo tanto, Mrs. Arbuthnot y Mrs. Wilkins fueron a verla.

—Pero, si no puede venir al club, ¿cómo puede ir a Italia? —se preguntó Mrs. Wilkins, en voz alta.

—Eso lo oiremos de sus propios labios —dijo Mrs. Arbuthnot.

De los labios de Mrs. Fisher sólo oyeron, en respuesta a sus preguntas discretas, que estar sentada en un tren no era pasearse; y eso ya lo sabían. Exceptuando el bastón, sin embargo, parecía ser un cuatro muy conveniente: tranquila, educada, mayor. Era mucho mayor que ellas o que Lady Caroline —Lady Caroline las había informado de que tenía veintiocho años—, pero no tan vieja como para haber abandonado su disposición a la actividad. Era muy respetable, sin duda, y todavía vestía completamente de negro, aunque su marido había muerto, les dijo, hacía once años. Su casa estaba llena de fotografías autografiadas de ilustres victorianos muertos, a todos los cuales había conocido, dijo, cuando era pequeña. Su padre había sido un distinguido crítico, y por su casa habían pasado prácticamente todas las personalidades del mundo de las letras y el arte. Carlyle le había fruncido el ceño; Matthew Arnold la había tenido sobre sus rodillas; Tennyson se había reído sonoramente de ella por la longitud de su trenza. Les enseñó animadamente las fotos, colgadas de las paredes por todas partes, señalando las firmas con su bastón, y no dio ninguna información sobre su marido ni pidió ninguna sobre los maridos de sus visitantes; lo cual supuso un gran alivio. De hecho, parecía pensar que ellas también eran viudas, ya que al preguntar quién iba a ser la cuarta dama, y al ser informada de que era una tal Lady Caroline Dester, dijo: «¿Ella también es viuda?». Y cuando le explicaron que no lo era, porque todavía no había estado casada, observó afable y abstraída: «Todo a su tiempo».

Pero la abstracción misma de Mrs. Fisher —y parecía estar absorta sobre todo en las interesantes personas que había conocido y en sus fotos conmemorativas, y una gran parte de la entrevista estuvo ocupada por anécdotas evocadoras de Carlyle, Meredith, Matthew

Arnold, Tennyson y otros muchos—, su misma abstracción constituía una recomendación. Sólo pedía, dijo, que la permitieran sentarse tranquilamente al sol y recordar. Mrs. Arbuthnot y Mrs. Wilkins no pedían más de las que iban a compartir con ellas el castillo. Su idea del socio perfecto era alguien que se sentara tranquilo al sol y recordara, volviendo en sí lo suficiente los sábados por la noche como para pagar su parte. Mrs. Fisher también era muy aficionada a las flores, les dijo, y en una ocasión cuando estaba pasando un fin de semana con su padre en Box Hill...

—¿Quién vivía en Box Hill? —interrumpió Mrs. Wilkins, que estaba pendiente de las reminiscencias de Mrs. Fisher, profundamente excitada por el hecho de conocer a alguien que había sido realmente íntima de todos los verdadera y efectiva e indudablemente grandes; los había visto de verdad, les había oído hablar, los había tocado.

Mrs. Fisher la miró ligeramente sorprendida por encima de las gafas. Mrs. Wilkins, en su ansia por arrancar rápidamente el meollo de los recuerdos de Mrs. Fisher, ante el temor de que en cualquier momento Mrs. Arbuthnot se la llevara sin que ella hubiera oído ni la mitad, había interrumpido ya varias veces con preguntas que a Mrs. Fisher le parecían ignorantes.

Meredith, desde luego —dijo Mrs. Fisher con cierta sequedad—. Me acuerdo sobre todo de un fin de semana —prosiguió—. Mi padre me llevaba con frecuencia, pero siempre recuerdo este fin de semana en particular...

—¿Conoció usted a Keats? —interrumpió impaciente Mrs. Wilkins.

Mrs. Fisher, tras una pausa, dijo con una reserva agridulce que no había trabado conocimiento ni con Keats ni con Shakespeare.

—Oh, claro... ¡qué estupidez la mía! —exclamó Mrs. Wilkins, ruborizándose profundamente—. Es que... —se hizo un lío—, es que, de alguna manera, los inmortales parecen estar todavía vivos, ¿no?, como si estuvieran aquí, y fueran a entrar en el cuarto dentro de un momento, y a uno se le olvida que están muertos. De hecho, una sabe perfectamente bien que no están muertos, ni mucho menos tan muertos como usted y yo incluso ahora —le aseguró a Mrs. Fisher, que la observaba por encima de las gafas.

—Me pareció *ver* a Keats el otro día —prosiguió incoherente Mrs. Wilkins, empujada por la mirada de Mrs. Fisher por encima de sus gafas—. En Hampstead, cruzando la calle delante de esa casa, ya sabe, la casa donde vivía...

Mrs. Arbuthnot dijo que se tenían que marchar.

Mrs. Fisher no hizo nada por evitarlo.

—Me pareció verle *de verdad* —protestó Mrs. Wilkins, rogando primero a la una y luego a la otra que la creyeran, mientras ráfagas de color se sucedían sobre su rostro, y totalmente incapaz de detenerse debido a las gafas de Mrs. Fisher y a la mirada fija que la contemplaba por encima de ellas—. Creo que le vi *de verdad*, iba vestido con un...

Incluso Mrs. Arbuthnot la miró ahora, y con su voz más dulce dijo que se les haría tarde para comer.

Fue al llegar a este punto cuando Mrs. Fisher pidió referencias. No deseaba encontrarse encerrada durante cuatro semanas con alguien que veía cosas. Es cierto que en San Salvatore había tres cuartos de estar, además del jardín y las almenas, por lo que habría oportunidades para apartarse de Mrs. Wilkins; pero resultaría desagradable para Mrs. Fisher si, por ejemplo, a Mrs. Wilkins se le ocurría afirmar de repente que veía a Mr. Fisher. Mr. Fisher estaba muerto; mejor que se quedara así. No deseaba oír que estaba paseando por el jardín. La única referencia que en realidad deseaba, al ser demasiado anciana y ocupar su lugar en el mundo con la suficiente firmeza para que le preocuparan los socios dudosos, era

una relativa a la salud de Mrs. Wilkins. ¿Era su salud totalmente normal? ¿Era una mujer común, sensata, corriente? Mrs. Fisher pensaba que bastaría con una única dirección para poder averiguar lo que necesitaba. Por lo tanto pidió referencias, y sus visitantes parecieron tan sorprendidas —de hecho, Mrs. Wilkins se calmó inmediatamente— que añadió:

—Es lo habitual.

Mrs. Wilkins fue la primera en recobrar el habla.

—Pero —dijo—, ¿no somos nosotras las que deberíamos pedir las de usted?

Y esta también le pareció a Mrs. Arbuthnot la actitud correcta. Eran ellas, más bien, las que estaban admitiendo a Mrs. Fisher en su grupo, y no Mrs. Fisher quien las estaba introduciendo en él.

Por toda respuesta Mrs. Fisher, apoyándose en su bastón, fue hasta el escritorio y con mano firme escribió tres nombres y se los ofreció a Mrs. Wilkins, y los nombres eran tan respetables, aún más, eran tan trascendentales, casi tan egregios, que su simple lectura era suficiente. El Presidente de la Real Academia, el Arzobispo de Canterbury y el Gobernador del Banco de Inglaterra: ¿quién se atrevería a molestar a semejantes personajes durante sus meditaciones con indagaciones sobre si una amiga femenina suya era todo lo que tenía que ser?

—Me conocen desde pequeña —dijo Mrs. Fisher; todo el mundo parecía haber conocido a Mrs. Fisher desde o en su niñez.

—No creo que las referencias sean algo en absoluto agradable entre, entre mujeres corrientes y decentes —estalló Mrs. Wilkins, con la valentía que le daba el estar, como se sentía, acorralada; ya que sabía muy bien que la única referencia que podía dar sin meterse en problemas era Shoolbred, y no confiaba mucho en ella, ya que se basaría por completo en el pescado de Mellersh—. No somos comerciantes. No es necesario que desconfiemos entre nosotras...

Y Mrs. Arbuthnot dijo, con una dignidad que al mismo tiempo era dulzura:

—Me temo que la atmósfera que las referencias introducen de hecho en nuestro plan de vacaciones no se corresponde exactamente con lo que deseamos, y no creo que aceptemos las tuyas ni que le demos ninguna nosotras. Por lo tanto, supongo que no deseará unirse a nosotras.

Y extendió la mano para despedirse.

Entonces Mrs. Fisher, desviando su mirada hacia Mrs. Arbuthnot, que inspiraba confianza y simpatía incluso en los empleados del Metro, sintió que sería una idiotez perder la oportunidad de estar en Italia en las especiales condiciones que se le ofrecían, y que entre ella y esta mujer de frente tranquila serían sin duda capaces de reprimir a la otra cuando tuviera sus ataques. Por lo tanto, dijo, al tiempo que cogía la mano que Mrs. Arbuthnot le ofrecía:

—Muy bien. Renuncio a las referencias.

Renunció a las referencias.

Las dos, mientras caminaban hasta la estación de Kensington High Street, no podían evitar pensar que esta forma de expresarlo era arrogante. Incluso Mrs. Arbuthnot, a la que siempre le sobraban excusas para los deslices, pensó que Mrs. Fisher podía haber usado otras palabras; y Mrs. Wilkins, para cuando llegó a la estación, y el paseo y el forcejeo sobre la acera mojada con los paraguas de los demás hubieron calentado su sangre, sugirió de hecho renunciar a Mrs. Fisher.

—Si hay que hacer alguna renuncia, seamos nosotras las que la hagamos —dijo con vehemencia.

Pero Mrs. Arbuthnot, como de costumbre, sujetó a Mrs. Wilkins; y poco después, tras haberse enfriado en el tren, Mrs. Wilkins anunció que Mrs. Fisher encontraría su sitio en San Salvatore.

—La *veo* encontrando su sitio allí —dijo, con los ojos muy brillantes.

Después de lo cual Mrs. Arbuthnot, sentada con sus tranquilas manos cruzadas, estudió mentalmente cuál sería la mejor manera de ayudar a Mrs. Wilkins a no ver tanto; o por lo menos, si tenía que ver, a que viera en silencio.

IV

Se había dispuesto que Mrs. Arbuthnot y Mrs. Wilkins, viajando juntas, llegarían a San Salvatore la noche del 31 de marzo —el propietario, que les explicó cómo ir hasta allí, comprendió su poca inclinación a comenzar su estancia en él el 1 de abril—, y Lady Caroline y Mrs. Fisher, que no habían sido presentadas todavía y que por lo tanto no tenían ninguna obligación de aburrirse mutuamente durante el viaje, ya que sólo hacia el final descubrirían quiénes eran a través de un proceso de eliminación, llegarían la mañana del 2 de abril. De esta manera, todo estaría cuidadosamente preparado para las dos que, a pesar de la igualdad del reparto, parecían sin embargo tener algo de huéspedes.

Hacia finales de marzo se produjeron algunos incidentes desagradables, cuando Mrs. Wilkins, con el corazón en la boca y una expresión mezcla de culpa, terror y determinación, le dijo a su marido que había sido invitada a Italia, y él rehusó creerlo. Por supuesto que rehusó creerlo. Nadie había invitado nunca antes a su mujer a Italia. No había precedentes. Exigió pruebas. La única prueba era Mrs. Arbuthnot, y Mrs. Wilkins la había presentado; pero ¡tras qué súplicas, tras qué persuasión apasionada! Porque Mrs. Arbuthnot no había imaginado que tendría que enfrentarse a Mr. Wilkins y decirle cosas que faltaban a la verdad, y esto le hizo darse cuenta de algo que había sospechado durante algún tiempo, que cada vez se estaba alejando más de Dios.

De hecho, todo el mes de marzo estuvo lleno de momentos desagradables y de inquietud. Fue un mes agitado. La conciencia de Mrs. Arbuthnot, que años de contemplaciones habían vuelto hipersensible, no podía conciliar lo que estaba haciendo con sus elevados criterios de lo que estaba bien. No la dejaba en paz. La acosaba durante sus plegarias. Interrumpía sus súplicas de consejo divino con preguntas desconcertantes, tales como «¿No eres una hipócrita? ¿Lo dices en serio? Sinceramente, ¿no te desilusionaría si se te concediera esa plegaria?».

El tiempo húmedo y frío, que se prolongaba, estaba también de parte de su conciencia, al ocasionar entre los pobres muchos más enfermos de lo habitual. Tenían bronquitis; tenían fiebres; sus miserias no tenían límite. Y allí estaba ella marchándose, gastando un dinero precioso en marcharse, simple y llanamente para ser feliz. Una mujer. Una sola mujer feliz, y estas multitudes patéticas...

Era incapaz de mirar al vicario de frente. Él no sabía, nadie sabía, lo que iba a hacer, y desde el principio mismo se sintió incapaz de mirar a nadie de frente. Se excusó de dar discursos solicitando dinero. ¿Cómo podía ponerse de pie y pedir dinero a la gente cuando ella se iba a gastar tanto en su propio placer egoísta? Tampoco la ayudaba o tranquilizaba el hecho de que, al haber llegado a decirle a Frederick, en su deseo de compensar lo que estaba derrochando, que le agradecería si le pudiera dar algún dinero, él le había dado inmediatamente un cheque por valor de 100 libras. No preguntó nada. Ella se ruborizó. Él la miró un momento y después apartó la vista. Era un alivio para Frederick que cogiera algo de dinero. Ella lo donó todo inmediatamente a la organización con la que trabajaba, y se encontró más enredada que nunca en sus dudas.

Mrs. Wilkins, por el contrario, no tenía dudas. Estaba totalmente segura de que tener unas vacaciones era una cosa de lo más apropiada, y que gastarse en ser feliz los ahorros que una había trabajosamente juntado era algo completamente correcto y hermoso.

—Piensa en lo agradable que será cuando volvamos —le dijo a Mrs. Arbuthnot,

animando a esa dama pálida.

No, Mrs. Wilkins no tenía dudas, pero tenía miedos; y marzo fue también para ella un mes intranquilo, mientras veía regresar todos los días al inconsciente Mr. Wilkins a su cena y comer su pescado en el silencio de la seguridad supuesta.

Además, las cosas suceden de una forma tan inoportuna. Es realmente asombroso, lo inoportunamente que suceden. Mrs. Wilkins, que tuvo mucho cuidado durante todo este mes de darle a Mellersh sólo la comida que le gustaba, comprándola y revoloteando sobre su preparación con un celo superior al normal, tuvo tanto éxito que Mellersh se sintió satisfecho; definitivamente satisfecho; tan satisfecho que empezó a pensar que quizá, después de todo, se había casado con la esposa apropiada en vez de, como había sospechado con frecuencia, con la equivocada. El resultado fue que el tercer domingo de marzo —Mrs. Wilkins había tomado la temblorosa decisión de que el cuarto domingo, al haber cinco en ese mes de marzo y ser el quinto aquel en el que ella y Mrs. Arbuthnot iban a ponerse en marcha, le contaría a Mellersh lo de su invitación—, el tercer domingo, pues, tras una comida muy bien cocinada en la que el budín de Yorkshire se había deshecho en su boca y la tarta de melocotón había sido tan perfecta que se la había terminado, Mellersh, fumando su cigarro junto al fuego que ardía alegremente mientras ráfagas de granizo golpeaban la ventana, dijo:

—Estoy pensando en llevarte a Italia para Pascua —e hizo una pausa para su arrebatado de asombro y agradecimiento.

No se produjo ninguno. El silencio en el cuarto, exceptuando el granizo que golpeaba las ventanas y el vivo crepitar del fuego, era total. Mrs. Wilkins no podía hablar. Se había quedado sin habla. El domingo siguiente era el día en el que había tenido la intención de anunciarle sus planes, y no había preparado siquiera el tipo de palabras con que lo haría.

Mr. Wilkins, que no había estado en el extranjero desde antes de la guerra, y estaba advirtiéndole con una repugnancia cada vez mayor, al sucederse las semanas de viento y lluvia, lo peculiar y persistentemente pésimo que era el tiempo, había concebido poco a poco el deseo de alejarse de Inglaterra para Pascua. Le iba muy bien en su negocio. Podía permitirse un viaje. Suiza era inservible en abril. Había algo familiar en la Pascua en Italia. Iría a Italia; y, como provocaría comentarios si no se llevaba a su mujer, tenía que llevársela; además, resultaría útil; una segunda persona siempre era útil en un país cuyo lenguaje no se hablaba para sujetar las cosas, para esperar con el equipaje.

Había esperado una explosión de gratitud y excitación. Su ausencia resultaba increíble. No podía haber oído, decidió. Probablemente estaba absorta en alguna ridícula fantasía. Era lamentable lo infantil que seguía siendo.

Giró la cabeza —sus sillas estaban frente al fuego— y la miró. Estaba contemplando fijamente el fuego, y sin duda era el fuego el motivo de lo encendido de su rostro.

—Estoy pensando —repitió, elevando su voz clara y culta y hablando con acritud, ya que la falta de atención en un momento semejante era deplorable— en llevarte a Italia para Pascua. ¿No me has oído?

Sí, le había oído, y había estado asombrándose ante la extraordinaria coincidencia —realmente extraordinaria—, estaba a punto de decirle que, que la habían invitado, una amiga la había invitado, también en Pascua —la Pascua era en abril ¿no?—, su amiga tenía una... tenía una casa allí.

De hecho, Mrs. Wilkins, empujada por el terror, la culpa y la sorpresa, había estado

más incoherente que de costumbre, si eso era posible.

Fue una tarde terrible. Mellersh, profundamente indignado, además de ver cómo lo que había proyectado como un regalo se volvía contra él, la interrogó con la máxima severidad. Exigió que rechazara la invitación. Le exigió que, dado que la había aceptado tan escandalosamente sin consultarle, debería escribir y anular su consentimiento. Al encontrarse enfrentado a un escollo de obstinación insospechado y sorprendente en ella, se negó entonces a creer que de ninguna manera la hubieran invitado a Italia. Rehusó creer en esa Mrs. Arbuthnot, de la cual no había oído hablar nunca hasta ese momento; y sólo cuando la dulce criatura fue traída —con tantas dificultades, con un deseo tan grande por su parte de renunciar a todo antes que decirle a Mr. Wilkins algo distinto a la verdad— y confirmó en persona las afirmaciones de su mujer, fue él capaz de darles crédito. No podía evitar creer a Mrs. Arbuthnot. Esta produjo sobre él el efecto exacto que tenía sobre los empleados del Metro. No necesitó decir prácticamente nada. Pero eso le daba lo mismo a su conciencia, que sabía, y no le dejaba olvidar que le había dado a Mr. Wilkins una impresión incompleta. «¿Ves tú —preguntaba su conciencia— alguna diferencia real entre una impresión incompleta y una mentira completamente expresada? Dios no ve ninguna».

El resto de marzo fue una pesadilla confusa. Tanto Mrs. Arbuthnot como Mrs. Wilkins estaban destrozadas; por mucho que intentaran evitarlo, ambas se sentían extraordinariamente culpables; y cuando la mañana del 30 salieron por fin, no había ningún regocijo en la partida, ninguna sensación de vacaciones.

—Hemos sido demasiado buenas, *excesivamente* buenas —seguía murmurando Mrs. Wilkins mientras recorrían arriba y abajo el andén de Victoria, al haber llegado allí una hora antes de lo necesario—, y por eso nos sentimos como si estuviéramos haciendo algo malo. Estamos acobardadas, ya no somos seres humanos de verdad. Los seres humanos reales no son nunca tan buenos como lo hemos sido nosotras. Oh —apretó sus delgadas manos—, y *pensar* que deberíamos ser tan felices ahora, aquí en la misma estación, y no lo somos, ¡y nos lo están echando a perder sencillamente porque nosotras *les* hemos echado a perder! ¿Qué hemos hecho, qué hemos hecho, me gustaría saber —le preguntó a Mrs. Arbuthnot con indignación—, excepto desear por una vez marcharnos solas y descansar un poco de *ellos*?

Mrs. Arbuthnot, mientras iba y venía pacientemente, no le preguntó a quién se refería al decir *ellos*, porque lo sabía. Mrs. Wilkins se refería a sus maridos, persistiendo en su suposición de que Frederick estaba tan indignado como Mellersh por la partida de su mujer, cuando Frederick ni siquiera sabía que su mujer se había ido.

Mrs. Arbuthnot, que no le mencionaba jamás, no había dicho nada de todo esto a Mrs. Wilkins. Frederick la afectaba de un modo tan profundo que no podía hablar de él. Se encontraba en medio de un ataque extra de trabajo para terminar otro de esos horribles libros, y las últimas semanas había estado fuera casi ininterrumpidamente, y estaba fuera cuando se marchó. ¿Por qué tendría que decírselo con antelación? Estaba tan tristemente segura de que él no pondría ninguna objeción a nada de lo que ella hiciera, que se limitó a escribirle una nota y la colocó en la mesa del salón, lista para que la viera si y cuando volviera a casa. Le decía que se iba un mes de vacaciones, ya que necesitaba un descanso y no había tenido uno desde hacía mucho tiempo, y que Gladys, la eficiente doncella, tenía órdenes para ocuparse de su bienestar. No decía a dónde iba; no había ninguna razón para hacerlo; a él no le interesaría, no le importaría.

El día era horrible, borrascoso y húmedo; la travesía fue atroz, y se marearon mucho. Pero, después de haberse mareado mucho, el simple hecho de llegar a Calais y dejar

de estar mareadas supuso la felicidad, y fue allí donde el auténtico esplendor de lo que estaban haciendo comenzó por primera vez a calentar sus almas entumecidas. Mrs. Wilkins fue la primera en sentir sus efectos, y desde ella se expandió como una llama de color rosa sobre su pálida compañera. Mellersh en Calais —donde se repusieron con unos lenguados, ya que Mrs. Wilkins deseaba comer un lenguado que Mellersh no estuviera probando—, Mellersh en Calais había empezado ya a disminuir y a parecer menos importante. Ninguno de los mozos franceses le conocía; ni a uno solo de los funcionarios de Calais le importaba Mellersh un comino. En París no hubo tiempo para pensar en él, porque su tren llegó con retraso y cogieron por los pelos el tren para Turín en la Gare de Lyon; y por la tarde del día siguiente, cuando entraron en Italia, Inglaterra, Frederick, Mellersh, el vicario, los pobres, Hampstead, el club, Shoolbred, todas y cada una de las personas y las cosas, toda la dolorida e inflamada monotonía, se habían difuminado hasta adquirir la consistencia de un sueño.

V

Estaba nublado en Italia, lo cual les sorprendió. Habían esperado un sol radiante. Pero no importaba; era Italia, e incluso las nubes tenían un aspecto próspero. Ninguna de las dos había estado nunca antes allí. Ambas miraban por las ventanillas con una expresión embelesada. Las horas volaron mientras fue de día, y tras esto vino la excitación de acercarse, de estar muy cerca, de llegar. En Génova había empezado a llover —¡Génova! Figúrate, estar realmente en Génova, ver su nombre escrito en la estación como si fuera cualquier otro nombre—, en Nervi estaba diluviando, y cuando por fin hacia medianoche, ya que el tren llegó de nuevo con retraso, alcanzaron Mezzago, la lluvia estaba cayendo en lo que parecían ser láminas compactas. Pero era Italia. Hiciera el tiempo que hiciera, estaría bien. La misma lluvia era diferente: una lluvia recta, que caía como debía sobre el paraguas de uno; no esa cosa inglesa en ráfagas violentas que penetraba en todas partes. Y se paraba; y cuando lo hiciera, se podría contemplar con sorpresa la tierra cubierta de rosas.

Mr. Briggs, el propietario de San Salvatore, había dicho: «Se bajan en Mezzago y luego cogen un coche». Pero había olvidado algo que sabía muy bien, es decir, que los trenes en Italia llegan a veces con retraso, y había imaginado que sus inquilinas llegarían a Mezzago a las ocho y encontrarían toda una fila de simones entre los que elegir.

El tren llegó con cuatro horas de retraso, y cuando Mrs. Arbuthnot y Mrs. Wilkins descendieron casi a gatas, como si fuera una escala, los altos peldaños de su vagón para penetrar en el diluvio negro, arrastrando con las faldas grandes charcos húmedos y cubiertos de hollín, porque sus manos estaban llenas de maletas, si no hubiera sido por la vigilancia de Domenico, el jardinero de San Salvatore, no habrían encontrado nada en lo que poder viajar. Todos los simones corrientes hacía mucho que se habían retirado. Domenico, previendo esto, había mandado el simón de su tía, conducido por el hijo de esta, su sobrino; y su tía y su simón vivían en Castagneto, el pueblo agazapado a los pies de San Salvatore, y por lo tanto, por muy tarde que llegara el tren, el simón no se atrevería a regresar a casa sin contener lo que había sido enviado a recoger.

El nombre del primo de Domenico era Beppo, y este no tardó mucho en surgir de la oscuridad en la que Mrs. Arbuthnot y Mrs. Wilkins se encontraban, indecisas sobre el siguiente paso a dar después de que el tren hubiera continuado viaje, ya que no podían ver a ningún mozo y tenían la impresión de que se hallaban no tanto sobre un andén como obstruyendo el paso.

Beppo, que las había estado buscando, surgió de la oscuridad con una especie de salto y les habló a gritos en italiano. Beppo era un joven de lo más respetable, pero no tenía aspecto de serlo, sobre todo no en la oscuridad, y llevaba un sombrero chorreante caído sobre un ojo. No les gustó la forma en que se apoderó de sus maletas. No podía ser un mozo, pensaron. Sin embargo, pronto distinguieron en su charla torrencial las palabras San Salvatore, y a partir de ese momento siguieron diciéndoselas, ya que era el único italiano que sabían, mientras se apresuraban tras él, dispuestas a no perder de vista sus maletas, tropezándose con los raíles y los charcos hasta el lugar en el que, parado en la carretera, había un simón pequeño y alto.

La capota estaba subida, y el caballo estaba en una actitud meditativa. Se subieron a él, y el instante mismo en que se encontraron dentro —de hecho, apenas se podía afirmar que Mrs. Wilkins estuviera dentro— el caballo se despertó sobresaltado de sus sueños e

inmediatamente comenzó a ir a toda prisa hacia casa; sin Beppo; sin las maletas.

Beppo salió disparado detrás de él, haciendo resonar la noche con sus gritos, y agarró justo a tiempo las riendas colgantes. Explicó con orgullo, y en su opinión con total claridad, que el caballo siempre hacía eso, al ser un hermoso animal lleno de maíz y de sangre, y cuidado por él, Beppo, como si fuera su propio hijo, y las señoras no debían alarmarse —se había dado cuenta que estaban aferradas la una a la otra—; pero, a pesar de su claridad, y sonoridad, y de la profusión de palabras que empleó, las señoras se limitaron a contemplarle con una mirada vacía.

No obstante, él siguió hablando, mientras apilaba las maletas alrededor suyo, seguro de que antes o después tendrían que entenderle, sobre todo porque se esforzaba mucho en hablar muy alto e ilustrar todo lo que decía con los más sencillos gestos de aclaración, pero ambas siguieron limitándose a mirarle. Los rostros de las dos, se fijó compasivo, estaban pálidos y fatigados, y las dos tenían unos ojos grandes y cansados. Eran señoras hermosas, pensó, y sus ojos, mirándole por encima de las maletas y observando cada movimiento suyo —no había baúles, sólo cantidades de maletas— eran como los ojos de la Madre de Dios. Lo único que decían las señoras, y lo repetían a intervalos regulares, incluso después de haberse puesto en marcha, dándole ligeros golpecitos para llamar su atención sobre ello mientras él estaba sentado en su pescante, era:

—¿San Salvatore?

Y cada vez él contestaba a gritos, en tono alentador:

—*Sì, sì*, San Salvatore.

—Desde luego, no *sabemos* si nos está llevando allí —dijo por fin Mrs. Arbuthnot en voz baja, después de haber viajado lo que les parecía un tiempo muy largo, y haber dejado los adoquines de la ciudad envuelta en sueño y encontrarse sobre una carretera tortuosa con lo que parecía ser un muro bajo a su izquierda, más allá del cual había un gran vacío negro y el sonido del mar. A su derecha había algo cercano y escarpado y alto y oscuro: rocas, se susurraron la una a la otra; rocas inmensas.

—No, no lo *sabemos* —reconoció Mrs. Wilkins, al tiempo que un ligero escalofrío recorría su espina dorsal.

Se sentían muy intranquilas. Era tan tarde. Estaba tan oscuro. La carretera era tan solitaria. Y si se salía una rueda. Y si se encontraban con fascistas, o con lo contrario de los fascistas. Cómo se arrepentían ahora de no haber dormido en Génova y haber venido la mañana siguiente a la luz del día.

—Pero eso habría sido el uno de abril —dijo Mrs. Wilkins, en voz baja.

—Lo es ahora —dijo Mrs. Arbuthnot en un susurro.

—Así es —murmuró Mrs. Wilkins.

Enmudecieron.

Beppo se volvió desde su pescante —una costumbre preocupante ya observada, puesto que era evidente que su caballo debía ser vigilado de cerca— y de nuevo se dirigió a ellas con lo que estaba convencido era la lucidez misma, nada de *patois*, y los movimientos explicativos más claros posibles.

Cómo deseaban que sus madres las hubieran hecho aprender italiano de niñas. Ojalá pudieran decir ahora «Por favor, dese la vuelta y siéntese correctamente y vigile el caballo». No sabían ni siquiera cómo se decía caballo en italiano. Semejante ignorancia era despreciable.

Su ansiedad era tal que, al ver que la carretera se retorció bordeando grandes rocas sobresalientes, y a su izquierda sólo estaba el muro bajo para impedir que se fueran al mar

en caso de que ocurriera algo, ellas también empezaron a gesticular, agitando sus manos en dirección a Beppo, señalando hacia delante. Querían que se diera la vuelta de nuevo y mirara hacia el caballo, nada más. Él pensó que querían que condujera más deprisa; y siguieron diez minutos espantosos, durante los cuales —o al menos eso suponía— las estuvo complaciendo. Estaba orgulloso de su caballo, y este podía ir muy deprisa. Se levantó en su asiento, el látigo restalló, el caballo se abalanzó hacia adelante, las rocas saltaron hacia ellas, el pequeño simón se bamboleó, las maletas se zarandearon, Mrs. Arbuthnot y Mrs. Wilkins se agarraron. Continuaron de esta manera, bamboleándose, zarandeándose, traqueteando, abrazándose, hasta que en un punto cercano a Castagneto hubo una cuesta en la carretera, y al alcanzar el pie de la cuesta el caballo, que se conocía cada metro del camino, se detuvo súbitamente, haciendo que se amontonara todo lo que había en el simón, y a continuación prosiguió al más lento de los pasos.

Beppo se giró para recibir su admiración, riendo orgulloso de su caballo.

No hubo ninguna risa por parte de las hermosas señoras en respuesta a la suya. Sus ojos, fijos en él, parecían más grandes que nunca, y sus rostros se veían lechosos contra la negrura de la noche.

Pero aquí, una vez que subieron la cuesta, por lo menos había casas. Las rocas se acababan, y había casas; el muro bajo se acababa, y había casas; el mar se retiraba, y su sonido se detenía, y la soledad de la carretera se acababa. Ninguna luz en ningún lado, desde luego, nadie que les viera pasar; y sin embargo, Peppo, cuando comenzaron las casas, tras mirar por encima de su hombro y gritarles a las señoras «Castagneto», se levantó una vez más y restalló su látigo y obligó de nuevo al caballo a lanzarse hacia delante.

«Llegaremos dentro de un momento», dijo Mrs. Arbuthnot para sí, mientras se agarraba.

«Falta poco para que paremos», dijo Mrs. Wilkins para sí, mientras se agarraba. No dijeron nada en voz alta, porque no se habría oído nada por encima del restallar del látigo y del traqueteo de las ruedas y de los ruidos estrepitosos e incitantes que Beppo le hacía a su caballo.

Aguzaron ansiosas la vista intentando adivinar cualquier indicio del comienzo de San Salvatore.

Habían supuesto y esperado que, tras una cantidad razonable de pueblo, una arcada medieval se dibujaría sobre ellas, y a través suyo entrarían en un jardín y se detendrían frente a una puerta abierta y acogedora de la que saldría la luz a raudales y donde estarían aquellos criados que, según el anuncio, quedaban en ella.

En cambio, el simón se detuvo de repente.

Escudriñando el exterior pudieron ver que se encontraban todavía en la calle del pueblo, con casas pequeñas y oscuras a ambos lados; y Beppo, tirando las riendas por encima del lomo del caballo como si esta vez estuviera completamente convencido de que este no iría más lejos, se bajó del pescante. En ese mismo instante, un hombre y varios chicos a medio criar, surgidos aparentemente de la nada, aparecieron a ambos lados del simón y comenzaron a sacar las maletas.

—No, no, San Salvatore, San Salvatore —exclamó Mrs. Wilkins, intentando sujetar el mayor número posible de maletas.

—*Sì, sì*, San Salvatore, San Salvatore —gritaron todos al mismo tiempo, mientras tiraban.

—Esto *no puede* ser San Salvatore —dijo Mrs. Wilkins, volviéndose hacia Mrs. Arbuthnot, que permanecía sentada muy quieta mirando cómo se llevaban las maletas de su

lado con la misma paciencia que aplicaba a males menores. Sabía que no había nada que hacer si estos hombres malvados estaban decididos a llevarse sus maletas.

—No creo que pueda serlo —admitió, y no pudo evitar sentir un momento de admiración ante los caminos del Señor. ¿Había sido realmente traída hasta aquí, ella y la pobre Mrs. Wilkins, después de lo que les había costado arreglarlo, de las dificultades y preocupaciones, siguiendo senderos tan tortuosos y engaños y mentira, sólo para las...?

Frenó sus pensamientos, y le dijo con suavidad a Mrs. Wilkins, mientras los jóvenes harapientos desaparecían en la noche con las maletas y el hombre con el farol ayudaba a Beppo a quitarle la manta, que estaban las dos en las manos de Dios; y por primera vez, al oír esto, Mrs. Wilkins tuvo miedo.

No tenían otra alternativa más que bajarse. Era inútil intentar seguir sentadas en el simón exclamando San Salvatore. Cada vez que lo decían, y sus voces eran cada vez más débiles, Beppo y el otro hombre se limitaban a repetirlo con una serie de fuertes gritos. Desearon haber aprendido italiano de pequeñas. Desearon poder decir «Queremos que nos conduzcan hasta la puerta». Pero ni siquiera sabían cómo se decía puerta en italiano. Una ignorancia semejante no era sólo despreciable, era, ahora se daban cuenta, definitivamente peligrosa. Sin embargo, no servía de nada lamentarse ahora. No servía de nada aplazar lo que les iba a ocurrir intentando seguir sentadas en el simón. Por lo tanto, se bajaron.

Los dos hombres les abrieron los paraguas y se los dieron. Esto les proporcionó un pequeño estímulo, ya que no podían creer que si estos hombres fueran malvados se detendrían a abrir paraguas. Después, el hombre con el farol les hizo señas para que le siguieran, mientras hablaba alto y deprisa, y vieron que Beppo se quedaba detrás. ¿Deberían pagarle? No, pensaron, si las iban a robar y quizá asesinar. Sin duda no se pagaba en una ocasión semejante. Además, después de todo no las había traído a San Salvatore. Evidentemente, el sitio al que habían llegado era otro. Tampoco demostró el menor deseo de que le pagaran; dejó que se alejaran en la noche sin la más mínima reclamación. Esto, no podían evitar pensarlo, era una mala señal. No pedía nada porque muy pronto iba a conseguir mucho.

Llegaron a unos escalones. La carretera se terminaba de forma abrupta frente a una iglesia y unos escalones que descendían. El hombre sujetó el farol bajo para que vieran los escalones.

—¿San Salvatore? —dijo Mrs. Wilkins una vez más, muy débilmente, antes de entregarse a los escalones. Era inútil mencionarlo ahora, desde luego, pero no podía descender escalones en completo silencio. Estaba segura de que ningún castillo medieval se había construido nunca al fondo de unos escalones.

De nuevo, sin embargo, llegó como un eco el grito de respuesta:

—*Sì, sì*, San Salvatore.

Descendieron cautelosamente, sujetando sus faldas igual que si las fueran a necesitar en otra ocasión y no hubieran terminado con toda probabilidad para siempre con ellas.

Los escalones finalizaban en un camino de pendiente inclinada con losas planas de piedra en el centro. Resbalaban mucho sobre estas losas húmedas, y el hombre con el farol, mientras hablaba alto y deprisa, las sujetó. Su forma de sujetarlas era atenta.

—Quizá —dijo Mrs. Wilkins en voz baja a Mrs. Arbuthnot— después de todo no pase nada.

—Estamos en manos de Dios —dijo Mrs. Arbuthnot de nuevo; y de nuevo Mrs. Wilkins sintió miedo.

Alcanzaron el fondo de la pendiente, y la luz del farol parpadeó por encima de un espacio abierto rodeado de casas por tres costados. El mar formaba el cuarto lado, bañando perezosamente los guijarros con su movimiento.

—San Salvatore —dijo el hombre, señalando con su farol a una masa negra que se curvaba alrededor del agua como un brazo alargado para rodearla.

Forzaron la vista. Vieron la masa negra, y en su extremo una luz.

—¿San Salvatore? —repetieron ambas con incredulidad, ya que ¿dónde estaban las maletas, y por qué las habían obligado a bajarse del simón?

—*Sì, sì*, San Salvatore.

Recorrieron algo que parecía ser un muelle, justo al borde del agua. Aquí no había ni siquiera un muro bajo, nada que impidiera al hombre con el farol hacerlas caer si quería. Sin embargo, no las hizo caer. Quizá después de todo no pasaría nada, sugirió de nuevo, al fijarse en esto, Mrs. Wilkins a Mrs. Arbuthnot, la cual esta vez estaba empezando a pensar que era posible, y no volvió a mencionar las manos de Dios.

La llama vacilante del farol las acompañaba danzarina, reflejada sobre el suelo húmedo del muelle. Lejos, a la izquierda, en la oscuridad y evidentemente al final de un malecón, había una luz roja. Llegaron a una arcada con una pesada verja de hierro. El hombre con la linterna empujó la verja para abrirla. Esta vez subieron escalones en vez de bajarlos, y al llegar arriba encontraron un pequeño sendero que ascendía serpenteante entre flores. No podían ver las flores, pero era evidente que todo el lugar estaba lleno de ellas.

Fue aquí donde Mrs. Wilkins cayó en la cuenta de que quizá la razón por la que el simón no las había conducido hasta la puerta era que no había carretera, sino un sendero. Esto también explicaría la desaparición de las maletas. Empezó a tener fe en hallar sus maletas esperándolas cuando llegaran arriba. Al parecer, San Salvatore se encontraba en la cima de una colina, como correspondía a un castillo medieval. En una curva del sendero vieron por encima de ellas, mucho más cercana ahora y brillando con más fuerza, la luz que habían visto desde el muelle. Le contó a Mrs. Arbuthnot su incipiente creencia, y Mrs. Arbuthnot estuvo de acuerdo en que tenía muchas probabilidades de ser cierta.

Una vez más, pero en esta ocasión en un tono de auténtico optimismo, Mrs. Wilkins dijo, señalando hacia arriba a la silueta negra que se dibujaba contra el cielo sólo ligeramente menos negro.

—¿San Salvatore?

Y una vez más, pero ahora con un tono reconfortante, alentador, llegó la confirmación:

—*Sì, sì*, San Salvatore.

Cruzaron un pequeño puente, sobre lo que parecía ser un barranco, y después vino un trozo llano con hierbas altas a los lados y más flores. Sintieron la hierba, que golpeaba húmeda sus medias, y las flores invisibles llenándolo todo. A continuación subieron de nuevo a través de árboles, siguiendo un camino en zigzag, siempre con el olor de las flores que no podían ver. La lluvia cálida estaba haciendo aflorar todos los aromas. Cada vez subían más en medio de esta dulce oscuridad, y la luz roja en el muelle se alejaba cada vez más por debajo de ellas.

El sendero dio la vuelta hasta el otro lado de lo que parecía ser una pequeña península; el muelle y la luz roja desaparecieron; más allá del vacío a su izquierda se veían luces lejanas.

—Mezzago —dijo el hombre, agitando el farol en dirección a las luces.

—*Sì, sì* —respondieron, ya que para entonces habían aprendido *sì, sì*. A lo cual el

hombre las felicitó por su magnífico italiano con un gran chorro de palabras corteses, de las cuales no entendieron ni una; ya que este era Domenico, el competente y vigilante jardinero de San Salvatore, el sostén y soporte de la casa, el ingenioso, dotado, elocuente, atento, inteligente Domenico. Sólo que ellas todavía no lo sabían; y en la oscuridad, y a veces incluso a la luz, tenía sin duda un aspecto muy parecido al de alguien malvado, con sus rasgos afilados y oscuros y sus movimientos rápidos y felinos.

Atravesaron otro trozo de camino llano, con una forma negra parecida a una muralla alta elevándose por encima de ellas a su derecha, y después el camino volvió a ascender bajo enrejados, y ramas trepadoras de cosas olorosas se engancharon en ellas y les sacudieron gotas de lluvia, y la luz del farol parpadeó sobre unas azucenas, y a continuación vino un tramo de escalones antiguos desgastados por los siglos, y después otra verja de hierro, y entonces se encontraron dentro, aunque seguían subiendo por una tortuosa escalera de piedra con muros viejos a ambos lados, como los muros de las mazmorras, y con un techo en bóveda.

Arriba había una puerta de hierro forjado, y a través suyo brillaba un chorro de luz eléctrica.

—*Ecco* —dijo Domenico, subiendo ágil y veloz los últimos peldaños que quedaban y empujando la puerta para abrirla.

Y allí estaban, llegadas; y era San Salvatore; y sus maletas las estaban esperando; y no las habían asesinado.

Muy solemnes, se contemplaron mutuamente los rostros pálidos y los ojos parpadeantes.

Era un momento importante, maravilloso. Aquí estaban, por fin, en su castillo medieval. Sus pies estaban tocando sus piedras.

Mrs. Wilkins rodeó con el brazo el cuello de Mrs. Arbuthnot y la besó.

—La primera cosa que ocurra en esta casa —dijo suave y solemne— será un beso.

—Querida Lotty —dijo Mrs. Arbuthnot.

—Querida Rose —dijo Mrs. Wilkins, con los ojos rebosantes de alegría.

Domenico estaba encantado. Le gustaba ver a damas hermosas besándose. Les hizo un discurso de bienvenida muy elogioso, y ellas permanecieron cogidas del brazo, sujetándose mutuamente, porque estaban muy cansadas, pestañeando sonrientes en su dirección, y sin entender una sola palabra.

VI

Cuando Mrs. Wilkins se despertó a la mañana siguiente se quedó en la cama unos minutos antes de levantarse y abrir los postigos. ¿Qué vista tendría desde su ventana? ¿Un mundo resplandeciente, o un mundo lluvioso? Pero sería hermoso; fuera lo que fuera, sería hermoso.

Estaba en un pequeño dormitorio de paredes blancas y desnudas, con suelo de piedra y pocos muebles antiguos. Las camas —había dos— eran de hierro, esmaltadas en negro y decoradas con alegres ramos de flores. Permaneció tumbada, retrasando el gran momento de ir hasta la ventana como uno retrasa la apertura de una carta querida, recreándose con ella. No tenía ni idea de la hora que era; había olvidado darle cuerda a su reloj desde la última vez, siglos atrás, que se había acostado en Hampstead. No se oía ningún ruido en la casa, por lo que supuso que sería muy pronto, y sin embargo se sentía como si hubiera dormido mucho tiempo: tal era su sensación de descanso, de satisfacción. Se quedó tumbada con las manos cruzadas detrás de la cabeza pensando lo feliz que era, con los labios arqueados hacia arriba en una sonrisa encantadora. Sola en la cama: qué situación más adorable. Hacía cinco años enteros que no había estado en la cama sin Mellersh ni siquiera una vez; y ¡qué fresca amplitud, qué libertad de movimientos, qué sensación de temeridad, de audacia, al darle un tirón a las sábanas si una quería, o al estrujar las almohadas para estar más cómoda! Era como descubrir un placer completamente nuevo.

Mrs. Wilkins anhelaba levantarse y abrir los postigos, pero allí donde estaba se sentía deliciosamente a gusto. Soltó un suspiro de satisfacción, y continuó tumbada allí mirando a su alrededor, abarcando todo lo que había en su cuarto, su pequeño cuarto, suyo para arreglarlo exactamente como le apeteciera durante este mes bendito, el cuarto comprado con sus ahorros, el fruto de sus cuidadosas privaciones, cuyo cerrojo podía echar si así lo deseaba, y nadie tendría derecho a entrar en él. Era un cuarto tan pequeño y extraño, tan diferente de todos los que había conocido, y tan dulce. Era como una celda. Exceptuando las dos camas, sugería una austeridad feliz. «Y el nombre de la estancia — pensó, citando y sonriéndole al cuarto— era Paz».

Bueno, esto era delicioso, estar allí tumbada pensando en lo feliz que se sentía, pero fuera de esos postigos era todavía más delicioso. Se puso de pie de un salto, se colocó las zapatillas, ya que sobre el suelo de piedra no había nada más que una pequeña alfombra, corrió a la ventana y abrió de par en par los postigos.

—¡*Oh!* —exclamó Mrs. Wilkins.

Todo el resplandor de abril en Italia se extendía reunido a sus pies. El sol la bañaba a raudales. El mar yacía dormido bajo su calor, prácticamente inmóvil. Al otro lado de la bahía las hermosas montañas, exquisitamente diferentes de color, estaban también dormidas en su luz; y bajo la ventana, al fondo de la ladera herbosa, sembrada de flores, en la cual se alzaba la muralla del castillo, había un gran ciprés, que dividía los delicados azules y violetas y rosados de las montañas y el mar como una gran espada negra.

Se quedó mirando fijamente. Tanta belleza; y ella estaba allí para verla. Tanta belleza; y ella estaba viva para sentirla. Su rostro estaba bañado en luz. Aromas encantadores ascendían hasta la ventana y la acariciaban. Una brisa diminuta agitó suavemente su pelo. A lo lejos, en la bahía, un enjambre casi inmóvil de barcas de

pescadores revoloteaba como una bandada de pájaros blancos sobre el mar sereno. ¡Qué hermoso, qué hermoso! No haberse muerto antes de esto..., que se le hubiera permitido ver, respirar, sentir esto... Lo contempló fijamente, con los labios entreabiertos. ¿Feliz? Qué palabra más pobre, corriente, cotidiana. Pero ¿qué se podía decir, cómo se podía describir? Era como si sintiera la necesidad de salir de sí misma, como si fuera demasiado pequeña para contener tanta alegría, como si estuviera inundada de luz. Y resultaba tan asombroso sentir esta dicha total, ya que allí estaba, sin hacer ni tener la intención de hacer una sola cosa desinteresada, sin ir a hacer nada que no quisiera hacer. Según todas las personas que había conocido a lo largo de su vida, habría debido tener por lo menos remordimientos. No tenía ni un remordimiento. Algo fallaba en alguna parte. Era asombroso que en casa hubiera sido tan buena, tan terriblemente buena, y sólo hubiera conseguido sentirse atormentada. Allí los remordimientos de todo tipo habían sido el pan suyo de cada día; molestias, dolores, desalientos, mientras ella mantenía una generosidad constante. Ahora se había desembarazado de toda su bondad y la había abandonado como una pila de ropa empapada, y lo único que sentía era alegría. Se había despojado de la bondad, y disfrutaba de su desnudez. Estaba completamente desnuda y exultante. Y allí, alejado en la bruma borrosa de Hampstead, estaba Mellersh enfadado.

Intentó imaginarse a Mellersh, intentó verle desayunando y teniendo pensamientos amargos sobre ella; y he aquí que el propio Mellersh comenzó a relucir, a volverse de un tono rosado, de un delicado violeta, de un azul encantador, algo informe, irisado. De hecho Mellersh, tras temblar un momento, se desvaneció en la luz.

«*Vaya*» pensó Mrs. Wilkins, siguiéndole, como si dijéramos, con la mirada. Resultaba extraordinario no ser capaz de imaginarse a Mellersh; ella, que solía conocer de memoria cada rasgo, cada expresión suya de memoria. Sencillamente no conseguía verle como era. Sólo era capaz de verle transfigurado en belleza, fundido en armonía con todo lo demás. Las palabras familiares de la acción de gracias le vinieron espontáneamente a la mente, y se descubrió bendiciendo a Dios por haberla creado, protegido, y por todas las cosas buenas de esta vida, pero sobre todo por su amor inestimable; en voz alta; en un arranque de agradecimiento. Mientras que Mellersh, que en ese momento se estaba calzando las botas de mal humor antes de salir a la calle empapada, estaba, en efecto, teniendo pensamientos amargos sobre ella.

Comenzó a vestirse, eligiendo ropa blanca y luminosa en honor del día estival, al tiempo que deshacía sus maletas y arreglaba su adorable cuartito. Iba y venía con paso rápido y decidido, manteniendo erguido el cuerpo largo y delgado, y el pequeño rostro, tan fruncido en casa por el esfuerzo y el miedo, se había suavizado. Todo lo que había sido y hecho antes de esta mañana, todo lo que había sentido y la había preocupado, había desaparecido. Cada una de sus preocupaciones se comportó como lo había hecho la imagen de Mellersh, y se disolvió en luz y color. Y se fijaba en cosas en las que durante años no se había fijado; cuando se estaba peinando frente al espejo se fijó en su cabello y pensó: «*Vaya*, qué bonito». Durante años había olvidado que tenía una cosa llamada cabello, trenzándolo por las noches y destrenzándolo por las mañanas con las mismas prisas y la misma indiferencia con que se ataba y desataba los zapatos. Ahora de repente lo vio, y lo enrolló alrededor de sus dedos frente al espejo, y se alegró de que fuera tan bonito. Mellersh tampoco podía haberlo visto, porque no lo había mencionado nunca. Bueno, cuando volviera a casa, le llamaría la atención sobre él. «Mellersh —diría—, mira mi cabello. ¿No estás contento de tener una mujer cuyo pelo es como la miel ensortijada?».

Se rio. Nunca hasta ahora le había dicho nada semejante a Mellersh, y la idea le

divirtió. Pero ¿por qué no lo había hecho? Oh, sí; solía tenerle miedo. Qué extraño, tenerle miedo a nadie; y sobre todo al propio marido, al que una veía en sus momentos más sencillos, como, por ejemplo, dormido, y sin respirar como es debido por la nariz.

Cuando estuvo lista, abrió la puerta para cruzar a ver si Rose, que la noche antes había sido instalada por una doncella soñolienta en una celda frente a la suya, estaba despierta. Le daría los buenos días, y luego correría abajo y permanecería con ese ciprés hasta que el desayuno estuviera preparado, y tras el desayuno no echaría ni siquiera un vistazo por una ventana hasta haber ayudado a Rose a prepararlo todo para Lady Caroline y Mrs. Fisher. Había tanto que hacer ese día, mientras se instalaban y arreglaban los cuartos; no tenía que dejar que Rose lo hiciera sola. Lo dispondrían todo precioso para las dos que iban a venir, les tendrían preparada una encantadora visión de pequeñas celdas resplandecientes de flores. Recordó haber deseado que Lady Caroline no viniera; ¡qué curioso, querer dejar a alguien fuera del paraíso porque pensaba que se sentiría cohibida! Como si tuviera importancia que se sintiera de ese modo, y como si ella fuera ni remotamente tan tímida como para cohibirse. Además, menuda razón. En esta cuestión no podía reprocharse el ser bondadosa. Y recordó que tampoco había querido tener a Mrs. Fisher, porque le había parecido arrogante. Qué extraño por su parte. Qué curioso, preocuparse de cosas tan pequeñas, convirtiéndolas en importantes.

Los dormitorios y dos de los cuartos de estar de San Salvatore se encontraban en el piso superior, y daban a un amplio salón con una gran ventana de cristal en el lado norte. En San Salvatore abundaban los pequeños jardines en lugares diferentes y a diferentes niveles. El jardín sobre el que se abría esta ventana estaba construido en la parte más alta de las murallas, y sólo se podía alcanzar a través del correspondiente salón espacioso del piso inferior. Cuando Mrs. Wilkins salió de su habitación, esta ventana estaba abierta de par en par, y por ella, al sol, se veía un árbol de Judas completamente en flor. No había señales de nadie, ningún ruido de voces o pasos. Había barreños llenos de calas repartidos por el suelo de piedra, y sobre una mesa llameaba un inmenso ramo de narcisos ardientes. Espacioso, florido, silencioso, con la gran ventana del fondo abierta al jardín, y el árbol de Judas absurdamente hermoso al sol, le pareció a Mrs. Wilkins, detenida al cruzar de camino hacia Mrs. Arbuthnot, demasiado bueno para ser verdad. ¿Iba realmente a vivir un mes entero en medio de esto? Hasta ahora había tenido que coger sobre la marcha la poca belleza a su alcance, arrancando pequeños trozos cuando la encontraba; una mancha de margaritas en un campo de Hampstead un día bonito, un destello de atardecer entre dos chimeneas. No había estado nunca ni siquiera en una casa venerable; y algo como la abundancia de flores en sus habitaciones resultaba para ella inalcanzable. A veces, en primavera, había comprado en Shoolbred's seis tulipanes, incapaz de resistirse a ellos, consciente de que, si Mellersh supiera lo que habían costado, lo consideraría imperdonable; pero se habían marchitado pronto, y después no había habido más. En lo que respecta al árbol de Judas, no tenía ni la más remota idea de lo que era, y lo contempló allí fuera, recortado contra el cielo, con la expresión extasiada de alguien que tiene una visión celestial.

Mrs. Arbuthnot, al salir de su habitación, se la encontró así, de pie en medio del salón mirando fijamente.

«¿Qué será lo que cree ver ahora?», pensó Mrs. Arbuthnot.

—*Estamos* en manos de Dios —dijo Mrs. Wilkins, volviéndose hacia ella y hablando con total convicción.

—¡Oh! —exclamó Mrs. Arbuthnot rápidamente, mientras su rostro, cubierto de sonrisas al salir del cuarto, se ensombrecía—. Vaya, ¿qué ha sucedido?

Porque Mrs. Arbuthnot se había despertado con una deliciosa sensación de seguridad, de alivio, y no quería descubrir que después de todo no se había librado de la necesidad de cobijarse. Ni siquiera había soñado con Frederick. Por primera vez desde hacía años había sido dispensada del sueño de todas las noches en el que él estaba con ella, en el que se hablaban con el corazón en la mano, y de su miserable despertar. Había dormido como un niño, y se había levantado segura de sí misma; había descubierto que lo único que deseaba decir en su plegaria matutina era «gracias». Resultaba desconcertante oír que seguía estando en manos de Dios.

—¿Espero que no haya sucedido nada? —preguntó con ansiedad.

Mrs. Wilkins la miró un momento y rio.

—Qué curioso —dijo, mientras la besaba.

—¿Qué es lo que es curioso? —preguntó Mrs. Arbuthnot, al tiempo que su rostro se serenaba ante la risa de Mrs. Wilkins.

—Nosotras. Esto. Todo. Es todo tan maravilloso. Es tan gracioso y tan encantador que estemos en ello. Yo creo que cuando lleguemos por fin al paraíso —ese del que hablan tanto— no lo encontraremos ni una pizca más hermoso.

Mrs. Arbuthnot se relajó hasta alcanzar de nuevo la seguridad sonriente.

—¿No es divino? —dijo.

—¿Has sido tan feliz nunca, jamás en tu vida? —preguntó Mrs. Wilkins, cogiéndola del brazo.

—No —dijo Mrs. Arbuthnot. Y no lo había sido; nunca jamás; ni siquiera en sus primeros días de noviazgo con Frederick. Porque en esa otra felicidad el dolor siempre había estado al alcance de la mano, dispuesto a torturarla con dudas, a torturarla incluso con el exceso mismo de su amor; mientras que esta era la felicidad sencilla de la armonía total con lo que la rodeaba, la felicidad que no pide nada, que se limita a aceptar, a respirar, a ser.

—Vayamos a mirar de cerca ese árbol —dijo Mrs. Wilkins—. No me creo que pueda ser simplemente un árbol.

Y, cogidas del brazo, atravesaron el salón, y sus maridos no las habrían reconocido, sus rostros tan jóvenes por la impaciencia, y juntas se quedaron de pie frente a la ventana abierta, y cuando sus ojos, tras haberse deleitado en el maravilloso objeto rosa, vagaron más allá entre las bellezas del jardín, vieron, sentada sobre el muro bajo en su extremo oriental, contemplando la bahía, con los pies entre las lilas, a Lady Caroline.

Se quedaron estupefactas. Su asombro fue tal que no dijeron nada, sino que permanecieron muy quietas, cogidas del brazo, mirándola fijamente desde arriba.

Ella también llevaba un vestido blanco, y su cabeza estaba descubierta. No se habían dado cuenta en absoluto, ese día en Londres, con el sombrero calado hasta la nariz y las pieles hasta las orejas, de que era tan guapa. Simplemente habían pensado que era diferente de las demás mujeres del club, al igual que lo habían hecho esas mismas mujeres, y al igual que lo habían hecho las camareras, que la miraban de reojo y la volvían a mirar al pasar por la esquina en la que estaba sentada hablando; pero no se habían dado cuenta en absoluto de que fuera tan guapa. Era extraordinariamente guapa. Todo en ella era lo que era de un modo superlativo. Su cabello rubio era muy rubio, sus preciosos ojos grises eran muy preciosos y muy grises, sus pestañas oscuras eran muy oscuras, su piel blanca era muy blanca, su boca roja era muy roja. Era de una esbeltez extravagante; apenas un hilo de joven, aunque no le faltaban bajo el vestido ligero las pequeñas curvas donde deberían encontrarse las pequeñas curvas. Estaba mirando al otro lado de la bahía, y aparecía

claramente recortada contra el fondo del azul vacío. Se hallaba a pleno sol. Sus pies se balanceaban entre las hojas y las flores de las lilas como si no importara que se doblaran o dañaran.

—Debería dolerle la cabeza —susurró por fin Mrs. Arbuthnot—, sentada allí al sol de esa manera.

—Debería tener un sombrero —susurró Mrs. Wilkins.

—Está pisando las lilas.

—Pero son tan suyas como nuestras.

—Sólo un cuarto.

Lady Caroline volvió la cabeza. Alzó la vista y las miró un momento, sorprendida al verlas mucho más jóvenes de lo que habían parecido ese día en el club, y mucho menos vulgares. De hecho, en realidad resultaban casi bastante atractivas, si es que alguien podía resultar realmente atractivo con la ropa equivocada. Sus ojos, contemplándolas rápidamente por encima, apreciaron cada centímetro de cada una de ellas en el medio segundo transcurrido antes de sonreír y agitar la mano y exclamar «Buenos días». Se dio cuenta enseguida de que no se podía esperar nada interesante con respecto a sus ropas. No lo pensó de manera consciente, ya que estaba experimentando una violenta reacción contra la ropa bonita y la esclavitud que impone, dado que, de acuerdo con su experiencia, en el instante en que una se la ponía, le cogía de la mano y no la dejaba en paz hasta haber estado en todas partes y haber sido vista por todos. Una no llevaba su ropa a las fiestas; ella te llevaba. Era totalmente erróneo pensar que una mujer, una mujer realmente bien vestida, gastaba su ropa; era la ropa la que agotaba a la mujer, arrastrándola por ahí a todas horas del día y de la noche. No era de extrañar que los hombres permanecieran jóvenes más tiempo. Unos pantalones nuevos no representaban excitación suficiente. No podía suponer que ni siquiera los pantalones más nuevos llegaran nunca a comportarse así, desbocándose. Sus imágenes eran desordenadas, pero pensaba como quería, utilizando las imágenes que le gustaban. Cuando se bajó del muro y se acercó a la ventana, le pareció relajante saber que iba a pasar un mes entero con gente vestida como recordaba remotamente que vestía la gente hacia cinco veranos.

—Llegué ayer por la mañana —dijo, alzando la mirada y sonriendo. Era realmente fascinante. Lo tenía todo, incluso un hoyuelo.

—Es una pena —dijo Mrs. Arbuthnot, devolviéndole la sonrisa—, porque íbamos a elegir el cuarto más bonito para usted.

—Oh, si yo ya lo he hecho —dijo Lady Caroline—. Por lo menos, creo que es el más bonito. Tiene vistas a dos lados; adoro los cuartos que miran a dos lados, ¿ustedes no? Al mar hacia el oeste, y a este árbol de Judas hacia el norte.

—Y teníamos la intención de decorárselo con flores —dijo Mrs. Wilkins.

—Oh, Domenico se encargó de eso. Se lo dije en cuanto llegué. Es el jardinero. Es maravilloso.

—Está muy bien, desde luego —dijo Mrs. Arbuthnot, algo vacilante—, ser independiente, y saber exactamente lo que se quiere.

—Sí, ahorra problemas —estuvo de acuerdo Lady Caroline.

—Pero la independencia no debe ser tan grande —dijo Mrs. Wilkins— que no deje a los demás ninguna oportunidad de ejercitar su generosidad con uno.

Lady Caroline, que había estado mirando a Mrs. Arbuthnot, miró ahora a Mrs. Wilkins. Ese día en ese club peculiar sólo había recibido una impresión borrosa de Mrs. Wilkins, ya que había sido la otra la que lo había dicho todo, y su impresión había sido de

alguien tan tímido, tan torpe, que era preferible no prestarle atención. No había sido ni siquiera capaz de decir adiós en condiciones, sufriendo mientras lo hacía, poniéndose roja, sudando. Por tanto, ahora la miró un tanto sorprendida; y se sorprendió todavía más cuando Mrs. Wilkins añadió, contemplándola con la más sincera admiración y hablando de hecho con una convicción que se negaba a permanecer en silencio:

—No me di cuenta de que era usted *tan* guapa.

Scrap miró fijamente a Mrs. Wilkins. Por regla general no se lo decían de una forma tan inmediata y rotunda. A pesar de lo profusamente que estaba acostumbrada a ello — imposible no estarlo después de veintiocho sólidos años—, le sorprendió que se lo dijeran con semejante franqueza, y una mujer.

—Es muy amable por su parte opinar así —dijo.

—Vaya, usted es encantadora —dijo Mrs. Wilkins—. Realmente encantadora de verdad.

—Espero —dijo Mrs. Arbuthnot agradablemente— que le saque el máximo partido.

Entonces Lady Caroline miró fijamente a Mrs. Arbuthnot.

—Oh, sí —dijo—. Le saco el máximo partido. Lo llevo haciendo desde que tengo uso de razón.

—Porque —dijo Mrs. Arbuthnot, mientras sonreía y levantaba un dedo amonestador — no durará.

Entonces Lady Caroline empezó a temer que estas dos fueran excéntricas. Si era así, se aburriría. Nada la aburría tanto como las personas que insistían en ser originales, que llegaban y consumían su tiempo y la tenían esperando mientras se dedicaban a ser originales. Y la que la admiraba... Resultaría agotador si la seguía como un perro para poder mirarla. Lo que deseaba de estas vacaciones era una huida total de todo lo que había tenido antes, quería el descanso del contraste absoluto. Que la admiraran, que la siguieran, no era un contraste, era una repetición; y, en lo que se refería a las excéntricas, estar encerrada con dos en la cima de una colina escarpada en un castillo medieval construido expresamente para evitar que se saliera y entrara fácilmente de él, no sería, se temía, particularmente descansado. Quizá debería comportarse de un modo algo menos alentador. Le habían parecido unas criaturas tan tímidas, incluso la morena —no podía recordar sus nombres—, que no había creído peligroso ser amigable. Aquí habían salido de sus conchas; ya; inmediatamente, de hecho. No había ningún indicio de timidez en ninguna de las dos. Si habían salido de sus conchas de una forma tan inmediata, al mismísimo primer contacto, pronto comenzarían a atosigarla, a menos que las controlara, y entonces adiós a su sueño de treinta días descansados y silenciosos, tumbada al sol sin que la molestaran, lamiéndose las heridas, sin que la hablaran, sin que la atendieran, sin que la agarraran y monopolizaran, simplemente recuperándose de la fatiga, de la profunda y melancólica fatiga del exceso.

Además, estaba Mrs. Fisher. A ella también había que controlarla. Lady Caroline se había puesto en camino dos días antes de lo acordado por dos razones: primero, porque deseaba llegar antes que las demás para poder elegir el cuarto o los cuartos que prefiriera, y segundo, porque consideró posible que de otra manera tendría que viajar con Mrs. Fisher. No quería viajar con Mrs. Fisher. No quería llegar con Mrs. Fisher. No veía absolutamente ninguna razón por la que tuviera que tener algo que ver con Mrs. Fisher, ni siquiera por un momento.

Pero, desgraciadamente, Mrs. Fisher también se sentía llena de deseos de llegar a San Salvatore la primera y elegir el cuarto o los cuartos que prefiriera, y después de todo ella y Lady Caroline habían viajado juntas. Ya en Calais habían empezado a sospecharlo;

en París lo temieron; en Modane lo supieron; en Mezzago, lo disimularon, viajando hasta Castagneto en dos simones diferentes, mientras la nariz de uno tocaba prácticamente el lomo del otro durante todo el camino. Pero cuando la carretera se acabó de repente frente a la iglesia y los escalones, resultó imposible seguir huyendo; y, enfrentadas a este final abrupto y difícil de su viaje, no les quedó otro remedio que amalgamarse.

Debido al bastón de Mrs. Fisher, Lady Caroline tuvo que ocuparse de todo. Las intenciones de Mrs. Fisher, explicó esta desde su simón cuando se le hizo patente la situación, eran activas, pero su bastón le impedía ponerlas en práctica. Los dos conductores le dijeron a Lady Caroline que unos muchachos tendrían que transportar el equipaje hasta el castillo, y ella fue a buscar algunos, mientras Lady Fisher esperaba en el simón debido a su bastón. Mrs. Fisher hablaba italiano, pero sólo, explicó, el italiano de Dante, que Matthew Arnold solía leerle cuando era una niña, y creía que podía estar fuera del alcance de los muchachos. Por tanto, Lady Caroline, que hablaba muy bien el italiano corriente, era evidentemente la persona que tenía que ir y arreglar las cosas.

—Estoy en sus manos —dijo Mrs. Fisher, firmemente sentada en su simón—. Por favor, considéreme simplemente como una anciana con un bastón.

Y poco después, mientras bajaban por los escalones y adoquines hasta la plaza, y recorrían el muelle, y subían por el sendero en zigzag, Lady Caroline se vio tan obligada a caminar lentamente al lado de Mrs. Fisher como si se tratara de su abuela.

—Es el bastón —observaba de vez en cuando Mrs. Fisher con satisfacción.

Y cuando descansaron en aquellas curvas del sendero en zigzag en las que estaban los asientos, y Lady Caroline, a la que le habría gustado hacer el resto del camino corriendo y llegar deprisa a la cima, se vio forzada por solidaria compasión a quedarse con Mrs. Fisher debido a su bastón, Mrs. Fisher le contó la vez aquella en que había subido por un sendero en zigzag con Tennyson.

—¿No le parece maravilloso su grillo? —dijo Lady Caroline distraídamente.

—El Tennyson —dijo Mrs. Fisher, volviendo la cabeza y contemplándola un momento por encima de las gafas.

—¿No se lo parece? —dijo Lady Caroline.

—Me estoy refiriendo —dijo Mrs. Fisher— a Alfred.

—Oh —dijo Lady Caroline.

—Y además era un sendero —prosiguió Mrs. Fisher con severidad— curiosamente similar a este. No había eucaliptos, desde luego, pero por todo lo demás se parecía curiosamente a este. Y en una de las curvas se volvió y me dijo —le veo ahora volviéndose y diciéndome—...

Sí, habría que controlar a Mrs. Fisher. Así como a esas dos de allí arriba asomadas a la ventana. Lo mejor sería comenzar inmediatamente. Sentía haberse levantado del muro. Lo único que tenía que haber hecho era agitar la mano, y esperar a que bajaran y salieran al jardín donde ella se encontraba.

Por tanto, ignoró el comentario y el dedo alzado de Mrs. Arbuthnot, y dijo con una frialdad acusada —por lo menos, intentó que sonara acusada— que suponía que irían a desayunar, y que ella ya lo había hecho; pero estaba condenada a que, por muy fríamente que pronunciara sus palabras, estas siempre surgieran en un tono totalmente cálido y agradable. El origen de esto era su voz amable y deliciosa, debida únicamente a una conformación especial de su garganta y de su paladar, y en absoluto relacionada con lo que estaba sintiendo. Por consiguiente, nadie se creía desairado. Era realmente agotador. Y si lanzaba una mirada fría no parecía en absoluto fría, porque sus ojos, de entrada

encantadores, tenían el encanto añadido de unas pestañas muy largas, suaves y oscuras. Ninguna mirada glacial podía salir de unos ojos semejantes; se quedaba enganchada y se perdía en las suaves pestañas, y las personas a las que miraba pensaban simplemente que estaban siendo estudiados con una atención halagadora y exquisita. Y si alguna vez no estaba de humor o se sentía decididamente enfadada —¿y quién no lo estaría a veces en un mundo semejante?— sólo conseguía adoptar un aspecto tan patético que todo el mundo se abalanzaba a consolarla, si era posible por medio de un beso. Era más que agotador, era exasperante. La naturaleza estaba decidida a que su aspecto y su voz fueran angelicales. Le resultaba imposible ser desagradable o grosera sin que se la malinterpretara.

—Tomé el desayuno en el cuarto —dijo, haciendo todo lo posible por sonar brusca—. Quizá las vea después.

Y saludó con la cabeza, y regresó al lugar en el muro donde había estado sentada, sintiendo las lilas agradables y frescas alrededor de sus pies.

VII

Los ojos de Mrs. Wilkins y Mrs. Arbuthnot la siguieron con admiración. No tenían ni la más remota idea de que las había desairado. Sin duda resultaba decepcionante descubrir que se había anticipado a ellas y que no iban a tener la felicidad de prepararse para ella, de observar su rostro cuando llegara y lo viera todo por primera vez, pero todavía quedaba Mrs. Fisher. Se concentrarían en Mrs. Fisher, y observarían en cambio su rostro; sólo que, al igual que todo el mundo, habrían preferido observar el de Lady Caroline.

Quizá, entonces, al mencionar Lady Caroline el desayuno, sería mejor comenzar por tomarlo, ya que había demasiado que hacer ese día para perder más tiempo contemplando el paisaje: entrevistar a los criados, recorrer y examinar la casa y, finalmente, preparar y adornar el cuarto de Mrs. Fisher.

Agitaron sus manos alegremente en dirección a Lady Caroline, que parecía absorta en lo que veía y no les prestó atención, y al volverse para entrar, descubrieron que la doncella de la noche anterior, llevando unas zapatillas de tela y suelas de cuerda, se había acercado sigilosamente por detrás.

Era Francesca, la anciana doncella de la casa, que, según el propietario, llevaba años con él y cuya presencia hacía innecesarios los inventarios; y tras darles los buenos días y esperar que hubieran dormido bien, les dijo que el desayuno estaba listo en el comedor del piso de abajo, y que, si hacían el favor de seguirla, ella las conduciría hasta allí.

No comprendieron una sola palabra de las muchas con que Francesca consiguió envolver esta información tan sencilla, pero la siguieron, porque por lo menos estaba claro que la tenían que seguir, y tras descender las escaleras y atravesar el ancho salón igual al de arriba, excepto por la presencia de unas puertas de cristal al fondo en vez de una ventana sobre el jardín, les hicieron pasar al comedor; donde, sentada en la cabecera de la mesa, desayunando, estaba Mrs. Fisher.

Esta vez exclamaron. Incluso Mrs. Arbuthnot exclamó, aunque su exclamación fue sólo un:

—¡Oh!

Mrs. Wilkins exclamó con mayor profusión.

—¡Vaya, esto es como si le quitaran a uno el pan de la boca! —exclamó Mrs. Wilkins.

—¿Cómo están ustedes? —dijo Mrs. Fisher—. No puedo levantarme debido a mi bastón —y alargó la mano a través de la mesa.

Se adelantaron y la estrecharon.

—No teníamos ni la menor idea de que estuviera usted aquí —dijo Mrs. Arbuthnot.

—Sí —dijo Mrs. Fisher, reanudando su desayuno—. Sí. Estoy aquí —y quitó circunspecta la parte superior de su huevo.

—Es una gran decepción —dijo Mrs. Wilkins—. Teníamos la intención de darle una *gran* bienvenida.

Esta era, recordó Mrs. Fisher, echándole un vistazo, la que cuando vino a Prince of Wales Terrace dijo que había visto a Keats. Debía tener cuidado con esta, frenarla desde el principio.

Por tanto, ignoró a Mrs. Wilkins y dijo con gravedad, inclinando el rostro sobre el huevo con una expresión de calma impenetrable:

—Sí. Llegué ayer con Lady Caroline.

—Es realmente terrible —dijo Mrs. Wilkins, exactamente igual que si no la hubieran ignorado—. Ahora no queda nadie para quien preparar las cosas. Me siento frustrada. Me siento como si me hubieran quitado el pan de la boca justo cuando iba a disfrutar tragándomelo.

—¿Dónde se sentarán? —le preguntó Mrs. Fisher a Mrs. Arbuthnot; marcadamente, a Mrs. Arbuthnot; la comparación con el pan le había parecido de lo más desagradable.

—Oh, gracias... —dijo Mrs. Arbuthnot, al tiempo que se sentaba junto a ella con cierta brusquedad.

Sólo había dos sitios en los que podía sentarse, los sitios preparados a ambos lados de Mrs. Fisher. Por tanto, se sentó en uno, y Mrs. Wilkins se sentó en el otro, frente a ella.

Mrs. Fisher ocupaba la cabecera de la mesa. Alrededor suyo estaban reunidos el café y el té. Por supuesto que todas estaban compartiendo San Salvatore a partes iguales, pero habían sido ella y Lotty, reflexionó vagamente Mrs. Arbuthnot, las que lo habían encontrado, las que se habían afanado para conseguirlo, las que habían decidido admitir en él a Mrs. Fisher. No podía evitar pensar que, sin ellas, Mrs. Fisher no habría estado allí. Desde el punto de vista moral, Mrs. Fisher era un huésped. No había anfitriona en esta fiesta, pero, suponiendo que la hubiera habido, no habría sido Mrs. Fisher, ni Lady Caroline, habría sido ella o Lotty. Mrs. Arbuthnot no pudo evitar pensar esto cuando se sentó, y Mrs. Fisher, con la mano que Ruskin había apretado suspendida por encima de los recipientes que tenía delante de ella, preguntó:

—¿Té o café?

No pudo evitar pensarlo de una manera aún más clara cuando Mrs. Fisher tocó un pequeño gong situado en la mesa junto a ella, como si estuviera acostumbrada a ese gong y a esa mesa desde su niñez, y, al aparecer Francesca, le ordenó en el lenguaje de Dante que trajera más leche. Mrs. Fisher, pensó Mrs. Arbuthnot, tenía un curioso aire de estar al mando; y si ella no hubiera sido tan feliz, quizá le habría importado.

Mrs. Wilkins también se dio cuenta, pero, por toda reacción, su mente divagadora se puso a pensar en cucos. Sin duda habría comenzado inmediatamente a hablar de cucos de un modo incoherente, incontenible y lamentable, de haberse encontrado en el estado de nervios y timidez en que se hallaba la última vez que había visto a Mrs. Fisher. Pero la felicidad había eliminado la timidez; estaba muy tranquila; podía controlar su conversación; no tenía que oírse, horrorizada, mientras decía cosas que no tenía intención de decir al empezar; estaba muy cómoda, y completamente a gusto. La decepción por no poder preparar una bienvenida para Mrs. Fisher había desaparecido inmediatamente, ya que era imposible seguir decepcionada en el paraíso. Tampoco le importaba que se comportara como la anfitriona. ¿Qué más daba? A uno no le preocupaban estas cosas en el paraíso. Por tanto, ella y Mrs. Arbuthnot se sentaron de mejor gana de lo que de otro modo lo habrían hecho, una a cada lado de Mrs. Fisher, y el sol, entrando a raudales por las dos ventanas orientadas al este, al otro lado de la bahía, inundó la habitación, y había una puerta abierta que conducía al jardín, y el jardín estaba lleno de gran cantidad de cosas encantadoras, sobre todo fresias.

El delicado y delicioso perfume de las fresias penetró por la puerta y flotó alrededor de las extasiadas ventanas de la nariz de Mrs. Wilkins. Las fresias en Londres estaban totalmente fuera de su alcance. Alguna que otra vez entraba en una tienda y preguntaba su precio, de forma que tuviera una excusa para levantar un ramo y olerlas, sabiendo perfectamente que era algo terrible, como un chelín por aproximadamente tres flores. Aquí

estaban en todos lados, estallando por cualquier rincón y alfombrando los parterres de rosas. Sería estupendo poder cogerlas a brazadas, si así lo deseaba, mientras la espléndida luz del sol inundaba el cuarto, y llevar el vestido de verano, ¡y que sólo fuera el uno de abril!

—¿Supongo que se da usted cuenta, no, de que hemos llegado al paraíso? —dijo, sonriéndole radiante a Mrs. Fisher con toda la familiaridad de un colega ángel.

«Son considerablemente más jóvenes de lo que había imaginado —pensó Mrs. Fisher—, y ni mucho menos tan corrientes». Y reflexionó un momento, mientras ignoraba la exuberancia de Mrs. Wilkins, sobre su negativa instantánea y agitada a verse comprometidas a dar o recibir referencias aquel día en Prince of Wales Terrace.

Por supuesto, nada la podía afectar; nada de lo que nadie hiciera. Estaba asentada demasiado firmemente en la respetabilidad. A sus espaldas se encontraban imponentes, en una fila tremenda (el uno detrás del otro), esos tres grandes nombres que había ofrecido, y no eran los únicos a los que se podía dirigir en busca de apoyo y sostén. Incluso si estas jóvenes —no tenía ningún motivo para creer que la que estaba en el jardín fuera realmente Lady Caroline Dester, sólo le habían dicho que lo era—, incluso si estas mujeres resultaban ser todas lo que Browning solía llamar —qué bien recordaba su divertida y deliciosa manera de expresar las cosas— aves nocturnas, ¿qué, o de qué manera, podía afectarle a ella? Que volaran de noche si así lo deseaban. Una no había cumplido los sesenta y cinco en vano. En cualquier caso, fuera lo que fuera, sólo duraría cuatro semanas, al final de las cuales no volvería a verlas. Y mientras tanto, había muchos lugares en los que podía sentarse tranquilamente lejos de ellas y recordar. También estaba su cuarto de estar, una habitación encantadora, toda llena de cuadros y muebles color miel, con ventanas que daban al mar en dirección a Génova, y una puerta que se abría a las almenas. La casa poseía dos cuartos de estar, y ella le había explicado a esa hermosa criatura Lady Caroline —desde luego era una criatura hermosa, independientemente de lo que fuera además de eso; Tennyson habría gozado llevándola a dar paseos por los *downs*—, que había mostrado cierta inclinación a apoderarse del de color miel, que ella necesitaba un pequeño refugio sólo para ella debido a su bastón.

—Nadie desea ver a una anciana cojeando por ahí sin parar —había dicho—. Me daré por satisfecha pasando la mayor parte de mi tiempo sola aquí dentro o sentada fuera en esas almenas tan prácticas.

Y su dormitorio era también muy agradable; tenía vistas a dos lados, a través de la bahía al sol de la mañana —le gustaba el sol de la mañana— y sobre el jardín. Había únicamente dos dormitorios de este tipo con vistas cruzadas en la casa, según habían descubierto ella y Lady Caroline, y eran con mucho los más amplios. Cada uno tenía dos camas, y ella y Lady Caroline habían hecho sacar inmediatamente las que sobraban y las habían colocado en dos de las otras habitaciones. De esta manera había mucho más espacio y confort. De hecho, Lady Caroline había convertido el suyo en un cuarto de estar con cama, sacando el sofá de la sala de estar más grande y la mesa de escribir y la silla más cómoda, pero ella no había tenido que hacer eso porque tenía su propio cuarto de estar, equipado con todo lo necesario. En un principio, Lady Caroline había pensado coger el cuarto de estar más grande para su uso particular, porque las otras dos podían perfectamente utilizar el comedor del piso inferior para sentarse entre comidas, y era una habitación muy agradable, con sillas bonitas, pero no le había gustado la forma del cuarto de estar más grande; era una habitación redonda situada en la torre, con unas profundas aspilleras que atravesaban los muros macizos, y un techo abovedado y con nervaduras, con

aspecto de paraguas abierto, y parecía un poco oscura. Indudablemente, Lady Caroline había lanzado miradas codiciosas a la habitación color de miel, y si ella, Mrs. Fisher, se hubiera mostrado menos firme se habría instalado en ella. Lo cual habría sido absurdo.

—Espero —dijo Mrs. Arbuthnot, intentando transmitirle a Mrs. Fisher mientras sonreía que aunque ella, Mrs. Fisher, podía no ser exactamente un huésped, desde luego no era en absoluto una anfitriona— que su habitación sea cómoda.

—Mucho —dijo Mrs. Fisher—. ¿Tomarán un poco más de café?

—No, gracias. ¿Y usted?

—No, gracias. Había dos camas en mi dormitorio, que lo llenaban innecesariamente, e hice que sacaran una. Ahora resulta mucho más conveniente.

—Oh, ¡por *eso* tengo dos camas en mi habitación! —exclamó Mrs. Wilkins, iluminada; la segunda cama de su pequeña celda le había parecido un objeto antinatural e inapropiado desde el momento mismo en que lo había visto.

—No di ninguna indicación —dijo Mrs. Fisher, dirigiéndose a Mrs. Arbuthnot—. Simplemente le pedí a Francesca que se la llevara.

—Yo también tengo dos camas en mi habitación —dijo Mrs. Arbuthnot.

—La segunda suya debe ser de Lady Caroline. Ella también hizo que se la quitaran —dijo Mrs. Fisher—. Parece ridículo tener más camas que ocupantes en una habitación.

—Pero *nosotras* tampoco tenemos ningún marido aquí —dijo Mrs. Wilkins—, y no veo la utilidad de tener camas de más en el dormitorio de una si no se tienen maridos para colocarlos en ellas. ¿No podríamos hacer que se las llevaran también?

—Las camas —respondió Mrs. Fisher con frialdad— no pueden quitarse de un cuarto tras otro. Deben permanecer en algún lugar.

Las observaciones de Mrs. Wilkins le parecían a Mrs. Fisher persistentemente desafortunadas. Cada vez que abría la boca decía algo que hubiera sido mejor no decir. En el círculo de Mrs. Fisher las conversaciones licenciosas sobre maridos no se habían estimulado. En los años ochenta, su época de mayor florecimiento, a los maridos se los tomaba en serio en cuanto únicos obstáculos reales frente al pecado. También las camas, si tenían que ser mencionadas, eran abordadas con precaución; y una reserva decorosa impedía que se hablara nunca al mismo tiempo de ellas y de los maridos.

Se volvió más pronunciadamente que nunca hacia Mrs. Arbuthnot.

—Deje que le sirva un poco más de café —dijo.

—No, gracias. Pero ¿no tomará usted un poco más?

—No, en absoluto. Nunca tomo más de dos tazas en el desayuno. ¿Le apetecería una naranja?

—No, gracias. ¿Y a usted?

—No, no como fruta en el desayuno. Es una costumbre americana que soy ya demasiado vieja para adoptar. ¿Ha tomado todo lo que desea?

—Totalmente. ¿Y usted?

Mrs. Fisher hizo una pausa antes de responder. ¿Constituía esto un hábito, este truco de contestar una pregunta sencilla con la misma pregunta? Si era así, debía ser reprimido, ya que nadie podía vivir cuatro semanas realmente cómoda con alguien que tuviera un hábito.

Echó una mirada a Mrs. Arbuthnot, y su raya en medio y su frente serena la tranquilizaron. No; era la casualidad, no el hábito, la que había originado esos ecos. Antes se habría imaginado a una paloma con hábitos fastidiosos que a Mrs. Arbuthnot. Mientras la examinaba, pensó en la espléndida esposa que habría sido para el pobre Carlyle. Mucho

mejor que esa horrible e inteligente Jane. Le habría aplacado.

—Entonces, ¿nos vamos? —sugirió.

—Déjeme ayudarla —dijo Mrs. Arbuthnot, llena de consideración.

—Oh, gracias, puedo arreglármelas perfectamente. Sólo en ocasiones mi bastón me impide...

Mrs. Fisher se levantó con gran facilidad; Mrs. Arbuthnot había revoloteado inútilmente a su alrededor.

—*Yo voy* a tomar una de estas espléndidas naranjas —dijo Mrs. Wilkins, permaneciendo donde estaba y alargando la mano hacia un cuenco negro lleno a rebosar de naranjas—. Rose, cómo puedes resistirte a ellas. Mira: toma esta. Vamos, tómate esta belleza... —y les mostró una grande.

—No, me voy a ocupar de mis deberes —dijo Mrs. Arbuthnot, mientras se movía hacia la puerta—. Me perdonará por abandonarla, espero —añadió educada dirigiéndose a Mrs. Fisher.

Mrs. Fisher se movió también hacia la puerta; con gran facilidad; casi con rapidez; su bastón no la estorbó en absoluto. No tenía ninguna intención de que la dejaran con Mrs. Wilkins.

—¿A qué hora le gustaría comer? —le preguntó Mrs. Arbuthnot, intentando mantener su posición, si no precisamente como anfitriona, por lo menos como una no-huésped.

—El almuerzo —dijo Mrs. Fisher— es a las doce y media.

—Entonces lo tendrá listo a las doce y media —dijo Mrs. Arbuthnot—. Se lo diré a la cocinera. Tendré que hacer un gran esfuerzo —prosiguió sonriendo—, pero he traído un pequeño diccionario...

—La cocinera —dijo Mrs. Fisher— lo sabe.

—¿Ah, sí? —dijo Mrs. Arbuthnot.

—Sí. Lady Caroline habla el tipo de italiano que las cocineras entienden. Yo no puedo entrar en la cocina debido a mi bastón. E, incluso si fuera capaz de entrar, me temo que no me entenderían.

—Pero... —comenzó Mrs. Arbuthnot.

—¡Pero eso es *realmente* espléndido! —terminó desde la mesa Mrs. Wilkins en su lugar, encantada con estas inesperadas simplificaciones en su vida y en la de Rose—. Vaya, no tenemos absolutamente nada que hacer aquí, ninguna de las dos, excepto ser felices. Usted no se creería —dijo, volviendo la cabeza y hablando directamente a Mrs. Fisher, mientras ambas manos sujetaban trozos de naranja— lo terriblemente buenas que hemos sido Rose y yo durante años sin parar, y lo mucho que necesitamos ahora un descanso absoluto.

Y Mrs. Fisher, al salir de la habitación sin responderla, dijo para sí: «Hay que reprimirla, será reprimida».

VIII

Poco después, cuando, libres de cualquier tarea, Mrs. Wilkins y Mrs. Arbuthnot salieron a pasear fuera y descendieron por los gastados escalones de piedra y a través de la pérgola hasta el jardín inferior, Mrs. Wilkins le dijo a Mrs. Arbuthnot, que parecía pensativa:

—¿No te das cuenta de que si otra persona se ocupa de dar las órdenes eso nos libera?

Mrs. Arbuthnot dijo que se daba cuenta, pero que, no obstante, le parecía bastante ridículo que se lo quitaran todo de las manos.

—Me encanta que me quiten las cosas de las manos —dijo Mrs. Wilkins.

—Pero fuimos nosotras las que encontramos San Salvatore —dijo Mrs. Arbuthnot — y es bastante ridículo que Mrs. Fisher se comporte como si sólo le perteneciera a ella.

—Lo que es bastante ridículo —dijo Mrs. Wilkins muy tranquila— es preocuparse por eso. No soy capaz de ver la más mínima ventaja en estar al mando si el precio es la libertad.

Mrs. Arbuthnot no dijo nada en respuesta a eso por dos razones; la primera, porque estaba impresionada por la notable y creciente calma de la hasta ahora incoherente y excitada Lotty, y la segunda, porque lo que estaba contemplando era extraordinariamente hermoso.

A ambos lados de los escalones de piedra, hasta abajo, había pervincas en flor, y ahora pudo ver lo que había intentado atraparla la noche anterior y había rozado, húmedo y oloroso, su rostro. Era la glicinia. *Glicinias y sol...* recordó el anuncio. Desde luego aquí estaban ambos profusamente representados. La glicinia caía sobre sí misma en su exceso de vitalidad, su prodigalidad de flores; y allí donde la pérgola terminaba, el sol resplandecía sobre unos geranios escarlata, arbustos enteros, y narcisos a montones, y caléndulas tan brillantes que parecían arder, y dragones rojos y rosas, todos superándose los unos a los otros con sus colores brillantes y encendidos. Por detrás de estos llameantes objetos, el terreno descendía en bancales hasta el mar, y cada bancal era un pequeño huerto, donde entre las aceitunas crecían las viñas sobre emparrados, e higueras, y melocotoneros y cerezos. Los cerezos y los melocotoneros estaban en flor, como deliciosas lluvias de blanco y rosa intenso entre la fragilidad temblorosa de las aceitunas; las hojas de la higuera eran lo suficientemente grandes como para oler a higos, las yemas de las parras estaban empezando a asomar ahora. Y bajo estos árboles había grupos de lirios azules y púrpura, y arbustos de lavanda, y cactus grises y afilados, y la hierba estaba sembrada de dientes de león y margaritas, y allí, al fondo, estaba el mar. Parecía como si alguien hubiera arrojado los colores al suelo en cualquier dirección, de cualquier manera; todo tipo de colores, apilados en montones, derramándose en cascadas —parecía realmente que estuvieran vertiendo las pervincas a cada lado de los escalones—, y flores que en Inglaterra crecían únicamente en los arriates, flores orgullosas que allí vivían apartadas, como los grandes lirios azules y la lavanda, se veían empujadas por pequeñas y brillantes plantas comunes, como los dientes de león y las margaritas y las blancas campanillas de la cebolla silvestre, y ello sólo parecía mejorarlas y volverlas más exuberantes.

Permanecieron contemplando en silencio esta masa de belleza, esta confusión feliz, en silencio. No, no importaba lo que hiciera Mrs. Fisher; aquí no; rodeadas de semejante

belleza, no. La turbación de Mrs. Arbuthnot se derritió y desapareció. Al calor y la luz de lo que estaba contemplando, de lo que para ella era una manifestación, una cara totalmente nueva, de Dios, ¿cómo era posible sentirse turbado? Cómo le habría gustado que Frederick estuviera allí con ella, viéndolo también, viéndolo como lo habría visto al principio cuando eran amantes, en los días en que él veía lo que ella veía y amaba lo que ella amaba...

Suspiró.

—No hay que suspirar en el paraíso —dijo Mrs. Wilkins—. No se hace.

—Estaba pensando en cómo se anhela compartir esto con aquellos a los que se ama —dijo Mrs. Arbuthnot.

—No hay que anhelar en el paraíso —dijo Mrs. Wilkins—. Se supone que allí no se echa nada de menos. Y esto *es* el paraíso, ¿no, Rose? Mira cómo han dejado que entrara todo junto —los dientes de león y los lirios, lo vulgar y lo superior, a mí y a Mrs. Fisher—, todo es bienvenido, todo se mezcla de cualquier manera, y salta a la vista que todo es feliz y nosotras lo disfrutamos.

—Mrs. Fisher no parece feliz; por lo menos no de forma visible —dijo Mrs. Arbuthnot sonriendo.

—Pronto empezará, ya lo verás.

Mrs. Arbuthnot dijo que no creía que después de una cierta edad la gente empezara nada.

Mrs. Wilkins respondió que estaba segura de que nadie, por muy viejo e inflexible que fuera, podía resistir los efectos de la belleza total. Antes de que pasaran muchos días, quizá sólo horas, verían cómo Mrs. Fisher reventaba en todo tipo de excesos.

—Estoy prácticamente segura —dijo Mrs. Wilkins— de que hemos llegado al paraíso, y una vez que Mrs. Fisher se dé cuenta de que es ahí donde está, sin duda se comportará de forma diferente. Ya lo verás. Dejará de estar osificada, y se ablandará y será capaz de estirarse, y nos haremos muy..., vaya, no me sorprendería que llegáramos a tomarle mucho cariño.

La idea de que Mrs. Fisher reventara en cualquier cosa, ella, que parecía tan especial y firmemente sujeta dentro de sus botones, hizo reír a Mrs. Arbuthnot. Perdonó la ligereza de Lotty al hablar del paraíso, porque en un lugar semejante, en una mañana semejante, el perdón estaba en el aire mismo. Además, había una buena excusa.

Y Lady Caroline, sentada sobre el muro donde la habían dejado antes del desayuno, asomó la cabeza cuando oyó risas, y las vio debajo de ella de pie en el sendero, y pensó en la suerte que tenía de que estuvieran riéndose allí abajo y no hubieran subido y lo hubieran hecho alrededor suyo. Sentía aversión por las bromas en cualquier momento, pero por la mañana las odiaba; sobre todo de cerca; sobre todo cuando se aglomeraban en sus oídos. Esperaba que las excéntricas fueran a dar un paseo, y no volviendo de uno. Cada vez se reían más. ¿Qué sería lo que encontraban tan gracioso?

Contempló desde arriba las coronillas de sus cabezas con una expresión muy seria, ya que la idea de pasar un mes con reidoras era grave, y ellas, como si hubieran sentido sus ojos, se dieron de repente la vuelta y alzaron la vista.

La terrible cordialidad de esas mujeres...

Rehuyó sus sonrisas y sus saludos, pero no podía rehuir ser vista sin caer en las lilas. No respondió a sus sonrisas ni a sus saludos, y, volviendo los ojos hacia las montañas más lejanas, las inspeccionó cuidadosamente hasta que las dos, cansadas de saludar, se alejaron por el camino y doblaron la esquina y desaparecieron.

Esta vez sí se dieron cuenta de que las habían tratado, cuando menos, con

indiferencia.

—Si no estuviéramos en el paraíso —dijo Mrs. Wilkins con serenidad—, diría que nos habían desairado, pero como nadie desaira a nadie allí es imposible que haya sucedido tal cosa.

—Quizá es desgraciada —dijo Mrs. Arbuthnot.

—Sea lo que sea lo que le pase, aquí lo superará —dijo Mrs. Wilkins con convicción.

—Debemos intentar ayudarla —dijo Mrs. Arbuthnot.

—Oh, pero es que nadie ayuda a nadie en el paraíso. Eso se acabó. Uno no intenta ser, o hacer. Uno simplemente *es*.

Bueno, Mrs. Arbuthnot no deseaba profundizar en eso; aquí no, hoy no. Estaba segura de que el vicario habría calificado la charla de Lotty de ligera, si no profana. Qué viejo parecía desde aquí; un vicario muy muy viejo.

Abandonaron el sendero, y descendieron gateando por los bancales de olivos, más y más abajo, hasta donde, al fondo, el mar caliente y soñoliento iba y venía con suavidad entre las rocas. Allí había un pino que crecía cerca del agua, y se sentaron bajo él, y unos metros más lejos había una barca de pescadores con el fondo verde flotando inmóvil en el agua. Las ondas del mar hacían a sus pies unos ligeros ruidos borboteantes. Entornaron los ojos para poder mirar directamente al torrente de luz que había más allá de la sombra de su árbol. Ráfagas del intenso olor procedente de las agujas de los pinos y de las almohadillas de tomillo silvestre que acolchaban los espacios entre las rocas, y a veces un perfume de miel pura desde una mata de lirios cálidos situada detrás de ellas al sol, pasaban por delante de sus rostros. Muy pronto Mrs. Wilkins se quitó los zapatos y las medias, y dejó que sus pies colgaran en el agua. Tras observarla un momento, Mrs. Arbuthnot hizo lo mismo. Su felicidad fue entonces total. Sus maridos no las habrían reconocido. Dejaron de hablar. Cesaron de mencionar el paraíso. Eran simples cálices de aceptación.

Mientras tanto Lady Caroline, sentada sobre su muro, estaba examinando su posición. El jardín de la cima de la muralla era un jardín delicioso, pero debido a su situación era inseguro y estaba expuesto a interrupciones. En cualquier momento las otras podían venir y desear usarlo, ya que tanto el salón como el comedor tenían puertas que se abrían directamente a él. Quizá, pensó Lady Caroline, podía arreglárselas para que sólo le perteneciera a ella. Mrs. Fisher tenía las almenas, encantadoras y llenas de flores, y una atalaya para ella sola, además de haberle arrebatado la única habitación realmente agradable de toda la casa. Había muchos sitios a los que podían ir las excéntricas; ella misma había visto por lo menos dos pequeños jardines más, y la colina misma sobre la que estaba el castillo era un jardín, con paseos y asientos. ¿Por qué no iba a poder guardarse este lugar nada más que para su uso exclusivo? Le gustaba; era el que más le gustaba. Tenía el árbol de Judas y un pino piñonero, tenía las fresias y las azucenas, tenía un tamarisco que estaba empezando a echar brotes rosa, tenía el cómodo muro bajo para sentarse, tenía desde cada uno de sus tres lados unas vistas asombrosas: al este, la bahía y las montañas; al norte, el pueblo, más allá de la tranquila y transparente agua verde del pequeño puerto, y las colinas salpicadas de casas blancas y huertos de naranjos, y al oeste estaba la delgada lengua de tierra que unía San Salvatore a tierra firme, y después el mar abierto y la costa más allá de Génova, extendiéndose hasta el azul borroso que era Francia. Sí, diría que deseaba tenerlo únicamente para ella. Lo más sensato, evidentemente, era que cada una de ellas tuviera su propio lugar especial para estar separada de las demás. Resultaba esencial para su comodidad poder estar separada, sin que la molestaran ni le hablaran. Las demás,

deberían preferirlo también. ¿Por qué apiñarse? Una ya lo hacía lo suficiente en Inglaterra, con los parientes y amigos —¡oh, y cuántos había!— que la atosigaban continuamente. Al haber conseguido escapar de ellos durante cuatro semanas, ¿por qué seguir apiñándose, y con personas que no tenían ningún derecho en absoluto sobre una?

Encendió un cigarrillo. Comenzó a sentirse segura. Esas dos se habían ido a dar un paseo. No había señales de Mrs. Fisher. Qué agradable era esto.

Alguien salió por las puertas de cristal, en el preciso instante en que estaba aspirando profundamente una bocanada de seguridad. No podía ser Mrs. Fisher, deseosa de sentarse con ella. Mrs. Fisher tenía sus almenas. Debería quedarse allí, ya que se había apoderado de ellas. Resultaría realmente agotador si no lo hacía, y deseaba no sólo tenerlas junto con su cuarto de estar, sino además instalarse en este jardín.

No, no era Mrs. Fisher; era la cocinera.

Frunció el ceño. ¿Iba a tener que seguir encargando la comida? Sin duda, ahora lo haría alguna de esas dos mujeres que saludaban con la mano.

La cocinera, que había estado esperando cada vez más agitada en la cocina, contemplando cómo se acercaba el reloj a la hora de comer mientras ella seguía sin saber en qué iba a consistir el almuerzo, había acudido por fin a Mrs. Fisher, que la había despedido inmediatamente con un movimiento de la mano. Entonces se puso a vagar por la casa buscando a una señora, una cualquiera, que le dijera lo que había que cocinar, y sin encontrar ninguna; y por fin, con las indicaciones de Francesca, que siempre sabía dónde estaba todo el mundo, salió a donde se hallaba Lady Caroline.

Domenico había proporcionado a esta cocinera. Era Costanza, la hermana de ese primo suyo que tenía un restaurante abajo en la plaza. Ayudaba a su hermano a cocinar cuando no tenía otro trabajo, y conocía todos esos platos italianos grasientos y misteriosos preferidos por los trabajadores de Castagneto, que atestaban el restaurante a mediodía, y por los habitantes de Mezzago cuando venían los domingos. Era una solterona descarnada de cincuenta años, ágil, de pelo gris y charla abundante, y Lady Caroline le parecía la persona más hermosa que había visto nunca; y lo mismo pensaba Domenico; y lo mismo pensaba Giuseppe, el chico que ayudaba a Domenico y que, además, era su sobrino; y lo mismo pensaba Angela, la niña que ayudaba a Francesca y que, además era la sobrina de Domenico; y lo mismo pensaba Francesca. Domenico y Francesca, los dos únicos que las habían visto, pensaban que las dos señoras que habían llegado las últimas eran muy bellas, pero comparadas con la joven señora rubia que había llegado la primera eran como velas junto a la luz eléctrica que había sido instalada recientemente, y como las bañeras de lata de los dormitorios junto al maravilloso baño nuevo que el señor había hecho colocar en su última visita.

Lady Caroline miró a la cocinera con gesto malhumorado. El ceño, como de costumbre, se transformó por el camino en algo que parecía ser una expresión de seriedad atenta y hermosa, y Costanza levantó las manos y tomó en voz alta a los santos por testigo de que esta era la imagen exacta de la Madre de Dios.

Lady Caroline le preguntó enfadada qué quería, y la cabeza de Costanza se inclinó a un lado con placer al oír la pura musicalidad de su voz. Dijo, tras esperar un momento por si acaso la música iba a continuar, ya que no deseaba perderse ni una nota, que quería órdenes; había acudido a la madre de la Signorina, pero en vano.

—No es mi madre —negó Lady Caroline airadamente; y su enojo sonó como el sentido lamento de un huérfano melodioso.

Costanza la inundó de compasión. Ella, le explicó, tampoco tenía madre...

Lady Caroline la interrumpió haciéndole saber con sequedad que su madre estaba viva y en Londres.

Costanza alabó a Dios y a los santos porque la joven señora no supiera todavía lo que era quedarse sin madre. Las desgracias ya se abatían sobre una a la velocidad suficiente; sin duda la joven señora ya tenía un marido.

—No —dijo Lady Caroline con una frialdad glacial. Más que las bromas por la mañana odiaba la idea de los maridos. Y todo el mundo se pasaba la vida intentando imponérselos; todos sus parientes, todos sus amigos, todos los periódicos de la tarde. Después de todo, fuera como fuera sólo se podía casar con uno; pero, por la forma en que todo el mundo hablaba, y especialmente aquellas personas que deseaban ser maridos, una hubiera pensado que podía casarse por lo menos con una docena.

Su suave y patético «No» hizo que Costanza, que se encontraba de pie cerca de ella, desbordara simpatía.

—Pobrecita —dijo Costanza, tan conmovida que incluso le dio unas palmaditas de ánimo en el hombro—, no pierda la esperanza. Todavía hay tiempo.

Para comer —dijo Lady Caroline glacialmente, asombrándose mientras hablaba de que le dieran palmaditas, a ella, que se había tomado tantas molestias para venir a un lugar, remoto y escondido, donde pudiera estar segura de que entre otras cosas de carácter igualmente agobiante, tampoco hubiera palmaditas— tomaremos...

Costanza adoptó un aire profesional. La interrumpió con sugerencias, y sus sugerencias eran todas admirables y todas caras.

Lady Caroline no sabía que fueran caras, y las aceptó inmediatamente. Sonaban muy bien. Entre sus componentes había todo tipo de verduras y frutas nuevas, y mucha mantequilla y una gran cantidad de nata y un increíble número de huevos. Costanza dijo con entusiasmo al finalizar, como tributo a esta conformidad, que de entre las muchas damas y caballeros para los que había trabajado de forma temporal como en esta ocasión, prefería a las damas y caballeros ingleses. Hacía más que preferirlos, despertaban en ella auténtica devoción. Porque sabían lo que encargar; no escatimaban; se abstenían de oprimir los rostros de los pobres.

Ante esto Lady Caroline sacó la conclusión de que se había excedido, e inmediatamente anuló la crema.

El rostro de Costanza se ensombreció, ya que tenía un primo que tenía una vaca, y la nata iba a proceder de los dos.

—Y quizá será mejor no encargar pollos —dijo Lady Caroline.

El rostro de Costanza se ensombreció aún más, ya que su hermano el del restaurante criaba pollos en su patio trasero, y muchos de ellos estaban listos para ser sacrificados.

—Tampoco encargue las fresas hasta que no haya consultado a las demás señoras —dijo Lady Caroline, recordando que sólo estaban a uno de abril, y que era quizá posible que la gente que vivía en Hampstead fuera pobre; de hecho, debía ser pobre, o si no, ¿por qué vivían en Hampstead?—. Yo no soy la señora de la casa.

—¿Lo es la señora vieja? —preguntó Costanza, con una cara muy larga.

—No —dijo Lady Caroline.

—¿Cuál de las otras dos señoras lo es?

—Ninguna —dijo Lady Caroline.

Entonces Costanza recuperó su sonrisa, porque la joven señora se estaba divirtiendo con ella y gastando bromas. Se lo dijo así, con su amistoso estilo italiano, y le pareció verdaderamente encantador.

—Nunca hago chistes —dijo Lady Caroline lacónicamente—. Es mejor que se vaya, o desde luego la comida no estará lista para las doce y media.

Y el sonido de estas bruscas palabras fue tan dulce que Costanza tuvo la sensación de que le estaban haciendo amables cumplidos, y olvidó su decepción con la nata y los pollos, y se alejó deshaciéndose en agradecimientos y sonrisas.

—Esto —pensó Lady Caroline— no puede ser. No he venido aquí a llevar la casa, y no lo haré.

Hizo volver a Costanza. Costanza vino corriendo. Le encantaba el sonido de su nombre pronunciado por esa voz.

—He encargado el almuerzo para hoy —dijo Lady Caroline, con la expresión de ángel serio que adoptaba cuando estaba enfadada— y también he encargado la cena, pero a partir de ahora se dirigirá a alguna de las otras damas para recibir órdenes. Yo no doy más.

La idea de que seguiría dando órdenes era totalmente absurda. En casa nunca las daba. Allí nadie soñaba con pedirle que hiciera nada. Era ridículo que aquí la obligaran a realizar una actividad tan agotadora simplemente porque daba la casualidad de que era capaz de hablar italiano. Que dieran las órdenes las excéntricas, si Mrs. Fisher se negaba. Desde luego, Mrs. Fisher era la persona que la Naturaleza había destinado a semejante propósito. Tenía todo el aspecto de un ama de llaves competente. Iba vestida como un ama de llaves, y lo mismo podía decirse de su peinado.

Tras haber lanzado su ultimátum con una acritud que se volvió dulce por el camino, y acompañarlo con un gesto perentorio de despido que tenía la gracia y bondad de una bendición, resultaba molesto que Costanza se limitara a permanecer parada con la cabeza inclinada contemplándola con evidente deleite.

—¡Oh, *váyase!* —exclamó Lady Caroline en inglés, repentinamente exasperada.

Había habido una mosca esa mañana en su dormitorio que se había pegado igual que lo estaba haciendo Costanza; sólo una, pero resultó tan agotadora desde que amaneció que podían haber sido miles. Estaba decidida a posarse en su cara, y ella estaba decidida a que no lo hiciera. Su perseverancia resultaba extraña. La despertó, y no la dejaba que se volviera a dormir. Ella la golpeó, y la mosca la esquivó sin ruido ni esfuerzos y con una suavidad casi visible, y lo único que consiguió fue golpearse a sí misma. Volvió de nuevo inmediatamente, y aterrizó sobre su mejilla con un sonoro zumbido. La golpeó de nuevo y se hizo daño, mientras la mosca se alejaba rasante y airosa. Se enfadó, y se incorporó en la cama y esperó, vigilando para golpearla y matarla. Continuó golpeándola, al final ya con furia y con todas sus fuerzas, como si fuera un enemigo real que intentara deliberadamente volverla loca; y esta esquivaba con elegancia sus golpes, ni siquiera enfadada, para regresar de nuevo al minuto siguiente. En cada ocasión conseguía alcanzar su cara, y era totalmente indiferente a la frecuencia con la que se la ahuyentara. Por eso se había vestido y había salido tan pronto. Ya le había dicho a Francesca que pusiera una red sobre su cama, porque no iba a permitir que la molestaran dos veces de esa manera. Las personas eran exactamente iguales que las moscas. Le habría gustado que existieran también redes para mantenerlas alejadas. Las golpeaba con palabras y malas caras, y, del mismo modo que las moscas, se deslizaban entre sus golpes sin que les afectaran. Eran peores que la mosca, parecían no darse ni siquiera cuenta de que había intentado golpearlas. Por lo menos la mosca se alejaba un momento. Con los seres humanos, la única manera de librarse de ellos era marcharse. Eso era lo que, en su agotamiento, había hecho este mes de abril; y una vez llegada aquí, al ver más de cerca los detalles de la vida en San Salvatore, parecía que tampoco aquí la iban a dejar en paz.

Visto desde Londres no había parecido que hubiera detalles. San Salvatore desde allí tenía el aspecto de un espacio en blanco, vacío y delicioso. Y, sin embargo, tras sólo veinticuatro horas estaba descubriendo que no era en absoluto un espacio en blanco, y que estaba teniendo que defenderse tan activamente como siempre. Ya se le habían pegado mucho. Mrs. Fisher se había pegado prácticamente todo el día anterior, y esta mañana no la habían dejado en paz, ni siquiera diez minutos ininterrumpidamente sola.

Por supuesto, Costanza tuvo finalmente que marcharse, porque tenía que cocinar, pero apenas se acababa de ir cuando vino Domenico. Vino a regar y a atar. Eso era natural, ya que era el jardinero, pero regó y ató todo lo que estaba más próximo a ella; se acercó cada vez más; se excedió regando; ató plantas que estaban tan derechas y tan firmes como una flecha. Bueno, por lo menos era un hombre, y por lo tanto no tan molesto, y su sonriente buenos días fue recibido y contestado con una sonrisa; visto lo cual Domenico olvidó a su familia, a su mujer, a su madre, a sus hijos crecidos y todos sus deberes, y sólo deseó besar los pies de la joven señora.

Desgraciadamente no podía hacerlo, pero podía hablar mientras trabajaba, y eso fue lo que hizo; abundantemente; proporcionando sin cesar todo tipo de información, ilustrando lo que decía con unos gestos tan gráficos que tuvo que dejar en el suelo la regadera, y así retrasar el final del riego.

Lady Caroline lo soportó un tiempo, pero pronto fue incapaz de aguantarlo, y como él no se iba, y ella no le podía decir que lo hiciera, visto que estaba ocupado en el trabajo que le correspondía, una vez más fue ella la que tuvo que hacerlo.

Se levantó del muro y se trasladó al otro lado del jardín, donde, en un cobertizo de madera, había unas cómodas sillas bajas de caña. Lo único que deseaba era girar una de estas dándole la espalda a Domenico y mirando al mar hacia Génova. Algo tan sencillo. Uno habría imaginado que se le permitiría hacerlo sin ser molestada. Pero él, que espiaba cada movimiento suyo, salió disparado tras ella cuando la vio aproximarse a las sillas y se apoderó de una y le pidió que le dijera dónde ponerla.

¿No se libraría nunca de que la atendieran, la pusieran cómoda, le preguntaran dónde quería que pusieran las cosas, de tener que dar las gracias? Fue seca con Domenico, el cual inmediatamente dedujo que el sol le había dado dolor de cabeza, y corrió dentro y le trajo una sombrilla y un cojín y un escabel, y fue hábil, y fue maravilloso, y fue todo un caballero.

Ella cerró los ojos tristemente resignada. No podía ser descortés con Domenico. No podía levantarse y entrar en la casa como habría hecho si hubiera sido alguno de los otros. Domenico era inteligente y competente. Descubrió inmediatamente que él era el que realmente llevaba la casa, el que en realidad lo hacía todo. Y sus modales eran decididamente deliciosos, y sin duda era una persona encantadora. Lo único que pasaba es que anhelaba tanto que la dejaran paz. Tenía la sensación de que, sólo con que la dejaran realmente tranquila este mes nada más, quizá después de todo podría sacar algo en claro.

Mantuvo los ojos cerrados, porque así él pensaría que quería dormir y se iría.

Ante esta visión, la romántica alma italiana de Domenico se derritió en su interior, ya que el tener los ojos cerrados la favorecía extraordinariamente. Permaneció extasiado, muy quieto, y ella pensó que se había marchado sigilosamente, por lo que los abrió de nuevo.

No; allí estaba, mirándola fijamente. Él también. No había forma de librarse de que la miraran fijamente.

—Tengo una jaqueca —dijo, cerrándolos de nuevo.

—Es el sol —dijo Domenico—, y el estar sentada en el muro sin un sombrero.

—Deseo dormir.

—*Si signorina* —dijo comprensivamente; y se alejó con suavidad.

Abrió los ojos con un suspiro de alivio. El ruido de las puertas de cristal al ser cerradas con delicadeza le demostró que no sólo se había ido del todo, sino que la había dejado fuera aislada en el jardín de forma que no la molestaran. Ahora quizá estaría sola hasta la hora del almuerzo.

Resultaba muy curioso, y nadie en el mundo se habría sorprendido más que ella, pero quería pensar. Nunca antes había querido hacerlo. Todas las demás cosas que es posible hacer sin demasiadas molestias, las había querido hacer o las había hecho en un período u otro de su vida, pero nunca antes había querido pensar. Había venido a San Salvatore con la única intención de permanecer durante cuatro semanas tumbada al sol en estado comatoso, en algún lugar donde no estuvieran sus padres y amigos, envuelta en el olvido, levantándose sólo para ser alimentada, y no llevaba allí más que algunas horas cuando este extraño y nuevo deseo se apoderó de ella.

Las estrellas habían estado maravillosas la noche anterior, y ella había salido al jardín superior después de cenar, dejando a Mrs. Fisher sola con sus nueces y su vino, y, sentada sobre el muro en el lugar en el que los lirios juntaban sus corolas fantasmales, había dirigido la mirada hacia el abismo de la noche, y de repente había tenido la impresión de que su vida había sido mucho ruido y pocas nueces.

Se había sentido profundamente sorprendida. Sabía que las estrellas y la oscuridad llegaban a producir emociones inusitadas porque había visto cómo se producían en otros, pero nunca antes lo habían hecho en ella. Mucho ruido y pocas nueces. ¿No estaría enferma?, se había preguntado. Hacía mucho tiempo que era consciente de que su vida era un ruido, pero le había parecido tener numerosos motivos; de hecho, tan numerosos que tenía la sensación de que debía alejarse fuera de su alcance durante una temporada o la ensordecieran completa y quizá permanentemente. Pero ¿y si no era más que un ruido sin motivo?

Nunca antes se le había ocurrido una pregunta semejante. La había hecho sentirse solitaria. Quería estar sola, pero no solitaria. Eso era muy diferente; era algo que dolía y hacía un daño horrible justamente en el interior de una. Era lo que una más temía. Era lo que le hacía a una ir a tantas fiestas; y últimamente, en una o dos ocasiones, incluso las fiestas habían dejado de parecer una protección totalmente segura. ¿Era posible que la soledad no tuviera nada que ver con las circunstancias, sino sólo con la forma en que uno se enfrentaba a ellas? Quizá, había pensado, era mejor que se fuera a la cama. No podía estar muy bien.

Se fue a la cama; y por la mañana, tras escapar de la mosca y desayunar y salir de nuevo al jardín, allí estaba de nuevo la misma sensación, y a plena luz del día. Una vez más tuvo esa sospecha realmente desagradable de que su vida hasta ahora había sido no sólo ruidosa, sino vacía. Bueno, si eso era así, y si sus primeros veintiocho años —los mejores— se habían evaporado simplemente en un ruido sin sentido, era mejor que se detuviera un momento y mirara a su alrededor; que hiciera una pausa, como decían en las novelas aburridas, y reflexionara. No tenía muchos juegos de veintiocho años. Uno más la vería creciendo muy parecida a Mrs. Fisher. Dos más... Apartó los ojos.

De haberlo sabido su madre, se habría preocupado. Su madre la adoraba. Su padre también se habría preocupado, porque él también la adoraba. Todo el mundo la adoraba. Y cuando, con una obstinación melodiosa, había insistido en partir a Italia a enterrarse durante

un mes entero con gente extraña que había sacado de un anuncio, negándose incluso a llevar a su doncella, la única explicación que pudieron imaginar sus amigos fue que la pobre Scrap —ya que así la llamaban entre ellos— se había excedido y estaba un poco nerviosa.

Su marcha había dejado desconsolada a su madre. Era tan raro, una muestra tan clara de desilusión. Ella alentó la idea general del ataque de nervios inminente. Si hubiera podido ver a su adorada Scrap, con un aspecto más delicioso del que jamás había tenido la hija de cualquier otra madre, el objeto de su máximo orgullo, la fuente de todas las esperanzas que abrigaba, sentada mirando fijamente el Mediterráneo vacío del mediodía mientras estudiaba sus tres posibles juegos de veintiocho años, se habría sentido muy desgraciada. Que se fuera sola era malo; que pensara era peor. Nada bueno podía surgir de los pensamientos de una joven hermosa. Complicaciones sí, y en abundancia, pero nada bueno. El pensar de los bellos estaba destinado a generar dudas, apatía, infelicidad en general. Y aquí, si la hubiera podido ver, estaba su Scrap pensando arduamente. Y qué cosas. Qué cosas de viejos. Cosas en las que nadie empezaba a pensar nunca hasta haber cumplido por lo menos los cuarenta.

IX

De los dos cuartos de estar que había, el que se había apropiado Mrs. Fisher era una habitación llena de encanto y personalidad. La inspeccionó con satisfacción al entrar en ella después del desayuno, y se alegró de que fuera suya. Tenía el suelo de azulejos, y las paredes de color miel pálido, y muebles taraceados de color ámbar, y libros de tonos suaves, la mayoría con tapas color limón o marfil. Había una gran ventana que daba al mar en dirección a Génova, y una puerta de cristal a través de la cual podía pasar a las almenas y caminar más allá de la pintoresca y atractiva atalaya —una habitación con sillares y un escritorio— hasta donde, al otro lado de la torre, las almenas acababan en un banco de mármol, y se podía ver la bahía occidental y el cabo tras el cual comenzaba el golfo de Spezia. Su vista hacia el sur, limitada por estas dos extensiones de mar, era otra colina, más alta que San Salvatore, la última de la pequeña península, con los desgastados torreones de un castillo más pequeño y deshabitado en la cima, sobre la cual el sol poniente brillaba todavía cuando todo el resto estaba sumergido en las sombras. Sí, aquí estaba muy cómodamente instalada; y una serie de recipientes —Mrs. Fisher no examinó de cerca su naturaleza, pero parecían ser pequeños abrevaderos de piedra, o quizá sarcófagos en miniatura— rodeaban las almenas llenos de flores.

Estas almenas, pensó mientras las estudiaba, habrían sido un lugar perfecto para caminar despacio de un lado para otro en los momentos en que menos sentía la necesidad de su bastón, o para sentarse en el banco de mármol, habiendo colocado previamente un cojín sobre él, si desgraciadamente no hubiera habido una segunda puerta de cristal que se abría a ellas, destruyendo su total intimidad, echando a perder la sensación de que el lugar era sólo para ella. La segunda puerta pertenecía a la sala de estar redonda, que tanto ella como Lady Caroline habían rechazado por parecerles demasiado oscura. En esa habitación se sentarían probablemente las mujeres de Hampstead, y ella temía que no se limitaran a sentarse en ella, sino que salieran por la puerta de cristal e invadieran sus almenas. Esto arruinaría las almenas. Las arruinaría en lo que a ella se refería si iban a ser invadidas; o incluso si, no invadidas de verdad, se encontraban expuestas a las miradas inquisidoras de las personas que estuvieran dentro de la habitación. Nadie podía sentirse completamente a gusto si era observado y lo sabía. Lo que deseaba, a lo que sin duda tenía derecho, era intimidad. No deseaba en absoluto inmiscuirse en los asuntos de los demás; ¿por qué entonces deberían inmiscuirse los demás en los suyos? Y siempre estaba a tiempo de relajar su intimidad si, al familiarizarse más con sus compañeras, consideraba que valía la pena, pero dudaba que ninguna de las tres se desarrollara de modo tal que le hiciera considerar que valía la pena.

En realidad casi nada valía la pena, reflexionó Mrs. Fisher, excepto el pasado. Era sorprendente, era simplemente asombrosa, la superioridad del pasado con respecto al presente. Esos amigos suyos de Londres, personas sólidas de su misma edad, conocían el mismo pasado que conocía ella, podían hablar de él con ella, podían compararlo como lo hacía ella con el superficial presente, y, al recordar a grandes hombres, podían olvidar por un momento a los jóvenes triviales y vacíos que, a pesar de la guerra, parecían poblar el mundo en semejante número. No se había alejado de estos amigos, de estos amigos maduros y tratables, para pasar su estancia en Italia charlando con tres mujeres de otra generación y experiencia incompleta; se había alejado simplemente para evitar las alevosías

de un abril londinense. Era verdad lo que les había dicho a las dos que vinieron a Prince of Wales Terrace, que lo único que deseaba hacer en San Salvatore era sentarse sin compañía al sol y recordar. Lo sabían, porque se lo había dicho. Lo había expresado con sencillez y lo habían entendido con claridad. Por lo tanto tenía derecho a esperar que permanecieran dentro del salón redondo y no aparecieran a interrumpirla en sus almenas.

Pero ¿lo harían? La duda echó a perder su mañana. Sólo hacia la hora del almuerzo se le ocurrió un sistema para estar del todo segura, y tras llamar a Francesca, le ordenó, en su italiano lento y majestuoso, que cerrara los postigos de la puerta de cristal del salón redondo, y a continuación, entrando con ella en la habitación, que como consecuencia se había vuelto más oscura que nunca, pero que también, señaló Mrs. Fisher a Francesca, que estaba dando muestras de locuacidad, permanecería agradablemente fresca debido a esta misma oscuridad, y después de todo estaban las numerosas aspilleras en los muros para dejar entrar la luz y no era su problema si no lo hacían, dirigió la colocación de una vitrina de recuerdos atravesada en la puerta por dentro.

Esto desalentaría la salida.

Después llamó a Domenico, e hizo que moviera uno de los sarcófagos llenos de flores hasta atravesarlo en la puerta por fuera.

Esto desalentaría la entrada.

—Nadie podrá utilizar la puerta —dijo Domenico perplejo.

—Nadie —dijo Mrs. Fisher con firmeza— deseará hacerlo.

A continuación se retiró a su cuarto de estar, y, desde una silla situada donde podía verlas de frente, contempló sus almenas, totalmente reservadas ahora para su uso personal, con una sensación de complacencia y tranquilidad.

Estar aquí, reflexionó plácidamente, era mucho más barato que estar en un hotel y, si podía mantener alejadas a las demás, inmensamente más agradable. Estaba pagando por sus habitaciones —unas habitaciones sumamente acogedoras, ahora que estaba instalada en ellas— tres libras a la semana, lo que venía a ser más o menos ocho chelines al día, incluidas las almenas, la atalaya y todo. ¿En qué otro lugar del extranjero podía vivir tan bien por tan poco, y tomar tantos baños como quisiera, por ocho chelines al día? Desde luego todavía no sabía lo que le costaría la comida, pero en ese tema insistiría en la economía, aunque también insistiría en que fuera una economía combinada con la excelencia. Las dos eran perfectamente compatibles si el encargado se esforzaba. Los sueldos de los criados, lo había comprobado, eran insignificantes, debido al ventajoso cambio, por lo que sólo la comida podía causarle preocupaciones. Si observaba señales de extravagancia, propondría que cada semana le entregaran toda una suma razonable a Lady Caroline para cubrir las facturas, devolviéndose lo que no se utilizara, y si se sobrepasaba, se haría responsable de la pérdida al encargado.

La posición económica de Mrs. Fisher era desahogada y deseaba disfrutar de las comodidades propias de su edad, pero no le gustaban los gastos. Su posición era tan desahogada que, de haberlo querido así, habría podido vivir en una zona opulenta de Londres y ser llevada y traída en un Rolls-Royce. No deseaba nada semejante. Se necesitaba más vitalidad de la que precisa el auténtico confort para ocuparse de una casa en un lugar opulento y un Rolls-Royce. Las preocupaciones acompañaban a dichas posesiones, preocupaciones de todo tipo, rematadas por facturas. En la penumbra austera de Prince of Wales Terrace podía disfrutar, retirada, de una comodidad económica pero real, sin ser acosada por sirvientes rapaces o recaudadores de instituciones benéficas, y había una parada de taxis al final de la calle. Sus gastos anuales eran pequeños. La casa era heredada.

La muerte se había encargado de amueblarla. En el comedor pisaba la alfombra turca de sus padres; ajustaba sus días al compás del excelente reloj de mármol negro, colocado sobre la chimenea, que recordaba desde su niñez; las paredes estaban cubiertas en su totalidad por las fotografías que sus ilustres amigos difuntos le habían dado o bien a ella o bien a su padre, tras estampar sus propias dedicatorias en la parte inferior, y las ventanas, amortajadas por las cortinas color castaño de toda la vida, estaban decoradas además con los mismísimos acuarios a los cuales debía sus primeras lecciones sobre saber marino, y en los que seguían nadando lentamente los peces de colores de su juventud.

¿Eran los mismos peces? No lo sabía. Quizá, como las carpas, sobrevivían a todo el mundo. Por otra parte, era posible que, a lo largo de los años, se hubieran retirado de vez en cuando tras la vegetación de alta mar que se les había habilitado en el fondo, y se hubieran renovado. Eran o no eran, se preguntaba a veces, mientras los contemplaba entre plato y plato de sus solitarias comidas, los mismos peces de colores que habían estado allí el día aquel en que Carlyle —qué bien lo recordaba— se acercó enfadado a zancadas hasta ellos en medio de alguna discusión con su padre que había llegado a ser acalorada, y golpeando el cristal violentamente los puso en fuga, chillando mientras huían, «¡Ach, vosotros diablos sordos! ¡Ach, afortunados diablos sordos! No podéis oír ninguna de las malditas, incoherentes, balbuceantes, sandeces que vuestro amo dice ¿no?». O algo similar.

Querido y noble Carlyle. Qué efusividad más natural; qué frescura más auténtica; qué grandeza de alma más verdadera. Tosco, si se quiere; sí, en ocasiones indudablemente tosco, y sobrecogedor en un salón, pero espléndido. ¿Quién había ahora que se pudiera comparar con él? ¿Quién había que pudiera ser citado junto a él? Su padre, cuyo instinto era insuperable, había dicho: «Thomas es inmortal». Y aquí estaba esta generación, esta generación de débiles, levantando su pequeña voz para poner en duda, o, peor aún, sin hacer ni siquiera el esfuerzo de levantarla, sin —resultaba increíble, pero así era, según sus referencias— siquiera leerle. Mrs. Fisher tampoco le leía, pero eso era diferente. Ella le había leído; desde luego que le había leído. Por supuesto que le había leído. Había un tal Teufelsdröck... recordaba muy bien a un sastre llamado Teufelsdröck. Qué típico de Carlyle llamarle así. Sí, tenía que haberle leído, aunque naturalmente los detalles se le escapaban.

El gong sonó. Perdida en sus recuerdos, Mrs. Fisher se había olvidado del tiempo, y se apresuró a su dormitorio para lavarse las manos y arreglarse el pelo. No deseaba llegar tarde y dar mal ejemplo, y encontrar quizá ocupado su asiento a la cabecera de la mesa. No se podía confiar en los modales de la generación más joven; sobre todo no en los de esa Mrs. Wilkins.

Sin embargo, fue la primera en llegar al comedor. Francesca, vestida con un delantal blanco, estaba de pie preparada con un enorme plato de pasta humeante y brillante, pero no había nadie para comerla.

Mrs. Fisher se sentó, con una expresión severa. Qué relajación.

—Sírname —le dijo a Francesca, que mostraba cierta inclinación a esperar a las demás.

Francesca le sirvió. De todo el grupo, Mrs. Fisher era la que menos le gustaba, de hecho no le gustaba nada. Era la única de las cuatro señoras que no había sonreído todavía. Cierto que era vieja, cierto que no era hermosa, cierto que por lo tanto no tenía ningún motivo para sonreír, pero las señoras amables sonreían, tuvieran o no motivos. Sonreían, no porque fueran felices, sino porque deseaban hacer felices a los demás. Francesca dedujo entonces que, de las cuatro, esta señora no podía ser amable; por lo que le alargó

malhumorada la pasta, al ser incapaz de esconder ninguno de sus sentimientos.

Estaba muy bien cocinada, pero a Mrs. Fisher no le había gustado nunca la pasta, sobre todo no esta variedad larga y con forma de gusano. La encontraba difícil de comer, era resbaladiza, y se escapaba de su tenedor, dándole un aspecto poco digno, o así se lo parecía, cuando, tras haberla introducido como suponía en su boca, extremos de esta seguían colgando por fuera. Además, siempre que la comía se acordaba de Mr. Fisher. Durante su vida de casados se había comportado de una forma muy parecida a la pasta. Se había escurrido, se había escabullido, la había hecho sentirse poco digna, y cuando por fin había conseguido asegurarlo, o así lo había creído, siempre habían quedado pequeños trozos suyos colgando, por decirlo así.

Francesca, desde el aparador, observó con tristeza el estilo de Mrs. Fisher con la pasta, y su tristeza se hizo más profunda cuando la vio por fin atacarla con el cuchillo y picarla.

En realidad Mrs. Fisher no sabía de qué otra manera agarrarla. Era consciente de que los cuchillos no eran adecuados en relación con esta substancia, pero una acababa por perder la paciencia. En su mesa de Londres no se permitía nunca la aparición de la pasta. Aparte de lo agotadora que resultaba, ni siquiera le gustaba, y le diría a Lady Caroline que no la volviera a encargar. Se necesitarían años de práctica, reflexionó Mrs. Fisher, mientras la picaba, años de vivir realmente en Italia, para aprender el truco exacto. Browning se manejaba maravillosamente con la pasta. Recordaba haberle observado un día que vino a comer con su padre, y en el que se había encargado un plato de pasta como cumplido a su relación con Italia. Fascinante, la forma en que entraba. Nada de perseguirla por el plato, nada de resbalarse del tenedor, nada de cabos sueltos sobresaliendo posteriormente: sólo una penetración, una sacudida, una estocada, un trago, y he aquí que se había alimentado a otro poeta.

—¿Voy a buscar a la señora joven? —preguntó Francesca, incapaz de contemplar por más tiempo cómo se cortaba buena pasta con un cuchillo.

Mrs. Fisher salió con dificultad de sus reflexiones rememorativas.

—Sabe que el almuerzo es a las doce y media —dijo—. Todas lo saben.

—Puede haberse dormido —dijo Francesca—. Las otras señoras están más alejadas, pero esta no está lejos.

—Entonces golpee el gong de nuevo —dijo Mrs. Fisher.

Qué modales, pensó; pero qué modales. No era un hotel, y había que guardar cierta consideración. Tenía que decir que Mrs. Arbuthnot le sorprendía, ya que no le había dado la impresión de alguien impuntual. También Lady Caroline; había parecido amable y atenta, independientemente de lo que fuera además. De la otra, desde luego, no esperaba nada.

Francesca cogió el gong y lo sacó al jardín y avanzó, golpeándolo mientras lo hacía, hasta llegar cerca de Lady Caroline, que todavía tumbada en su silla baja, esperó hasta que hubo terminado, y entonces giró la cabeza y en el tono más dulce desgranó algo que parecía ser música, pero era en realidad invectiva.

Francesca no reconoció el caudal líquido como una invectiva; ¿cómo iba a hacerlo, cuando brotaba con ese sonido? Y con el rostro deshecho en sonrisas, ya que no podía evitar sonreír cuando contemplaba a esta joven señora, le dijo que su pasta se estaba quedando fría.

—Cuando no voy a comer es porque no deseo ir a comer —dijo la irritada Scrap— y en el futuro no me moleste.

—¿Está usted enferma? —preguntó Francesca, compasiva, pero incapaz de dejar de

sonreír. Nunca, nunca había visto un pelo tan hermoso. Igual que el lino puro; como el pelo de los bebés nórdicos. Sobre una cabecita semejante sólo podían reposar bendiciones, una cabecita semejante merecía recibir dignamente la aureola de los santos más santos.

Scrap cerró los ojos y se negó a responder. Aquí actuó con imprudencia, ya que el efecto de su acción fue convencer a Francesca, que se alejó apresurada para decírselo a Mrs. Fisher, de que estaba indispuesta. Y Mrs. Fisher, al no poder salir, explicó, hasta donde se encontraba Lady Caroline debido a su bastón, envió en su lugar a las otras dos, que habían entrado en ese momento acaloradas y sin aliento y llenas de excusas, mientras ella pasaba al siguiente plato, que era una tortilla muy bien hecha, rebosando apeteciblemente guisantes nuevos por ambos extremos.

—Sírname —le indicó a Francesca, que parecía mostrar de nuevo cierta inclinación a esperar a las demás.

«Oh, ¿por qué no me dejarán en paz? ¿por qué *no* me dejarán en paz?», se preguntó Scrap cuando oyó más crujido sobre los pequeños guijarros que sustituían a la hierba, y supo por lo tanto que alguien más se estaba aproximando.

Esta vez mantuvo los ojos firmemente cerrados. ¿Por qué tenía que ir a comer si no quería hacerlo? Esto no era una casa privada; no había contraído ningún tipo de obligación para con una agotadora anfitriona. A efectos prácticos, San Salvatore era un hotel, y deberían dejarla que comiera o no comiera en paz exactamente igual que si estuviera de verdad en un hotel.

Pero la desgraciada Scrap no podía simplemente sentarse quieta y cerrar los ojos sin provocar en los que la contemplaban ese deseo de acariciar y mimar que tan familiar le resultaba. Incluso la cocinera le había dado palmaditas. Y ahora alguien colocó una mano amable —qué bien conocía y cuánto temía las manos amables— sobre su frente.

—Me temo que no está usted bien —dijo una voz que no era la de Mrs. Fisher, y tenía por lo tanto que pertenecer a una de las excéntricas.

—Me duele la cabeza —murmuró Scrap.

Quizá era mejor decir eso; quizá era el camino más corto a la tranquilidad.

—Lo siento *mucho* —dijo Mrs. Arbuthnot con suavidad, ya que era su mano la que se estaba comportando con amabilidad.

«Y yo —se dijo Scrap— que pensaba que viniendo aquí me libraría de las madres».

—¿No cree usted que un poco de té le haría bien? —preguntó Mrs. Arbuthnot con ternura.

¿Té? La idea le resultaba aborrecible a Scrap. Estar bebiendo té en pleno día con este calor...

—No —murmuró.

—Supongo que en realidad lo mejor para ella —dijo otra voz— sería que la dejaran en paz.

Qué sensato, pensó Scrap; y alzó las pestañas de un ojo sólo lo suficiente para atisbar y ver quién estaba hablando.

Era la excéntrica con pecas. Entonces la morena era la de la mano. La de las pecas subió en su estima.

—Pero no puedo soportar pensar en usted con un dolor de cabeza y sin que se haga nada para aliviarlo —dijo Mrs. Arbuthnot—. ¿Cree usted que una taza de café solo cargado...?

Scrap no dijo nada más. Esperó, inmóvil y muda, a que Mrs. Arbuthnot retirara su mano. Después de todo, no podía quedarse allí de pie todo el día, y cuando se marchara

tendría que llevarse la mano con ella.

—Sinceramente —dijo la de las pecas—, creo que no desea nada más que tranquilidad.

Y es posible que la de las pecas tirara de la manga a la de la mano, ya que la presión sobre la frente de Scrap se relajó, y tras un minuto de silencio, durante el cual sin duda estaba siendo contemplada —siempre la estaban contemplando—, las pisadas comenzaron a hacer crujir de nuevo los guijarros, y se hicieron más débiles, y se habían ido.

—Lady Caroline tiene jaqueca —dijo Mrs. Arbuthnot, entrando de nuevo en el comedor y sentándose en su lugar junto a Mrs. Fisher—. No he conseguido convencerla para que se tome ni siquiera un poco de té, o una taza de café negro. ¿Sabe cómo se dice aspirina en italiano?

—El remedio adecuado para las jaquecas —dijo Mrs. Fisher con firmeza— es el aceite de ricino.

—Pero no tiene jaqueca —dijo Mrs. Wilkins.

—Carlyle —dijo Mrs. Fisher, que había terminado su tortilla y tenía tiempo libre para hablar, mientras esperaba que llegara el siguiente plato— padeció en una época unas jaquecas terribles, y para aliviarlas tomaba constantemente aceite de ricino. Lo tomaba, debería decir, casi en exceso, y recuerdo que, con su interesante forma de hablar, lo llamaba el aceite del pesar. Mi padre decía que, durante un tiempo, este tiñó por completo su actitud frente a la vida, toda su filosofía. Pero eso se debió a que tomaba demasiado. Lo que Lady Caroline necesita es una dosis, y sólo una. Es un error seguir tomando aceite de ricino.

—¿Sabe cómo se dice en italiano? —le preguntó Mrs. Arbuthnot.

—Ah, eso lo siento, pero no lo sé. Sin embargo, ella lo sabrá. Se lo puede preguntar a ella.

—Pero ella no tiene jaqueca —repitió Mrs. Wilkins, que estaba luchando con la pasta—. Sólo quiere que la dejen en paz.

Las dos se volvieron a mirarla. La palabra pala cruzó la mente de Mrs. Fisher en relación con las acciones de Mrs. Wilkins en ese momento.

—Entonces, ¿por qué iba a decir que la tiene? —preguntó Mrs. Arbuthnot.

—Porque todavía está esforzándose por ser amable. Muy pronto, cuando el lugar haya penetrado más en ella, dejará de esforzarse: lo será de verdad. Sin esforzarse. Con naturalidad.

—Lotty, sabe usted —explicó Mrs. Arbuthnot, mientras sonreía a Mrs. Fisher, que permanecía sentada esperando con una paciencia pétrea su siguiente plato, retrasado porque Mrs. Wilkins insistía en intentar comer la pasta, todavía menos apetitosa ahora que estaba fría—, Lotty, sabe usted, tiene una teoría sobre este lugar...

Pero Mrs. Fisher no deseaba en absoluto oír ninguna teoría de Mrs. Wilkins.

—Desde luego, no sé —interrumpió, mirando con severidad a Mrs. Wilkins— por qué supone usted que Lady Caroline no está diciendo la verdad.

—No lo supongo; lo sé —dijo Mrs. Wilkins.

—Y, ¿le importaría explicarme cómo lo sabe usted? —preguntó Mrs. Fisher glacialmente, ya que Mrs. Wilkins estaba de hecho sirviéndose más pasta, que Francesca de forma officiosa e innecesaria le había ofrecido por segunda vez.

—Cuando estuve ahí fuera ahora mismo vi en su interior.

Bueno, Mrs. Fisher no iba a responder nada a eso; no se iba a molestar en contestar ante la estupidez palmaria. En lugar de eso golpeó con violencia el pequeño gong de mesa que había a su lado, aunque Francesca estaba allí de pie junto al aparador, y dijo, puesto

que no estaba dispuesta a esperar el siguiente plato por más tiempo:

—Sírname.

Y Francesca —tuvo que ser deliberado— le ofreció de nuevo la pasta.

X

No había manera de salir o entrar del jardín superior de San Salvatore excepto por las dos puertas de cristal del comedor y el salón, situadas desgraciadamente la una junto a la otra. Alguien que estuviera en el jardín y quisiera huir sin ser visto no podría, porque se encontraría en el camino con la persona de la que escapaba. Era un jardín pequeño y rectangular, y ocultarse resultaba imposible. Los escasos árboles que había —el árbol de Judas, el tamarisco, el pino piñonero— crecían cerca de los antepechos bajos. Los rosales no proporcionaban una auténtica protección; un paso a la derecha o a la izquierda suyo, y la persona que deseaba estar aislada sería descubierta. Únicamente en la esquina noroccidental había un pequeño lugar que sobresalía de la gran muralla, una especie de saliente o recodo, utilizado sin duda para la vigilancia en los desconfiados tiempos de la antigüedad, donde era posible sentarse sin ser realmente visto, porque entre él y la casa había un tupido arbusto de adelfas.

Scrap, tras echar un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie mirando, se levantó y llevó su silla hasta este lugar, escabulléndose de puntillas tan sigilosamente como lo hacen aquellos con propósitos pecaminosos. En la esquina nororiental había otro saliente en las murallas idéntico a este, pero, a pesar de que la vista era todavía más hermosa, ya que desde allí se podía contemplar la bahía y las encantadoras montañas detrás de Mezzago, estaba expuesto. No había ningún arbusto en las cercanías, y tampoco tenía sombra. Por tanto, se sentaría en el recodo noroccidental, y fue allí donde se instaló, y, tras recostar la cabeza en el cojín y colocar cómodamente los pies en el antepecho, desde donde a los habitantes del pueblo que se encontraban abajo en la plaza les parecían dos palomas blancas, pensó que ahora sin duda estaría a salvo.

Mrs. Fisher la encontró allí, guiada por el olor de su cigarrillo. La imprudente Scrap no había pensado en eso. Mrs. Fisher no fumaba, lo cual le permitía distinguir con mayor facilidad el olor de los demás. Se topó con el aroma masculino nada más salir desde el comedor al jardín tras el almuerzo para tomar el café. Le había ordenado a Francesca que colocara el café a la sombra de la casa, al otro lado de la puerta de cristal, y cuando Mrs. Wilkins, al ver que llevaban una mesa allí, le recordó, muy oficiosamente y con gran falta de tacto en opinión de Mrs. Fisher, que Lady Caroline deseaba estar sola, replicó —y con qué propiedad— que el jardín era para todo el mundo.

En consecuencia, allí se dirigió, e inmediatamente se dio cuenta de que Lady Caroline estaba fumando. Dijo para sí «Estas jóvenes modernas», y procedió a encontrarla; su bastón, ahora que el almuerzo había terminado, ya no constituía el obstáculo a la actividad que representaba antes de que su comida hubiera sido, como había dicho en una ocasión Browning —¿sin duda era Browning? Sí, recordaba lo mucho que la había divertido—, neutralizada.

Nadie la divertía ahora, reflexionó Mrs. Fisher, dirigiéndose en línea recta hacia el arbusto de adelfas; el mundo se había vuelto muy aburrido, y había perdido por completo su sentido del humor. Probablemente esta gente seguía teniendo sus bromas; de hecho sabía que las tenían, ya que *Punch* seguía publicándose; pero de qué forma tan diferente, y qué bromas. Thackeray, con su estilo inimitable, hubiera hecho picadillo a esta generación. Esta no era, por supuesto, consciente de lo mucho que necesitaba las propiedades tónicas de esa pluma severa. Ni siquiera le tenía —por lo menos, eso le habían contado— en ningún

aprecio especial. Bueno, ella no le podía dar a esta generación ojos para ver y oídos para escuchar y un corazón para comprender, pero sí podía y le daría, representada y unida en la figura de Lady Caroline, una buena dosis de medicina de verdad.

—Me han dicho que no está usted bien —dijo, parándose en la estrecha entrada del recodo y mirando desde arriba a la inmóvil y aparentemente dormida Scrap con la expresión inflexible de alguien que está decidido a hacer el bien.

Mrs. Fisher tenía una voz profunda, muy parecida a la de un hombre, ya que había sido alcanzada por esa extraña masculinidad que a veces persigue a una mujer durante las últimas vueltas de su vida.

Scrap intentó aparentar que dormía, pero si lo hubiera hecho, no habría sostenido el cigarrillo entre sus dedos, sino que lo habría dejado caer al suelo.

Se olvidó de esto. Mrs. Fisher no lo hizo, y tras entrar en el recodo, se sentó en un estrecho banco de piedra construido en el muro. Un rato podía sentarse allí; un rato, hasta que el frío comenzara a penetrar.

Contempló la figura que tenía delante. Sin duda una criatura bonita, y que habría tenido éxito en Farringford. Resultaba curiosa la facilidad con la que incluso los hombres más grandes se veían afectados por el aspecto. Había visto con sus propios ojos a Tennyson alejarse de todo el mundo, volverse, realmente, dando la espalda a una muchedumbre de personas eminentes reunidas para rendirle homenaje, y retirarse a la ventana con una joven que nadie conocía, que había sido llevada allí por casualidad y cuyo único y exclusivo mérito —si se podía considerar un mérito aquello que la casualidad otorga— era la hermosura. ¡La hermosura! Extinguida antes de que uno pudiera darse cuenta. Un asunto, casi se podía decir, de minutos. Bueno, mientras duraba parecía sin duda ser capaz de hacer lo que quería con los hombres. Ni siquiera los maridos eran inmunes. Había habido algunos episodios en la vida de Mr. Fisher...

—Imagino que el viaje le ha sentado mal —dijo con su voz grave—. Lo que usted necesita es una buena dosis de alguna medicina simple. Le preguntaré a Domenico si en el pueblo existe algo parecido al aceite de ricino.

Scrap abrió los ojos y miró a Mrs. Fisher de frente.

—Ah —dijo Mrs. Fisher—, sabía que no estaba dormida. Si lo hubiera estado habría dejado caer el cigarrillo al suelo.

Scrap tiró el cigarrillo por encima del antepecho.

—Eso es un despilfarro —dijo Mrs. Fisher—. No me gusta que las mujeres fumen, pero me gusta todavía menos el despilfarro.

«¿Qué se puede hacer con gente así?», se preguntó Scrap, con los ojos fijos en Mrs. Fisher, en lo que en su opinión era una mirada indigna, pero a Mrs. Fisher le pareció de una docilidad realmente encantadora.

—Ahora seguirá mi consejo —dijo Mrs. Fisher conmovida— y no descuidará lo que muy bien puede convertirse en una enfermedad. Estamos en Italia, ya sabe, y hay que ser cuidadosos. Para empezar, debería usted irse a la cama.

—Nunca me voy a la cama —le espetó Scrap; y sonó tan conmovedor, tan desesperado como esa frase declamada muchos años atrás por una actriz en el papel de Poor Jo en una versión de *Casa desolada* adaptada al teatro: «Siempre estoy circulando», decía Poor Jo en esta obra, instada por un policía a hacerlo; y Mrs. Fisher, entonces una niña, había apoyado la cabeza en la barandilla de terciopelo rojo de la primera fila de principal y había llorado en voz alta.

Era maravillosa, la voz de Scrap. En los diez años transcurridos desde su

presentación en sociedad, le había proporcionado todos los triunfos que la inteligencia y el ingenio pueden obtener, porque hacía que todo lo que decía pareciera memorable. Con semejante conformación de garganta, debería haber sido una cantante, pero Scrap era muda para cualquier tipo de música excepto para esta música de la voz hablada; y qué fascinación, qué hechizo había en ella. Era tal el encanto de su rostro y la belleza de su aspecto que no había un solo hombre en cuyos ojos no apareciera, al verla, una llama del más vivo interés; pero, cuando oía su voz, la llama en los ojos de ese hombre quedaba atrapada y fijada. Sucedió lo mismo con todos los hombres, cultos o ignorantes, viejos, jóvenes, atractivos ellos mismos o repelentes, hombres de su mundo y conductores de autobús, generales y soldados —la guerra había sido para ella un período de perplejidad—, obispos igual que sacristanes —su confirmación había estado rodeada de acontecimientos sorprendentes—, saludables y enfermizos, ricos e indigentes, brillantes o tontos; y daba lo mismo lo que fueran, o la madurez y estabilidad de su matrimonio; cuando la veían, aparecía esta llama en los ojos de cada uno de ellos, y cuando la oían permanecía allí.

Scrap estaba harta de esta mirada. No provocaba más que dificultades. Al principio le había encantado. Se había sentido excitada, triunfante. Ser aparentemente incapaz de hacer o decir nada malo, que la aplaudieran, escucharan, mimaran, adoraran donde quiera que fuera, y al volver a casa ser recibida también allí con el afecto más indulgente y orgulloso: vaya, resultaba sumamente agradable. Y tan fácil, además. No se necesitaba ninguna preparación para este logro, ningún esfuerzo, ningún aprendizaje. No tenía que molestarse. Le bastaba con aparecer, y al poco tiempo decir algo.

Pero poco a poco los desengaños se fueron acumulando a su alrededor. Después de todo, tenía que molestarse, tenía que hacer esfuerzos porque, descubrió con asombro y con rabia, tenía que defenderse. Esa mirada, esa mirada que asomaba significaba que iban a intentar agarrarla. Algunos de los que la tenían eran más modestos que otros, sobre todo si eran jóvenes, pero todos ellos, de acuerdo con su capacidad respectiva, agarraban; y ella, que había entrado en el mundo tan desenvuelta, con la cabeza en las nubes y la confianza más absoluta en cualquiera que tuviera el pelo gris, comenzó a desconfiar, y después a sentir aversión, y más tarde a retraerse, y muy pronto a sentirse indignada. A veces tenía la sensación de que no se pertenecía a sí misma, que no era en absoluto de su propiedad, sino que era considerada como algo universal, una especie de obra-de-arte-para todos. La verdad es que los hombres... Y se encontró envuelta en discusiones misteriosas e imprecisas, levantando odios extraños. La verdad es que las mujeres... Y cuando llegó la guerra, y se arrojó a ella junto con todos los demás, esta acabó con ella. La verdad es que los generales...

La guerra acabó con Scrap. Mató al único hombre con el que se sentía segura, con el que se habría casado, y consiguió que el amor la repugnara. Desde entonces había estado amargada. Forcejeaba tan airadamente dentro de la dulzura de la vida como una avispa atrapada en la miel. Sus intentos por despegar las alas tenían la misma furia. No le proporcionaba ningún placer superar a otras mujeres; no quería a sus hombres agotadores. ¿Qué se podía hacer con los hombres una vez que se conseguían? Ninguno de ellos le hablaba de algo que no fueran los misterios del amor, y qué ridículo y cansado se volvía eso después de un rato. Era como si a una persona sana con un apetito normal no se le diera más que azúcar por todo alimento. Amor, amor..., la simple palabra le hacía sentir deseos de abofetear a alguien. «¿Por qué tendría que amarte? ¿Por qué?», preguntaba a veces asombrada cuando alguien intentaba —siempre había alguien intentándolo— proponérselo. Pero nunca obtenía una respuesta verdadera, sólo nuevas incoherencias.

Un profundo cinismo se apoderó de la desgraciada Scrap. La desilusión marchitó su interior, mientras su gracioso y encantador exterior continuaba adornando el mundo. ¿Qué le reservaba el futuro? Después de una preparación semejante, no sería capaz de hacerse con ello. No estaba capacitada para nada; había desperdiciado todo este tiempo siendo hermosa. Dentro de poco dejaría de serlo, y entonces ¿qué? Scrap no sabía entonces qué, la simple idea le horrorizaba. A pesar de lo cansada que estaba de ser llamativa, por lo menos estaba acostumbrada a ello, no había conocido nunca otra cosa; y hacerse invisible, desvanecerse, desgastarse y volverse borrosa, resultaría probablemente muy doloroso. Y una vez que empezara, ¿cuántos años y años duraría? Imagínate, pensó Scrap, que la mayor parte de la vida de una esté en el extremo equivocado. Imagínate ser vieja dos o tres veces más tiempo que joven. Qué estúpido. Todo era estúpido. No había nada que deseara hacer. Había miles de cosas que no deseaba hacer. La anulación, el silencio, la invisibilidad, si era posible la inconsciencia: estas negaciones eran lo único que pedía por ahora; y aquí, incluso aquí, le rehusaban un minuto de paz, y esta absurda mujer tenía que venir aparentando creer que estaba enferma, simplemente porque quería ejercer su poder y hacerla irse a la cama y obligarla —qué repugnante— a beber aceite de ricino.

—Estoy segura —dijo Mrs. Fisher, que sentía cómo empezaba a penetrar el frío de la piedra y sabía que no podía permanecer sentada mucho más— de que hará lo sensato. Su madre desearía... ¿Tiene usted madre?

Un ligero asombro apareció en los ojos de Scrap. ¿Tiene usted madre? Si alguien había tenido alguna vez una madre, esa era Scrap. No se le había pasado por la mente que pudiera haber personas que no hubieran oído hablar nunca de su madre. Era una de las marquesas más importantes —ya que, como nadie sabía mejor que Scrap, había marquesas y marquesas— y había desempeñado altos cargos en la Corte. También su padre en su época había sido muy preeminente. Su época había pasado un poco, pobrecito, porque durante la guerra había cometido algunos errores importantes, y además ahora se había hecho viejo; de todas maneras, allí seguía, un personaje conocido en extremo. Qué descansado, qué extraordinariamente descansado resultaba haber encontrado a alguien que no hubiera oído hablar nunca de su gente, o que por lo menos no la hubiera relacionado con ellos.

Mrs. Fisher empezó a gustarle. Quizá las excéntricas tampoco sabían nada de ella. Cuando las escribió por primera vez y firmó con su nombre, ese gran nombre de Dester que serpenteaba por la historia de Inglaterra como un hilo ensangrentado, ya que sus portadores mataban sin cesar, había dado por sentado que sabrían quién era, y en la entrevista en Shaftesbury Avenue tuvo la certeza de que lo sabían, ya que no le habían pedido referencias, como de lo contrario habrían hecho.

Scrap comenzó a animarse. Si nadie en San Salvatore había oído hablar de ella, si durante un mes entero podía despojarse de sí misma, alejarse por completo de todo lo relacionado con ella misma, que le permitieran realmente olvidarse de los tirones y las trabas y de todo el ruido, vaya, quizá podría conseguir sacar algo en claro después de todo. Podría pensar de verdad, aclarar realmente su mente, llegar realmente a alguna conclusión.

—Lo que deseo hacer aquí —dijo casi con animación, tal era el placer que sentía por el hecho de que Mrs. Fisher no supiera nada de ella, mientras se inclinaba hacia delante y entrelazaba las manos alrededor de las rodillas, y levantaba la vista hacia Mrs. Fisher, cuyo asiento estaba más alto que el suyo— es llegar a una conclusión. Eso es todo. No es querer mucho, ¿no le parece? Sólo eso.

Miró fijamente a Mrs. Fisher, y pensó que casi cualquier conclusión serviría; lo

importante era agarrarse a algo, coger algo con fuerza, dejar de ir a la deriva.

Los pequeños ojos de Mrs. Fisher la inspeccionaron.

—Yo diría —dijo— que lo que una joven como usted necesita es un marido e hijos.

—Bueno, esa es una de las cosas que voy a estudiar —dijo Scrap afablemente—.

Pero no me parece una conclusión.

—Y mientras tanto —dijo Mrs. Fisher al tiempo que se levantaba, puesto que el frío de la piedra había penetrado ya—, si yo fuera usted, no me calentaría la cabeza con consideraciones y conclusiones. Las cabezas de las mujeres no se hicieron para pensar, se lo aseguro. Yo me iría a la cama y me pondría bien.

—Estoy bien —dijo Scrap.

—Entonces, ¿por qué envió un mensaje diciendo que estaba enferma?

—No lo hice.

—Entonces me he tomado la molestia de salir hasta aquí para nada.

—Pero ¿no prefiere salir y encontrarme bien que salir y encontrarme enferma? —preguntó Scrap, sonriendo.

La sonrisa contagió incluso a Mrs. Fisher.

—Bueno, es usted una criatura hermosa —dijo con indulgencia—. Es una pena que no naciera usted hace cincuenta años. A mis amigos les habría gustado contemplarla.

—Me alegro mucho de no haberlo hecho —dijo Scrap—. Me desagrada que me contemplan.

—Tonterías —dijo Mrs. Fisher, adoptando de nuevo una actitud severa—. Eso es para lo que están hechas las jóvenes como usted. ¿Le importaría decirme para qué si no? Y le aseguro que si mis amigos la hubieran contemplado, habría sido contemplada por algunas personas muy importantes.

—Me disgusta la gente muy importante —dijo Scrap frunciendo el ceño. Había habido un incidente hacía poco..., la verdad es que los potentados...

—Lo que me disgusta a *mí* —dijo Mrs. Fisher, tan fría ahora como la piedra de la que se había levantado— es la actitud de las jóvenes modernas. Es tan ridícula que me resulta digna de lástima, totalmente digna de lástima.

Y se alejó haciendo crujir los guijarros con su bastón.

—Muy bien —se dijo Scrap, dejándose caer de nuevo en su cómoda posición con la cabeza en el cojín y los pies sobre el antepecho; con tal de que la gente se marchara no le preocupaba lo más mínimo el motivo por el que lo hiciera.

—¿No te parece que la pequeña Scrap se está volviendo un poco, sólo un poco, rara? —le había preguntado su madre a su padre un poco antes de esa última rareza de la huida a San Salvatore, desagradablemente impresionada por las cosas realmente extrañas que hacía Scrap y la costumbre que había adoptado de escabullirse siempre que podía y de evitar a todo el mundo excepto (qué síntoma de la edad) a los muy jóvenes, casi niños.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Rara? Bueno, déjala que sea rara si quiere. Una mujer con su aspecto puede ser cualquier maldita cosa que le apetezca —fue la encaprichada respuesta.

—Yo ya la dejo —dijo su madre con docilidad; y de hecho, aunque no lo hiciera, ¿qué más daría?

Mrs. Fisher se arrepentía de haberse molestado por Lady Caroline. Recorrió el salón en dirección a su cuarto de estar privado, y mientras caminaba, su bastón golpeaba el suelo con una energía en consonancia con sus sentimientos. Pura y simple ridiculez, esas actitudes. No las aguantaba. Incapaces de ser o hacer algo con sus vidas, los jóvenes de la generación actual intentaban conseguir una reputación basada en el ingenio,

menospreciando todo lo que era obviamente importante y obviamente bueno y alabando todo lo diferente, por muy obviamente malo que fuera. Monos, pensó Mrs. Fisher, agitada. Monos. Monos. Y en su cuarto de estar encontró más monos, o lo que en su estado actual de ánimo le parecían más monos, ya que allí estaba Mrs. Arbuthnot bebiendo plácidamente café, mientras que, sentada en el escritorio, el escritorio que ya consideraba sagrado, utilizando su pluma, su propia pluma traída sólo para su mano desde Prince of Wales Terrace, estaba Mrs. Wilkins escribiendo; en la mesa; en su cuarto; con su pluma.

—¿No le parece un lugar delicioso? —dijo Mrs. Arbuthnot con cordialidad—. Acabamos de descubrirlo.

—Le estoy escribiendo a Mellersh —dijo Mrs. Wilkins, volviendo la cabeza y también con cordialidad, como si, pensó Mrs. Fisher, a ella le importara un comino a quién estuviera escribiendo y en cualquier caso supiera quién era la persona a la que llamaba Mellersh—. Querrá saber —dijo Mrs. Wilkins, con un optimismo inducido por el ambiente— que he llegado bien.

XI

Los dulces olores omnipresentes en San Salvatore bastaban por sí solos para producir concordia. Penetraban en el cuarto de estar procedentes de las flores que adornaban las almenas, y casi, pensó Mrs. Wilkins, podía verse cómo se saludaban entre ellos con un beso sagrado. ¿Quién podía estar enfadado en medio de semejante amabilidad? ¿Quién podía ser codicioso, egoísta, áspero como en Londres, en presencia de esta belleza generosa?

Y, sin embargo, Mrs. Fisher daba la sensación de estar las tres cosas a la vez.

Había tanta belleza, mucha más que suficiente para cada uno, que sin duda le intentaría separar una esquina en ella parecía algo vano.

Y, sin embargo, Mrs. Fisher estaba intentando separar un trozo, y había cercado una parte para su uso exclusivo.

Bueno, dentro de poco lo superaría; Mrs. Wilkins estaba segura de que inevitablemente lo superaría, después de un día o dos en la extraordinaria atmósfera de paz que reinaba en ese lugar.

Mientras tanto resultaba obvio que no había ni siquiera comenzado a superarlo. Se quedó contemplándolas a ella y a Rose con una expresión que parecía ser de cólera. Cólera. Qué curioso. Esos eran sentimientos estúpidos, pertenecientes al Londres de nervios atormentados, pensó Mrs. Wilkins, cuyos ojos veían la habitación llena de besos, y a todos sus ocupantes recibiendo, Mrs. Fisher con tanta abundancia como ella misma y Rose.

—No le gusta que estemos aquí —dijo Mrs. Wilkins, levantándose y, como era su costumbre, poniendo inmediatamente el dedo en la llaga—. ¿Por qué?

—Suponía —dijo Mrs. Fisher, apoyándose en el bastón— que podrían darse cuenta de que este es mi cuarto.

—Quiere usted decir por las fotos —dijo Mrs. Wilkins.

Mrs. Arbuthnot, algo sonrojada y sorprendida, se levantó también.

—Y el papel de cartas —dijo Mrs. Fisher—. Un papel de cartas con mi dirección de Londres. Esa pluma...

Señaló con el dedo. Seguía en la mano de Mrs. Wilkins.

—Es suya, lo siento mucho —dijo Mrs. Wilkins, mientras la dejaba encima de la mesa. Y añadió, sonriendo, que había estado escribiendo algunas cosas muy agradables.

—Pero ¿por qué —preguntó Mrs. Arbuthnot, que se descubrió incapaz de transigir con los arreglos de Mrs. Fisher sin ofrecer por lo menos una ligera resistencia— no deberíamos estar aquí? Es un cuarto de estar.

—Hay otro —dijo Mrs. Fisher—. Usted y su amiga no pueden sentarse en dos cuartos a la vez, y si yo no tengo ningún deseo de molestarlas en el suyo, no comprendo por qué querrían ustedes molestarme a mí en el mío.

—Pero ¿por qué...? —comenzó de nuevo Mrs. Arbuthnot.

—Es completamente lógico —interrumpió Mrs. Wilkins, ya que Rose tenía una expresión testaruda; y, volviéndose hacia Mrs. Fisher, dijo que, a pesar de que compartir cosas con los amigos era agradable, podía entender que Mrs. Fisher, todavía impregnada de la actitud hacia la vida propia de Prince of Wales Terrace, no quisiera hacerlo aún, pero que en breve tiempo se libraría de eso y se sentiría totalmente diferente—. Pronto *deseará* que compartamos —dijo Mrs. Wilkins tranquilizadora—. Bueno, puede que incluso llegue a

pedirme que use su pluma si se entera de que yo no tengo.

Este discurso alteró tanto a Mrs. Fisher que estuvo a punto de perder el control. Que una desarticulada jovencita de Hampstead le diera palmaditas en el hombro, como si dijéramos, con la alegre certeza de que muy pronto mejoraría, la excitó más profundamente de lo que nada la había excitado desde que había descubierto por primera vez que Mr. Fisher no era lo que parecía. Sin duda había que reprimir a Mrs. Wilkins. Pero ¿cómo? Había una cierta impermeabilidad en su actitud. En ese instante, por ejemplo, su sonrisa era tan agradable y su expresión tan despreocupada como si no estuviera diciendo nada mínimamente impertinente. ¿Se daría cuenta de que la estaban reprimiendo? Si no lo sabía, si su falta de sensibilidad no le permitía apreciarlo, entonces, ¿qué se podía hacer? Nada, excepto evitarla; excepto, precisamente, tener su propio cuarto de estar privado.

—Soy una anciana —dijo Mrs. Fisher— y necesito un cuarto para mí sola. No puedo moverme, debido a mi bastón. Como no puedo moverme tengo que estar sentada. ¿Por qué no iba a poder sentarme tranquila y en paz como les dije en Londres que pretendía estar? Si va a haber gente entrando y saliendo todo el día, charlando y dejando las puertas abiertas, habrán roto el acuerdo, según el cual se me iba a dejar tranquila.

—Pero nosotras no tenemos el menor deseo... —comenzó Mrs. Arbuthnot, que fue de nuevo interrumpida bruscamente por Mrs. Wilkins.

—Nos encantaría —dijo Mrs. Wilkins— que se quedara con este cuarto si eso la hace feliz. No lo sabíamos, eso es todo. No habríamos entrado si lo hubiéramos sabido; por lo menos, no hasta que nos hubiera invitado usted. Espero —terminó, mientras miraba animada desde arriba a Mrs. Fisher— que lo hará pronto —y, tras coger su carta, agarró de la mano a Mrs. Arbuthnot y tiró de ella hacia la puerta.

Mrs. Arbuthnot no deseaba marcharse. Ella, la mujer más dulce del mundo, se sentía llena de un curioso y sin duda poco cristiano deseo de quedarse y luchar. No de verdad, desde luego, ni siquiera con palabras claramente agresivas. No; sólo quería razonar con Mrs. Fisher, y razonar pacientemente. Pero sí tenía la sensación de que había que decir algo; y de que no debería dejarse reñir y expulsar como si fuera una colegiala a la que la Autoridad hubiera sorprendido portándose mal.

Sin embargo, Mrs. Wilkins tiró con firmeza de ella hacia la puerta hasta cruzarla, y una vez más Rose se admiró de Lotty, de su equilibrio, su carácter dulce y ecuánime; ella, que en Inglaterra había actuado de una forma tan impulsiva. Desde el momento en que llegaron a Italia, era Lotty la que parecía mayor. Saltaba a la vista que era muy feliz; dichosa, de hecho. ¿Le protegía a uno la felicidad de una forma tan total? ¿Le volvía tan intocable, tan sabio? Rose también se sentía feliz, pero ni remotamente *tan* feliz. Evidentemente no, ya que no sólo quería discutir con Mrs. Fisher, sino que deseaba otra cosa, algo más aparte de este lugar encantador, algo que lo completara; quería a Frederick. Por primera vez en su vida estaba rodeada de una belleza perfecta, y su único pensamiento era mostrárselo, compartirlo con él. Deseaba a Frederick. Anhelaba tenerle allí. Ah, ¡ojalá!, ¡ojalá! Frederick...

—Pobre anciana —dijo Mrs. Wilkins, mientras cerraba la puerta con suavidad ante Mrs. Fisher y su triunfo—. Qué curioso, en un día semejante.

—Es una anciana muy maleducada —dijo Mrs. Arbuthnot.

—Se le pasará. Siento que hayamos escogido su cuarto para ir a sentarnos.

—Es con mucho el más agradable —dijo Mrs. Arbuthnot— y no es suyo.

—Oh, pero hay muchos otros sitios además de ese, y es una pobre anciana tan desvalida. Deja que se quede con el cuarto. ¿Qué más da?

Y Mrs. Wilkins dijo que iba a bajar al pueblo a descubrir dónde estaba la oficina de correos y echar su carta a Mellersh, y le preguntó a Rose si quería ir también.

—He estado pensando en Mellersh —dijo Mrs. Wilkins mientras caminaban, una detrás de la otra, por el estrecho sendero en zigzag que habían ascendido la noche anterior en medio de la lluvia.

Ella iba delante. Mrs. Arbuthnot, ahora con la mayor naturalidad, la seguía. En Londres había sido al contrario: Lotty, tímida, dubitativa, excepto cuando estallaba de una forma tan embarazosa, ocultándose siempre que podía tras la tranquila y razonable Rose.

—He estado pensando en Mellersh —repitió Mrs. Wilkins por encima del hombro, puesto que Rose parecía no haber oído.

—¿Ah, sí? —dijo Rose, con una ligera animosidad en la voz, ya que la clase de experiencia que había tenido con Mellersh le impedía disfrutar con su recuerdo. Había engañado a Mellersh; por tanto, no le gustaba. No era consciente de que esta fuera la razón de su antipatía; y pensaba que se debía a que no parecía que Dios le hubiera concedido mucha, si es que le había concedido algo, de Su gracia. Y, sin embargo, qué mal estaba tener esos pensamientos, se reprochó a sí misma, y qué presuntuoso era. Sin duda el marido de Lotty estaba más, mucho más cerca de Dios de lo que ella podría llegar a estarlo nunca. A pesar de todo, no le gustaba.

—Me he portado como un perro mezquino —dijo Mrs. Wilkins.

—¿Como qué? —preguntó Mrs. Arbuthnot, sin dar crédito a lo que oía.

—Todo esto de marcharme y dejarle en ese lugar tremendo mientras yo me divierto en el paraíso. Había planeado traerme él a Italia en Pascua. ¿Te lo había dicho?

—No —dijo Mrs. Arbuthnot; y, en efecto, no había fomentado las conversaciones sobre maridos. Cada vez que Lotty había empezado entusiasmada a contar cosas, ella había cambiado rápidamente de conversación. En su opinión, un marido conducía a otro, tanto en la conversación como en la vida, y no podía, no quería hablar de Frederick. Aparte del simple hecho de su existencia, no se le había mencionado. Mellersh había tenido que ser mencionado, debido a su obstruccionismo, pero ella había evitado cuidadosamente que desbordara los límites de lo necesario.

—Bueno, pues lo hizo —dijo Mrs. Wilkins—. Nunca en toda su vida había hecho una cosa semejante, y me dejó horrorizada. Imagínate, justo cuando yo misma había planeado venir.

Hizo una pausa en el sendero y miró a Rose.

—Sí —dijo Rose, intentando pensar en otro tema de conversación.

—Ahora entiendes por qué digo que me he portado como un perro mezquino. *Él* había planeado unas vacaciones en Italia conmigo y *yo* había planeado unas vacaciones en Italia dejándole en casa. Creo —prosiguió, con los ojos fijos en el rostro de Rose— que Mellersh tiene toda la razón del mundo para estar no sólo enfadado, sino también dolido.

Mrs. Arbuthnot estaba asombrada. La extraordinaria velocidad a la que, hora tras hora, bajo sus propios ojos, Lotty se volvía más desinteresada, la desconcertaba. Se estaba convirtiendo en algo sorprendentemente parecido a una santa. Y aquí estaba ahora, hablando afectuosamente de Mellersh; Mellersh, que esa misma mañana, mientras descolgaban sus pies en el mar, había parecido una simple iridiscencia, le había dicho Lotty, un objeto de gasa. Eso había sido esa misma mañana; y para cuando habían terminado de comer, Lotty, en su rápida transformación, había conseguido que fuera de nuevo lo suficientemente sólido como para escribirle, y para escribirle con todo detalle. Y ahora, unos minutos más tarde, estaba proclamando que él tenía toda la razón para estar

enfadado y dolido con ella y que ella se había portado —el lenguaje era original, pero sin duda expresaba un arrepentimiento sincero— como un perro mezquino.

Rose la contempló asombrada. Si seguía así, era de esperar que pronto apareciera una aureola alrededor de su cabeza, estaba ya allí, si uno no sabía que era el sol a través de los troncos de los árboles encendiendo su cabello rojizo.

Un gran deseo de amar y ser amistosa, de amar a todo el mundo, de ser amiga de todo el mundo, parecía estar invadiendo a Lotty, un deseo de alcanzar la bondad absoluta. De acuerdo con la experiencia de Rose, la bondad, la condición de ser bueno, sólo se alcanzaba con dificultad y dolor. Hacía falta mucho tiempo para llegar a ella; de hecho no se llegaba nunca, o, si se conseguía por un instante cegador, duraba únicamente eso, un instante cegador. Se necesitaba una perseverancia desesperada para avanzar penosamente por su camino, y todo él estaba salpicado de dudas. Lotty se limitaba a dejarse llevar. Desde luego, pensó Rose, no se había librado de su impetuosidad. Simplemente había tomado otra dirección. Ahora se estaba convirtiendo impetuosamente en una santa. ¿Era realmente posible alcanzar la bondad de una forma tan violenta? ¿No se produciría una reacción igualmente violenta?

—Yo no estaría —dijo Rose con cautela, mirando a los brillantes ojos de Lotty (el sendero era empinado, por lo que Lotty estaba muy por debajo de ella)—, yo no estaría segura de eso demasiado deprisa.

—Pero yo estoy segura de ello, y le he escrito y se lo he dicho.

Rose la contempló asombrada.

—Vaya, pero si esta misma mañana... —comenzó.

—Está todo aquí —la interrumpió Lotty, dando satisfecha unos golpecitos al sobre.

—Qué..., ¿todo?

—¿Quieres decir lo del anuncio y lo de gastar mis ahorros? Oh, no, todavía no. Pero se lo diré cuando venga.

—¿Cuando venga? —repitió Rose.

—Le he invitado a venir y quedarse conmigo.

Rose sólo pudo seguir mirando fijamente.

—Es lo mínimo que podía hacer. Además, mira esto —Lotty señaló con la mano—. Es repugnante no compartirlo. Me porté como un perro mezquino marchándome y abandonándole, pero ningún perro del que yo haya oído hablar sería tan mezquino como yo si no intentara convencer a Mellersh de que viniera y lo disfrutara también. Por pura decencia, le debería tocar algo de la diversión procedente de mi hucha. Después de todo, me ha dado casa y comida durante años. Una no debería ser tacaña.

—Pero ¿crees que vendrá?

—Oh, *espero* que sí —dijo Lotty con todo el ardor posible; y añadió—: Pobre corderito.

Al oír Rose pensó que le gustaría sentarse. ¿Mellersh un pobre corderito? ¿El mismo Mellersh que unas horas antes era un simple reflejo? Había un asiento en la curva del camino, y Rose fue hasta él y se sentó. Deseaba recuperar el aliento, ganar tiempo. Si tenía tiempo quizá podría alcanzar a la saltarina Lotty, y quizá podría pararla antes de que se comprometiera a algo de lo que probablemente se arrepentiría pronto. ¿Mellersh en San Salvatore? ¿Mellersh, para escapar del cual Lotty se había tomado tantas molestias hacía tan poco?

—Lo *veo* aquí —dijo Lotty como si respondiera a sus pensamientos.

Rose la miró con auténtica preocupación, ya que cada vez que Lotty decía «Lo *veo*»

con esa voz tan convencida, lo que veía se hacía realidad. Por tanto, era de suponer que en breve también Mr. Wilkins se haría realidad.

—Me gustaría poder entenderte —dijo Rose preocupada.

—No lo intentes —dijo Lotty sonriendo.

—Pero debo hacerlo, porque te quiero.

—Querida Rose —dijo Lotty, inclinándose veloz y dándole un beso.

—Eres demasiado rápida —dijo Rose—. No puedo seguir tus cambios. No puedo mantenerme en contacto. Fue lo que ocurrió con Freder...

Se interrumpió y adoptó una expresión de temor.

—El objetivo de venir aquí —prosiguió de nuevo, ya que Lotty parecía no haberse dado cuenta— era escaparse, ¿no? Bueno, nos hemos escapado. Y ahora, después de llevar aquí sólo un día, quieres escribir a la misma gente...

Se detuvo.

—A la misma gente de la que nos estábamos escapando —terminó Lotty—. Es muy cierto. Parece estúpidamente ilógico. Pero soy tan feliz, me siento tan bien, tan terriblemente sana. Este lugar..., vaya, hace que me sienta *desbordante* de amor.

Y miró fijamente a Rose desde su altura con una especie de asombro radiante.

Rose permaneció un momento en silencio. Después dijo:

—¿Y tú crees que tendrá el mismo efecto sobre Mr. Wilkins?

Lotty rio.

—No lo sé —dijo—. Pero incluso si no lo tiene, hay suficiente amor en el aire como para desbordar a cincuenta Mr. Wilkins, como tú le llamas. No veo —prosiguió—, por lo menos aquí no lo veo, aunque en casa sí lo veía, que importe quién ame a quién mientras haya alguien que lo haga. En casa me comportaba como una bestia mezquina, y solía medir y contar. Tenía una extraña obsesión con la justicia. Como si la justicia importara. Como si fuera realmente posible distinguir la justicia de la venganza. Sólo el amor sirve para algo. En casa no estaba dispuesta a amar a Mellersh a menos que él me correspondiera, exactamente lo mismo, con absoluta imparcialidad. ¿Te lo puedes imaginar? Y como él no lo hacía, yo tampoco, y ¡qué casa tan *árida*! Tan *árida*...

Rose no dijo nada. Lotty la desconcertaba. Uno de los efectos peculiares de San Salvatore sobre el rápido desarrollo de su amiga era su uso repentino y liberal de palabras vigorosas. En Hampstead no las había utilizado. Bestia y perro eran demasiado vigorosas para Hampstead. También en lo relativo a las palabras, Lotty se había desatado.

Pero cómo deseaba, oh cómo deseaba Rose poder escribir también a su marido y decirle «ven». El *ménage* Wilkins, por muy pretencioso que fuera Mellersh, y a Rose se lo había parecido, tenía una base más sana y natural que el suyo. Lotty podía escribir a Mellersh y recibir una respuesta. Ella no podía escribir a Frederick, ya que sabía demasiado bien que no contestaría. Al menos podía contestar: un garabato apresurado, que demostrara lo mucho que le aburría el hacerlo, con un agradecimiento mecánico por su carta. Pero eso sería peor que no recibir ninguna respuesta, ya que ver su letra, su nombre en un sobre escrito por él, le partía el corazón. Le traía a la memoria con demasiada fuerza las cartas de sus principios juntos, las cartas de él, tan desconsoladas por la separación, tan llenas de doloroso amor. Ver que en apariencia llegaba una de esas mismas cartas, y abrirla y encontrar:

QUERIDA ROSE: Gracias por tu carta. Me alegro de que lo estés pasando bien. No te apresures a volver. Dime si necesitas dinero. Aquí todo va estupendamente. Tuyo,

Frederick

... no, era más de lo que podía soportar.

—No creo que baje hoy al pueblo contigo —dijo, levantando hacia Lotty unos ojos que de repente se habían vuelto borrosos—. Me parece que quiero pensar.

—Muy bien —dijo Lotty, poniéndose inmediatamente en marcha camino abajo con energía—. Pero no lo pienses demasiado —exclamó por encima del hombro—, escríbele e invítale ya.

—¿Invitar a quién? —preguntó Rose sorprendida.

—A tu marido.

XII

En la cena, la primera ocasión en que las cuatro se sentaban juntas alrededor de la mesa del comedor, apareció Scrap.

Apareció muy puntual, y con una de esas batas o peinadores que en ocasiones se describen con el adjetivo arrebatador. Esta lo era realmente. Desde luego arrebató a Mrs. Wilkins, que no podía apartar los ojos de la atractiva figura sentada frente a ella. Era una prenda de color rosa madreperla, y se ceñía a la adorable Scrap como si a ella también le encantara.

—¡Qué vestido más precioso! —exclamó Mrs. Wilkins apasionadamente.

—El qué..., ¿este trapo viejo? —dijo Scrap, echándole un vistazo como si quisiera cerciorarse de cuál era el que llevaba puesto—. Hace como un siglo que lo tengo —y se concentró en su sopa.

—Debe tener mucho frío con él —dijo Mrs. Fisher con la boca pequeña; ya que dejaba al descubierto una gran parte de Scrap: sus brazos enteros, por ejemplo, e incluso allí donde la cubría era tan fino que todavía se la podía ver.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo Scrap levantando la vista un momento—. Oh, no.

Y continuó con la sopa.

—No debe coger un resfriado, ya sabe —dijo Mrs. Arbuthnot, sintiendo que una belleza semejante debía conservarse incólume a cualquier precio—. Hay una gran diferencia aquí cuando se pone el sol.

—Estoy bastante caliente —dijo Scrap, mientras tomaba su sopa con aplicación.

—Parece como si no llevara nada debajo —dijo Mrs. Fisher.

—No lo llevo. Por lo menos, casi nada —respondió Scrap, terminándose la sopa.

—Qué imprudencia más grande —dijo Mrs. Fisher— y qué falta total de propiedad. Lo cual hizo que Scrap la contemplara fijamente.

Mrs. Fisher había llegado a la cena sintiéndose amable hacia Lady Caroline. Ella por lo menos no se había entrometido en su cuarto ni se había sentado en su mesa y escrito con su pluma. Ella sabía cómo comportarse, había supuesto Mrs. Fisher. Ahora parecía que no lo sabía, ya que, ¿era esto comportarse, aparecer vestida —no, desvestida— de esa manera en una comida? Un comportamiento semejante no era sólo sumamente impropio, sino también realmente desconsiderado, ya que la poco delicada criatura cogería sin duda un resfriado, y acto seguido infectaría a todo el grupo. Mrs. Fisher hacía grandes reparos a los resfriados de los demás. Siempre eran fruto del desatino; y después se los pasaban a ella, que no había hecho nada para merecerlos.

«Cabeza de chorlito», pensó Mrs. Fisher, contemplando con severidad a Lady Caroline. «No hay nada en su cabeza más que vanidad».

—Pero aquí no hay hombres —dijo Mrs. Wilkins—, así que, ¿cómo puede ser impropio? ¿Se ha dado usted cuenta —le preguntó a Mrs. Fisher, que se esforzó por hacer como que no oía— de lo difícil que resulta ser impropia en ausencia de hombres?

Mrs. Fisher ni la contestó ni la miró; pero Scrap la contempló, y lo hizo con un gesto que en cualquier otra boca habría sido una ligera mueca. Vista desde fuera, al otro lado del cuenco de capuchinos, era la sonrisa breve y con hoyuelos más hermosa del mundo.

Esa tenía un rostro muy vivo, pensó Scrap, mientras observaba a Mrs. Wilkins con

un interés naciente. Era parecido a un campo de trigo barrido por luces y sombras. Tanto ella como la morena, observó Scrap, se habían cambiado de ropa, pero sólo para ponerse jerséis de seda. El mismo esfuerzo habría bastado para vestirlas adecuadamente, reflexionó Scrap. Naturalmente, con esos vestidos no parecían de este mundo. No importaba lo que llevara Mrs. Fisher; de hecho, lo único adecuado para ella, aparte de las plumas y el armiño, era lo que en efecto llevaba. Pero estas otras eran todavía muy jóvenes, y bastante atractivas. Definitivamente, tenían rostros de verdad. Qué diferente sería la vida para ellas si sacaran el máximo partido de sí mismas en vez del mínimo. Y, sin embargo... Scrap se sintió repentinamente aburrida y alejó sus pensamientos del tema y se comió una tostada distraídamente. ¿Qué más daba? Si aprovechabas realmente al máximo lo que tenías, lo único que conseguías era reunir gente a tu alrededor que acababa queriendo agarrarte.

—He tenido un día maravilloso —comenzó Mrs. Wilkins, con los ojos brillantes.

Scrap bajó los suyos.

«Oh —pensó—, ahora va a ponerse efusiva».

«Como si a alguien le interesara su día», pensó Mrs. Fisher, bajando también los suyos.

De hecho, cada vez que Mrs. Wilkins hablaba, Mrs. Fisher bajaba deliberadamente los ojos. Así indicaba su desaprobación. Además, parecía ser lo único seguro que podía hacer con sus ojos, ya que era imposible adivinar lo que esta criatura sin freno diría a continuación. Eso que acababa de decir, por ejemplo, referente a los hombres —dirigido, además, a ella—, ¿qué podía querer decir? Mejor no hacer conjeturas, pensó Mrs. Fisher; y sus ojos, a pesar de estar bajados, vieron, sin embargo, cómo Lady Carolina alargaba la mano hacia el frasco de Chianti y llenaba de nuevo su vaso.

De nuevo. Ya lo había hecho una vez; y el pescado apenas había salido de la habitación. Mrs. Fisher veía que el otro miembro respetable del grupo, Mrs. Arbuthnot, también se estaba dando cuenta. Mrs. Arbuthnot era, así lo esperaba y creía, respetable y bienintencionada. Era cierto que ella también había invadido su cuarto de estar, pero sin duda había sido arrastrada hasta allí por la otra, y Mrs. Fisher no tenía prácticamente nada, si es que tenía algo, contra Mrs. Arbuthnot, y observó con aprobación que sólo bebía agua. Así era como tenía que ser. Lo mismo hacía de hecho la pecosa, para ser justa con ella; y eso era lo apropiado para su edad. Ella bebía vino, pero con qué moderación: una comida, un vaso. Y tenía sesenta y cinco años, y podría con propiedad, incluso beneficiándose, haber tomado por lo menos dos.

—Eso —le dijo a Lady Caroline, interrumpiendo sin miramientos lo que Mrs. Wilkins estaba contándoles sobre su maravilloso día y señalando el vaso de vino— es muy malo para usted.

Sin embargo, Lady Caroline no podía haber oído, porque, con el codo apoyado sobre la mesa, continuó bebiendo a sorbos y escuchando lo que Mrs. Wilkins estaba diciendo.

¿Y qué era lo que estaba diciendo? ¿Que había invitado a alguien a venir y quedarse? ¿A un hombre?

Mrs. Fisher no podía dar crédito a lo que oía. Y, sin embargo, evidentemente, era un hombre, ya que se refería a la persona como él.

De pronto y por primera vez —pero bien es verdad que esto era muy importante— Mrs. Fisher se dirigió directamente a Mrs. Wilkins. Tenía sesenta y cinco años, y le importaba muy poco con qué tipo de mujeres diera la casualidad de coincidir durante un mes, pero si las mujeres iban a mezclarse con hombres, eso era otro cantar. No iba a

permitir que la utilizaran. No había venido hasta allí para sancionar con su presencia lo que en su época solía llamarse comportamiento ligero. En la entrevista de Londres no se había mencionado nada relativo a los hombres; si se hubiera hecho, ella habría rehusado venir, por supuesto.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mrs. Fisher, interviniendo con brusquedad.

Mrs. Wilkins se volvió hacia ella ligeramente sorprendida.

—Wilkins —dijo.

—¿Wilkins?

—Sí.

—¿Como su nombre?

—Y el suyo.

—¿Algún pariente?

—No es familia.

—¿Un allegado?

—Un marido.

Mrs. Fisher bajó una vez más los ojos. No podía hablar con Mrs. Wilkins. Había algo en las cosas que decía... «Un marido». Sugiriendo uno de muchos. Siempre ese giro incómodo a todo. ¿Por qué no podía decir «mi marido»? Además, Mrs. Fisher, ni ella misma sabía por qué razón, había tomado a las dos jóvenes de Hampstead por viudas. De guerra. La falta de referencias a maridos que se había producido en la entrevista no habría sido normal, pensaba ella, si después de todo tales personas existían. Y si un marido no era un pariente, ¿quién lo era? «No es familia». Qué forma de hablar. Vaya un marido era el pariente más importante. Qué bien recordaba a Ruskin... no, no era Ruskin, era la Biblia la que decía que un hombre debería dejar a su padre y a su madre y ser fiel sólo a su mujer, demostrando que a través de su matrimonio ella se convertía en un pariente más que consanguíneo. Y si el padre y la madre del marido no debían significar nada para él en comparación con su mujer cuánto menos que nada deberían significar el padre y la madre para ella en comparación con su marido. Ella misma no había podido dejar a su padre y a su madre para serle fiel a Mr. Fisher porque, cuando se casó, ya no estaban vivos, pero desde luego los habría abandonado si hubieran estado allí para ser abandonados. Vamos, que no era familia. Tonterías.

La cena fue muy buena. Las suculencias se sucedían unas a otras. Costanza había decidido hacer lo que le pareciera en la cuestión de la nata y los huevos la primera semana, y ver lo que pasaba al final de la misma cuando hubiera que pagar las facturas. De acuerdo con su experiencia, los ingleses no protestaban las facturas. Las palabras les daban vergüenza. Estaban dispuestos a dejarse convencer. Además, ¿quién era la señora aquí? En ausencia de una concreta, a Costanza se le ocurrió que ella misma podía serlo. O sea, que hizo lo que le pareció con la cena, y fue muy buena.

Sin embargo, las cuatro estaban tan preocupadas con su conversación que la comieron sin darse cuenta de lo buena que era. Ni siquiera Mrs. Fisher, ella que para tales asuntos era varonil, lo notó. En lo que le concernía, todos los excelentes guisos podrían igual no haber existido; lo que demuestra lo alterada que debía estar.

Estaba alterada. Era esa Mrs. Wilkins. Bastaba para alterar a cualquiera. Y sin duda era alentada por Lady Caroline, que, a su vez, estaba indudablemente influida por el Chianti.

Mrs. Fisher se alegraba mucho de que no hubiera hombres presentes, ya que con seguridad su comportamiento hacia Lady Caroline habría sido ridículo. Era exactamente el

tipo de joven que conseguía desequilibrarles, especialmente, admitió Mrs. Fisher, en ese momento. Quizá era el Chianti que intensificaba momentáneamente su personalidad, pero era indudable que estaba muy atractiva; y había pocas cosas que le disgustaran más a Mrs. Fisher que tener que presenciar cómo hombres sensatos e inteligentes, que momentos antes hablaban con seriedad y de forma interesante sobre asuntos concretos, perdían toda su compostura y gravedad —había llegado a verles sonreír bobamente— sólo porque entraba en la estancia un poco de belleza insulsa. Tenía la sensación de que incluso Mr. Gladstone, ese gran estadista lleno de sabiduría, cuya mano había reposado solemnemente sobre su cabeza durante un momento inolvidable, habría dejado de hablar con sensatez al percibir a Lady Caroline y se habría lanzado a hacer bromas horribles.

—Ve usted —dijo Wilkins; una manía estúpida, esa con la que solía comenzar sus frases; en cada ocasión, Mrs. Fisher sentía deseos de decir: «Perdone usted, yo no veo, yo oigo», pero ¿para qué molestarse?—, ve usted —dijo Mrs. Wilkins, inclinándose a través de la mesa hacia Lady Caroline—, en Londres acordamos, ¿no fue así?, que si cualquiera de nosotras lo deseaba podía invitar a un huésped. O sea, que ahora lo estoy haciendo.

—No recuerdo eso —dijo Mrs. Fisher, con la vista en el plato.

—Sí, lo recuerdo —dijo Lady Caroline—. Sólo que me parecía tan increíble que nadie pudiera llegar nunca a desearlo. El único propósito de esto era alejarse de los amigos de una.

—Y de los maridos.

De nuevo ese plural impropio. Realmente era del todo impropio, pensó Mrs. Fisher. Qué implicaciones. Claramente Mrs. Arbuthnot también opinaba así, ya que se había sonrojado.

—Y del cariño familiar —dijo Lady Caroline; ¿o era el Chianti el que hablaba? Sin duda era el Chianti.

—Y de la falta de cariño familiar —dijo Mrs. Wilkins; qué luz estaba arrojando sobre su vida familiar y sobre su verdadero carácter.

—Eso no sería tan malo —dijo Lady Caroline—. Yo me quedaría con eso. Le daría a una espacio.

—Oh, no, no, es espantoso —exclamó Mrs. Wilkins—. Es como no llevar ropa.

—Pero a mí me gusta eso —dijo Lady Caroline.

—Realmente... —dijo Mrs. Fisher.

—Es un sentimiento divino, el liberarse de las cosas —dijo Lady Caroline, que se dirigía únicamente a Mrs. Wilkins y no prestaba ninguna atención a las otras dos.

—Oh, pero no llevar nada cuando soplaban un viento penetrante y saber que nunca habrá nada que ponerse y que te vas a enfriar más y más cada vez hasta que al final te mueres de frío; eso era lo que se sentía, al vivir con alguien que no le amaba a una.

Qué coincidencias, pensó Mrs. Fisher... y no había ninguna excusa posible para Mrs. Wilkins, que las estaba realizando sin ningún tipo de estímulo. Mrs. Arbuthnot, a juzgar por su rostro, compartía por completo la desaprobación de Mrs. Fisher; no paraba de agitarse.

—Pero ¿y no la amaba? —preguntó Lady Carolina, tan desvergonzada e indiscreta como Mrs. Wilkins.

—¿Mellersh? No lo demostraba.

—Delicioso —murmuró Lady Caroline.

—Realmente... —dijo Mrs. Fisher.

—No me parecía que fuera nada delicioso. Me sentía desgraciada. Y ahora, desde

que estoy aquí, simplemente contemplo lo desgraciada que era. Tan desgraciada. Y por Mellersh.

—Quiere decir que no lo merecía.

—Realmente... —dijo Mrs. Fisher.

—No, no es eso. Quiero decir que de repente me he puesto bien.

Lady Caroline, al tiempo que giraba lentamente el pie del vaso entre sus dedos, escudriñó el rostro iluminado que tenía enfrente.

—Y ahora que estoy bien no puedo quedarme sentada aquí, regodeándome yo sola. Si le excluyo, no puedo ser feliz. Debo compartir. Comprendo exactamente cómo se sentía la Doncella Bendita^[1].

—¿Qué era la Doncella Bendita? —preguntó Scrap.

—Realmente... —dijo Mrs. Fisher; y esta vez con tanto énfasis que Lady Caroline se volvió hacia ella.

—¿Debería saberlo? —preguntó—. No sé nada de historia natural. Suena como si fuera un pájaro.

—Es un poema —dijo Mrs. Fisher con una frialdad extraordinaria.

—Oh —dijo Scrap.

—Se lo prestaré —dijo Mrs. Wilkins, en cuyo rostro se rizaba la risa.

—No —dijo Scrap.

—Y su autor —dijo Mrs. Fisher glacialmente— aunque quizá no era exactamente lo que uno hubiera deseado que fuera, se sentaba con frecuencia a la mesa de mi padre.

—Cómo se debía aburrir usted —dijo Scrap—. Eso es lo que mi madre se pasa la vida haciendo, invitando a autores. Yo odio a los autores. No me importarían tanto si no escribieran libros. Siga hablando de Mellersh —dijo, volviéndose hacia Mrs. Wilkins.

—Realmente... —dijo Mrs. Fisher.

—Todas esas camas vacías —dijo Mrs. Wilkins.

—¿Qué camas vacías? —preguntó Scrap.

—Las que hay en esta casa. Vaya, desde luego cada una debería tener a alguien feliz en su interior. Ocho camas, y sólo cuatro personas. Es horrible, horrible, ser tan codicioso y guardarlo todo sólo para uno mismo. Quiero que Rose le pida también a su marido que venga. Usted y Mrs. Fisher no tienen maridos, pero ¿por qué no le regalan a alguna amiga unos días espléndidos?

Rose se mordió los labios. Se puso roja, se puso blanca. Por qué no se estaría callada Lotty, pensó. Estaba muy bien haberse vuelto santa de repente y querer amar a todo el mundo, pero ¿era necesario tener tan poco tacto? Rose sintió que le estaban echando vinagre en las llagas. Por qué no se estaría callada Lotty...

Y Mrs. Fisher, con más frigidez incluso que aquella con la que había recibido la ignorancia de Lady Caroline respecto a la Doncella Bendita, dijo:

—Sólo hay un dormitorio vacío en esta casa.

—¿Sólo uno? —repitió Mrs. Wilkins, asombrada—. Entonces, ¿quién está en todos los demás?

—Nosotras —dijo Mrs. Fisher.

—Pero no ocupamos todos los dormitorios. Debe haber por lo menos seis. Eso significa que sobran dos, y el dueño nos dijo que había ocho camas, ¿no, Rose?

—Hay seis dormitorios —dijo Mrs. Fisher; ya que tanto ella como Lady Caroline habían explorado a fondo la casa al llegar, para ver en qué parte se encontrarían más cómodas, y ambas sabían que había seis dormitorios, dos de los cuales eran muy pequeños,

y en uno de los pequeños dormía Francesca en compañía de una silla y una cómoda, y el otro, amueblado del mismo modo, estaba desocupado.

Mrs. Wilkins y Mrs. Arbuthnot prácticamente no habían examinado la casa, al haber pasado la mayor parte de su tiempo fuera contemplando boquiabiertas el paisaje, y, con la agitada distracción de sus mentes al comenzar las negociaciones para conseguir San Salvatore, se les había metido en la cabeza que las ocho camas a las cuales el dueño hacía referencia eran lo mismo que ocho dormitorios; lo cual no era así. Había en efecto ocho camas, pero cuatro de ellas estaban en los cuartos de Mrs. Wilkins y Mrs. Arbuthnot.

—Hay seis dormitorios —repitió Mrs. Fisher—. Nosotras tenemos cuatro, Francesca tiene el quinto y el sexto está vacío.

—Así que —dijo Scrap— por muy amables que pretendiéramos ser si pudiéramos, no podemos. ¿No es una suerte?

—Pero entonces, ¿sólo hay sitio para uno? —dijo Mrs. Wilkins, recorriendo con la mirada los tres rostros.

—Sí, y es el suyo —dijo Scrap.

Esto desconcertó a Mrs. Wilkins. Esta cuestión de las camas resultaba inesperada. Al invitar a Mellersh, su intención había sido instalarlo en uno de los cuatro cuartos libres que imaginaba existían. Cuando había cuartos en abundancia y criados suficientes no había ninguna razón por la que debieran compartir el mismo, como hacían en Londres en su pequeña casa con dos criados. No había que poner a prueba el amor, ni siquiera el amor universal, el tipo de amor que sentía la rebosaba. Se necesitaba mucha paciencia y humildad para tener éxito en el sueño marital. Placidez; una fe firme; estas también eran necesarias. Estaba segura de que le tendría mucho más cariño a Mellersh, y él no se impacientaría tanto con ella, si no pasaran las noches encerrados juntos, si por la mañana se pudieran encontrar con el cariño alegre de unos amigos no separados por la sombra de las discrepancias a propósito de la ventana o del uso del baño, o por resentimientos sofocados, absurdos y pequeños, a propósito de algo que a uno de los dos le parecía injusto. Tenía la sensación de que su felicidad y su habilidad para ser amiga de todo el mundo era el resultado de su repentina nueva libertad y la paz que la acompañaba. ¿Existiría esa sensación de libertad, esa paz, tras una noche encerrada con Mellersh? ¿Sería capaz por la mañana de sentirse llena únicamente de bondad, como lo estaba en este momento? Después de todo, no llevaba mucho tiempo en el paraíso. ¿Y si no llevaba el tiempo suficiente para haberse afianzado en la amabilidad? Y esta misma mañana, sin ir más lejos, ¡qué alegría más extraordinaria había supuesto el encontrarse sola cuando se despertó, y poder tirar de las sábanas como le gustaba!

Francesca tuvo que darle un codazo. Estaba tan absorta que no se dio cuenta del budín.

«Si —pensó Mrs. Wilkins, sirviéndose distraídamente— comparto mi cuarto con Mellersh me arriesgo a perder todo lo que ahora siento por él. Si, por el contrario le coloco en el único cuarto libre, impido a Mrs. Fisher y a Lady Caroline obsequiar a alguien. Es verdad que ahora mismo no parecen desearlo, pero en este lugar puede en cualquier momento apoderarse de la una o la otra el deseo de hacer feliz a alguien, y entonces no podrán a causa de Mellersh».

—Vaya problema —dijo en voz alta, frunciendo las cejas.

—¿El qué lo es? —preguntó Scrap.

—Dónde poner a Mellersh.

Scrap la miró fijamente.

—Vaya, ¿no le basta con un cuarto? —preguntó.

—Oh sí, de sobra. Pero entonces no quedará sitio, nada de sitio por si *usted* quiere invitar a alguien.

—No querré —dijo Scrap.

—O *usted* —dijo Mrs. Wilkins a Mrs. Fisher—. Rose, desde luego, no cuenta. Estoy segura de que le gustaría compartir su cuarto con su marido. Lo tiene escrito en la cara.

—Realmente... —dijo Mrs. Fisher.

—Realmente ¿qué? —dijo Mrs. Wilkins, volviéndose con optimismo hacia ella, ya que pensaba que esta vez la palabra era el preliminar de una sugerencia útil.

No lo era. Se sostenía por sí misma. Era, como antes, simple escarcha.

Sin embargo, Mrs. Fisher, al ser retada, llegó a unirla a una frase.

—¿Debo realmente entender —preguntó— que se propone usted reservar la única habitación libre para el uso exclusivo de su familia?

—No es mi familia —dijo Mrs. Wilkins—. Es mi marido. Verá usted...

—No veo nada —esta vez (qué manía más intolerable) Mrs. Fisher no pudo reprimirse y la interrumpió—. Como mucho oigo, y eso a disgusto.

Pero Mrs. Wilkins, tan insensible al reproche como Mrs. Fisher se había temido, repitió inmediatamente la fórmula agotadora y se lanzó a un discurso largo y excesivamente falto de delicadeza sobre el mejor lugar para que durmiera la persona a la que llamaba Mellersh.

Mellersh —Mrs. Fisher, recordando los Thomas y Johns y Alfreds y Roberts de su época, nombres sencillos que, sin embargo, habían alcanzado la gloria, opinaba que era pura afectación ser bautizado Mellersh— era, al parecer, el marido de Mrs. Wilkins, y por lo tanto su lugar estaba claramente indicado. ¿A qué toda esta charla? Ella misma, como si hubiera previsto su llegada, había hecho que colocaran una segunda cama en el cuarto de Mrs. Wilkins. Había ciertas cosas en la vida sobre las que nunca se hablaba, sino que una se limitaba a hacerlas. La mayor parte de los asuntos relacionados con maridos no se comentaban; y tener a todos los participantes en una comida absortos en una discusión relativa al lugar en el que uno de ellos debería dormir era una afrenta al decoro. Sólo sus mujeres debían saber cómo y dónde dormían los maridos. En ocasiones lo desconocían, y entonces el matrimonio atravesaba momentos menos felices; pero tampoco se hablaba de esos momentos; se seguía manteniendo el decoro. Por lo menos, así era en su época. Tener que oír si Mr. Wilkins debía dormir o no con Mrs. Wilkins, y las razones por las que debía y las razones por las que no debía hacerlo, era no sólo poco interesante, sino también falto de delicadeza.

Podría haber conseguido imponer la propiedad y cambiar de conversación si no hubiera sido por Lady Caroline. Lady Caroline animó a Mrs. Wilkins, y se lanzó ella misma a la discusión con la misma exacta falta de reserva que Mrs. Wilkins. Sin duda en esta ocasión era impulsada por el Chianti, pero fuera la que fuese la razón, allí estaba. Y, como era de esperar, Lady Caroline estaba totalmente a favor de que le dieran a Mr. Wilkins el solitario cuarto libre. Lo daba por supuesto. Cualquiera otra disposición habría sido imposible, dijo; su expresión fue «Bárbaro». ¿No había leído nunca la Biblia, Mrs. Fisher estuvo tentada de preguntar: *Y ellos dos serán una misma carne?* Claramente, también, un solo cuarto. Pero Mrs. Fisher no preguntó. No le gustaba ni siquiera mencionar semejantes textos delante de alguien soltero.

Sin embargo, había una forma de hacer volver a Mrs. Wilkins al lugar que le

correspondía y salvar la situación; podía decir que tenía intención de invitar a una amiga. Tenía derecho. Todas lo habían dicho. Dejando aparte el decoro, era monstruoso que Mrs. Wilkins quisiera monopolizar el único cuarto libre, cuando en su cuarto había todo lo necesario para su marido. Era posible que invitara realmente a alguien; no invitar, pero sugerir que viniera. Estaba Kate Lumley, por ejemplo. Kate podía permitirse perfectamente venir y pagar su parte; y era de su época y conocía, y había conocido, a la mayor parte de la gente que ella conocía y había conocido. Kate, por supuesto, sólo había estado al margen; solía ser invitada únicamente a las fiestas grandes, no a las pequeñas, y seguía estando al margen. Había algunas personas que nunca se libraban del margen, y Kate era una de ellas. A menudo, sin embargo, la compañía de esta gente resultaba más perdurablemente agradable, al seguir sintiéndose agradecidos.

Sí; realmente podía considerar a Kate. La pobrecita no se había casado, pero también era cierto que no todo el mundo puede esperar casarse, y tenía una posición económica cómoda; no demasiado cómoda, pero lo suficiente para pagar sus propios gastos si venía, y aún así sentirse agradecida. Sí; Kate era la solución. Si venía, Mrs. Fisher vio que se regularizaría de un golpe a los Wilkins y se impediría a Mrs. Wilkins tener más cuartos de los que le correspondían. Además, Mrs. Fisher se salvaría del aislamiento; del aislamiento espiritual. Deseaba estar aislada físicamente entre las comidas, pero le disgustaba ese aislamiento que atañe al espíritu. Este aislamiento sería sin duda el que le correspondería, se temía, con estas tres jóvenes de mente ajena. Incluso Mrs. Arbuthnot, debido a su amistad con Mrs. Wilkins, era necesariamente de mente ajena. En Kate tendría un apoyo. Kate, sin entrometerse en su cuarto de estar, ya que Kate era manejable, estaría presente en las comidas para apoyarla.

Mrs. Fisher no dijo nada en ese momento; pero poco después, en el salón, cuando estaban reunidas alrededor del fuego de leña —había descubierto que en su cuarto de estar no había chimenea, por lo que después de todo se vería obligada, mientras las noches siguieran siendo frías, a pasarlas en el otro cuarto— poco después, mientras Francesca servía el café y Lady Caroline envenenaba el aire con humo, Mrs. Wilkins, con aspecto de alivio y satisfacción, dijo:

—Bueno, si nadie quiere realmente ese cuarto, y de todos modos no se va a usar, me encantaría que Mellersh pudiera quedarse con él.

—Por supuesto que debe quedarse con él —dijo Lady Caroline.

Entonces habló Mrs. Fisher.

—Yo tengo una amiga —dijo con voz profunda; y un silencio repentino cayó sobre las demás.

—Kate Lumley —dijo Mrs. Fisher.

Nadie habló.

—¿Quizá —prosiguió Mrs. Fisher, dirigiéndose a Lady Caroline— usted la conoce? No, Lady Caroline no conocía a Kate Lumley; y Mrs. Fisher, sin preguntar a las demás si la conocían, ya que estaba segura de que no conocían a nadie, continuó.

—Deseo invitarla para que se reúna conmigo —dijo Mrs. Fisher.

Silencio total.

Entonces Scrap dijo, volviéndose hacia Mrs. Wilkins:

—Entonces, eso soluciona lo de Mellersh.

—Eso zanja la cuestión de Mr. Wilkins —dijo Mrs. Fisher—, aunque no acierto a entender que hubiera ninguna razón para considerar que existía tal cuestión.

—Me temo entonces que le va a tocar —dijo Lady Caroline, de nuevo a Mrs.

Wilkins—. A menos —añadió— que no pueda venir.

Pero Mrs. Wilkins, con la frente turbada —porque ¿y si después de todo no se había estabilizado lo suficiente en el paraíso?—, sólo fue capaz de decir, ligeramente intranquila:

—Le *veo* aquí.

XIII

Los días apacibles —apacibles sólo en apariencia— pasaban inundados por raudales de sol, y los criados, tras observar a las cuatro señoras, llegaron a la conclusión de que no había en ellas mucha vitalidad.

A los criados San Salvatore les parecía dormido. Nadie venía a tomar el té, ni las señoras iban a ninguna parte a tomarlo. Otros inquilinos en otras primaveras habían sido mucho más activos. Había habido movimiento e iniciativa; se había utilizado el barco; se habían hecho excursiones; se había encargado el simón de Beppo; gente de Mezzago venía a pasar el día; la casa resonaba con voces; a veces incluso se había bebido champán. La vida era variada, interesante. Pero ¿esto? ¿Qué era esto? Ni siquiera se regañaba a los criados. Se les dejaba por completo a su aire. Bostezaban.

También resultaba desconcertante la total ausencia de caballeros. ¿Cómo podían los caballeros mantenerse alejados de tanta belleza? Ya que, si se sumaba, e incluso tras la sustracción de la dama anciana, las tres jóvenes señoras producían un total impresionante de aquello que los caballeros solían buscar.

También el deseo evidente de cada señora de pasar largas horas separada de las demás damas desconcertaba a los criados. El resultado era una calma mortal en la casa, excepto a las horas de las comidas. A juzgar por los ruidos de vida que había, podría haber estado tan vacía como lo había estado todo el invierno. La señora anciana permanecía sentada en su cuarto, sola; la dama de ojos oscuros se alejaba sola, eso les decía Domenico, que en ocasiones se la encontraba durante sus tareas, vagando incomprensiblemente entre las rocas; la dama rubia muy hermosa se quedaba tumbada en su silla baja en el jardín superior, sola; la dama rubia, también hermosa, pero menos, ascendía las colinas y permanecía allí arriba durante horas, sola; y cada día el sol recorría resplandeciente su trayectoria alrededor de la casa, y desaparecía al atardecer en el mar, y nada en absoluto había sucedido.

Los criados bostezaban.

Y sin embargo, las cuatro visitantes, mientras sus cuerpos permanecían sentados —ese era el de Mrs. Fisher— o tumbados —ese era el de Lady Caroline— o vagando —ese era el de Mrs. Arbuthnot— o subían solitarios a las colinas —ese era el de Mrs. Wilkins—, estaban en realidad cualquier cosa menos aletargadas. Sus mentes presentaban una actividad desacostumbrada. Incluso por la noche sus mentes seguían activas, y los sueños que tenían eran claros, diáfanos y rápidos, completamente diferentes de los pesados sueños de Londres. Había ese algo en la atmósfera de San Salvatore que estimulaba la actividad mental en todos, excepto en los nativos. Ellos, como antes, sin tener en cuenta la belleza que les rodeaba, sin tener en cuenta lo que hicieran las estaciones pródigas, permanecían inmunes a las ideas que no fueran las que estaban acostumbrados a tener. Durante toda su vida habían presenciado, año tras año, el espectáculo asombroso y periódico que abril traía a los jardines, y la costumbre lo había hecho invisible para ellos. Estaban tan ciegos ante ello, tan inconscientes de ello, como el perro de Domenico dormido al sol.

Los visitantes no podían ignorarlo: resultaba demasiado llamativo después de Londres en un mes de marzo especialmente húmedo y tenebroso. Ser transportado de repente a ese lugar en el que el aire estaba tan inmóvil que contenía la respiración, donde la luz era tan dorada que transfiguraba los objetos más corrientes; ser transportado a ese

delicado calor, a esa fragancia acariciadora, y tener el viejo castillo gris como marco, y, a lo lejos, las colinas serenas y claras de los paisajes de Perugino, suponía un contraste sorprendente. Incluso Lady Caroline, acostumbrada toda su vida a la belleza, que había estado en todas partes y lo había visto todo, se sentía sorprendida por ella. Ese año, la primavera era especialmente maravillosa, y de todos los meses en San Salvatore abril, si el tiempo era bueno, era el mejor. Mayo quemaba y agostaba; marzo era inquieto, y tan luminoso que podía volverse duro y frío; pero abril llegaba suavemente, como una bendición, y, si era un abril bueno era tan hermoso que resultaba imposible no sentirse diferente, no sentirse excitado y conmovido.

Mrs. Wilkins, lo hemos visto, respondió a ello de forma instantánea. Ella, por decirlo así, se quitó enseguida toda la ropa y se zambulló directamente en la gloria, sin vacilar, con un grito de éxtasis.

Mrs. Arbuthnot se sintió excitada y conmovida, pero de un modo diferente. Tenía sensaciones extrañas, que serán descritas en breve.

Mrs. Fisher, al ser vieja, estaba hecha de un material más compacto, más impermeable, y ofreció más resistencia; pero ella también tenía sensaciones extrañas, que serán igualmente descritas cuando corresponda.

Lady Caroline, ya abundantemente familiarizada con casas y climas hermosos, los cuales no podían sorprenderla exactamente de la misma manera, estuvo sin embargo a punto de reaccionar con la misma rapidez que Mrs. Wilkins. El lugar ejerció también sobre ella una influencia casi instantánea, y de una parte de esta influencia era consciente: había provocado en ella el deseo de pensar, a partir de la mismísima primera noche, y actuaba sobre ella de forma curiosa, como si fuera una conciencia. El hecho sobre el que esta conciencia parecía llamar su atención con una insistencia que la asustaba —Lady Caroline vacilaba en aceptar la palabra, pero seguía apareciendo en su mente— era que no era más que fachada.

Sólo fachada. Ella. Qué curioso.

Tenía que meditar sobre eso.

La mañana después de la primera cena juntas, se despertó en un estado de arrepentimiento por haber sido tan locuaz con Mrs. Wilkins la noche antes. Qué sería lo que la había impulsado a ello, se preguntó. Ahora, por supuesto, Mrs. Wilkins querría agarrar, querría ser inseparable; y la idea de alguien que la agarrara y no se separara de ella durante cuatro semanas provocó un desmayo en los ánimos de Scrap. Sin duda, la estimulada Mrs. Wilkins estaría al acecho en el jardín superior, esperando para abordarla cuando ella saliera, y la saludaría con alegría matutina. Cómo odiaba ser saludada con alegría matutina; o, de hecho, que la saludaran en absoluto. No debería haber estimulado a Mrs. Wilkins la noche anterior. Era fatal estimular. Ya resultaba suficientemente malo no estimular, ya que, por lo general, el simple hecho de estar sentada y no decir nada parecía implicarla, pero estimular activamente era suicida. ¿Qué diablos la habría impulsado a ello? Ahora tendría que desperdiciar todo el tiempo precioso, el tiempo precioso y delicioso que tenía para meditar, para ajustarse las cuentas, en quitarse de encima a Mrs. Wilkins.

Cuando estuvo vestida, se dirigió furtivamente hasta su rincón, con gran cautela y caminando sobre las puntas de los dedos, haciendo equilibrios con cuidado para que los guijarros no crujieran; pero el jardín estaba vacío. No era necesario quitarse a nadie de encima. No se veía ni a Mrs. Wilkins ni a ninguna otra persona. Lo tenía totalmente para ella. Exceptuando a Domenico, que al cabo de un rato vino y merodeó a su alrededor, regando sus plantas, de nuevo sobre todo las que estaban más cerca de ella, no salió

absolutamente nadie; y cuando, después de un largo rato persiguiendo ideas que parecían escapársele justo cuando las había alcanzado, y cayendo dormida exhausta en los intervalos de esta persecución, se sintió hambrienta y miró su reloj y vio que eran más de las tres, se dio cuenta de que nadie se había molestado siquiera en llamarla para el almuerzo. Así que, Scrap no pudo evitar notar, si se habían deshecho de alguien era de ella.

Bueno, pero esto era encantador, y totalmente nuevo. Ahora podría pensar de verdad, sin interrupciones. Qué delicioso resultaba que se olvidaran de una.

Con todo, tenía hambre; y Mrs. Wilkins, después de esa excesiva cordialidad de la noche antes, podía por lo menos haberle dicho que el almuerzo estaba listo. Y había estado en efecto excesivamente cordial: tan amable en lo relativo a los preparativos para que durmiera Mellersh, queriendo que ocupara el cuarto libre y todo. Por lo general no le interesaban los preparativos, de hecho no le interesaban nunca; por lo que Scrap consideraba que se había incluso esforzado por ser agradable con Mrs. Wilkins. Y, a cambio, Mrs. Wilkins ni siquiera se preocupaba de si almorzaba o no.

Afortunadamente, aunque tenía hambre, no le importaba saltarse una comida. La vida estaba llena de comidas. Ocupaban una enorme proporción de tu tiempo; y Mrs. Fisher era una de esas personas, se temía, que se eternizaban. Había cenado ya dos veces con Mrs. Fisher, y las dos había sido difícil desalojarla al final, ya que se eternizaba mientras partía lentamente innumerables nueces y bebía lentamente un vaso de vino que parecía no ir a terminar nunca. Probablemente sería conveniente tomar por costumbre saltarse el almuerzo, y como resultaba muy sencillo que le sacaran el té, y como desayunaba en su cuarto, sólo se tendría que sentar una vez al día a la mesa del comedor y soportar las nueces.

Scrap enterró cómodamente la cabeza entre los cojines, y con los pies cruzados sobre el antepecho bajo, se abandonó a nuevas reflexiones. Se dijo, como había dicho cada cierto tiempo a lo largo de toda la mañana: Ahora voy a pensar. Pero, al no haber analizado nada en toda su vida, resultaba difícil. Era extraordinario cómo se distraía la atención; era extraordinario cómo la mente se escapaba de soslayo. Tras ponerse a examinar su pasado como preliminar a la consideración de su futuro, y mientras buscaba en él para empezar alguna justificación de esa angustiada palabra, fachada, descubrió de pronto que no estaba pensando para nada en eso, sino que se había desviado de alguna manera hacia Mr. Wilkins.

Bueno, era bastante fácil pensar en Mr. Wilkins, aunque no agradable. Veía su acercamiento con recelo. Ya que no sólo era un profundo e inesperado fastidio que se añadiera un hombre al grupo, y un hombre, además, del tipo al que estaba segura Mr. Wilkins pertenecía, sino que se temía —y su temor era el resultado de una experiencia monótonamente invariable— que podría querer merodear alrededor de ella.

Evidentemente, esa posibilidad no se le había ocurrido todavía a Mrs. Wilkins, y era una sobre la cual no podía desde luego llamar su atención; es decir, no sin parecer de una fatuidad sin límites. Intentó confiar en que Mr. Wilkins constituiría una maravillosa excepción a la horrible regla. Eso era lo único que pedía, y entonces ella le estaría tan agradecida que creía podría llegar a gustarle de verdad.

Pero... tenía dudas. ¿Y si merodeaba alrededor de ella de forma que la echara de su delicioso jardín superior?; ¿y si se apagaba la luz del rostro cambiante y divertido de Mrs. Wilkins? Scrap tenía la sensación de que le disgustaría especialmente que esto le ocurriera al rostro de Mrs. Wilkins, y sin embargo nunca en su vida había conocido a ninguna esposa, a ninguna en absoluto, capaz de comprender que ella no deseaba en lo más mínimo a sus maridos. Con frecuencia había encontrado esposas que tampoco deseaban a sus maridos,

pero eso no disminuía su indignación si creían que alguna otra persona les deseaba, ni tampoco su certeza, cuando los veían rondando alrededor de Scrap, de que ella estaba intentando cazarlos. ¡Intentando cazarlos! La mera idea, el mero recuerdo de estas situaciones, le produjo un aburrimiento tan extremo que inmediatamente se volvió a quedar dormida.

Cuando se despertó siguió con Mr. Wilkins.

Ahora bien, pensó Scrap, si Mr. Wilkins no era una excepción y se comportaba del modo habitual, ¿lo comprendería Mrs. Wilkins, o simplemente echaría a perder sus vacaciones? Parecía rápida, pero ¿sería rápida precisamente en esto? Parecía comprender y ver en el interior de una, pero ¿comprendería y vería en el interior de una cuando se tratara de Mr. Wilkins?

La experimentada Scrap estaba llena de dudas. Cambió los pies de sitio sobre el antepecho; sacudió un cojín para enderezarlo. Quizá sería mejor intentar explicarle a Mrs. Wilkins, durante los días que todavía quedaban hasta la llegada —explicar de una forma general, más bien imprecisa y hablando sin personalizar—, su actitud hacia tales cosas. Podía también exponerle su peculiar aversión hacia los maridos de la gente, y su profundo deseo de que, por lo menos durante este mes, la dejaran en paz.

Pero Scrap también tenía sus dudas sobre esto. Una conversación semejante implicaba una cierta familiaridad, implicaba embarcarse en una amistad con Mrs. Wilkins; y si, después de haberse embarcado en ella y haber afrontado el peligro que contenía de un exceso de Mrs. Wilkins, Mr. Wilkins resultaba ser ingenioso —y la gente se volvía realmente ingeniosa cuando estaba decidida a algo— y conseguía después de todo escabullirse y penetrar en el jardín superior, Mrs. Wilkins podía llegar a creer que había sido engañada, y que ella, Scrap, era una hipócrita. ¡Hipócrita! Y todo por Mr. Wilkins. Las esposas resultaban realmente patéticas.

A las cuatro y media oyó ruido de platillos al otro lado de los arbustos de adelfas. ¿Le estarían trayendo el té?

No; los ruidos no se acercaron más, se detuvieron cerca de la casa. Se iba a tomar el té en el jardín, en su jardín. Scrap consideró que por lo menos podían haberle preguntado si le importaba que la molestaran. Todas sabían que se sentaba allí.

Quizá alguien le traería el suyo a su rincón.

No; nadie trajo nada.

Bueno, tenía demasiada hambre para no ir y tomarlo con las otras hoy, pero le daría a Francesca órdenes estrictas para el futuro.

Se levantó, y caminó en dirección a los ruidos del té con esa elegancia lenta que era otro más de su escandaloso número de atractivos. Era consciente no sólo de que tenía mucha hambre, sino también de que quería hablar de nuevo con Mrs. Wilkins. Mrs. Wilkins no se había agarrado, la había dejado completamente libre todo el día a pesar del *rapprochement* de la noche anterior. Desde luego era una excéntrica, y se ponía jerséis de seda para cenar, pero no la había agarrado. Eso era una gran cosa. Scrap se dirigió hacia la mesa del té esperando ver a Mrs. Wilkins; y cuando la tuvo ante sus ojos, sólo vio a Mrs. Fisher y a Mrs. Arbuthnot.

Mrs. Fisher estaba sirviendo el té, y Mrs. Arbuthnot le estaba ofreciendo mostachones a Mrs. Fisher. Cada vez que Mrs. Fisher le ofrecía algo a Mrs. Arbuthnot —la taza, o la leche, o el azúcar— Mrs. Arbuthnot le ofrecía mostachones, insistía en que los cogiera con una asiduidad extraña, casi con obstinación. ¿Sería un juego? se preguntó Scrap, al tiempo que se sentaba y se apoderaba de un mostachón.

—¿Dónde está Mrs. Wilkins? —preguntó Scrap.

No lo sabían. Por lo menos, Mrs. Arbuthnot, al preguntar Scrap, no lo sabía; el rostro de Mrs. Fisher, al oír el nombre, se volvió elaboradamente desinteresado.

Parecía que Mrs. Wilkins no había sido vista desde el desayuno. Mrs. Arbuthnot pensaba que probablemente se habría ido de excursión. Scrap la echaba de menos. Se comió en silencio los enormes mostachones, los mejores y más grandes que había probado jamás. El té sin Mrs. Wilkins era aburrido; y Mrs. Arbuthnot tenía ese aroma fatal de cariño materno, de querer mimarla a una, ponerla muy cómoda, persuadiéndola para que comiera —persuadiéndola a ella, que estaba comiendo ya de una manera tan abierta, incluso tan excesiva— que parecía haber perseguido los pasos de Scrap por la vida. ¿No podía la gente dejarla a una tranquila? Era perfectamente capaz de comer lo que quisiera sin que la incitaran. Intentó sofocar el celo de Mrs. Arbuthnot siendo tajante con ella. Inútil. La brusquedad no resultaba aparente. Permanecía, al igual que todos los sentimientos perversos de Scrap, cubierta por el velo impenetrable de su encanto.

Mrs. Fisher, sentada como una estatua, las ignoró a las dos. Había tenido un día curioso, y estaba un poco preocupada. Había estado completamente sola, ya que ninguna de las tres había venido a comer, y ninguna de las tres se había tomado la molestia de hacerle saber que no iba a venir; y Mrs. Arbuthnot, tras aparecer de forma casual al té, se había comportado de una manera extraña hasta que Lady Caroline se había unido a ellas y había captado su atención.

Mrs. Fisher estaba dispuesta a que no le disgustara Mrs. Arbuthnot, cuya raya en medio y expresión bondadosa parecían de lo más decentes y femeninas, pero sin duda tenía costumbres que resultaban difíciles de aceptar. Su hábito de repetir cualquier ofrecimiento de comida o bebida que se le hiciera, de devolver, como si dijéramos, el ofrecimiento, no era, por alguna razón, lo que uno esperaba de ella. «¿Tomará usted más té?» era sin duda una pregunta a la cual se respondía simplemente con un sí o un no; pero Mrs. Arbuthnot persistía en la manía que había mostrado el día anterior en el desayuno, consistente en añadir a su sí o no las palabras «¿Y usted?». Lo había hecho de nuevo esa mañana durante el desayuno, y aquí estaba haciéndolo en el té, las dos comidas presididas y servidas por Mrs. Fisher. ¿Por qué lo hacía? Mrs. Fisher no conseguía entenderlo.

Pero esto no era lo que le preocupaba; esto era simplemente un inciso. Lo que le preocupaba era que ese día había sido totalmente incapaz de centrar su atención en algo, y no había hecho nada más que vagar inquieta desde el cuarto de estar hasta las almenas y de vuelta otra vez. Había sido un día desperdiciado, y cómo le desagradaba el desperdicio. Había intentado leer, y había intentado escribir a Kate Lumley; pero no; leía unas cuantas palabras, escribía unas cuantas líneas, y de nuevo se levantaba y salía a las almenas y miraba fijamente al mar.

No importaba que no escribiera la carta a Kate Lumley. Había tiempo de sobra para ello. Que las demás supusieran que su venida estaba definitivamente decidida. Mejor. Así se mantendría Mrs. Wilkins fuera del cuarto libre y se la colocaría donde le correspondía. Kate podía esperar. Podía guardarse en reserva. Kate en reserva era tan potente como Kate en realidad, y había algunos aspectos de la Kate en reserva que podrían faltar de la Kate real. Por ejemplo, si Mrs. Fisher iba a sentirse inquieta, preferiría que Kate no estuviera allí para verlo. Había una cierta falta de dignidad en la intranquilidad, en el trote de acá para allá. Pero si importaba que no pudiera leer ni una línea de cualquiera de los escritos de sus grandes amigos difuntos; no, ni siquiera de los de Browning, que había estado tanto en Italia, ni de los de Ruskin, cuya *Piedras de Venecia* había traído con ella para releerlo tan

cerca del lugar mismo; ni tampoco una frase de un libro realmente interesante como el que había encontrado en su cuarto de estar sobre la vida de ese pobre hombre, el emperador alemán —escrito en la década de los noventa, cuando los pecados contra él no superaban todavía los suyos propios, que era, estaba firmemente convencida, lo que sucedía ahora, y lleno de datos excitantes sobre su nacimiento y su brazo derecho y *accoucheurs*— sin tener que dejarlo e ir a mirar fijamente al mar.

La lectura era muy importante; el ejercicio y desarrollo adecuados de la mente eran un deber capital. ¿Cómo era posible leer si se estaba constantemente entrando y saliendo al trote? Era curiosa, esta intranquilidad. ¿Se iría a poner mala? No; se sentía bien; en efecto, desacostumbradamente bien, y salía y entraba muy deprisa —trotaba, de hecho— y sin su bastón. Era muy extraño que no fuera capaz de permanecer sentada, pensó, al tiempo que, frunciendo el ceño, miraba por encima de las corolas de unos jacintos púrpura en dirección al golfo de La Spezia, que resplandecía más allá de un promontorio; muy extraño que ella, que caminaba tan despacio, tan dependiente de su bastón, trotara de repente.

Tenía la sensación de que sería interesante hablar de ello con alguien. No con Kate: con un desconocido. Kate se limitaría a mirarla y a sugerir una taza de té. Kate siempre sugería tazas de té. Además, Kate tenía un rostro anodino. Ahora bien, esa Mrs. Wilkins, a pesar de lo molesta que era, a pesar de lo suelta que tenía la lengua, de lo impertinente, de lo censurable que resultaba, probablemente lo comprendería, y quizá sabría qué era lo que la llevaba a comportarse así. Pero no le podía decir nada a Mrs. Wilkins. Era la última persona a la que uno confesaría tener sensaciones. No podía hacerlo, aunque no fuera más que por dignidad. ¿Confiar en Mrs. Wilkins? Nunca.

Y Mrs. Arbuthnot, mientras mimaba melancólica a la obstruccionista Scrap durante el té, pensó también que había tenido un día curioso. Había sido activo, como el de Mrs. Fisher, pero, a diferencia del de Mrs. Fisher, activo sólo mentalmente. Su cuerpo había permanecido muy quieto; su mente no había estado nada quieta, había estado activa en exceso. Durante años se había preocupado de no tener tiempo para pensar. Su vida programada en la parroquia había evitado la intromisión de los recuerdos y deseos. Ese día se habían amontonado. Volvió para el té sintiéndose abatida, y sentirse abatida en un lugar semejante, rodeada de todo lo necesario para disfrutar, sólo consiguió abatirla aún más. Pero ¿cómo podía sentirse feliz estando sola? ¿Cómo podía nadie alegrarse y disfrutar y apreciar, apreciar de verdad, estando solo? Excepto Lotty. Lotty parecía ser capaz de hacerlo. Se había marchado colina abajo nada más terminar de desayunar, sola y sin embargo obviamente contenta, ya que no le había sugerido a Rose que fuera también, y cantaba mientras se iba.

Rose había pasado el día sola, sentada con las manos cruzadas sobre sus rodillas, mirando fijamente de frente. El objeto de su contemplación eran las espadas grises de las pitas, y, sostenidos sobre sus altos tallos, los pálidos lirios que crecían en el retirado lugar que había encontrado, mientras que más allá, entre las hojas grises y las flores azules, veía el mar. El lugar que había encontrado era un rincón escondido en el que el tomillo acolchaba las piedras abrasadas por el sol, y era poco probable que viniera nadie. No se podía ver ni oír desde la casa; estaba alejado de cualquier sendero; se encontraba cerca del final del promontorio. Permaneció sentada tan quieta que, al poco tiempo, las lagartijas comenzaron a pasar como flechas por encima de sus pies, y unos diminutos pájaros parecidos a pinzones, que al principio se habían espantado, regresaron de nuevo y revolotearon entre los arbustos que la rodeaban como si ella no estuviera allí. Qué hermoso era. Y para qué servía si no había nadie allí, nadie a quien le gustara estar con una, que le

perteneciera, a quien se le pudiera decir: «Mira». ¿Y no diría: «Mira..., *amor?*». Sí, diría *amor*; y la dulce palabra, el simple hecho de decírsela a alguien que le quisiera a una, la haría feliz.

Permaneció sentada muy quieta, mirando fijamente de frente. Era extraño que en este lugar no deseara rezar. Ella, que en casa había rezado de una forma tan constante, no parecía ser en absoluto capaz de hacerlo aquí. La primera mañana se había limitado a lanzar al cielo un breve gracias al levantarse, y se había ido derecha a la ventana para ver el aspecto que tenía todo; había lanzado las gracias con la misma despreocupación que una pelota, y no había vuelto a pensar en ello. Esa mañana, al acordarse de esto, sintiéndose avergonzada, se había arrodillado con determinación; pero quizá la determinación no era buena para las plegarias, ya que había sido incapaz de pensar en nada que decir. Y en lo que se refería a sus plegarias de por la noche, ninguna de las dos noches había dicho ni una. Se le habían olvidado. Había estado tan absorta en otros pensamientos que se le habían olvidado; y, una vez dentro de la cama, estaba ya dormida e inmersa en un veloz torbellino de sueños brillantes, ligeros y transparentes antes de tener siquiera tiempo de tumbarse.

¿Qué le había pasado? ¿Por qué había soltado el ancla de la plegaria? Y también tenía que hacer esfuerzos para acordarse de sus pobres, para acordarse siquiera de que existían unos seres semejantes. Por supuesto, las vacaciones eran beneficiosas, y todo el mundo lo admitía, pero ¿deberían hacer semejantes estragos en la realidad, borrarla de una forma tan total? Quizá olvidar a sus pobres era sano; así volvería a ellos con más entusiasmo. Pero no podía ser saludable olvidar sus plegarias, y aún menos podía serlo el que no le importara.

A Rose no le importaba. Sabía que no le importaba. Y, lo que era aún peor, sabía que no le importaba que no le importara. En este lugar se sentía indiferente hacia las dos cosas que durante años habían llenado su vida y habían hecho que pareciera feliz. Bueno, bastaría con poder alegrarse en su maravilloso medio nuevo, tener por lo menos eso para oponerlo a la indiferencia, al abandono..., pero no podía. No tenía trabajo, no rezaba, se había quedado vacía.

Lotty había echado a perder su día aquel día, como lo había echado a perder el día anterior; Lotty, con la invitación a su marido, con la sugerencia de que ella también debería invitar al suyo. El día anterior, tras haber lanzado de nuevo a Frederick a su mente, Lotty la había dejado; la había dejado sola toda la tarde con sus pensamientos. Desde entonces habían estado todos dedicados a Frederick. Mientras que en Hampstead sólo venía a ella en sus sueños, aquí dejaba sus sueños libres y la acompañaba, en cambio, durante el día. Y de nuevo esa mañana, mientras luchaba por no acordarse de él, Lotty le había preguntado, justo antes de desaparecer cantando sendero abajo, si le había escrito ya para invitarle, y de nuevo le había lanzado a su mente y ella no era capaz de sacarle.

¿Cómo podía invitarle? Había durado tanto su alejamiento, tantos años; no sabría casi ni qué palabras usar; y además, él no vendría. ¿Por qué iba a venir? No le gustaba estar con ella. ¿De qué podían hablar? Entre ellos se hallaba la barrera del trabajo de él y la religión de ella. Ella no podía —cómo iba a poder, creyendo como creía en la pureza, en la responsabilidad ante el efecto de las acciones de uno sobre los demás— soportar su trabajo, soportar vivir de él; y a él, ella lo sabía, su religión le había dolido al principio y más tarde simplemente aburrido. Había dejado que ella se alejara; había renunciado a ella; ya no le importaba; aceptaba su religión con indiferencia, como un hecho establecido. Tanto esta como Rose —la mente de Rose, al volverse más luminosa a la clara luz de abril en San Salvatore, de repente vio la verdad— le aburrían.

Naturalmente, cuando comprendió esto, cuando la idea la asaltó por primera vez esa mañana, no le gustó; le gustó tan poco que por un momento toda la belleza de Italia se borró. ¿Qué solución había? Ella no podía renunciar a creer en la bondad y a sentir aversión por el mal, y vivir totalmente de los beneficios de los adulterios, por muy difuntos y eminentes que fueran, no podía ser bueno. Además, si lo hacía, si sacrificaba todo su pasado, su educación, su trabajo durante los últimos diez años, ¿le aburriría menos? Rose sentía en lo más profundo de su ser que, una vez que se ha aburrido a fondo a alguien, es prácticamente imposible dejar de aburrirle. Quien aburre una vez, aburre toda la vida, y desde luego, pensó, a la persona aburrida en origen.

Entonces, reflexionó, mientras contemplaba el mar a través de unos ojos que se habían empañado, mejor aferrarse a su religión. Era —apenas se dio cuenta de lo reprobable de su pensamiento— mejor que nada. Pero oh, ella quería aferrarse a algo tangible, amar algo vivo, algo que una pudiera estrechar contra su corazón, que una pudiera ver y tocar y por lo que una pudiera hacer cosas. Si su pobre bebé no hubiera muerto..., los niños no se aburrían de una, tardaban mucho en crecer y descubrir cómo era una. Y quizá un hijo propio no llegaba a descubrirlo nunca; quizá para él una sería siempre, por muy viejo y barbudo que se volviera, alguien especial, alguien diferente de todos los demás, y, aunque sólo fuera por eso, preciado por ser único.

Sentada, mirando hacia el mar con los ojos empañados, sintió un ansia extraordinaria por estrechar contra su pecho algo de su propiedad. Rose era delgada, y tan reservada de figura como de carácter, y, sin embargo, tenía una extraña sensación —¿cómo la podría describir?— de seno. Había algo en San Salvatore que la hacía sentirse toda seno. Deseaba atraer hacia su seno, consolar y proteger, calmando con las más suaves caricias y murmullos de amor la querida cabeza que se reclinase en él. Frederick, el hijo de Frederick, que vendrían a ella, que se apoyarían en ella, porque eran infelices, porque habían sido heridos... La necesitarían entonces, si habían sido heridos; se dejarían querer entonces, si eran infelices.

Bueno, el niño se había ido, ahora ya no volvería nunca; pero quizá Frederick, algún día, cuando estuviera viejo y cansado...

Tales eran las reflexiones y emociones de Mrs. Arbuthnot ese primer día sola en San Salvatore. Volvió a la hora del té más abatida de lo que se había sentido en años. San Salvatore le había quitado su cuidadosamente edificada apariencia de felicidad, y no le había dado nada a cambio. Sí, le había dado ansias a cambio, este dolor y anhelo, esta extraña sensación de seno; pero eso era peor que nada. Y ella, que había aprendido a ser estable, que en casa no estaba nunca irritada y era siempre capaz de mostrarse amable, esa tarde no podía, ni siquiera abatida, soportar la apropiación por parte de Mrs. Fisher de la posición de anfitriona durante el té.

Uno habría imaginado que algo tan insignificante no la afectaría, pero lo hacía. ¿Estaba cambiando su carácter? ¿Sería no sólo impulsada de nuevo a los largamente sofocados anhelos por Frederick, sino transformada además en alguien que deseaba pelearse por cosas insignificantes? Después del té, cuando tanto Mrs. Fisher como Lady Caroline desaparecieron de nuevo —resultaba bastante evidente que nadie la quería—, se sintió más abatida que nunca, abrumada por la discrepancia entre el esplendor que la rodeaba, la belleza y autosuficiencia cálidas y rebosantes de la naturaleza y el profundo vacío de su corazón.

Entonces vino Lotty, de vuelta para la cena, increíblemente más pecosa, rezumando el sol que había estado acumulando durante todo el día, hablando, riendo, comportándose

de forma indiscreta, insensata, sin reserva; y Lady Caroline, tan silenciosa durante el té, se despertó ante la animación, y Mrs. Fisher no resultaba tan obvia, y Rose estaba empezando a recuperarse un poco, ya que la vitalidad de Lotty era contagiosa mientras describía los placeres de su día, un día que para cualquier otro podía fácilmente no haber consistido más que en un paseo muy largo y muy caluroso y sándwiches, cuando de repente dijo, llamando la atención de Rose:

—¿Y la carta?

Rose se ruborizó. Qué falta de tacto...

—¿Qué carta? —preguntó Scrap, interesada. Tenía ambos codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en las manos, ya que se había llegado a la fase de las nueces, y no se podía hacer nada más que esperar en la posición más cómoda posible hasta que Mrs. Fisher terminara de cascar.

—Para decirle a su marido que venga —dijo Lotty.

Mrs. Fisher levantó la vista. ¿Otro marido? ¿No se iban a terminar nunca? Entonces, esta tampoco era viuda; pero sin duda su marido era un hombre decente y respetable, que ejercía una profesión decente y respetable. No esperaba mucho de Mr. Wilkins; tan poco, que se había abstenido de preguntar a qué se dedicaba.

—¿La has mandado? —insistió Lotty, cuando Rose no dijo nada.

—No —dijo Rose.

—Oh, bueno, entonces mañana —dijo Lotty.

Rose deseaba contestar «no» a eso también. Lotty, en su lugar, lo habría hecho, y habría además expuesto todas sus razones. Pero ella no podía volverse del revés e invitar a cualquier mortal a que pasara y mirara en su interior. ¿Cómo era posible que Lotty, que veía tantas cosas, no viera clavado en su corazón, y al verlo se abstuviera de mencionarlo, el dolorido lugar que era Frederick?

—¿Quién es su marido? —preguntó Mrs. Fisher, mientras ajustaba con cuidado otra nuez entre los brazos del cascanueces.

—¿Quién iba a ser —respondió rápida Rose, inmediatamente irritada por Mrs. Fisher— si no Mr. Arbuthnot?

—Lo que quiero decir, por supuesto, es qué es Mr. Arbuthnot.

Y Rose, que al oír esto se había sonrojado hasta la raíz del cabello, dijo tras una pausa imperceptible:

—Mi marido.

Naturalmente, esto sacó a Mrs. Fisher de sus casillas. No habría jamás creído que esta, con su cabello decente y su dulce voz, fuera también una impertinente.

XIV

Esa primera semana la glicinia comenzó a marchitarse, y las flores del árbol de Judas y de los melocotoneros se desprendieron y alfombraron el suelo de rosa. Después desaparecieron todas las fresias, y los lirios comenzaron a escasear. Y entonces, mientras estos se marchaban, brotaron las rosas banksia dobles, y las grandes rosas de verano se exhibieron de repente espléndidas sobre las murallas y los enrejados. La Fortune amarilla era una de ellas; una rosa muy bella. Poco después, el tamarisco y las adelfas alcanzaban su apogeo, y las azucenas su punto más alto. Antes de que finalizara la semana, las higueras dieron sombra, los ciruelos florecieron entre los olivos, las modestas weigelias aparecieron con sus frescos trajes rosas, y sobre las rocas se extendieron masas de flores estrelladas de hojas gruesas, algunas de un púrpura intenso y otras de un pálido y claro amarillo limón.

Antes de que finalizara la semana también llegó Mr. Wilkins; tal como había predicho su mujer, y consciente de su deseo de que Mellersh disfrutara de sus vacaciones, se dijo que sería un tonto fuera de lo común si desperdiciaba su tiempo preocupándose de nadie más. «Si no se porta bien con ella —pensó Scrap—, será llevado a las almenas y arrojado». Ya que, antes de que finalizara la semana, ella y Mrs. Wilkins se habían convertido en Caroline y Lotty, y eran amigas.

Mrs. Wilkins había sido siempre amiga, pero Scrap había luchado por no serlo. Había procurado por todos los medios ser prudente, pero ¡qué difícil resultaba la prudencia con Mrs. Wilkins! Libre de cualquier vestigio de la misma, esta era tan absolutamente espontánea, tan totalmente expansiva, que muy pronto Scrap, casi antes de saber lo que estaba haciendo, se estaba comportando con la misma espontaneidad. Y nadie podía ser más espontánea que Scrap, una vez que se dejaba ir.

La única dificultad con Lotty era que casi siempre estaba en otra parte. Era imposible atraparla; era imposible retenerla para hablar con ella. En retrospectiva, los temores de Scrap con respecto a la posibilidad de que agarrara parecían grotescos. Vaya, no agarraba ni lo más mínimo. En la cena y después de la cena eran los únicos momentos en los que realmente se la veía. Desaparecía durante todo el día, y regresaba avanzada la tarde con un aspecto terrible, el pelo lleno de trozos de musgo y las pecas peores que nunca. Quizá estaba aprovechando al máximo su tiempo antes de que llegara Mellersh para hacer todo lo que quería hacer, y tenía la intención de dedicarse más tarde a salir con él, arreglada y con sus mejores galas.

Scrap la observaba, interesada a pesar suyo, porque le parecía extraordinario ser tan feliz con tan poco. San Salvatore era hermoso, y el tiempo era divino; pero el paisaje y el tiempo no le habían bastado nunca a Scrap; y ¿cómo podían bastarle a alguien que tendría que abandonarlos muy pronto y volver a vivir en Hampstead? Estaba también la inminencia de Mellersh, de ese Mellersh del que Lotty había huido hacia tan poco. Estaba muy bien sentir que uno tenía que compartir, y hacer un *beau geste* y compartir, pero los *beaux gestes* que Scrap había conocido no habían hecho feliz a nadie. En realidad, a nadie le gustaba ser el objeto de uno, y siempre implicaba un esfuerzo por parte del que lo hacía. Sin embargo, tenía que admitir que en Lotty no había ningún esfuerzo; resultaba evidente que todo lo que hacía y decía era fácil, y que era sencilla y totalmente feliz.

Y así era como se sentía Mrs. Wilkins, ya que sus dudas respecto a si había tenido tiempo de estabilizarse lo suficiente en la tranquilidad como para seguir estando tranquila

en compañía de Mellersh si esta se prolongaba de forma ininterrumpida las veinticuatro horas del día se habían evaporado a mitad de la semana, y tenía la sensación de que ahora nada podría trastornarla. Estaba lista para todo. Estaba firmemente injertada, enraizada, integrada en el paraíso. Dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera Mellersh, ella no se movería ni un centímetro fuera del paraíso, no se alteraría ni un instante para salir de allí y enfadarse. Por el contrario, iba a tirar de él hasta meterle junto a ella, y se sentarían cómodamente juntos, bañados en luz, y se reirían del miedo que le solía tener en Hampstead, y de la falsedad que el temor había provocado en ella. Pero no sería necesario tirar mucho. Después de un día o dos, él entraría del modo más natural, irresistiblemente arrastrado por las brisas perfumadas de ese aire divino; y allí se sentaría, ataviado de estrellas, pensó Mrs. Wilkins, en cuya mente, entre muchos otros *débris*, flotaban fragmentos ocasionales y brillantes de poesía. Rio para sí un poco ante la imagen de Mellersh, el respetable abogado de familia con chistera y gabán negro, ataviado de estrellas, pero se rio con cariño, casi con un orgullo maternal, ante el aspecto tan espléndido que tendría con una ropa tan elegante. «Pobre corderito», murmuró para sí afectuosamente. Y añadió: «Lo que necesita es airearse a fondo».

Esto fue durante la primera mitad de la semana. Al comienzo de la última mitad, al final de la cual llegaba Mr. Wilkins, dejó incluso de asegurarse a sí misma que era inquebrantable, que estaba empapada por la atmósfera más allá de cualquier posible alteración, ya no pensaba en ello ni lo notaba; lo daba por supuesto. Si se puede decir, y ella desde luego lo decía, no sólo a sí misma, sino también a Lady Caroline, había encontrado sus raíces celestiales.

Contrariamente al concepto de Mrs. Fisher de lo correcto —evidentemente; ¿qué otra cosa se podía esperar de Mrs. Wilkins?—, esta no fue a recibir a su marido a Mezzago, sino que se limitó a descender hasta el lugar donde el simón de Beppo le dejarían a él y a su equipaje en una calle de Castagneto. A Mrs. Fisher le desagradaba la llegada de Mr. Wilkins, y estaba segura de que cualquiera capaz de casarse con Mrs. Wilkins debía ser por lo menos de índole poco juicioso, pero un marido, cualquiera que fuera su índole, debía ser recibido correctamente. Mr. Fisher siempre había sido recibido con corrección. Ni una sola vez en toda su vida de casado había dejado de ser recibido en una estación, ni tampoco se había marchado sin ser despedido. Estas prácticas, estas cortesías, reforzaban los lazos del matrimonio y hacían sentir al marido que podía confiar en que su mujer estuviera siempre allí. Estar siempre allí era el secreto básico de una esposa. Prefería no pensar en lo que le habría ocurrido a Mr. Fisher si ella hubiera faltado a este principio. Bastante le había ocurrido ya tal y como estaban las cosas; porque la vida marital, por mucho cuidado que uno pusiera en tapparlas, parecía, a pesar de todo, contener grietas.

Pero Mrs. Wilkins no se esforzó lo más mínimo. Se limitó a descender la colina cantando —Mrs. Fisher la podía oír— y recogió a su marido en la calle, dándole tan poca importancia como si fuera un alfiler. Las otras tres, todavía acostadas, ya que no era ni de lejos la hora de levantarse, la oyeron cuando pasó bajo sus ventanas mientras descendía por el sendero en zigzag para ir a recibir a Mr. Wilkins, que llegaba en el tren de la mañana, y Scrap sonrió, y Rose suspiró, y Mrs. Fisher tocó la campanilla y le dijo a Francesca que quería el desayuno en su cuarto. Ese día las tres desayunaron en sus cuartos, impulsadas por el instinto común de ponerse a cubierto.

Scrap siempre desayunaba en la cama, pero sentía la misma inclinación a esconderse, y durante el desayuno hizo planes para pasar todo el día donde estaba. Quizá, sin embargo, no sería tan necesario ese día como el siguiente. Ese día, calculó Scrap, el

problema de Mellersh estaría resuelto. Querría tomar un baño, y tomar un baño en San Salvatore era un asunto complicado, una auténtica aventura si se tomaba caliente en el cuarto de baño, y llevaba mucho tiempo. Implicaba la asistencia del personal al completo: Domenico y el niño Giuseppe persuadiendo a la estufa de marca para que ardiera, frenándola cuando ardía con demasiada violencia, utilizando el fuelle con ella cuando amenazaba con apagarse, encendiéndola de nuevo cuando en efecto lo hacía; Francesca revoloteando ansiosamente sobre el grifo, ya que, si se abría demasiado, inmediatamente el agua salía fría, y si no se abría lo suficiente, la estufa explotaba por dentro e inundaba la casa de un modo misterioso; y Costanza y Angela corriendo escaleras arriba y abajo trayendo cubos de agua caliente de la cocina para suplir las deficiencias del grifo.

Este baño había sido instalado hacía poco, y era al mismo tiempo el orgullo y el terror de los criados. Colgadas de la pared había unas extensas instrucciones impresas relativas a su adecuado trato, en las cuales la palabra *pericoloso* aparecía una y otra vez. Cuando Mrs. Fisher, al llegar y pasar al baño, vio esta palabra, regresó de nuevo a su habitación y pidió en su lugar un baño con esponja; y cuando las otras descubrieron lo que significaba usar el cuarto de baño, y lo reacios que eran los criados a dejarlas solas con la estufa, y cómo Francesca se negaba rotundamente a ello, y permanecía de espaldas observando el grifo, y cómo los demás criados esperaban inquietos al otro lado de la puerta hasta que el bañista emergía de nuevo sano y salvo, ellas también hicieron que les trajeran en su lugar baños de esponja a sus habitaciones.

Sin embargo, Mr. Wilkins era un hombre, y con toda seguridad querría tomar un baño completo. Scrap calculó que esto le mantendría ocupado durante un buen rato. A continuación desharía las maletas, y después, tras la noche en el tren, dormiría probablemente hasta la tarde. Así que se mantendría ocupado todo el día y no le tendrían suelto entre ellas hasta la cena.

Por tanto, Scrap llegó a la conclusión de que ese día estaría totalmente segura en el jardín, y se levantó, como de costumbre, después del desayuno y, como de costumbre, se tomó su tiempo para vestirse, mientras permanecía atenta, con el oído ligeramente aguzado, a los sonidos de la llegada de Mrs. Wilkins, a cómo llevaban su equipaje a la habitación de Lotty al otro lado del rellano, a su voz culta preguntándole a Lotty, primero, «¿Le doy algo a este hombre?», e inmediatamente después: «¿Puedo tomar un baño caliente?»; a la voz de Lotty asegurándole alegre que no era necesario que le diera nada al hombre porque era el jardinero, y que sí, que podía tomar un baño caliente; y poco después el rellano se llenó con los ruidos familiares provocados por el transporte de la leña, el transporte del agua, unos pies corriendo, unas lenguas vociferando: de hecho, con la preparación del baño.

Scrap terminó de vestirse y después se entretuvo en la ventana, esperando hasta oír a Mr. Wilkins entrar en el baño. Cuando se hubiera encerrado dentro, ella saldría y se instalaría en su jardín y reanudaría su investigación sobre el posible sentido de su vida. Estaba haciendo progresos con su investigación. Se adormilaba con mucha menos frecuencia y estaba empezando a sentirse inclinada a aceptar que fachada era el concepto que se debía aplicar a su pasado. También se temía que su futuro se viera negro.

Ya estaba: podía oír de nuevo la culta voz de Mr. Wilkins. La puerta de Lotty se había abierto, y él estaba saliendo por ella preguntando el camino al baño.

—Es donde se ve a la multitud —respondió la voz de Lotty; todavía alegre, notó Scrap con satisfacción.

Las pisadas de Mr. Wilkins recorrieron el rellano, y las pisadas de Lotty parecieron bajar por las escaleras, y a continuación se produjo lo que parecía un breve altercado en la

puerta del baño; no tanto un altercado como un coro de vociferaciones por una parte y una determinación muda, juzgó Scrap, de tomar un baño en solitario por la otra.

Mr. Wilkins no sabía ni una palabra de italiano, y la expresión *pericoloso* le dejó exactamente tal como le había encontrado; o lo habría hecho si la hubiera visto, pero, naturalmente, no prestó ninguna atención al impreso de la pared. Cerró con firmeza la puerta a los criados, resistiéndose a Domenico, que intentó hasta el final introducirse a la fuerza, y se encerró para el baño como correspondía a un hombre, examinando con ecuanimidad, mientras llevaba a cabo sus simples preparativos para meterse en la bañera, las extrañas normas de conducta de estos extranjeros, que, tanto varones como hembras, deseaban aparentemente quedarse con él mientras se bañaba. En Finlandia, había oído, las nativas del sexo femenino no sólo estaban presentes en estas ocasiones, sino que incluso lavaban al viajero que tomaba el baño. No había oído, sin embargo, que esto sucediera también en Italia, que de alguna manera parecía estar mucho más cerca de la civilización; quizá porque uno iba allí y no iba a Finlandia.

Mientras estudiaba imparcial esta reflexión y comparaba cuidadosamente el derecho a la civilización de Italia y Finlandia, Mr. Wilkins se introdujo en la bañera y cerró el grifo. Naturalmente que cerró el grifo. Era lo que se hacía. Pero en las instrucciones, impresas en letra roja, había un párrafo en el que se decía que no se debía cerrar el grifo mientras siguiera habiendo fuego en la estufa. Debía dejarse abierto —no muy abierto, pero abierto— hasta que el fuego se apagara; de lo contrario, y aquí aparecía de nuevo la palabra *pericoloso*, la estufa explotaría.

Mr. Wilkins se introdujo en la bañera, cerró el grifo, y la estufa explotó, exactamente como se decía que lo haría en las instrucciones. Afortunadamente, sólo explotó por dentro, pero lo hizo con un ruido terrible, y Mr. Wilkins saltó fuera del baño y se abalanzó hacia la puerta, y sólo el instinto nacido de años de entrenamiento le hizo agarrar una toalla mientras se abalanzaba.

Scrap, que estaba cruzando el rellano camino del exterior, oyó la explosión.

«¡Dios mío —pensó, recordando las instrucciones—, ahí va Mr. Wilkins!».

Y corrió hacia el comienzo de las escaleras para llamar a los criados, y, al tiempo que ella corría, Mr. Wilkins salió disparado agarrando su toalla y chocaron el uno contra el otro.

—¡Ese maldito baño! —exclamó Mr. Wilkins, perdiendo los estribos quizá por primera vez en su vida; pero estaba disgustado.

Menuda presentación. Mr. Wilkins, imperfectamente escondido en su toalla, con los hombros al descubierto por un extremo y las piernas por el otro, y Lady Caroline Dester, el motivo por el cual se había tragado todo su enfado con su mujer y había venido a Italia.

Ya que Lotty en su carta le había contado quién estaba en San Salvatore, además de ella y Mrs. Arbuthnot, y Mr. Wilkins se había dado cuenta inmediatamente de que esta era una oportunidad que podía no volverse a presentar. Lotty sólo había dicho: «Hay dos mujeres aquí, Mrs. Fisher y Lady Caroline Dester», pero eso bastaba. Lo sabía todo sobre los Droitwich, su riqueza, sus contactos, su lugar en la historia y el poder que tenían, caso de que decidieran ejercerlo, para hacer feliz a un abogado más añadiéndolo a los que ya empleaban. Había gente que empleaba a un abogado para una rama de sus negocios y otro para otra. Los asuntos de los Droitwich debían de tener muchas ramas. También había oído hablar —ya que consideraba que el oír y, una vez oído, recordar formaba parte de su trabajo— de la belleza de su única hija. Aunque los Droitwich no necesitaran sus servicios, quizá su hija sí. La belleza conducía a veces a situaciones extrañas; el asesoramiento nunca

vendría mal. Y en el caso de que ninguno de ellos, ni los padres ni la hija ni ninguno de sus brillantes hijos, le necesitara en su calidad profesional, seguía siendo, obviamente, una relación muy valiosa. Abría nuevas perspectivas. Rebosaba posibilidades. Podía seguir viviendo en Hampstead durante años y no volver a encontrarse una oportunidad semejante.

En cuanto le llegó la carta de su esposa, telegrafió e hizo las maletas. Esto era trabajo. No era un hombre que perdiera el tiempo cuando se trataba de trabajo; tampoco era un hombre que comprometiera una oportunidad por descuidar la amabilidad. Recibió a su mujer con absoluta amabilidad, consciente de que, en semejantes circunstancias, la amabilidad era sabiduría. Además, realmente se sentía amable, mucho. Por una vez, Lotty le estaba ayudando de verdad. La besó cariñosamente al bajarse del simón de Beppo, y sintió que hubiera tenido que levantarse extremadamente pronto; no se quejó por lo inclinado del ascenso; le contó su viaje con cordialidad y, cuando se le pidió, admiró obediente las vistas. Estaba todo planeado con cuidado en su mente, lo que iba a hacer ese primer día: afeitarse, tomar un baño, ponerse ropa limpia, dormir un poco, y después vendría el almuerzo y la presentación a Lady Caroline.

En el tren había escogido las palabras de su saludo, repasándolas con cuidado: alguna ligera indicación de su placer al conocer a alguien de quien él, al igual que el mundo entero, había oído hablar, pero expresado desde luego con delicadeza, con mucha delicadeza; alguna pequeña referencia a sus distinguidos progenitores y al papel que su familia había tenido en la historia de Inglaterra, hecha, desde luego, con el tacto adecuado; una frase o dos sobre su hermano mayor Lord Winchcombe, que había ganado su V. C.^[2] en la última guerra bajo circunstancias que sólo podían hacer —podía o no añadir esto— que el corazón de cada inglés palpitara de orgullo más fuerte que nunca, y habría dado los primeros pasos hacia lo que bien podría ser el punto decisivo en su carrera.

Y aquí estaba..., no, era demasiado terrible, ¿qué podía ser más terrible? Con sólo una toalla por encima, el agua chorreando por sus piernas y esa exclamación. Supo inmediatamente que la dama era Lady Caroline; lo supo el instante mismo en que dejó escapar la exclamación. Mr. Wilkins usaba esa palabra raras veces, y nunca, nunca en presencia de una dama o un cliente. Mientras que en lo que se refería a la toalla..., ¿por qué habría venido? ¿Por qué no se habría quedado en Hampstead? Sería imposible conseguir que esto se olvidara.

Pero Mr. Wilkins no había contado con Scrap. Esta, en efecto, torció la cara en un esfuerzo inmenso por no reír al presentarse este ante su asombrada vista, y tras haber ahogado la risa y conseguido adoptar de nuevo una expresión seria, le dijo tan imperturbable como si hubiera estado completamente vestido:

—¿Cómo está usted?

Qué tacto más impecable. Mr. Wilkins habría sido capaz de rendirle culto. Ese pasar por alto tan exquisito. Una revelación de la sangre azul, desde luego.

Abrumado por el agradecimiento, cogió la mano que le ofrecía y dijo a su vez:

—¿Cómo está usted? —y la simple repetición de esas palabras corrientes pareció devolver como por arte de magia la normalidad a la situación. En efecto, se sintió tan aliviado, y resultaba tan natural estar dándose la mano, estar saludándose de forma convencional, que olvidó que no llevaba más que una toalla y recobró su aire profesional. Olvidó su aspecto, pero no olvidó que esta era Lady Caroline Dester, la dama por la cual había venido hasta Italia, y no olvidó que había sido a su rostro, su rostro hermoso e importante, donde había lanzado su terrible exclamación. Debía implorar su perdón inmediatamente. Decir una palabra semejante a una dama; a cualquier dama, pero de entre

todas las damas a esta precisamente...

—Me temo que he utilizado un lenguaje imperdonable —comenzó muy serio Mr. Wilkins, tan serio y ceremonioso como si estuviera vestido.

—Me pareció de lo más apropiado —dijo Scrap, que estaba acostumbrada a los malditos.

Mr. Wilkins se sintió increíblemente aliviado y tranquilizado ante esta respuesta. O sea, que no se había ofendido. De nuevo la sangre azul. Sólo la sangre azul podía permitirse una actitud tan liberal, tan comprensiva.

—¿Es a Lady Caroline Dester, no es así, a quien me estoy dirigiendo? —preguntó, con una voz que sonaba aún más cuidadosamente culta de lo normal, ya que tenía que evitar que se deslizara en ella demasiado placer, demasiado alivio, un exceso de la alegría del perdonado y el confesado.

—Sí —dijo Scrap, y por mucho que lo intentó no pudo evitar sonreír. No pudo evitarlo. No había tenido intención de sonreírle a Mr. Wilkins, nunca jamás; pero realmente su aspecto... Y luego, por si fuera poco su voz, inconsciente de la toalla y de sus piernas, y hablando exactamente igual que un cura.

—Permítame que me presente —dijo Mr. Wilkins, con la etiqueta propia de un salón—. Mi nombre es Mellersh-Wilkins.

Y al pronunciar estas palabras alargó de forma instintiva la mano por segunda vez.

—Pensé que quizá lo sería —dijo Scrap, siéndole estrechada la mano por segunda vez y por segunda vez incapaz de no sonreír.

Mr. Wilkins estaba a punto de pasar al primero de los corteses tributos que había preparado en el tren, inconsciente, al no poderse ver, de que no llevaba nada encima, cuando los criados llegaron corriendo por las escaleras y, al mismo tiempo, Mrs. Fisher apareció en el umbral de su cuarto de estar. Ya que todo esto había sucedido muy deprisa y los criados, alejados en la cocina, y Mrs. Fisher, que estaba recorriendo sus almenas, no habían tenido tiempo, al oír el ruido, de aparecer antes del segundo apretón de manos.

Los criados, en cuanto oyeron el temido ruido, supieron enseguida lo que había sucedido y se apresuraron directamente al cuarto de baño para intentar restañar la inundación, haciendo caso omiso de la figura con la toalla en el rellano, pero Mrs. Fisher no sabía a qué podía deberse el ruido y al salir de su cuarto para investigar se quedó paralizada en el umbral de la puerta.

Bastaba para paralizar a cualquiera. Lady Caroline dándole la mano a lo que evidentemente, si hubiera estado vestido, habría sido el marido de Mrs. Wilkins, y ambos conversando como si...

Entonces Scrap descubrió a Mrs. Fisher. Se volvió hacia ella inmediatamente.

—Permítame que le presente a Mr. Mellersh-Wilkins —dijo con gracia—. Acaba de llegar. Esta —añadió, dirigiéndose hacia Mr. Wilkins— es Mrs. Fisher.

Y Mr. Wilkins, antes que nada cortés, reaccionó en seguida a la fórmula convencional. Primero inclinó la cabeza hacia la dama anciana de la puerta y a continuación atravesó el rellano, dejando marcas al andar con los pies húmedos, y al llegar a ella le ofreció atentamente la mano.

—Es un placer —dijo Mr. Wilkins con su voz cuidadosamente modulada— conocer a una amiga de mi esposa.

Scrap desapareció con lágrimas en los ojos camino del jardín.

XV

El extraño efecto de este incidente fue que, cuando se encontraron esa noche en la cena, tanto Mrs. Fisher como Lady Caroline tenían la singular sensación de tener un entendimiento secreto con Mr. Wilkins. No podían considerarle como a otros hombres. No podían considerarle como lo habrían hecho si le hubiera conocido con ropa. Había una sensación de hielo roto; tenían un sentimiento de intimidad e indulgencia a la vez; sentían hacia él casi lo mismo que si fueran enfermeras, como se sienten aquellos que han ayudado a bañarse a pacientes o a niños pequeños. Conocían las piernas de Mr. Wilkins.

No se sabrá nunca lo que Mrs. Fisher le dijo esa mañana en la primera impresión, pero lo que en respuesta le dijo Mr. Wilkins, cuando las palabras de Mrs. Fisher le recordaron su estado, fue de una disculpa tan hermosa, de una confusión tan apropiada, que ella acabó por compadecerle y sentirse completamente aplacada. Después de todo, era un accidente, y nadie podía evitar los accidentes. Y cuando le vio después en la cena, vestido, bruñido, inmaculado de ropa e impecable de pelo, tuvo esta sensación peculiar de que tenía un entendimiento secreto con él y, añadido a esto, una especie de orgullo casi personal por su aspecto, ahora que estaba vestido, que pronto se extendió de una manera sutil a un orgullo casi personal por todo lo que decía.

No había ni la más mínima duda en la mente de Mrs. Fisher respecto al hecho de que la compañía de un hombre era infinitamente preferible a la de una mujer. La presencia y conversación de Mr. Wilkins elevaron inmediatamente el nivel de la mesa del comedor desde el de una osera —sí, una osera— hasta el de una reunión social civilizada. Hablaba como hablan los hombres, sobre temas interesantes, y, aunque se mostraba muy cortés hacia Lady Caroline, no presentaba ningún indicio de ir a deshacerse en sonrisas bobas y majaderías cada vez que se dirigía a ella. De hecho, era exactamente igual de cortés con Mrs. Fisher; y cuando se abordó por primera vez en esa mesa la política, la escuchó con la debida seriedad al manifestar ella deseos de hablar y trató sus opiniones con la atención que se merecían. Sus pensamientos parecían coincidir prácticamente con los suyos en lo relativo a Lloyd George y con respecto a la literatura era igualmente fiable. De hecho, había una conversación de verdad, y le gustaban las nueces. Era un misterio cómo podía haberse casado con Mrs. Wilkins.

Lotty, por su parte, observaba con los ojos muy abiertos. Había contado con que Mellersh tardaría por los menos dos días en llegar a esta fase, pero el hechizo de San Salvatore había funcionado inmediatamente. No era sólo que fuera agradable durante la cena, ya que ella le había visto siempre agradable en las cenas con otras personas, sino que había sido agradable todo el día en privado; tan agradable, que le había hecho un cumplido sobre su aspecto mientras se cepillaba el pelo y le había dado un beso. ¡Un beso! Y no era ni de buenos días ni de buenas noches.

Bueno, así las cosas, esperaría hasta el día siguiente para contarle la verdad sobre sus ahorros y lo relativo a que, después de todo, Rose no era su anfitriona. Era una pena estropear las cosas. Había estado a punto de contárselo todo tan pronto como hubiera descansado un poco, pero parecía una auténtica pena alterar un estado de ánimo tan hermoso como el de Mellersh este primer día. Había que dejarle que se afanzara más en el paraíso. Una vez afianzado no le importaría nada.

Su rostro resplandecía de placer ante el efecto instantáneo de San Salvatore. Ni

siquiera la catástrofe del baño, de la cual había sido informada al volver del jardín, le había agitado. Claramente lo único que necesitaba eran unas vacaciones. Se había portado como una bestia cuando él había querido llevarla a Italia. Pero daba la casualidad de que este arreglo era mucho mejor, aunque no por ningún mérito suyo. Habló y rio con alegría, una vez desaparecida toda traza del miedo que le tenía, e incluso cuando dijo, impresionada por su impecabilidad, que tenía un aspecto tan limpio que se podría comer la cena sobre él, y Scrap se rio, Mellersh también se rio. En casa eso le habría molestado, suponiendo que en casa ella hubiera tenido el valor de decirlo.

La velada fue un éxito. Scrap, cada vez que miraba a Mr. Wilkins, le veía con su toalla, chorreando agua, y se sentía indulgente. Mrs. Fisher estaba encantada con él. Rose era, a los ojos de Mr. Wilkins, una anfitriona digna, tranquila y digna, y admiraba el modo en que renunciaba a su derecho a presidir la mesa sentándose a la cabecera; sin duda, como un delicado cumplido a la edad de Mrs. Fisher. Mrs. Arbuthnot era, opinaba Mr. Wilkins, de naturaleza reservada. Era la más reservada de las tres damas. Se había encontrado un momento a solas con ella en el salón, antes de la cena, y le había expresado con lenguaje apropiado lo mucho que apreciaba su amabilidad al desear que se uniera al grupo, y ella se había mostrado reservada. ¿Sería tímida? Probablemente. Se había sonrojado y murmurado como si desaprobara, y entonces habían entrado las otras. Durante la cena fue la que menos habló. Desde luego, llegaría a conocerla mejor durante los próximos días y sería un placer, estaba seguro.

Mientras tanto Lady Caroline era todo lo que Mr. Wilkins había imaginado y más, y había acogido con cortesía sus discursos hábilmente introducidos entre los platos; Mrs. Fisher era exactamente la dama anciana con la que había esperado tropezarse toda su vida profesional; Lotty no sólo había mejorado inmensamente, sino que, evidentemente, estaba *au mieux* —Mr. Wilkins sabía el francés que había que saber— con Lady Caroline. Durante el día le había atormentado sobremanera la imagen de su conversación con Lady Caroline olvidando que no iba vestido, y finalmente le había escrito una nota ofreciéndole sus más sentidas disculpas y suplicándole que pasara por alto su sorprendente, su incomprensible descuido, a la cual ella había respondido a lápiz en la parte de atrás del sobre: «No se preocupe». Y él había obedecido sus órdenes y lo había alejado de sí. El resultado era que ahora se sentía realmente complacido. Esa noche, antes de dormirse, había pellizcado la oreja de su mujer. Ella se había quedado asombrada. Semejantes caricias...

Lo que es más, la mañana no provocó ninguna recaída en Mr. Wilkins y mantuvo ese elevado nivel durante todo el día, a pesar de ser el primer día de la segunda semana y, por tanto, día de pago.

El hecho de que fuera día de pago precipitó la confesión de Lotty, que, llegado el momento, se había sentido inclinada a aplazarla un poco más. No estaba asustada, se atrevía a todo, pero Mellersh estaba de un humor tan admirable... ¿Por qué arriesgarse a enturbiarlo tan pronto? Sin embargo, cuando poco después del desayuno apareció Costanza con una pila de pequeños trozos de papel muy sucios cubiertos de sumas a lápiz, y tras haber llamado a la puerta de Mrs. Fisher y haber sido despedida, y a la puerta de Lady Caroline y haber sido despedida, y a la puerta de Rose y no obtener respuesta porque Rose había salido, emboscó a Lotty, que estaba enseñando la casa a Mellersh, y señaló los trozos de papel y habló muy deprisa y muy alto, encogió mucho los hombros y continuó señalando los trozos de papel; Lotty recordó que había pasado una semana sin que nadie pagara nada a nadie y que había llegado el momento de ajustar cuentas.

—¿Quiere algo esta buena señora? —preguntó Mellersh melifluo.

—Dinero —dijo Lotty.

—¿Dinero?

—Son las cuentas de los gastos de la casa.

—Bueno, tú no tienes nada que ver con eso —dijo sereno Mr. Wilkins.

—Oh, sí, sí que tengo que ver...

Y la confesión se precipitó.

Fue maravilloso cómo se lo tomó Mellersh. Uno habría imaginado que su único fin al hacerla ahorrar había sido siempre que lo derrochara exactamente en esto. No la interrogó, como habría hecho en casa; lo aceptó todo a medida que salía a borbotones, lo de sus mentirijillas y todo lo demás, y cuando ella hubo terminado y dijo:

—Tienes todo el derecho a enfadarte, creo yo, pero espero que no lo hagas y que, en lugar de eso, me perdones —él se limitó a preguntar:

—¿Qué puede haber más beneficioso que unas vacaciones?

Tras lo cual ella pasó su brazo por el de Mellersh y lo agarró con fuerza y dijo:

—¡Oh, Mellersh, eres realmente un encanto! —tan orgullosa de él que se sonrojó.

Su rápida asimilación de la atmósfera, su inmediata transformación en la amabilidad personificada, demostraba sin duda su auténtica afinidad por las cosas buenas y hermosas. Se encontraba en su ambiente en este lugar de calma celestial. Era —resultaba extraordinario lo mal que le había juzgado— por naturaleza un hijo de la luz. No le importaron las horribles mentirijillas de las que se había valido antes de marcharse; había pasado incluso esas por alto sin un comentario. Maravilloso. Y, sin embargo, no era maravilloso, puesto que se encontraba en el paraíso. En el paraíso a nadie le importaba ninguna de esas cosas pasadas, uno ni siquiera se preocupaba de perdonar y olvidar, uno era demasiado feliz. Apretó con fuerza su brazo para demostrarle su gratitud y aprecio; aunque él no retiró el suyo, tampoco respondió a su apretón. Mr. Wilkins era de costumbres frías y raramente sentía auténticamente deseos de apretar.

Mientras tanto Costanza, percatándose de que había perdido la atención de los Wilkins, había regresado a Mrs. Fisher, que por lo menos entendía italiano, además de ser claramente a los ojos de los criados el miembro del grupo al que por edad y aspecto le correspondía pagar las cuentas; y a ella, mientras Mrs. Fisher daba los toques finales a su aseo, ya que estaba preparándose, mediante el añadido a su vestimenta de un sombrero y un velo y una boa de plumas y unos guantes, para dar su primer paseo en el jardín inferior —sin lugar a dudas el primero desde su llegada— le explicó que, a menos que le dieran dinero para pagar las cuentas de la semana anterior, las tiendas de Castagneto se negarían a darle crédito para la comida de la semana en curso. No darían ni siquiera crédito, afirmó Costanza, que había estado gastando mucho, y estaba ansiosa por pagar lo que les debía a todos sus parientes y también por descubrir cómo iban a reaccionar sus señoras, para las comidas de ese día. Pronto sería la hora de la *colazione*, y cómo iba a haber *colazione* sin carne, sin pescado, sin huevos, sin...

Mrs. Fisher cogió las cuentas de su mano y miró el total; y se quedó tan asombrada por su tamaño, le horrorizó de tal manera la extravagancia que este revelaba, que se sentó en su escritorio para examinar a fondo el asunto.

Costanza pasó una media hora muy mala. No había imaginado que los ingleses fueran capaces de ser tan mercenarios. Y además *la Vecchia*, como la llamaba en la cocina, sabía mucho italiano, y con una obstinación que llenó a Costanza de vergüenza ajena, ya que una conducta semejante era lo último que uno se esperaba de los magnánimos ingleses, examinó artículo tras artículo, exigiendo una explicación y persistiendo hasta obtenerla.

No había ninguna explicación, excepto que Costanza había tenido una semana gloriosa durante la que había hecho exactamente lo que había querido, una semana de espléndida y desenfadada libertad, y que este era el resultado.

Costanza, al no tener ninguna explicación que ofrecer, lloró. Era lamentable pensar que a partir de ahora tendría que cocinar bajo vigilancia, bajo sospecha; y ¿qué dirían sus parientes cuando descubrieran que los encargos que recibían se habían reducido? Dirían que no tenía influencia; la despreciarían.

Costanza lloró, pero Mrs. Fisher permaneció impasible. En un italiano lento y espléndido, con la cadencia de los cantos del *Inferno*, la informó de que no pagaría ninguna cuenta hasta la semana siguiente, y de que mientras tanto la comida tenía que ser exactamente igual de buena que siempre, y a un cuarto de su coste.

Costanza levantó las manos al cielo.

La siguiente semana, prosiguió Mrs. Fisher impasible, si comprobaba que se había hecho así, pagaría el total. De lo contrario... hizo una pausa; ya que ni ella misma sabía lo que haría de lo contrario. Pero se detuvo y adoptó una apariencia impenetrable, majestuosa y amenazadora, y Costanza se acobardó.

A continuación Mrs. Fisher, tras despacharla con un gesto, fue en busca de Lady Caroline para quejarse. Había tenido la impresión de que Lady Caroline encargaba las comidas, y era por lo tanto responsable de los precios, pero ahora parecía que se había dejado a la cocinera hacer exactamente lo que quisiera desde que habían llegado, lo cual era por supuesto sencillamente vergonzoso.

Scrap no estaba en su dormitorio, pero el cuarto, al abrir Mrs. Fisher la puerta, ya que sospechaba que estaba dentro y sólo hacía como que no oía la llamada, conservaba todavía la fragancia de su presencia.

—Perfume —olfateó Mrs. Fisher, cerrándola de nuevo; y deseó que Carlyle hubiera podido hablar seriamente durante cinco minutos con esta joven. Y, sin embargo, quizá él también...

Bajó para salir al jardín en su busca, y en el vestíbulo se encontró con Mr. Wilkins. Llevaba puesto el sombrero, y estaba encendiendo un cigarro.

A pesar de lo indulgente que Mrs. Fisher se sentía hacia Mr. Wilkins, y lo relacionada con él de una forma peculiar e incluso mística tras el encuentro de la mañana anterior, no podía, sin embargo, aceptar un cigarro en la casa. En el exterior lo soportaba, pero no era necesario, cuando el exterior era un lugar tan amplio, entregarse al hábito en el interior. Incluso Mr. Fisher, que había sido originariamente, debía decirlo, un hombre de costumbres firmes, se había librado de esta poco después del matrimonio.

Sin embargo, Mr. Wilkins, quitándose presuroso el sombrero al verla, tiró inmediatamente el cigarro. Lo tiró al agua que con toda probabilidad contenía un gran jarrón de calas, y Mrs. Fisher, consciente del valor que los hombres conceden a sus cigarrillos recién encendidos, no pudo evitar quedar impresionada por este inmediato y magnífico *amende honorable*.

Pero el cigarro no alcanzó el agua. Se quedó enganchado en las calas y, aislado, continuó echando humo entre ellas, como un objeto extraño y de aspecto depravado.

—A dónde vas, mi bell... —comenzó Mr. Wilkins, avanzando hacia Mrs. Fisher; pero se interrumpió justo a tiempo.

¿Era la vitalidad matutina la que le impulsaba a dirigirse a Mrs. Fisher en los términos de una poesía infantil? No era ni siquiera consciente de conocerla. Realmente extraño. ¿A qué podía deberse su aparición, en un momento semejante, en su mente en

pleno uso de sus facultades? Sentía un gran respeto por Mrs. Fisher, y por nada del mundo la habría insultado dirigiéndose a ella como una doncella, fuera o no bella. Deseaba estar en buenas relaciones con ella. Era una mujer de talento, y también, sospechaba, de propiedades. Habían desayunado juntos muy agradablemente, y le había llamado la atención su aparente intimidad con personas conocidas. Victorianos, desde luego; pero hablar de ellos suponía un descanso después del esfuerzo de las fiestas georgianas de su cuñado en Hampstead Head. Tenía la sensación de que se estaban entendiendo a las mil maravillas. Empezaba a mostrar todos los síntomas de querer convertirse pronto en cliente suya. Por nada del mundo la ofendería. Un ligero escalofrío le recorría ante lo apurado de su escapatoria.

Sin embargo, ella no se había dado cuenta.

—¿Va usted a salir? —dijo muy cortés, totalmente dispuesto en caso de que ella confirmara su aspiración de acompañarla.

—Quiero encontrar a Lady Caroline —dijo Mrs. Fisher, dirigiéndose hacia la puerta de cristal que conducía al jardín superior.

—Una empresa agradable —señaló Mr. Wilkins—. ¿Puedo colaborar en la búsqueda? Permítame... —añadió, al tiempo que le abría la puerta.

—Suele sentarse allí en aquella esquina detrás de los arbustos —dijo Mrs. Fisher—. Y no creo que se trate de una empresa agradable. Ha estado dejando que se acumularan las facturas de una forma terrible, y necesita una buena reprimenda.

—¿Lady Caroline? —dijo Mr. Wilkins, incapaz de seguir una actitud semejante—. ¿Qué tiene que ver aquí Lady Caroline, si se me permite preguntar, con las facturas?

—Se dejaron los gastos de la casa en sus manos, y como todas compartimos de igual manera debería haber sido una cuestión de honor para ella...

—Pero... ¿Lady Caroline llevando aquí los gastos de la casa para todo el grupo? ¿Un grupo en el que está incluida mi mujer? Querida señora, me deja usted sin habla. ¿No sabe usted que es la hija de los Droitwich?

—Oh, así que es esa —dijo Mrs. Fisher, haciendo crujir pesadamente los guijarros mientras se dirigía hacia el rincón oculto—. Bueno, eso lo explica todo. El lío que organizó ese Droitwich en su departamento durante la guerra fue un escándalo nacional. Fue prácticamente un caso de malversación de los fondos públicos.

—Pero le aseguro que es imposible suponer que la hija de los Droitwich... —comenzó vehementemente Mr. Wilkins.

—Los Droitwich —le interrumpió Mrs. Fisher— no vienen al caso. Los deberes a los que uno se compromete deben cumplirse. No tengo la intención de que mi dinero sea derrochado por culpa de ningún Droitwich.

Una anciana obstinada. Quizá no tan fácil de tratar como había esperado. Pero qué rica. Sólo la conciencia de una gran riqueza le permitiría despachar así a los Droitwich. Lotty, al ser preguntada, había sido imprecisa con respecto a su posición, y había descrito su casa como un mausoleo con peces de colores nadando en él; pero ahora tenía la certeza de que su posición era mucho más que desahogada. Con todo, habría preferido no haberse unido a ella en este momento, ya que bajo ningún concepto deseaba presenciar un espectáculo consistente en la reprimenda de Lady Caroline Dester.

Una vez más, sin embargo, no había contado con Scrap. Sea lo que fuere lo que sintió cuando levantó la vista y advirtió a Mr. Wilkins descubriendo su rincón justamente la primera mañana, lo único que apareció en su rostro fue una expresión angelical. Bajó los pies del antepecho al sentarse en él Mrs. Fisher, y mientras escuchaba con gravedad sus

comentarios iniciales sobre su falta de dinero para despilfarrarlo en unos gastos de la casa imprudentes e incontrolados, interrumpió su caudal sacando uno de los cojines de detrás de su cabeza y ofreciéndoselo.

—Síntese sobre esto —dijo Scrap, al tiempo que se lo tendía—. Estará más cómoda.

Mr. Wilkins se abalanzó para liberarla de él.

—Oh, gracias —dijo Mrs. Fisher, interrumpida.

Era difícil coger de nuevo el ritmo. Mr. Wilkins introdujo solícito el cojín entre la ligeramente levantada Mrs. Fisher y la piedra del antepecho, y una vez más tuvo que decir «Gracias». Esto interrumpía. Además, Lady Caroline no decía nada en su defensa; se limitaba a mirarla, y escuchaba con la expresión de un ángel atento.

A Mr. Wilkins le parecía que debía de ser difícil regañar a un Dester con un aspecto semejante, y por lo tanto se mantuvo en un exquisito silencio. Le alegraba comprobar que, poco a poco, también Mrs. Fisher lo encontraba difícil, ya que su severidad cedió, y acabó diciendo con poca convicción:

—Debería haberme dicho que no lo estaba haciendo.

—Ignoraba que usted pensara que yo lo estaba haciendo —dijo la voz adorable.

—Ahora me gustaría saber —dijo Mrs. Fisher— qué tiene intención de hacer durante el resto de su estancia aquí.

—Nada —dijo Scrap, sonriendo.

—¿Nada? ¿Quiere usted decir...?

—Si se me permite, señoras —intervino Mr. Wilkins en su más suave estilo profesional—, hacer una sugerencia —ambas le miraron, y, al recordarle como le habían visto la primera vez, se sintieron indulgentes— les aconsejaría que no echaran a perder unas deliciosas vacaciones con problemas relativos a la casa.

—Exactamente —dijo Mrs. Fisher—. Es lo que pretendo evitar.

—Muy sensato —dijo Mr. Wilkins—. Entonces, ¿por qué no —continuó— conceder a la cocinera (una excelente cocinera, por cierto) tanto por cabeza *per diem* —Mr. Wilkins sabía el latín que había que saber— y decirle que con esa suma debe proveer a sus comidas, y no sólo proveer, sino hacerlo tan bien como hasta ahora? Se podría calcular fácilmente. Las tarifas de un hotel moderado, por ejemplo, servirían como base, divididas por dos, o quizá incluso por cuatro.

—¿Y esta semana que acaba de transcurrir? —dijo Mrs. Fisher—. ¿Las terribles facturas de esta primera semana? ¿Qué pasa con ellas?

—Ellas serán mi regalo para San Salvatore —dijo Scrap, a quien no le gustaba la idea de que la reducción en los ahorros de Lotty fuera mucho más allá del límite para el que estaba preparada.

Hubo un silencio. Habían cogido por sorpresa a Mrs. Fisher.

—Desde luego, si usted decide derrochar su dinero... —dijo finalmente, con aire de desaprobación, pero inmensamente aliviada, mientras Mr. Wilkins permanecía absorto en la contemplación de las preciosas cualidades de la sangre azul. Esta capacidad, por ejemplo, de no preocuparse por el dinero, esta libertad: no era sólo lo que uno admiraba en los demás, admiraba en los demás quizá más que cualquier otra cosa, sino que resultaba extraordinariamente útil para las clases profesionales. Cuando se tropezaba uno con ella debería alentarla con el calor de la acogida. Mrs. Fisher no demostraba calor. Aceptó —de lo cual dedujo que su riqueza iba unida a la tacañería—, pero aceptó a regañadientes. Los regalos eran regalos, y en su opinión no había que mirarles el diente de esta manera; y si

Lady Caroline encontraba placer en ofrecer a su mujer y a Mrs. Fisher toda la comida de una semana, les correspondía aceptar con gracia. No había que desalentar los regalos.

Por lo tanto, Mr. Wilkins expresó en nombre de su mujer lo que ella desearía expresar, y tras señalar a Lady Caroline —con una nota de humor, ya que era así como debían ser aceptados los regalos para evitar poner en un aprieto al donante— que en ese caso ella había sido la anfitriona de su mujer desde su llegada, se volvió casi con alborozo hacia Mrs. Fisher e indicó que ahora ella y su mujer debían escribir juntas la acostumbrada carta de agradecimiento a Lady Caroline por su hospitalidad.

—Una Collins —dijo Mr. Wilkins, que sabía la literatura que había que saber—. Prefiero el nombre Collins para ese tipo de cartas a todos los demás que se le dan. Llamémosla Collins.

Scrap sonrió, y alargó su pitillera. Mrs. Fisher no pudo evitar sentirse aplacada. Gracias a Mr. Wilkins se iba a encontrar una salida para evitar el despilfarro, y ella odiaba el despilfarro casi tanto como tener que pagarlo; también se había encontrado una solución para no tener que llevar la casa. Por un momento había pensado que, si todo el mundo intentaba obligarla a llevar la casa durante sus cortas vacaciones, debido a su indiferencia (Lady Caroline), o a su incapacidad para hablar italiano (las otras dos), tendría que hacer venir a Kate Lumley después de todo. Kate podía hacerlo. Kate y ella habían aprendido italiano juntas. Sólo permitiría venir a Kate bajo la condición de que lo hiciera.

Pero esto era mucho mejor, este sistema de Mr. Wilkins. Realmente era un hombre excepcional. No había nada como un hombre inteligente y no demasiado joven para proporcionar una compañía provechosa y agradable. Y cuando ella se levantó, al estar resuelto el asunto por el cual había venido, y dijo que ahora tenía intención de dar un pequeño paseo antes del almuerzo, Mr. Wilkins no permaneció con Lady Caroline, como, se temía, habrían deseado la mayoría de los hombres que había conocido, sino que pidió que se le permitiera ir a pasear con ella; por lo que evidentemente prefería sin lugar a dudas la conversación a los rostros. Un hombre sensato y sociable. Un hombre inteligente e instruido. Un hombre de mundo. Un hombre. Estaba realmente muy contenta de no haber escrito a Kate el otro día. ¿Para qué quería a Kate? Había encontrado una compañía mejor.

Pero Mr. Wilkins no fue con Mrs. Fisher por su conversación, sino porque, cuando se levantó y él se levantó porque ella se levantó, con la única intención de despedirla del refugio, Lady Caroline volvió a subir los pies sobre el antepecho, y tras colocar su cabeza de lado sobre los cojines, cerró los ojos.

La hija de los Droitwiches deseaba dormir.

Él no era quién para impedirselo quedándose.

XVI

Y así comenzó la segunda semana, y todo era armonía. La llegada de Mr. Wilkins, en vez de perturbar la armonía existente, como tres del grupo habían temido y a la cuarta sólo se lo había impedido su ardiente fe en el efecto de San Salvatore sobre él, la aumentó. Él encajó. Estaba decidido a agrandar, y lo consiguió. Era muy amable con su mujer, no sólo en público, donde ella estaba acostumbrada, sino en privado, donde desde luego no lo habría sido si no hubiera querido. Pero quería serlo. Le estaba tan agradecido, estaba tan satisfecho de ella, por permitirle conocer a Lady Caroline, que sentía por ella auténtico cariño. También se sentía orgulloso; ya que debía haber, reflexionó, mucho más en Lotty de lo que había imaginado, para que Lady Caroline tuviera con ella una actitud tan íntima y tan cariñosa. Y cuanto más la trataba como si fuera realmente encantadora, más se abría Lotty y se volvía realmente encantadora, y más él, a su vez conmovido, se volvía realmente encantador; de forma que daban vueltas y vueltas, no en un círculo vicioso, sino en uno altamente virtuoso.

Definitivamente, para su forma de ser, Mellersh la mimaba. Mellersh no mimaba nunca mucho, porque por naturaleza era un hombre frío; sin embargo, era tal la influencia sobre él de San Salvatore, como suponía Lotty, que, durante esta segunda semana, a veces le pellizcaba las dos orejas, una después de la otra, en vez de sólo una; y Lotty, asombrada ante un cariño de tan rápido desarrollo, se preguntaba qué haría, si continuaba a este ritmo, en la tercera semana, cuando se hubiera terminado su provisión de orejas.

En lo relativo al lavado, se comportaba con una amabilidad especial, y demostraba un afán genuino por no ocupar demasiado espacio en el pequeño dormitorio. Pronta a reaccionar, Lotty se mostraba aún más afanosa por no estorbarle; y el cuarto se convirtió en el escenario de más de un cariñoso *combat de générosité*, después de los cuales se quedaban más satisfechos que nunca el uno del otro. Mellersh no volvió a tomar un baño en el cuarto de baño, aunque se reparó y se dispuso para él, sino que se levantaba y bajaba todas las mañanas al mar, y, a pesar de que las noches frescas hacían que el agua a esas horas estuviera fría, se daba su chapuzón como le correspondía a un hombre, y subía a desayunar frotándose las manos y sintiéndose, como le decía a Mrs. Fisher, preparado para cualquier cosa.

Al verse así indiscutiblemente justificada la fe de Lotty en la irresistible influencia de la atmósfera celestial de San Salvatore, y resultar evidente que Mr. Wilkins, un ser alarmante tal como le conocía Rose y de una crueldad glacial en la imaginación de Scrap, era otro hombre, tanto Rose como Scrap empezaron a pensar que después de todo quizá había algo de verdad en lo que Lotty insistía en afirmar, y que en efecto San Salvatore tenía una acción purificadora sobre el carácter.

Les inducía aún más a pensar así el hecho de que ellas también sintieran un fermento en su interior: las dos se sentían más despejadas esa segunda semana; Scrap en sus ideas, muchas de las cuales eran ideas muy agradables, realmente amables sobre sus padres y sus parientes, en las que empezaba a adivinarse un reconocimiento de las extraordinarias ventajas que había recibido de manos de... ¿qué? ¿el Destino? ¿la Providencia?, en cualquier caso, de algo, y cómo, tras haberlas recibido, había hecho mal uso de ellas no logrando ser feliz; y Rose en su pecho, que, aunque todavía anhelaba, anhelaba con algún propósito, ya que estaba llegando a la conclusión de que limitarse a

anhelar inactivamente no servía para nada, y de que por algún sistema tenía que detener su anhelo o darle por lo menos una oportunidad —remota, pero aun así una oportunidad— de que se calmara escribiendo a Frederick y pidiéndole que viniera.

Si se podía cambiar a Mr. Wilkins, pensaba Rose, ¿por qué no a Frederick? Qué maravilloso sería, qué increíblemente maravilloso, si el lugar actuara también sobre él y fuera capaz de hacer que se entendieran aunque fuera un poco, que fueran amigos aunque fuera un poco. Rose, tan lejos había llegado la relajación y la desintegración en su carácter, estaba empezando a pensar que su obstinada mojigatería con respecto a los libros de Frederick y su austera absorción en las buenas obras habían sido ridículas y quizá equivocadas. Él era su marido, y ella le había ahuyentado. Había ahuyentado el amor, el amor sin precio, y eso no podía ser bueno. ¿No tenía razón Lotty al decir el otro día que lo único que importaba era el amor? Desde luego, todo parecía inútil, a menos que se basara en el amor. Pero una vez que se le había ahuyentado, ¿podía volver alguna vez? Sí, podía hacerlo en esta belleza, en esta atmósfera de felicidad que entre Lotty y San Salvatore parecían propagar a su alrededor como una especie de infección divina.

Sin embargo, antes que nada tenía que traerle allí, y él no podía estar allí si ella no le escribía y le decía dónde estaba.

Escribiría. Tenía que escribir; ya que si lo hacía había por lo menos una probabilidad de que viniera, y si no lo hacía era evidente que no había ninguna. Y después, una vez aquí, en medio de esta belleza, donde todo a su alrededor era tan suave y amable y dulce, sería más fácil decirle, intentar explicar, pedir algo diferente, por lo menos un intento de algo diferente en sus vidas futuras, en lugar del vacío de la separación, el frío —oh, el frío— de la nada absoluta aliviada únicamente por el gran vendaval de la fe, la inmensa desolación de las buenas obras. Vaya, una persona en el mundo, una única persona que le perteneciera a uno, exclusivamente suya, a la que hablar, a la que cuidar, a la que amar, por la que interesarse, valía más que todos los discursos sobre tarimas y los cumplidos de todos los presidentes del mundo. También valía más —Rose no podía evitarlo, la idea surgía en su mente— que todas las plegarias.

Estos pensamientos no se originaban en la mente, como los de Scrap, que estaba totalmente libre de anhelos, sino en el seno. Estaban alojados en el seno; era en el seno donde le dolía a Rose, y donde se sentía tan terriblemente sola. Y cuando le fallaba el valor, como le sucedía la mayoría de los días, y le parecía imposible escribir a Frederick, contemplaba a Mr. Wilkins y recobraba los ánimos.

Allí estaba, un hombre cambiado. Allí estaba, entrando todas las noches en ese cuarto pequeño e incómodo, ese cuarto cuyas proximidades habían constituido la única duda de Lotty, y saliendo de él por la mañana, y Lotty saliendo también de él, ambos tan despejados y amables el uno con el otro como cuando habían entrado. ¿Y no había surgido él, tan crítico en casa, según le había contado Lotty, con el más mínimo error, de la catástrofe del baño tan ileso de espíritu como Shadrach, Meshach y Abednego lo habían estado de cuerpo al surgir del fuego? En este lugar estaban ocurriendo milagros. Si podían sucederle a Mr. Wilkins, ¿por qué no a Frederick?

Se levantó rápidamente. Sí, le escribiría.

Iría y le escribiría ahora mismo.

Pero y si...

Se detuvo. Y si no contestaba. Y si ni siquiera contestaba.

Y se sentó de nuevo para pensar un poco más.

En estas vacilaciones pasó Rose la mayor parte de la segunda semana.

Luego estaba Mrs. Fisher. Su intranquilidad aumentó esa segunda semana. Aumentó hasta tal extremo que le habría dado lo mismo no haber tenido en absoluto su cuarto de estar privado, ya que era incapaz de permanecer sentada. No podía permanecer sentada ni diez minutos seguidos. Y, a medida que se sucedían los días de la segunda semana, sumado a la intranquilidad tuvo una curiosa y preocupante sensación, como de savia ascendente. Conocía la sensación, porque la había tenido a veces de pequeña en primaveras particularmente rápidas, en las que las lilas y las celindas parecían florecer a toda prisa en una sola noche, pero resultaba extraño tenerla de nuevo al cabo de cincuenta años. Le habría gustado comentarlo con alguien, pero se sentía avergonzada. Era una sensación tan absurda, a su edad. Y, sin embargo, cada vez con más frecuencia, y cada día más y más, tenía Mrs. Fisher la ridícula sensación de que pronto iba a brotar.

Intentó, severa, acallar la impropia sensación. Brotar, nada menos. Había oído hablar de cayados secos, simples trozos de madera muerta, que de repente echaban hojas nuevas, pero sólo en las leyendas. Ella no era parte de la leyenda. Sabía perfectamente bien lo que le correspondía. Su dignidad exigía que, a su edad, no se mezclara con las hojas nuevas; y, sin embargo, allí estaba, la sensación de que pronto, de que, en cualquier momento, podía aparecer completamente verde.

Mrs. Fisher estaba preocupada. Había muchas cosas que le disgustaban por encima de todo, y una de ellas era que la gente mayor imaginara que se sentía joven y se comportara en consecuencia. Desde luego sólo lo imaginaban, sólo se engañaban a sí mismos; pero qué lamentables eran los resultados. Ella había envejecido como debía envejecer la gente, con regularidad y firmeza. Sin interrupciones, sin tardíos resplandores crepusculares ni regresos espasmódicos. Qué humillante resultaría si, después de todos estos años, le hacían caer en la trampa de algún tipo de explosión poco apropiada.

Esa segunda semana agradeció de verdad que Kate Lumley no se encontrara allí. Sería muy desagradable tener a Kate mirando si se producía algún cambio en su comportamiento. Kate la había conocido toda su vida. Tenía la sensación de que podía abandonarse —aquí Mrs. Fisher frunció el ceño al libro en el cual estaba intentando sin éxito concentrarse, porque ¿de dónde venía esa expresión?— con mucha menos dificultad delante de desconocidos que delante de una antigua amiga. Los viejos amigos, reflexionó Mrs. Fisher, que esperaba estar leyendo, le comparan a uno constantemente con cómo era uno antes. Lo están haciendo siempre si uno se desarrolla. Les sorprende el desarrollo. Recuerdan; cuentan con la inmovilidad después de, digamos, los cincuenta, hasta el final de tus días.

Eso, pensó Mrs. Fisher, mientras sus ojos recorrían la página línea por línea hasta el final sin detenerse y sin que una sola palabra penetrara en su conciencia, es una estupidez por parte de los amigos. Supone condenarle a uno a una muerte prematura. Uno debería (por supuesto, con dignidad) seguir desarrollándose, por muy viejo que sea. No tenía nada contra el desarrollo, contra una mayor madurez, ya que mientras se estaba vivo no se estaba muerto —evidentemente, pensó Mrs. Fisher—; y el desarrollo, el cambio, la madurez, eran vida. Lo que le desagradaría sería perder la madurez, convertirse de nuevo en algo verde. Le desagradaría intensamente; y tenía la sensación que esto era lo que estaba a punto de hacer.

Naturalmente, era algo que le producía una gran inquietud, y sólo con el movimiento constante conseguía distraerse. Con un creciente desasosiego e incapaz por más tiempo de limitarse a sus almenas, entraba y salía errante, cada vez con más frecuencia, y también sin objeto, del jardín superior, ante la creciente sorpresa de Scrap, sobre todo

cuando descubrió que lo único que hacía Mrs. Fisher era contemplar fijamente el paisaje durante unos minutos, quitar unas cuantas hojas muertas de los rosales, y marcharse de nuevo.

En la conversación de Mr. Wilkins encontraba un alivio temporal, pero, a pesar de que él la acompañaba siempre que podía, en ocasiones no se encontraba allí, ya que distribuía de forma juiciosa sus atenciones entre las tres damas, y cuando él estaba en otra parte, ella tenía que enfrentarse sola a sus pensamientos y dominarlos lo mejor que podía.

Quizá era el exceso de luz y color en San Salvatore lo que hacía que cualquier otro lugar pareciera negro y oscuro; y sin duda Prince of Wales parecía un sitio demasiado negro y oscuro para tener que volver allí: una calle estrecha y oscura, y su casa, que era tan estrecha y oscura como la calle, sin nada realmente vivo o joven en ella. Apenas se podía decir que los peces de colores estuvieran vivos, o como mucho nada más que vivos a medias, y desde luego no eran jóvenes, y, aparte de ellos, sólo estaban las criadas, y esas eran viejas y polvorientas.

Viejas y polvorientas. Mrs. Fisher hizo una pausa en sus pensamientos, atraída por la extraña expresión. ¿De dónde había salido? ¿Cómo era posible que hubiera siquiera aparecido? Podía haber sido una de las de Mrs. Wilkins, por su ligereza, su lenguaje casi callejero. Quizá era una de las suyas, y ella se la había oído decir e inconscientemente se le había contagiado.

Si eso era así, resultaba no sólo serio, sino también escandaloso. El hecho de que esa criatura insensata penetrara en la misma mente de Mrs. Fisher y estableciera su personalidad allí, la personalidad que seguía siendo, a pesar de la armonía aparentemente existente entre ella y su inteligente marido, tan ajena a la de Mrs. Fisher, tan alejada de lo que entendía y le gustaba, y la infectara con sus frases indeseables, resultaba de lo más preocupante. Nunca en toda su vida había aparecido en la mente de Mrs. Fisher una frase semejante. Nunca en toda su vida había pensado en sus criadas, o en cualquier otra persona, como seres viejos y polvorientos; eran unas mujeres muy respetables y aseadas, a las que se permitía usar el baño las noches de los sábados. De edad avanzada, desde luego, pero bien es verdad que ella también lo era, así como su casa, sus muebles, y sus peces de colores. Todos eran de edad avanzada, como debían serlo, juntos. Pero había mucha diferencia entre ser de edad avanzada y ser viejas y polvorientas.

Cuán cierto era lo que decía Ruskin, que los intercambios nocivos corrompían los buenos modales. Pero ¿era Ruskin el que lo decía? Pensándolo bien, no estaba segura, pero era exactamente el tipo de cosa que habría dicho si la hubiera dicho, y en cualquier caso era cierto. El simple hecho de oír los intercambios nocivos de Mrs. Wilkins durante las comidas —ella no escuchaba, evitaba escuchar, y sin embargo resultaba evidente que había oído— esos intercambios que, al ser con frecuencia vulgares, poco delicados y blasfemos a la vez, y siempre, sentía decirlo, reídos por Lady Caroline, debían ser clasificados como nocivos, estaban echando a perder sus modales mentales. Era posible que muy pronto no sólo lo pensara, sino también lo dijera. Eso sería terrible. Si esa era la forma que iba a adoptar su estallido, la falta de decoro al expresarse, Mrs. Fisher se temía que difícilmente iba a ser capaz de soportarlo con un mínimo de compostura.

Al llegar a esta fase Mrs. Fisher deseó más que nunca poder discutir sus extrañas sensaciones con alguien que las comprendiera. Sin embargo, no había nadie que las pudiera comprender, excepto la misma Mrs. Wilkins. Ella las entendería. Mrs. Fisher estaba segura de que ella sabría de inmediato cómo se sentía. Pero esto era imposible. Sería tan abyecto como implorar al mismo microbio que le estaba infectando a una que le protegiera de su

enfermedad.

Por consiguiente, continuó soportando sus sensaciones en silencio, y ellas eran las que la empujaban a esas apariciones frecuentes y sin propósito en el jardín superior que acabaron por despertar incluso la atención de Scrap.

Scrap llevaba algún tiempo fijándose en ello, y asombrándose vagamente por este motivo, cuando Mr. Wilkins le preguntó una mañana, mientras le colocaba los cojines — había establecido la ayuda diaria a la instalación de Lady Caroline en su silla como su privilegio especial—, si le sucedía algo a Mrs. Fisher.

En ese momento Mrs. Fisher se encontraba de pie junto al antepecho oriental, protegiéndose los ojos y escudriñando cuidadosamente las lejanas casas blancas de Mezzago. La podían ver a través de las ramas de las adelfas.

—No lo sé —dijo Scrap.

—¿Asumo —dijo Mr. Wilkins— que es una dama poco susceptible de estar preocupada por algo?

—Me imagino que sí —dijo Scrap, sonriendo.

—Si lo está, y su intranquilidad parece sugerirlo, me complacería en grado sumo aconsejarla.

—Estoy segura de que eso sería muy amable por su parte.

—Desde luego, ella tiene su propio consejero legal, pero no se encuentra a mano. Yo sí. Y un abogado a mano —dijo Mr. Wilkins, que se esforzaba por hacer ligera su conversación cuando hablaba con Lady Caroline, consciente de que uno debía ser ligero con las damas jóvenes— vale más que dos en... seamos finos y dejemos el proverbio sin terminar; digamos, por ejemplo, Londres.

—Debería usted preguntarle.

—¿Preguntarle si necesita ayuda? ¿Lo aconsejaría usted? ¿No sería un poco... un poco delicado abordar semejante cuestión, la cuestión de si una dama tiene o no un problema?

—Quizá se lo dirá si va y habla con ella. Yo creo que debe de sentirse muy sola.

—Está usted llena de solicitud y consideración —proclamó Mr. Wilkins, deseando, por primera vez en su vida, ser un extranjero de forma que pudiera besarle respetuosamente la mano al retirarse para ir obediente a aliviar la soledad de Mrs. Fisher.

Era maravillosa la variedad de salidas de su rincón que Scrap ideaba para Mr. Wilkins. Cada mañana encontraba una diferente, que le despachaban satisfecho después de haberle arreglado los cojines. Ella le permitía que le arreglara los cojines porque había descubierto inmediatamente, los primeros cinco minutos de la primera noche, que sus temores de que se aferrara a ella y la contemplara con esa horrible admiración carecían de fundamento. Mr. Wilkins no admiraba de esa manera. Ella sentía de forma instintiva que no era sólo que no fuera capaz, sino que, de haberlo sido, en su caso no se habría atrevido. Era todo respeto. Podía dirigir sus movimientos para con ella con sólo levantar una ceja. Su única preocupación era obedecer. Ella había estado dispuesta a que le gustara con tal de que le hiciera el favor de no admirarla, y le gustaba de verdad. No olvidaba su conmovedora indefensión la primera mañana, vestido sólo con la toalla, y la entretenía, y se portaba bien con Lotty. Era cierto que le gustaba más cuando no estaba allí, pero bien es verdad que, por lo general, todo el mundo le gustaba más cuando no estaba allí. Desde luego, lo que sí parecía ser era uno de esos hombres, escasos en su experiencia, que nunca miraban a una mujer como si fuera una presa. La comodidad que supuso este hecho, la simplificación que introdujo en las relaciones del grupo, fue inmensa. Desde este punto de vista Mr. Wilkins

era sencillamente ideal: era único y precioso. Siempre que pensaba en él, y se sentía quizá inclinada a detenerse en los aspectos que resultaban ligeramente fastidiosos, recordaba esto y murmuraba: «Pero qué tesoro».

En efecto, el único objetivo de Mr. Wilkins durante su estancia en San Salvatore era ser un tesoro. Costara lo que costara, las tres damas que no eran su mujer debían llegar a apreciarle y confiar en él. Entonces, cuando al cabo de un tiempo se presentaran complicaciones en sus vidas —¿y en qué vida no se presentaban complicaciones antes o después?— recordarían su comprensión y discreción, y se dirigirían a él para que las aconsejara. Damas con preocupaciones era exactamente lo que necesitaba. A su juicio, Lady Caroline no tenía ninguna en este momento, pero tanta belleza —ya que no podía evitar ver lo que resultaba evidente— debía haber pasado sus apuros en el pasado y pasaría más antes de apagarse. En el pasado no había estado a mano; en el futuro esperaba estarlo. Y, mientras tanto, el comportamiento de Mrs. Fisher, la siguiente dama en importancia desde el punto de vista profesional, sin duda prometía. Estaba prácticamente seguro de que Mrs. Fisher tenía alguna preocupación. La había estado observando con atención, y estaba casi seguro.

Con la tercera, con Mrs. Arbuthnot, era con la que hasta ahora había hecho menos progresos, al ser ella tan retraída y tranquila. Pero ¿no podía este mismo retraimiento, esta tendencia a evitar a los demás y pasar el tiempo sola, indicar que ella también se sentía turbada? En ese caso, él era la persona que necesitaba. La cultivaría. La seguiría y se sentaría con ella, y la animaría a que le hablara de sí misma. Arbuthnot, Lotty le había dado a entender, era un funcionario del Museo Británico; nada particularmente importante en la actualidad, pero Mr. Wilkins consideraba que era su obligación conocer a todo tipo de personas. Además, estaba el ascenso. Arbuthnot, ascendido, podía convertirse en alguien que mereciera la pena.

En cuanto a Lotty, estaba encantadora. Realmente poseía todas las cualidades que le había atribuido durante el noviazgo, y que, desde entonces, parecían haberse mantenido simplemente en suspenso. Sus primeras impresiones de ella estaban siendo ahora respaldadas por el cariño e incluso admiración que Lady Caroline le demostraba. Lady Caroline Dester era la última persona, estaba seguro, que se equivocaría en un tema semejante. Su conocimiento del mundo, su contacto constante con todo lo mejor, debían hacer de ella alguien casi infalible. Por lo tanto, Lotty era evidentemente lo que él había creído que era antes del matrimonio: era valiosa. Desde luego, había resultado muy valiosa al presentarle a Lady Caroline y Mrs. Fisher. Una mujer inteligente y atractiva podía suponer una ayuda inestimable para un hombre con su profesión. ¿Por qué no había resultado atractiva antes? ¿A qué se debía este florecimiento repentino?

Mr. Wilkins comenzó a creer también que había algo peculiar en la atmósfera de San Salvatore, tal como Lotty le había comunicado nada más llegar. Fomentaba el desarrollo. Sacaba a la luz cualidades latentes. Y, sintiéndose cada vez más complacido, e incluso encantado, con su mujer, y muy satisfecho de los progresos que hacía con las otras dos, y confiando en los progresos futuros con la retraída tercera, Mr. Wilkins no podía recordar haber pasado nunca antes unas vacaciones tan agradables. La única cosa que quizá podría mejorarse era la forma que tenían todos de llamarle Mr. Wilkins. Nadie decía Mr. Mellersh-Wilkins. Y, sin embargo, él se había presentado a Lady Caroline —pestañeó ligeramente al recordar las circunstancias— como Mellersh-Wilkins.

De todas maneras, eso era una nimiedad, insuficiente para preocuparle. Sería estúpido si en un lugar semejante y en una compañía semejante se preocupara por nada. Ni

siquiera se estaba preocupando de lo que estaban costando las vacaciones, y había decidido pagar no sólo sus gastos, sino también los de su mujer, y sorprenderla al final ofreciéndole sus ahorros tan intactos como cuando ella se había puesto en camino; y simplemente saber que le estaba preparando una sorpresa feliz le hacía sentirse más afectuoso que nunca hacia ella.

De hecho Mr. Wilkins, que había comenzado haciendo gala de su mejor comportamiento consciente y de acuerdo con lo planeado, lo mantuvo de forma inconsciente, y sin hacer ningún esfuerzo.

Y mientras tanto, uno por uno y con suavidad, iban cayendo los hermosos días dorados de la segunda semana, iguales en belleza a los de la primera, y, cada vez que el aire se movía, el aroma de los campos de judías en flor que cubrían la ladera de la colina situada detrás del pueblo llegaba hasta San Salvatore. En el jardín, durante esa segunda semana, los narcisos de ojos de poeta desaparecieron de la hierba alta que bordeaba el sendero en zigzag, y unos gladiolos salvajes, esbeltos y de color rosa, ocuparon su lugar, claveles blancos florecieron en los márgenes, inundándolo con su aroma agridulce, y un arbusto en el que nadie se había fijado brotó en un estallido de gloria y fragancia, y era un arbusto de lilas moradas. Semejante confusión de primavera y verano resultaba increíble, excepto para aquellos que moraban en esos jardines. Todo parecía haber salido al mismo tiempo: todas las cosas que en Inglaterra se extienden mezquinamente a lo largo de seis meses, agolpadas en uno. Mrs. Wilkins encontró un día incluso primulas en un rincón fresco de las colinas; y cuando las bajó hasta los geranios y heliotropos de San Salvatore, parecieron sentirse cohibidos.

XVII

El primer día de la tercera semana Rose escribió a Frederick.

Por si acaso dudaba de nuevo, y no la echaba, se la dio a Domenico para que la echara; ya que si no escribía ahora no quedaría nada de tiempo. Ya había transcurrido la mitad del mes que iban a pasar en San Salvatore. Incluso si Frederick se ponía en camino en cuanto recibiera la carta, lo que desde luego no podría hacer, entre hacer las maletas y ocuparse del pasaporte, además de no tener prisa por venir, no podría llegar hasta dentro de cinco días.

Después de haberlo hecho, Rose deseó no haberlo hecho. No vendría. No se molestaría en contestar. Y si llegaba a contestar, sería sólo para dar alguna razón que no era cierta, diciendo que estaba demasiado ocupado para marcharse; y lo único que habría conseguido escribiéndole sería sentirse más infeliz que antes.

Las cosas que hacía uno cuando estaba ocioso. Esta resurrección de Frederick, o más bien este intento de resucitarle, ¿qué era sino el resultado de no tener absolutamente nada que hacer? Deseaba no haberse marchado nunca de vacaciones. ¿Para qué quería unas vacaciones? El trabajo era su salvación; el trabajo era lo único que le protegía a uno, que mantenía su equilibrio y firmes sus valores. En su casa, en Hampstead, absorta y ocupada, había conseguido superar a Frederick, pensando últimamente en él sólo con la dulce melancolía con la que se recuerda a alguien querido, pero muerto hace largo tiempo; y ahora este lugar, la ociosidad en este lugar relajado, la había devuelto al estado miserable del cual había conseguido salir años atrás. Vaya, en caso de que Frederick viniera, lo único que haría sería aburrirle. ¿No había visto en una ráfaga, poco después de su llegada a San Salvatore, que eso era lo que en realidad le mantenía alejado de ella? ¿Y por qué debía suponer que ahora, tras una separación tan larga, sería capaz de no aburrirle, de hacer algo que no fuera quedarse delante de él como una tonta, incapaz de hablar, como si las manos de su alma hubieran perdido su destreza? Además, qué posición más desesperada, tener, por así decirlo, que implorar: «Por favor, espera un poco, por favor no seas impaciente, creo que quizá dentro de poco dejaré de aburrirte».

Mil veces al día Rose deseaba haber dejado en paz a Frederick. Lotty, que le preguntaba cada tarde si había mandado ya su carta, lanzó una exclamación de placer cuando por fin la respuesta fue sí, y la rodeó con sus brazos.

—¡Ahora seremos *completamente* felices! —gritó la entusiasta Lotty.

Pero nada le parecía menos seguro a Rose, y su expresión se convirtió cada vez más en la expresión de alguien a quien le preocupa algo.

Mr. Wilkins, deseoso de descubrir lo que era, se paseó al sol con su sombrero panamá, y empezó a coincidir con ella de forma accidental.

—No sabía —dijo Mr. Wilkins la primera vez, mientras levantaba cortésmente el sombrero— que usted también sintiera especial predilección por este lugar —y se sentó junto a ella.

Por la tarde ella eligió otro lugar; y no llevaba en él media hora cuando Mr. Wilkins, balanceando ligeramente su bastón, apareció doblando la esquina.

—Estamos destinados a encontrarnos en nuestros vagabundeos —dijo Mr. Wilkins afablemente. Y se sentó junto a ella.

Mr. Wilkins era muy amable, y ella se dio cuenta, le había juzgado mal en

Hampstead, y este era el auténtico, madurado como la fruta por el sol benéfico de San Salvatore, pero Rose quería estar sola. Con todo, le estaba agradecida por demostrarle que, aunque podía aburrir a Frederick, no aburría a todo el mundo; si lo hubiera hecho, él no habría permanecido en cada ocasión sentado hablando con ella hasta el momento de regresar. Era cierto que él la aburría a ella, pero eso no era ni mucho menos tan horrible como si ella le hubiera aburrido a él. Eso sí que habría herido dolorosamente su vanidad. Ya que, ahora que Rose no era capaz de decir sus plegarias, se veía asaltada por todo tipo de debilidades: vanidad, susceptibilidad, irritabilidad, belicosidad, demonios extraños y desconocidos que se agolpaban sobre una y tomaban posesión de su corazón asolado y vacío. Nunca antes en su vida había sido vanidosa o irritable o belicosa. ¿Podría ser que San Salvatore tuviera efectos opuestos, y que el sol que había madurado a Mr. Wilkins la hubiera avinagrado?

A la mañana siguiente, para tener la certeza de estar sola, mientras Mr. Wilkins se entretenía desayunando agradablemente con Mrs. Fisher, bajó hasta las rocas junto al borde del mar, donde ella y Lotty se habían sentado el primer día. Frederick habría recibido ya su carta. Hoy, si fuera como Mr. Wilkins, podría recibir un telegrama suyo.

Intentó acallar la absurda esperanza burlándose de ella. Y, sin embargo, si Mr. Wilkins había teleografiado, ¿por qué no iba a hacerlo Frederick? Parecía que el hechizo de San Salvatore se escondía incluso en el papel de cartas. Lotty no había soñado con recibir un telegrama, y cuando había entrado a la hora del almuerzo, allí estaba. Sería tan maravilloso si, cuando ella volviera a la hora del almuerzo, encontrara uno para ella también...

Rose cruzó con fuerza las manos alrededor de sus rodillas. Con cuánta intensidad anhelaba ser de nuevo importante para alguien; no importante desde una tarima, ni como un activo en una organización, sino importante en privado, nada más que para una persona, muy en privado, sin que nadie más lo supiera o se diera cuenta. No le parecía pedir demasiado en un mundo tan lleno de gente, tener a uno sólo de ellos, sólo uno de entre todos los millones, para sí misma. Alguien que la necesitara, que pensara en una, que estuviera deseoso de venir a una... Oh, oh ¡con qué ansia más terrible deseaba que la quisieran!

Permaneció sentada toda la mañana bajo el pino junto al mar. Nadie se acercó a ella. Las grandes horas pasaban lentamente; parecían enormes. Pero no subiría antes del almuerzo, le daría tiempo al telegrama a llegar...

Ese día Scrap, empujada por la persuasión de Lotty y pensando también que quizá había estado sentada el tiempo suficiente, se había levantado de su silla y sus cojines y se había marchado con Lotty y unos sándwiches a las colinas hasta el atardecer. Mr. Wilkins, que deseaba ir con ellas, siguiendo el consejo de Lady Caroline se quedó con Mrs. Fisher para alegrar su soledad, y, aunque dejó de alegrarla hacia las once para ir en busca de Mrs. Arbuthnot, con objeto de alegrarla a ella también durante un rato, dividiéndose así con imparcialidad entre estas damas solitarias, regresó de nuevo al poco tiempo secándose la frente y continuó con Mrs. Fisher donde lo había dejado, ya que esta vez Mrs. Arbuthnot se había escondido con éxito. Al entrar vio además que había un telegrama para ella. Era una pena no saber dónde estaba.

—¿Deberíamos abrirlo? —le dijo a Mrs. Fisher.

—No —respondió Mrs. Fisher.

—Puede que necesite una respuesta.

—No apruebo el fisgoneo de la correspondencia de los demás.

—¡Fisgoneo! Mi querida señora...

Mr. Wilkins estaba escandalizado. Qué palabra. Fisgoneo. Sentía la máxima estima posible hacia Mrs. Fisher, pero en ocasiones la encontraba realmente un poco difícil. Le gustaba, estaba seguro, y tenía la sensación de que estaba en el buen camino para convertirse en cliente suyo, pero se temía que sería una clienta testaruda y reservada. Desde luego era reservada, ya que, aunque él se había mostrado hábil y comprensivo durante toda una semana, ella todavía no le había dado ningún indicio sobre el motivo de su evidente preocupación.

—Pobre anciana —dijo Lotty, cuando él le preguntó si podría quizá arrojar luz sobre los problemas de Mrs. Fisher—. No tiene amor.

—¿Amor? —Mr. Wilkins sólo fue capaz de repetir, verdaderamente escandalizado—. Pero sin duda, querida... a su edad...

—*Cualquier* amor —dijo Lotty.

Esa misma mañana le había preguntado a su mujer, ya que ahora buscaba y respetaba su opinión, si le podía decir lo que le sucedía a Mrs. Arbuthnot, ya que también ella había persistido en su retraimiento, a pesar de que él había hecho todo lo posible por ablandarla para que se franqueara.

—Necesita a su marido —dijo Lotty.

—Ah —dijo Mr. Wilkins, habiendo así arrojado una nueva luz sobre la melancolía tímida y modesta de Mrs. Arbuthnot. Y añadió—: Muy apropiado.

Y Lotty dijo, sonriéndole:

—Eso pasa.

Y Mr. Wilkins dijo, sonriéndole:

—¿Realmente?

Y Lotty dijo, sonriéndole:

—Desde luego.

Y Mr. Wilkins, muy contento con ella, le pellizcó la oreja, aunque era todavía bastante pronto por la mañana, una hora a la que las caricias son perezosas.

Justo antes de que dieran las doce y media, Rose subió lentamente a través de la pérgola y entre las camelias alineadas a ambos lados de los viejos escalones de piedra. Los arroyos de pervincas que a su llegada se derramaban sobre ellos habían desaparecido, y ahora estaban estos arbustos, increíblemente llenos de rosetas. Rosas, blancas, rojas: las tocó y olió una después de la otra, para así no alcanzar demasiado deprisa a su decepción. Mientras no lo hubiera visto por sí misma, no hubiera visto la mesa del salón completamente vacía excepto por el jarrón de flores, todavía podía esperar, todavía podía disfrutar imaginándose el telegrama sobre ella, esperándola. Pero las camelias no huelen, como Mr. Wilkins, que estaba en la puerta al acecho y sabía lo que había que saber de horticultura, le recordó.

Ella se sobresaltó al oír su voz y levantó la vista.

—Ha llegado un telegrama para usted —dijo Mr. Wilkins.

Rose le contempló fijamente, con la boca abierta.

—La he buscado por todas partes, pero no he conseguido...

Por supuesto. Lo sabía. No lo había dudado ni por un momento. En ese instante, la Juventud radiante y apasionada volvió a brillar en Rose. Subió corriendo las escaleras, roja como las camelias que acababa de tocar, y estaba en el salón y abriendo ansiosa el telegrama antes de que Mr. Wilkins hubiera terminado su frase. Vaya, si era verdad que las cosas podían suceder así, vaya, entonces había muchísimas..., vaya, ella y Frederick... iban

a ser... de nuevo... por fin...

—No son malas noticias, espero —dijo Mr. Wilkins, que la había seguido, ya que Rose, tras leer el telegrama, permaneció con los ojos clavados en él y su rostro se puso lentamente blanco. Era curioso observar cómo su rostro se ponía lentamente blanco.

Rose se volvió y miró a Mr. Wilkins como si intentara recordar quién era.

—Oh, no. Al contrario...

Consiguió sonreír.

—Voy a tener un visitante —dijo, alargándole el telegrama; cuando él lo hubo cogido, se alejó hacia el comedor, murmurando algo a propósito de que el almuerzo estaba listo.

Mr. Wilkins leyó el telegrama. Había sido enviado esa mañana desde Mezzago, y decía:

Paso por aquí de camino a Roma. ¿Podría presentarle mis respetos esta tarde?

THOMAS BRIGGS

¿Por qué un telegrama semejante haría palidecer a la dama interesante? Ya que su palidez al leerlo había sido tan llamativa que había convencido a Mr. Wilkins de que estaba recibiendo un golpe.

—¿Quién es Thomas Briggs? —preguntó, siguiéndola hasta el comedor.

Ella le miró con vaguedad.

—¿Quién es...? —repitió, ordenando de nuevo sus ideas.

—Thomas Briggs.

—Oh. Sí. Es el propietario. Esta es su casa. Es muy agradable. Va a venir esta tarde.

Thomas Briggs estaba viniendo en ese mismo momento. Iba en un simón traqueteando por el camino entre Mezzago y Castagneto, esperando sinceramente que la dama de ojos oscuros comprendiera que lo único que deseaba era verla, y que no sentía el más mínimo interés por comprobar si su casa seguía estando allí. En su opinión, un propietario de tacto no debía entrometerse en la vida de un inquilino. Pero... había estado pensando tanto en ella desde ese día. Rose Arbuthnot. Qué nombre más bonito. Y qué criatura más encantadora: suave, tímida, maternal en el mejor de los sentidos; el mejor de los sentidos significaba que no era su madre, y no habría podido serlo aunque lo hubiera intentado, ya que los padres era lo único que no podía ser más joven que uno. Además, iba a pasar tan cerca. Parecía absurdo no hacer una visita rápida para ver si estaba a gusto. Anhelaba verla en su casa. Anhelaba verla con la casa como fondo, verla sentada en sus sillas, bebiendo de sus tazas, utilizando todas sus cosas. ¿Se colocaría el cojín grande de brocado carmesí que había en el salón bajo la pequeña cabeza oscura? Su pelo y la blancura de su piel resaltarían preciosos sobre él. ¿Habría visto su retrato en las escaleras? Se preguntó si le gustaría. Se lo explicaría.

Si ella no pintaba, y no había hecho nada que lo sugiriera, quizá no se daría cuenta de la exactitud con que el moldeado de las cejas y el ligero hoyuelo de la mejilla...

Le dijo al simón que esperara en Castagneto y cruzó la plaza, saludado por niños y perros, todos los cuales le conocían y surgían de repente de la nada, y, tras ascender rápidamente el sendero en zigzag, ya que era un joven activo de edad no muy superior a los treinta años, tiró de la antigua cadena que hacía sonar la campana y esperó decorosamente en el lado apropiado de la puerta abierta que se le permitiera entrar.

Al verle, Francesca abrió de par en par todas las partes de ella capaces de hacerlo — cejas, párpados y manos— y le aseguró con profusión de palabras que todo estaba en

perfecto orden y que ella estaba cumpliendo con su deber.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Briggs, cortándola en seco—. Nadie lo duda.

Y le pidió que le llevara su tarjeta a la señora.

—¿Cuál señora? —preguntó Francesca.

—¿Cuál señora?

—Hay cuatro —dijo Francesca, presintiendo una irregularidad por parte de los inquilinos, ya que su amo parecía sorprendido; y eso la satisfizo, ya que la vida era monótona y las irregularidades la animaban por lo menos un poco.

—¿Cuatro? —repitió sorprendido—. Bueno, entonces llévasela al grupo —dijo, recuperándose al notar su expresión.

Se estaba tomando el café en el jardín superior a la sombra del pino piñonero. Sólo Mrs. Fisher y Mr. Wilkins lo estaban tomando, ya que Mrs. Arbuthnot, tras no comer nada y permanecer completamente callada durante el almuerzo, había desaparecido inmediatamente después.

Mientras Francesca se alejaba hacia el jardín con la tarjeta, su amo se quedó examinando en la escalera el cuadro de esa Madonna, hallado por él en Orvieto, obra de un pintor primitivo italiano de nombre desconocido, que se parecía tanto a su inquilina. La semejanza era realmente extraordinaria. Por supuesto, aquel día en Londres su inquilina llevaba puesto el sombrero, pero estaba seguro de que su pelo nacía precisamente así de su frente. La expresión de los ojos, seria y dulce, era exactamente la misma. Le alegró pensar que siempre tendría su retrato.

Al oír pasos, levantó la vista, y allí estaba ella, bajando las escaleras vestida de blanco, tal como la había imaginado en ese lugar.

Rose se sorprendió al verle tan pronto. Había supuesto que llegaría hacia la hora del té, y hasta entonces había tenido la intención de sentarse en algún lugar al aire libre donde pudiera estar sola.

Él la contempló ansioso con un interés extremo mientras bajaba las escaleras. Dentro de un momento se encontraría al mismo nivel que su retrato.

—Realmente es extraordinario —dijo Briggs.

—¿Cómo está usted? —dijo Rose, preocupada sólo porque su bienvenida resultara verosímil.

No se alegraba de verle. Estaba aquí, pensaba, mientras sentía el telegrama amargo en su corazón, en vez de Frederick, haciendo lo que había anhelado que hiciera Frederick, ocupando su lugar.

Ella obedeció automáticamente.

—Quédese quieta un momento...

—Sí; verdaderamente asombroso. ¿Le importa quitarse el sombrero?

Rose, sorprendida, se lo quitó obedientemente.

—Sí, es como yo pensaba, sólo quería cerciorarme. Y mire, ¿se ha dado usted cuenta...?

Comenzó a hacer rápidos y curiosos pases con la mano sobre el rostro del cuadro, midiéndolo, moviendo la vista entre el lienzo y ella.

La sorpresa de Rose se convirtió en diversión y no pudo evitar sonreír.

—¿Ha venido usted para compararme con mi original? —le preguntó.

—Lo ve usted, no, lo extraordinariamente parecidas...

—No sabía que tenía un aspecto tan solemne.

—No lo tiene. Ahora no. Lo tenía hace un minuto, igual de solemne. Oh, sí... Cómo

está usted —concluyó de repente, dándose cuenta de su mano extendida. Y se rio y la estrechó, al tiempo que se sonrojaba (una de sus habilidades) hasta la raíz de su cabello claro.

Francesca regresó.

—La Signora Fisher —dijo— tendrá mucho placer en verle.

—¿Quién es la Signora Fisher? —le preguntó a Rose.

—Una de las cuatro que están compartiendo su casa.

—¿Entonces son cuatro?

—Sí. Mi amiga y yo descubrimos que no nos lo podíamos permitir solas.

—Oh, digo yo... —comenzó Briggs confuso, ya que habría preferido que Rose Arbuthnot —bonito nombre— no tuviera que permitirse nada, sino que se quedara en San Salvatore como huésped suyo el tiempo que deseara.

—Mrs. Fisher está tomando café en el jardín superior —dijo Rose—. Le llevaré hasta ella y le presentaré.

—No deseo ir. Lleva puesto el sombrero, lo que quiere decir que iba a dar un paseo. ¿Puedo ir yo también? Me complacería enormemente que me lo enseñara usted todo.

—Pero Mrs. Fisher le está aguardando.

—¿No aguantará?

—Sí —dijo Rose, con la sonrisa que tanto le había atraído el primer día—. Yo creo que aguantará bastante bien hasta el té.

—¿Habla usted italiano?

—No —dijo Rose—. ¿Por qué?

Al oír esto, Mr. Briggs se volvió hacia Francesca y le dijo a gran velocidad, ya que en italiano tenía mucha soltura, que volviera a la Signora del jardín superior y le dijera que se había encontrado con su antigua amiga la Signora Arbuthnot, y que iba a dar un paseo con ella y que se presentaría a ella más tarde.

—¿Me invita usted a tomar el té? —le preguntó a Rose, cuando Francesca se hubo ido.

—Por supuesto. Es su casa.

—No lo es. Es suya.

—Hasta el lunes que viene —sonrió ella.

—Venga y enséñeme todas las vistas —dijo impaciente; y quedó claro, incluso para la autodespreciativa Rose, que no aburría a Mr. Briggs.

XVIII

Tuvieron un paseo muy agradable, con gran abundancia de paradas en rincones cálidos y llenos del aroma del tomillo, y si algo podía haber ayudado a Rose a recuperarse de la amarga decepción de la mañana habría sido la compañía y la conversación de Mr. Briggs. De hecho, él la ayudó a recuperarse, y se produjo el mismo proceso que Lotty había experimentado con su marido, y cuanto más encantadora la encontraba Mr. Briggs más encantadora se volvía ella.

Briggs era un hombre incapaz de ocultar nada, que nunca perdía tiempo si lo podía evitar. No habían llegado al final de la punta donde se encontraba el faro —Briggs le pidió que le enseñara el faro, porque sabía que el camino hasta él era lo bastante llano y ancho para que caminaran dos personas la una junto a la otra— antes de que él le hubiera comunicado la impresión que le había causado en Londres.

Dado que incluso a las mujeres más religiosas y sobrias les gusta saber que han impresionado, sobre todo si se trata de algo que no tiene nada que ver con el carácter o los méritos, Rose se alegró. Al estar alegre, sonrió. Sonriendo, resultaba más atractiva que nunca. Le vino el color a las mejillas y un brillo a los ojos. Se oyó a sí misma diciendo cosas que sonaban en realidad bastante interesantes, e incluso divertidas. Si Frederick estuviera escuchando ahora, pensó, quizá se daría cuenta de que después de todo no podía ser tan desesperadamente aburrida; puesto que aquí había un hombre, de aspecto agradable, joven y sin duda inteligente —parecía inteligente y ella esperaba que lo fuera, ya que entonces el cumplido sería todavía mayor— que era evidentemente muy feliz de pasar la tarde simplemente hablando con ella.

Y, en efecto, Mr. Briggs parecía estar muy interesado. Quería que le contara todo lo que había estado haciendo desde el momento en que llegó. Le preguntó si había visto esto, aquello y lo de más allá en la casa, lo que le gustaba más, qué habitación tenía, si estaba cómoda, si Francesca se estaba comportando, si Domenico se ocupaba de ella y si no disfrutaba usando el cuarto de estar amarillo, el que recibía todo el sol y miraba hacia Génova.

Rose se sentía avergonzada de lo poco que se había fijado en la casa y del escaso número de objetos curiosos o hermosos para él que había siquiera visto. Abrumada por el recuerdo de Frederick, parecía haber vivido ciega en San Salvatore, y más de la mitad del tiempo había pasado, y ¿para qué había servido? Le habría dado lo mismo haberse quedado anhelando en Hampstead Head. No, no le habría dado lo mismo; durante todos sus anhelos había sido consciente de que por lo menos se encontraba en el corazón mismo de la belleza; y de hecho había sido esta belleza, este afán por compartirla, lo que la había hecho empezar a anhelar.

Sin embargo, Mr. Briggs estaba demasiado vivo como para que Rose pudiera dedicarle a Frederick ni siquiera un momento de su atención, y elogió a los criados en respuesta a sus preguntas, y elogió el cuarto de estar amarillo sin decirle que sólo había entrado en él una vez y además había sido ignominiosamente expulsada, y le dijo que no sabía casi nada de arte y antigüedades, pero pensaba que quizá si alguien le hablara de ello sabría más, y dijo que había pasado al aire libre todos los días desde su llegada, porque allí el aire libre era tan maravilloso y tan diferente de todo lo que había visto nunca.

Briggs caminó junto a ella por sus caminos, que, sin embargo, por ahora le

pertenecían felizmente a ella, y sintió todos los calores inocentes de la vida familiar. Era huérfano e hijo único y tenía una disposición cálida y doméstica. Habría adorado a una hermana y consentido a una madre, y estaba ahora empezando a pensar en casarse, ya que, aunque había sido muy feliz con sus varios amores, cada uno de los cuales, contrariamente a la experiencia habitual, acababa por convertirse en amigas fieles, le gustaban los niños y pensaba que quizá había llegado ya a la edad de instalarse si no quería ser demasiado viejo para cuando su hijo mayor tuviera veinte años. Últimamente San Salvatore le había parecido un poco melancólico. Tenía la impresión de que resonaba cuando caminaba por él. Se había sentido solo allí; tan solo que este año había preferido perderse una primavera y alquilarlo. Necesitaba una esposa. Necesitaba ese toque final de calor y belleza, ya que él nunca había pensado en su esposa más que en términos de calor y belleza; por supuesto, sería hermosa y buena. Le hacía gracia lo enamorado que estaba ya de esta esposa de perfil aún difuso.

Con tanta celeridad estaba trabando amistad con la dama del nombre dulce mientras recorría el camino hacia el faro, que estaba seguro de que dentro de poco le estaría contando todo sobre sí mismo y sus actividades pasadas y sus esperanzas futuras; y la idea de una confianza de tan rápido desarrollo le hizo reír.

—¿Por qué se ríe usted? —le preguntó ella, mirándole y sonriendo.

—Esto se parece tanto a volver al hogar —dijo.

—Pero para usted venir aquí *es* volver al hogar.

—Me refiero a volver *de verdad* al hogar. A la propia..., la propia familia. Nunca tuve una familia. Soy huérfano.

—Oh, ¿sí? —dijo Rose con el justo grado de lástima—. Espero que no lleve mucho tiempo siéndolo. No, quiero decir que espero que lleve mucho tiempo siéndolo. No..., no sé lo que quiero decir, excepto que lo siento.

Él volvió a reír.

—Oh, estoy acostumbrado. No tengo a nadie. Ni hermanas ni hermanos.

—Entonces es usted hijo único —observó ella perspicaz.

—Sí. Y hay algo en usted que se corresponde exactamente con mi idea de una..., de una familia.

Esto le hizo gracia a Rose.

—Tan... acogedor —dijo él, mirándola y buscando una palabra.

—No pensaría lo mismo si viera mi casa en Hampstead —dijo ella, mientras se presentaba ante su mente una visión de esa morada austera y de asientos duros, sin nada blando excepto el rehuido y abandonado sofá Du Barri. No era de extrañar, pensó, con la mente despejada por un instante, que Frederick la evitara. No había nada acogedor en *su* familia.

—No me creo que ningún lugar en el que haya vivido pueda no ser exactamente igual a usted —dijo él.

—¿No irá a pretender que San Salvatore se parece a mí?

—Por supuesto que lo pretendo. ¿Sin duda admitirá que es hermoso?

Hizo varios comentarios de este tipo. Ella disfrutó con el paseo. No podía recordar ningún paseo tan agradable desde los días de su noviazgo.

Regresó para el té, trayendo consigo a Mr. Briggs, y con un aspecto muy diferente, percibió Mr. Wilkins, del que había tenido hasta ahora. Aquí hay problemas, aquí hay problemas, pensó Mr. Wilkins, frotándose mentalmente las manos profesionales. Podía imaginarse cómo en breve se requeriría su consejo. Por un lado, allí estaba Arbuthnot; por

el otro, aquí estaba Briggs. Algo se estaba cociendo, antes o después habría problemas. Pero ¿por qué el telegrama de Briggs había actuado sobre la dama como un golpe? Si se había puesto pálida por un exceso de alegría, entonces los problemas estaban más cerca de lo que había supuesto. Ahora no estaba pálida; se parecía más que nunca a su nombre. Bueno, en caso de problemas, él era la persona apropiada. Por supuesto, lamentaba que la gente se metiera en ellos, pero, una vez que lo habían hecho, él era su hombre.

Y Mr. Wilkins, estimulado por estos pensamientos, ya que su carrera era muy valiosa para él, procedió con gran hospitalidad a contribuir a hacer los honores a Mr. Briggs, tanto en su calidad de socio de la propiedad temporal de San Salvatore como en la de probable ayuda para resolver las dificultades, y le hizo notar las diversas características del lugar y le condujo hasta el antepecho y le enseñó Mezzago al otro lado de la bahía.

Mrs. Fisher también se mostró cortés. Esta era la casa de este joven. Era un hombre con propiedades. Le gustaban las propiedades y le gustaban los hombres con propiedades. Además, el ser un hombre con propiedades tan joven parecía tener un mérito especial. Herencia, por supuesto; y la herencia era más respetable que la adquisición. Indicaba la existencia de padres; y en una época en la que la gente parecía no sólo no tenerlos, sino tampoco desearlos, esto también le gustaba.

En consecuencia, fue una comida agradable, en la que todo el mundo estuvo amable y contento. Mrs. Fisher le pareció a Briggs una anciana encantadora, y lo demostró; y de nuevo funcionó la magia y ella se convirtió en una anciana encantadora. Se reveló bondadosa con él y bondadosa de una forma que era casi juguetona, llegando incluso, antes de que terminara el té, a incluir en algún comentario que le hizo las palabras «Mi querido muchacho».

Extrañas palabras en boca de Mrs. Fisher. Resulta dudoso que las hubiera usado antes en toda su vida. Rose estaba asombrada. Realmente, qué agradable era la gente. ¿Cuándo dejaría de cometer errores sobre ellos? No había sospechado la existencia de este aspecto de Mrs. Fisher y empezó a preguntarse si esos otros aspectos con los cuales sólo ella estaba familiarizada no habrían sido quizá el efecto de su carácter belicoso e irritante. Probablemente lo eran. Entonces, qué mal debía haberla tratado. Se sintió muy arrepentida al ver a Mrs. Fisher abriéndose bajo sus ojos hasta convertirse en una persona auténticamente amable en cuanto aparecía alguien que era encantador con ella, y podría habérsela tragado la tierra de la vergüenza que sintió cuando, al poco tiempo, Mrs. Fisher rio y se dio cuenta por la impresión que le produjo que era un sonido completamente nuevo. Ni una sola vez con anterioridad ella o cualquier otra persona allí presente había oído reír a Mrs. Fisher. ¡Qué forma de acusarlas a todas ellas! Ya que todas habían reído, las otras, unas más y otras menos, en uno u otro momento desde su llegada, y sólo Mrs. Fisher no lo había hecho. Era evidente que, desde el momento que podía disfrutar como lo estaba haciendo ahora, no había disfrutado antes. A nadie le había importado si lo hacía o no, excepto a Lotty. Sí; a Lotty le había importado, y había querido que fuera feliz; pero Lotty parecía tener un efecto pernicioso sobre Mrs. Fisher, mientras que Rose, por su parte, no había estado nunca con ella cinco minutos sin desear, realmente desear, provocarla y llevarle la contraria.

Había sido absolutamente odiosa. Se había comportado de forma imperdonable. Su arrepentimiento se demostró en una solicitud tímida y respetuosa hacia Mrs. Fisher, que llevó al observador Briggs a considerarla todavía más angelical y a desear por un momento ser una dama anciana para que Rose Arbuthnot se comportara así con él. Evidentemente, pensó, eran infinitas las cosas que podía hacer con dulzura. No le importaría ni siquiera

tener que tomar medicinas, medicinas realmente repugnantes, si fuera Rose Arbuthnot la que se inclinara sobre él con la dosis.

Ella sintió sus brillantes ojos azules, más brillantes porque su rostro estaba tan atezado, fijos sobre ella con un centelleo en su mirada, y sonriendo le preguntó en qué estaba pensando.

Pero él difícilmente podía contárselo, le dijo; y añadió:

—Algún día.

«Problemas, problemas», pensó Mr. Wilkins al oír esto, frotándose de nuevo mentalmente las manos. «Bueno, soy su hombre».

—Estoy segura —dijo Mrs. Fisher bondadosamente— de que no tiene ningún pensamiento que no podamos oír.

—Estoy seguro —respondió Briggs— de que dentro de una semana le estaría contando todos y cada uno de mis secretos.

—Entonces se los estaría contando a alguien muy de fiar —dijo Mrs. Fisher con benevolencia; le habría gustado tener un hijo así—. Y a cambio —continuó— quizá le contaría yo los míos.

—Ah, no —dijo Mr. Wilkins, adaptándose a este tono relajado de *badinage*—. Debo protestar. Realmente debo hacerlo. Tengo prioridad, soy el amigo más antiguo. Conozco a Mrs. Fisher desde hace diez días y usted, Briggs, no hace ni uno que la conoce. Hago valer mi derecho a que me cuente sus secretos primero. Es decir —añadió, al tiempo que inclinaba galantemente la cabeza—, si es que tiene alguno, lo cual me permito dudar.

—¡Oh, claro que los tengo! —exclamó Mrs. Fisher, pensando en esas hojas verdes. El simple hecho de que exclamara era sorprendente, pero que lo hiciera con alegría era milagroso. Rose no podía dejar de mirarla asombrada.

—Entonces se los sonsacaré —dijo Mr. Briggs con idéntica alegría.

—No necesitará sonsacar mucho —dijo Mrs. Fisher—. Lo que me resulta difícil es impedir que se escapen.

Podría haber sido Lotty la que estuviera hablando. Mr. Wilkins se ajustó el monóculo que llevaba con él para estas ocasiones y examinó cuidadosamente a Mrs. Fisher. Rose la contempló, incapaz de no sonreír ella también, dado que Mrs. Fisher parecía estarlo pasando tan bien, aunque Rose no sabía muy bien por qué, y su sonrisa fue un poco insegura, puesto que Mrs. Fisher divertida era una visión nueva, no desprovista de aspectos imponentes, y uno tenía que acostumbrarse a ella.

Lo que Mrs. Fisher estaba pensando era cómo se sorprenderían si les contara la muy peculiar y excitante sensación que tenía de ir a llenarse de capullos. Pensarían que era una anciana en extremo ridícula, y lo mismo habría pensado ella hasta hace no más de dos días; pero se estaba familiarizando con la idea de los capullos, se sentía ahora más *apprivoisé*, como el querido Matthew Arnold solía decir, y, aunque sin duda sería mejor que el aspecto y las sensaciones de uno se correspondieran, en el caso de que no lo hicieran —y no se podía tener todo—, ¿no era mejor sentirse parcialmente joven que totalmente vieja? Habría tiempo de sobra para sentirse de nuevo totalmente vieja, por dentro lo mismo que por fuera, cuando regresara a su sarcófago de Prince of Wales Terrace.

Sin embargo, es probable que sin la llegada de Briggs Mrs. Fisher hubiera seguido fermentando en secreto dentro de su concha. Los demás sólo la conocían en su faceta severa. El relajarse de repente habría sido superior a lo que su dignidad podía permitir, sobre todo para con las tres jóvenes. Pero ahora llegaba el desconocido Briggs, un desconocido que se había encariñado enseguida de ella como ningún joven lo había hecho

en su vida, y fue la llegada de Briggs y su aprecio auténtico y manifiesto —ya que una abuela así, pensó Briggs, ávido de la vida hogareña y todo lo relacionado con ella, sería la que le habría gustado tener— lo que liberó a Mrs. Fisher de su concha; y aquí estaba por fin, tal como Lotty había predicho, contenta, alegre y benévola.

Lotty, al regresar de su excursión media hora más tarde, y seguir el sonido de voces hasta el jardín superior con la esperanza de encontrar todavía té, se dio cuenta inmediatamente de lo que había sucedido, ya que en ese mismo instante Mrs. Fisher se estaba riendo.

«Ha roto su capullo», pensó Lotty; y, con la rapidez característica de todos sus movimientos y su impetuosidad, y prescindiendo asimismo de cualquier sentido de la propiedad que la inquietara y frenara, se inclinó sobre el respaldo de la silla de Mrs. Fisher y la besó.

—¡Válgame Dios! —exclamó Mrs. Fisher, sobresaltándose violentamente, ya que no le había sucedido una cosa semejante desde los primeros tiempos de Mr. Fisher, y aun así sólo con prudencia. Este beso era un beso de verdad y permaneció un instante sobre la mejilla de Mrs. Fisher con una dulzura extraña y suave.

Cuando vio a quién pertenecía, un profundo rubor se extendió por su rostro. Mrs. Wilkins besándola, y con un beso tan cariñoso... Incluso aunque hubiera querido, no habría podido, en presencia del afectuoso Mr. Briggs, volver a tomar la severidad desechada y comenzar de nuevo a sermonear; pero no quería. ¿Sería posible que le gustara a Mrs. Wilkins, que le hubiera gustado todo este tiempo, mientras ella le había disgustado tanto? Un extraño hilillo de calor se filtró a través de las defensas heladas del corazón de Mrs. Fisher. Alguien joven la había besado, alguien joven *deseaba* besarla... Profundamente ruborizada, contempló a la extraña criatura, al parecer inconsciente por completo de que había hecho algo extraordinario, mientras le daba la mano a Mr. Briggs, al presentárselo su marido, y se embarcaba acto seguido en una conversación muy amigable con él, exactamente igual que si le conociera de toda la vida. Qué criatura más extraña; qué criatura más extraña de verdad. Era natural, al ser tan extraña, que uno la hubiera, quizá, juzgado mal...

—Estoy seguro de que quiere usted un poco de té —le dijo Briggs a Lotty con una hospitalidad entusiasta. Le parecía deliciosa, incluidas las pecas, el desaliño de la excursión y todo. Precisamente una hermana así le gustaría...

—Este está frío —dijo tocando la tetera—. Le diré a Francesca que le haga otro... Se detuvo y se sonrojó.

—Me parece que me estoy extralimitando —dijo, al tiempo que se reía y recorría sus rostros con la mirada.

—Es muy natural, muy natural —le tranquilizó Mr. Wilkins.

—Iré a decírselo a Francesca —dijo Rose, levantándose.

—No, no —dijo Briggs—. No se vaya —y, colocándose las manos en la boca, gritó: —¡Francesca!

Vino corriendo. Ningún llamamiento de los que podían recordar había sido contestado por ella con semejante celeridad.

—Haz más té —le ordenó Briggs en italiano—. Deprisa, deprisa... —y a continuación, al recordar sus límites, se sonrojó de nuevo y suplicó el perdón de todo el mundo.

—Es muy natural, muy natural —le tranquilizó Mr. Wilkins.

Entonces Briggs le explicó a Lotty lo que había explicado ya dos veces, una vez a

Rose y otra a los otros dos, que iba camino de Roma y pensó que se detendría en Mezzago y sólo pasaría para ver si estaban a gusto y continuaría su viaje al día siguiente, tras dormir en un hotel de Mezzago.

—Pero eso es ridículo —dijo Lotty—. Por supuesto que se tiene que quedar aquí. Es su casa. Está la habitación de Kate Lumley —añadió, volviéndose hacia Mrs. Fisher—. ¿No le importará que Mr. Briggs la ocupe por una noche? Sabe usted, Kate Lumley no está en ella —dijo volviéndose de nuevo hacia Briggs y riéndose.

Y, para su inmensa sorpresa, Mrs. Fisher se rio también. Sabía que en cualquier otro momento este comentario le habría parecido extremadamente impropio y, sin embargo, ahora sólo lo consideraba gracioso.

Desde luego que no, le aseguró a Briggs, Kate Lumley no estaba en ese cuarto. Por fortuna, ya que era una persona excesivamente amplia y el cuarto era excesivamente estrecho. Era posible que Kate Lumley entrara en él, pero nada más. Una vez dentro, encajaría tan ajustadamente que con toda probabilidad no sería nunca capaz de volver a salir. Estaba totalmente a disposición de Mr. Briggs y esperaba que no hiciera algo tan absurdo como ir a un hotel: él, el propietario del lugar.

Rose escuchó este discurso con los ojos muy abiertos por el asombro. Mrs. Fisher se rio mucho mientras lo hacía. Lotty también se rio mucho, y al final de este se inclinó y la besó de nuevo; la besó varias veces.

—Así que, ya ve usted, mi querido muchacho —dijo Mrs. Fisher—, debe quedarse aquí y proporcionarnos un gran placer.

—Un gran placer, en efecto —corroboró Mr. Wilkins de corazón.

—Un gran placer —repitió Mrs. Fisher, exactamente con el mismo aspecto que una madre complacida.

—Hágalo —dijo Rose, al volverse interrogante Briggs hacia ella.

—Qué amable por su parte —dijo, al tiempo que su rostro se abría en una sonrisa—. Me encantaría ser un huésped aquí. Qué sensación más nueva. Y con tres semejantes...

Se interrumpió y miró a su alrededor.

—Oigan —preguntó—, ¿no debería tener una cuarta anfitriona? Francesca dijo que tenía cuatro señoras.

—Sí. Está Lady Caroline —dijo Lotty.

—¿Entonces no sería mejor averiguar primero si ella también me invita?

—Oh, pero ella seguro que... —comenzó Lotty.

—No es probable, Briggs, que la hija de los Droitwich —dijo Mr. Wilkins— carezca de los impulsos hospitalarios apropiados.

—La hija de los... —repitió Briggs; pero se detuvo en seco, porque allí en la puerta estaba la hija de los Droitwich en persona; o, más bien, avanzando hacia él desde el umbral oscuro a la claridad del atardecer, estaba lo que no había visto todavía en su vida, sino simplemente soñado, su ideal de belleza absoluta.

XIX

Y cuando a continuación ella habló... ¿Qué posibilidades tenía el pobre Briggs? Estaba perdido. Todo lo que dijo Scrap, al presentarle Mr. Wilkins, fue: «¿Cómo está usted?», pero fue suficiente; perdió a Briggs.

De ser un joven alegre, hablador y feliz, rebosante de vida y simpatía, pasó a ser alguien silencioso, solemne y con pequeñas gotas en las sienes. También se volvió torpe, dejando caer la cuchara al alargarle la taza, y maniobrando mal con el plato de mostachones, de forma que uno rodó al suelo. Sus ojos no se podían separar ni un momento del encantador rostro; y cuando Mr. Wilkins, para aclarar su situación, ya que él no conseguía aclararse por sí solo, informó a Lady Caroline de que en Mr. Briggs contemplaba al propietario de San Salvatore, que iba camino de Roma, pero que se había detenido en Mezzago, etc., etc., y que las otras tres damas le habían invitado a que pasara la noche en la que a todos los efectos era su casa antes que en un hotel, y Mr. Briggs sólo estaba esperando el sello de su aprobación a esta invitación, al ser ella la cuarta anfitriona; cuando Mr. Wilkins, pesando sus frases y con una claridad admirable y disfrutando con el sonido de su culta voz, le explicó de esta manera la situación a Lady Caroline, Briggs permaneció sentado y no dijo ni una palabra.

Una profunda melancolía invadió a Scrap. Reconocía, y demasiado bien, todos los síntomas del aferrador incipiente, y sabía que si Briggs se quedaba, su cura de descanso podía darse por terminada.

Entonces se le vino a la mente Kate Lumley. Se agarró a Kate como a un clavo ardiendo.

—Habría sido delicioso —dijo, dirigiendo una débil sonrisa a Briggs (el decoro la obligaba a sonreír por lo menos un poco, pero incluso un poco revelaba el hoyuelo, y la mirada de Briggs se fijó aún más)—, pero me estaba preguntando si hay sitio.

—Sí, lo hay —dijo Lotty—. Está el cuarto de Kate Lumley.

—Creía —le dijo Scrap a Mrs. Fisher, y Briggs tuvo la impresión de que nunca antes había oído música— que la llegada de su amiga era inminente.

—Oh no —respondió Mrs. Fisher; con una placidez extraña, le pareció a Scrap.

—Miss Lumley —dijo Mr. Wilkins—, ¿o debería decir —le preguntó a Mrs. Fisher— Mrs.?

—Nadie se ha casado nunca con Kate —dijo Mrs. Fisher complacida.

—Exactamente. En cualquier caso, Miss Lumley no llega hoy, Lady Caroline, y Mr. Briggs —desgraciadamente, si se me permite decirlo— tiene que continuar su viaje mañana, por lo que su estancia no interferiría de ninguna manera con los posibles desplazamientos de Miss Lumley.

—Entonces, por supuesto que me uno a la invitación —dijo Scrap, con lo que Briggs le pareció una muestra de la más sublime cordialidad.

Él tartamudeó algo, ruborizándose intensamente, y Scrap pensó «*Oh*» y volvió el rostro; pero eso sólo consiguió que Briggs conociera su perfil, y si existía algo más encantador que el rostro completo de Scrap era su perfil.

Bueno, era sólo por esta tarde y esta noche. Sin duda se marcharía pronto por la mañana. Se tardaba horas en llegar a Roma. Sería terrible si se quedaba hasta el tren de la noche. Tenía la sensación de que el expreso principal para Roma pasaba por allí de noche.

¿Por qué no había llegado todavía esa Kate Lumley? Se había olvidado por completo de ella, pero ahora recordó que se la iba a invitar hacía quince días. ¿Qué habría pasado con ella? Este hombre, una vez que se le hubiera franqueado la entrada, vendría a verla en Londres, frecuentaría los lugares en los que pudiera encontrarla. Su ojo experimentado podía ver que tenía todas las cualidades de un aferrador apasionadamente persistente.

«Si —pensó Mr. Wilkins, observando el rostro de Briggs y su repentino silencio— existía algún entendimiento entre este joven y Mrs. Arbuthnot, ahora surgirían problemas. Problemas de naturaleza diferente a la que yo me temía, en los que Arbuthnot habría jugado un papel principal, de hecho el papel del demandante, pero problemas que, a pesar de todo, necesitarán ayuda y consejo para no llegar al escándalo público. Briggs, empujado por su pasión y la belleza de ella, pretenderá a la hija de los Droitwich. Ella, como es natural y apropiado, le rechazará. Mrs. Arbuthnot, al ser dejada al margen, se sentirá herida y lo demostrará. A su llegada, Arbuthnot hallará a su mujer desecha en lágrimas misteriosas. Al preguntar sobre su causa, se encontrará con una gélida reserva. Entonces es probable que surjan más problemas, y en mí buscarán y encontrarán a su consejero. Cuando Lotty dijo que Mrs. Arbuthnot quería a su marido, estaba equivocada. A quien Mrs. Arbuthnot quiere es a Briggs, y tiene todas las trazas de que no le va a conseguir. Bueno, soy su hombre».

—¿Dónde están sus cosas, Mr. Briggs? —preguntó Mrs. Fisher, con la voz henchida de cariño maternal—. ¿No habría que ir a buscarlas? —ya que el sol estaba a punto de entrar en el mar, y la humedad olorosa de abril que seguía inmediatamente a su desaparición había comenzado a penetrar con sigilo en el jardín.

Briggs se sobresaltó.

—¿Mis cosas? —repitió—. Oh, sí. Debo recogerlas. Están en Mezzago. Mandaré a Domenico. Mi simón está esperando en el pueblo. Puede regresar en él. Iré a decírselo.

Se levantó. ¿A quién se estaba dirigiendo? A Mrs. Fisher, aparentemente, y sin embargo, sus ojos estaban fijos en Scrap, que no dijo nada y no miró a nadie.

Entonces, serenándose, tartamudeó:

—Lo siento muchísimo... sigo olvidando que yo no... bajaré y las traeré yo mismo.

—No supone ningún problema mandar a Domenico —dijo Rose; y al oír su dulce voz, Briggs volvió la cabeza.

Vaya, allí estaba su amiga, la dama del nombre dulce, pero ¿cómo había cambiado en este corto intervalo! ¿Era la débil luz que se extinguía la que provocaba su palidez, la vaguedad de sus facciones, su falta de definición, su aspecto fantasmal? Un fantasma bueno y amable, desde luego, y todavía con un nombre bonito, pero sólo un fantasma.

Se giró de nuevo hacia Scrap, y olvidó la existencia de Rose Arbuthnot. ¿Cómo podía preocuparse por nada o nadie en este primer momento de su encuentro cara a cara con su sueño hecho realidad?

Briggs no había imaginado o esperado que existiera nadie tan hermoso con su sueño de belleza. Nunca hasta ahora había encontrado siquiera una aproximación. Mujeres bonitas, mujeres encantadoras, sí; las había encontrado a montones y apreciado adecuadamente, pero nunca a la genuina, a la divina. Solía pensar, «Si alguna vez viera a una mujer perfectamente hermosa me moriría»; y aunque no se murió al conocer ahora lo que, de acuerdo con sus ideas, era una mujer perfectamente hermosa, se volvió casi tan incapaz de dirigir sus asuntos como si lo hubiera hecho.

Los demás se vieron obligados a disponerlo todo por él. Por medio de preguntas consiguieron sacarle que su equipaje estaba en la consigna de la estación de Mezzago, y llamaron a Domenico y, exhortado e incitado por todo el mundo, excepto Scrap, que

permanecía en silencio y no miraba a nadie, Briggs fue persuadido para que le diera las instrucciones necesarias de forma que regresara en el simón y trajera sus cosas.

El derrumbamiento de Briggs era un espectáculo desolador. Todos se dieron cuenta, incluso Rose.

—Habrased visto —pensó Mrs. Fisher—, resulta intolerable la forma en que una cara bonita puede transformar a un hombre encantador en un idiota.

Y, sintiendo que el aire se volvía frío, y penoso el espectáculo del embelesado Briggs, entró para ordenar que prepararan su cuarto, lamentando ahora haber apremiado al pobre chico para que se quedara. Por un momento había olvidado el rostro aguafiestas de Lady Caroline, y el olvido había sido aún más total debido a la ausencia de cualquier efecto nocivo sobre Mr. Wilkins. Pobre chico. Y tan encantador además, cuando se le dejaba en paz. Era verdad que no podía acusar a Lady Caroline de no dejarle en paz, ya que le estaba ignorando por completo, pero eso no ayudaba. Exactamente igual que polillas estúpidas, hombres inteligentes en otros aspectos revoloteaban alrededor de la impasible vela encendida de una cara bonita. Les había visto hacerlo. Lo había observado con demasiada frecuencia. Estuvo a punto de apoyar una mano maternal en la cabeza rubia de Briggs al pasar por su lado. Pobre chico.

Entonces Scrap, que había terminado su cigarrillo, se levantó y entró también. No veía ninguna razón por la que debía permanecer allí sentada con el objeto de satisfacer el deseo de Mr. Briggs de contemplarla fijamente. Le hubiera gustado quedarse más tiempo fuera, ir a su rincón tras los arbustos de adelfas y mirar el cielo del atardecer y observar cómo se encendían una por una las luces abajo, en el pueblo, y oler la dulce humedad de la noche, pero, si lo hacía, Mr. Briggs sin duda la seguiría.

Había comenzado de nuevo la vieja tiranía que tan bien conocía. Sus vacaciones de paz y liberación se habían interrumpido, quizá terminado, ya que ¿quién sabía si después de todo se iría mañana? Podía dejar la casa, expulsado por Kate Lumley, pero no había nada que le impidiera alquilar habitaciones en el pueblo y subir todos los días. ¡Esta tiranía de una persona sobre otra! Y su físico era tan desafortunado que no podría ni siquiera mirarle con severidad sin ser malinterpretada.

Scrap, que adoraba este momento del anochecer en su rincón, se sentía indignada con Mr. Briggs que se lo estaba robando, y volvió la espalda al jardín y a él y se dirigió a la casa sin una sola mirada o palabra. Pero Briggs, al darse cuenta de sus intenciones, se levantó de un salto, arrebató de su camino sillas que no estaban en él, apartó de una patada un escabel que no la estorbaba, se apresuró hasta la puerta, abierta de par en par, para mantenerla abierta, y la siguió hasta cruzarla, caminando junto a ella mientras atravesaba el salón.

¿Qué se podía hacer con Mr. Briggs? Bueno, era su salón; no podía impedir que lo recorriera.

—Espero —dijo él, incapaz de apartar sus ojos de ella mientras caminaba, de forma que se dio contra varias cosas que de otra manera habría evitado: el pico de una estantería, un antiguo aparador tallado, la mesa con las flores, sacudiéndola y haciendo que se saliera el agua— que esté usted a gusto aquí. Sí no lo está yo... yo les desollaré vivos.

Su voz vibraba. ¿Qué se podía hacer con Mr. Briggs? Por supuesto, podía permanecer en su cuarto todo el tiempo, decir que estaba enferma, no aparecer para la cena; pero por otra parte, la tiranía que esto suponía...

—Estoy muy cómoda, gracias —dijo Scrap.

—Si hubiera imaginado que iba usted a venir —comenzó él.

—Es un lugar antiguo maravilloso —dijo Scrap, esforzándose al máximo para que su voz sonara indiferente y severa, pero sin muchas esperanzas de éxito.

La cocina se encontraba en este piso, y, al pasar por delante de la puerta, que estaba abierta una rendija, fueron observados por los criados, cuyos pensamientos, transmitidos de uno a otro por medio de miradas, se pueden reproducir aproximadamente mediante símbolos tan primitivos como «Ajá» y «Ojó», símbolos que representaban y contenían su apreciación de lo inevitable, y su total comprensión y conformidad.

—¿Va usted a subir? —preguntó Briggs, cuando ella se detuvo a los pies de las escaleras.

—Sí.

—¿En qué cuarto se sienta usted? ¿En la sala de estar, o en la pequeña habitación amarilla?

—En mi habitación.

Así que no podía subir con ella; así que lo único que podía hacer entonces era esperar hasta que volviera a salir.

Anhelaba preguntarle cuál era su habitación —le emocionaba oírle llamar a cualquier habitación de su casa su habitación— para podérsela imaginar en ella. Anhelaba saber si por una feliz casualidad era su cuarto, lleno para siempre jamás de su divinidad; pero no se atrevía. Lo averiguaría más tarde por otra persona; Francesca, cualquiera.

—¿Entonces no la volveré a ver hasta la cena?

—La cena es a las ocho —fue la evasiva respuesta de Scrap mientras subía.

Él la siguió con la mirada.

Scrap pasó junto a la Madonna, el retrato de Rose Arbuthnot, y dio la impresión de que la figura de ojos oscuros que tan dulce le había parecido palidecía, se encogió hasta la insignificancia ante su paso.

Dobló la curva de las escaleras, y el sol del ocaso, que brilló un instante sobre su rostro a través de la ventana de poniente, le dio una apariencia gloriosa.

Desapareció, y el sol se apagó también, y las escaleras se quedaron oscuras y vacías.

Briggs escuchó hasta que se callaron sus pisadas, intentando adivinar, por el sonido de la puerta que se cerraba, en qué habitación había entrado, y después se alejó vagando sin objeto hasta atravesar el salón una vez más, y se encontró de vuelta en el jardín superior.

Desde su ventana, Scrap le vio allí. Vio a Lotty y a Rose sentadas en el antepecho del fondo, donde le habría gustado estar, y vio a Mr. Wilkins agarrando a Briggs y evidentemente contándole la historia de la adelfa que había en el centro del jardín.

Briggs estaba escuchando con una paciencia que le pareció bastante amable, visto que tanto la adelfa como la historia de su padre le pertenecían. Sabía que Mr. Wilkins le estaba contando la historia por sus gestos. Domenico se la había contado a ella al poco tiempo de llegar, y también se la había contado a Mrs. Fisher, que a su vez se la había contado a Mr. Wilkins. Mrs. Fisher tenía en mucha estima esta historia, y se refería a ella con frecuencia. Trataba de un bastón de cerezo. El padre de Briggs había clavado este bastón en ese lugar, y le había dicho al padre de Domenico, que por aquel entonces era el jardinero; «Aquí plantaremos una adelfa». Y el padre de Briggs dejó el bastón clavado para que el padre de Domenico no lo olvidara, y poco tiempo después —nadie recordaba cuánto tiempo después— el bastón comenzó a echar brotes, y era una adelfa.

Allí estaba el pobre Mr. Briggs, aguantando mientras le contaban todo esto, y escuchando con paciencia la historia que debía conocer desde la infancia.

Probablemente estaba pensando en otra cosa. Ella se temía que así era. Qué

desafortunada, qué extremadamente desafortunada era la determinación que se apoderaba de la gente por agarrar y absorber a otras personas. Ojalá se les pudiera convencer para que se valieran más por sí mismos. ¿Por qué Mr. Briggs no se parecía a Lotty, que nunca quería nada de nadie, sino que era íntegra en sí misma y respetaba la integridad de los demás? Era maravilloso estar con Lotty. Ella dejaba libre a la gente, pero al mismo tiempo ofrecía su amistad. Además, Mr. Briggs tenía un aspecto tan realmente agradable. Scrap pensaba que podría llegar a gustarle con tal de que a él no le gustara ella de un modo tan excesivo.

Scrap se sintió melancólica. Aquí estaba, encerrada en su cuarto, con el aire cargado por el sol de la tarde que había estado entrando a raudales, en vez de fuera, en el jardín fresco, y todo por culpa de Mr. Briggs.

Una tiranía intolerable, pensó, poniéndose furiosa. No la soportaría; saldría igualmente; correría abajo mientras Mr. Wilkins —realmente ese hombre era un tesoro— retenía a Mr. Briggs con la historia de la adelfa, y saldría de la casa por la puerta delantera, y se refugiaría en las sombras del sendero en zigzag. Allí no la podría ver nadie; a nadie se le ocurriría buscarla allí.

Agarró un chal, ya que no tenía intención de volver en un buen rato, quizá incluso ni para cenar —Mr. Briggs sería el único culpable de que se quedara sin cenar y hambrienta— y, tras echar otra mirada por la ventana para ver si seguía bien agarrado, se escabulló y escapó hasta el refugio de los árboles del sendero en zigzag, y allí se sentó en uno de los asientos colocados en cada curva como ayuda para la subida de aquellos que se quedaban sin aliento.

Ah, esto era fantástico, pensó Scrap con un suspiro de alivio. Qué fresco. Qué bien olía. Podía ver, entre los troncos de los pinos, el agua tranquila del pequeño puerto, y las luces que se encendían en las casas del otro lado, y todo a su alrededor, el rosa de los gladiolos en la hierba y el blanco de las amontonadas margaritas, salpicaba el verde crepúsculo.

Ah, esto era fantástico. Tan silencioso. No se movía nada: ni una hoja, ni un tallo. El único sonido era el de un perro ladrando a lo lejos, en algún lugar de las colinas, o cuando se abría la puerta del pequeño restaurante en la plaza y se producía un estallido de voces acallado inmediatamente por la puerta que se cerraba.

Aspiró profundamente con placer. Ah, esto era...

Su profunda aspiración se detuvo a la mitad. ¿Qué era eso?

Se inclinó hacia delante con el cuerpo en tensión, escuchando.

Pasos. Por el sendero en zigzag. Briggs. La iba a encontrar.

¿Debería correr?

No... los pasos subían, no bajaban. Alguien del pueblo... Quizá Angelo, con provisiones.

Se relajó de nuevo. Pero los pasos no eran los de Angelo, ese joven rápido y ligero; eran lentos y meditados, y no dejaban de hacer pausas.

«Alguien que no está acostumbrado a las colinas», pensó Scrap.

No se pasó por la mente volver a la casa. Nada en el mundo la asustaba excepto el amor. Los bandidos o asesinos, en cuanto tales, no encerraban ningún terror para la hija de los Droitwich; sólo les habría tenido miedo si hubieran dejado de ser bandidos o asesinos y hubieran empezado en cambio a intentar hacerle la corte.

Un instante después, los pasos doblaron la esquina de su tramo del sendero, y se detuvieron.

«Está recuperando el aliento», pensó Scrap, sin volverse a mirar.

Entonces, como él —por el sonido de los pasos le había parecido que pertenecían a un hombre— no se movía, volvió la cabeza, y descubrió con asombro a una persona que últimamente había visto mucho en Londres, el conocido escritor de entretenidas memorias Mr. Ferdinand Arundel.

Se quedó mirando fijamente. Ningún tipo de persecución la sorprendía ya, pero sí que hubiera descubierto dónde estaba. Su madre había prometido fielmente no decírselo a nadie.

—¿Usted? —dijo, sintiéndose traicionada—. ¿Aquí?

Él avanzó hasta ella y se quitó el sombrero. Bajo el sombrero, las gotas de sudor de la desacostumbrada escalada mojaban su frente. Tenía un aspecto avergonzado y suplicante, como un perro culpable, pero leal.

—Tiene que perdonarme —dijo—. Lady Droitwich me dijo dónde estaba usted, y como daba la casualidad de que pasaba por aquí camino de Roma, pensé que me detendría en Mezzago y pasaría sólo para ver cómo estaba usted.

—Pero... ¿no le dijo mi madre que estaba haciendo una cura de descanso?

—Sí. Lo hizo. Y por eso no la he interrumpido antes. Pensé que probablemente dormiría usted todo el día, y se despertaría más o menos ahora para que le dieran de comer.

—Pero...

—Lo sé. No tengo nada que decir en mi defensa. No lo pude evitar.

«Esto —pensó Scrap— pasa por la insistencia de mi madre en invitar a autores a comer, y por ser mucho más amable en apariencia de lo que soy en realidad».

Había sido amable con Ferdinand Arundel; le gustaba, o, mejor dicho, no le disgustaba. Parecía un hombre jovial y sencillo, y tenía ojos de perro bueno. Además, aunque era evidente que la admiraba, en Londres no la había agarrado. Allí se había limitado a ser una persona inofensiva y de buen carácter con una conversación entretenida, que ayudaba a que los almuerzos fueran agradables. Ahora parecía que él también era un aferrador. Figúrate seguirla hasta aquí, atreverse a hacerlo. Nadie más lo había hecho. Quizá su madre le había dado la dirección porque le consideraba absolutamente inofensivo, y pensaba que podía resultar útil y acompañarla a casa.

Bueno, fuera lo que fuese, no podía ocasionarle tantos problemas como los que le podía dar un hombre joven y activo como Mr. Briggs. Tenía la impresión de que Mr. Briggs, perdidamente enamorado, sería temerario, no vacilaría ante nada, perdería la cabeza en público. Se podía imaginar a Mr. Briggs haciendo cosas con escaleras de cuerda, y cantando toda la noche bajo su ventana, comportándose de una forma realmente difícil y molesta. Mr. Arundel no tenía la figura para cometer ningún tipo de imprudencia. Había vivido demasiado y demasiado bien. Estaba segura de que no sabía cantar, y tampoco desearía hacerlo. Debía tener por lo menos cuarenta años. ¿Cuántas buenas cenas habría podido comer un hombre al llegar a los cuarenta? Y si, durante este tiempo, en vez de hacer ejercicio había estado sentado escribiendo libros, naturalmente adquiriría la figura que Mr. Arundel había de hecho adquirido, una figura más propia de conversaciones que de aventuras.

Scrap, que se había puesto melancólica al ver a Briggs, se puso filosófica al ver a Arundel. Aquí estaba. No podía despedirle hasta después de la cena. Tenía que ser alimentado.

Así las cosas, era preferible sacarle el mayor partido posible, y hacerlo con gracia, lo cual, en cualquier caso, no podía evitarse. Además, supondría una protección temporal frente a Mr. Briggs. Por lo menos conocía a Ferdinand Arundel, y le podría dar noticias de

su madre y sus amigos, y semejante charla colocaría durante la cena una barrera defensiva entre ella y los avances del otro. Y era sólo para una cena, y él no se *la* iba a comer.

Por lo tanto se dispuso a comportarse amistosamente.

—Me van a dar de comer —dijo, ignorando su último comentario— a las ocho, y usted debe subir y dejar que le den también de comer. Siéntese y recupere el aliento y cuénteme cómo está todo el mundo.

—¿Puedo de verdad cenar con usted? ¿Vestido así? —dijo él, enjugándose la frente antes de sentarse junto a ella.

Era demasiado encantadora para ser verdad, pensó. El simple hecho de contemplarla durante una hora, de oír su voz, era recompensa suficiente por su viaje y sus miedos.

—Por supuesto. Supongo que ha dejado su simón en el pueblo, y seguirá viaje desde Mezzago con el tren de la noche.

—O me quedaré en Mezzago en un hotel y saldré mañana. Pero hableme de usted —dijo, contemplando el adorable perfil—. Londres ha estado excepcionalmente triste y vacío. Lady Droitwich dijo que se encontraba aquí con una gente que no conocía. ¿Espero que se hayan portado bien con usted? Tiene usted un aspecto... bueno, como si su cura hubiera hecho todo lo que una cura debería hacer.

—Se han portado muy bien —dijo Scrap—. Los encontré por un anuncio.

—¿Un anuncio?

—Considero que es un buen sistema para conseguir amigos. Le tengo más cariño a uno de estos del que le he tenido a nadie desde hace muchos años.

—¿De verdad? ¿Quién es?

—Adivinará cuál es cuando les vea. Hableme de mamá. ¿Cuándo la vio por última vez? Acordamos no escribirnos a menos que hubiera algo especial. Deseaba tener un mes totalmente vacío.

—Y ahora he venido yo a interrumpir. No puedo decirle lo avergonzado que me siento, tanto de haberlo hecho como de no haber sido capaz de evitarlo.

—Oh, pero si en realidad —dijo Scrap rápidamente, ya que no podía haber llegado en un día mejor, cuando allí arriba y esperándola estaba, lo sabía, el enamorado Briggs— estoy verdaderamente muy contenta de verle. Hableme de mamá.

XX

Scrap deseaba saber tantas cosas de su madre que, al poco tiempo, Arundel tuvo que inventar. Hablaría de lo que ella quisiera con tal de estar con ella un rato y verla y oírla, pero en realidad sabía muy poco de los Droitwich y de sus amigos; aparte de encontrarse con ellos en esos actos más amplios en los que también estaba representada la literatura, y entretenerles en almuerzos y cenas, sabía realmente muy poco de ellos. Para ellos había seguido siendo Mr. Arundel; nadie le llamaba Ferdinand; y sólo conocía los cotilleos asequibles asimismo a los periódicos de la tarde y a los asiduos de los clubes. Pero, sin embargo, se le daba muy bien inventar; y, tan pronto como se le acabó el conocimiento de primera mano, pasó a inventar para poder contestar a sus preguntas y mantenerla allí con él. Era muy fácil atribuir a otras personas algunas de las cosas divertidas que se le ocurrían constantemente y pretender que les pertenecían. Scrap, que sentía hacia sus padres ese tipo de cariño que aumenta con la distancia, estaba sedienta de noticias, y se fue interesando cada vez más por las que él le iba comunicando de forma gradual.

Al principio eran noticias corrientes. Se había encontrado con su madre aquí, y la había visto allí. Tenía muy buen aspecto; dijo esto y lo otro. Pero al poco tiempo las cosas que había dicho Lady Droitwich adquirieron un carácter insólito; se volvieron divertidas.

—¿Mamá dijo *eso*? —le interrumpía Scrap, sorprendida.

Y, al poco tiempo, Lady Droitwich comenzó no sólo a decir cosas divertidas, sino también a hacerlas.

—¿*Mamá* hizo eso? —preguntaba Scrap, con los ojos muy abiertos.

Arundel se fue animando con su trabajo. Le atribuyó a Lady Droitwich algunas de las ideas más entretenidas que había tenido últimamente, así como cualquier cosa simpática y graciosa que hubiera sucedido, o que pudiera haber sucedido, ya que era capaz de imaginar casi cualquier cosa.

Los ojos de Scrap siguieron abriéndose de asombro y orgullo afectuoso por su madre. Vaya, pero qué divertido... imagínate a mamá. Qué encanto de anciana. ¿Realmente había hecho eso? Qué absolutamente adorable por su parte. Y de verdad decía... pero qué maravilloso que se le ocurriera. ¿Qué cara había puesto Lloyd George?

Scrap ríe y ríe, y sintió grandes deseos de abrazar a su madre, y el tiempo voló, y oscureció bastante, y se hizo casi de noche, y Mr. Arundel seguía divirtiéndola, y eran las ocho menos cuarto cuando de repente se acordó de la cena.

—¡Oh Dios mío! —exclamó, levantándose de un salto.

—Sí. Es tarde —dijo Arundel.

—Me adelantaré rápidamente y le enviaré a la criada. Tengo que correr, si no nunca estaré lista a tiempo...

Y desapareció por el camino con la ligereza de un ciervo joven y esbelto.

Arundel la siguió. No quería llegar demasiado acalorado, por lo que tenía que ir despacio. Afortunadamente estaba cerca de la cima, y Francesca bajó por la pérgola para guiarle al interior, y, tras haberle mostrado dónde podía lavarse, le colocó en el salón vacío junto al fuego chisporroteante para que se calmara.

Se alejó lo más posible del fuego, y se quedó de pie en uno de los profundos vanos de las ventanas con vistas a las luces lejanas de Mezzago. La puerta del salón estaba abierta, y la casa estaba silenciosa con la quietud que precede a la cena, cuando todos sus

habitantes están encerrados en sus cuartos vistiéndose. En su habitación, Briggs desechaba una corbata estropeada tras otra; Scrap en la suya estaba introduciéndose a toda prisa en un vestido negro, con la vaga noción de que de negro Mr. Briggs no podría verla con tanta claridad; Mrs. Fisher estaba sujetando el chal de encaje, que cada noche transformaba su vestido de día en su vestido de noche, con el broche que le había regalado Ruskin con ocasión de su boda, formado por dos azucenas de perlas unidas por una cinta de esmalte azul en el que aparecía escrito en letras doradas *Esto perpetua*; Mr. Wilkins estaba sentado al borde de la cama cepillando el pelo de su mujer —tanto había progresado en sus demostraciones en esta tercera semana— mientras ella, por su parte, sentada en una silla frente a él, colocaba sus gemelos en una camisa limpia; y Rose, lista y vestida, estudiaba su día sentada en la ventana.

Rose se daba perfecta cuenta de lo que le había sucedido a Mr. Briggs. En caso de haber tenido alguna dificultad al respecto, Lotty la habría eliminado por medio de los francos comentarios que había hecho cuando ella y Rose se habían sentado juntas en la muralla después del té. A Lotty le encantaba que se introdujera más amor en San Salvatore, incluso si era solamente unilateral, y dijo que una vez que el marido de Rose estuviera allí no imaginaba, ahora que también Mrs. Fisher se había soltado —Rose protestó ante la expresión, y Lotty replicó que aparecía en Keats—, que hubiera en todo el mundo otro lugar más rebosante de felicidad que San Salvatore.

—Tu marido —dijo Lotty, balanceando los pies— podría estar aquí muy pronto, quizá mañana por la noche, si sale en seguida, y tendremos unos gloriosos días finales antes de volver todos a casa tonificados para el resto de nuestras vidas. No creo que ninguno de nosotros vuelva a ser el mismo, y no me sorprendería nada que Caroline acabara tomándole cariño al joven Briggs. Está en el aire. Aquí *tienes* que tomarle cariño a la gente.

Rose, sentada ante su ventana, pensaba en estas cosas. Lotty y su optimismo... Y, sin embargo, se había visto justificado por Mr. Wilkins; y mira también a Mrs. Fisher. ¡Ojalá se cumpliera igual con Frederick! Porque Rose, que entre el almuerzo y el té había dejado de pensar en Frederick, estaba ahora, entre el té y la cena, pensando en él más que nunca.

Había sido divertido y delicioso, ese pequeño paréntesis de admiración, pero por supuesto no podía continuar una vez que apareciera Caroline. Rose conocía su lugar. Podía ver tan bien como cualquiera el encanto excepcional y único de Lady Caroline. Sin embargo, cosas como la admiración y el aprecio hacían que una se sintiera cálida, capaz de merecerlas realmente, diferente, resplandeciente. Parecían resucitar facultades insospechadas. Estaba segura de que entre el almuerzo y la cena había sido una mujer absolutamente divertida, y también bonita. Tenía la certeza de que había sido bonita; lo había visto en los ojos de Mr. Briggs tan claramente como en un espejo. Durante un breve espacio, pensó, había sido como una mosca aletargada devuelta al alegre zumbido gracias al fuego encendido en un cuarto helado. Sólo el recordarlo le hacía zumbar y estremecerse todavía. Qué divertido había sido, tener un admirador incluso durante ese intervalo tan corto. No era de extrañar que a la gente le gustaran los admiradores. De alguna forma curiosa, parecían insuflarle vida a una.

A pesar de que se había terminado, la seguía iluminando, y se sentía más animada, más optimista, más como Lotty probablemente se sentía todo el tiempo, de lo que lo había estado desde su infancia. Se vistió con cuidado, aunque sabía que Mr. Briggs ya no la vería; pero le complacía comprobar, mientras lo hacía, lo guapa que podía llegar a ponerse; y estuvo a punto de colocarse en el pelo una camelia carmesí junto a la oreja. Llegó a

sujetarla allí un minuto, y su aspecto era pecaminosamente atractivo y era exactamente del mismo color que su boca, pero se la quitó de nuevo con una sonrisa y un suspiro y la puso en el lugar apropiado para las flores, que es el agua. No debía ser ridícula, pensó. Tenía que acordarse de los pobres. Pronto estaría de vuelta con ellos otra vez, y ¿cómo se vería entonces una camelia tras su oreja? Sencillamente fantástica.

Pero a una cosa estaba decidida: lo primero que haría cuando volviera a casa sería aclarar las cosas con Frederick. Si él no venía a San Salvatore eso sería lo que haría, lo primero de todo. Hacía mucho tiempo que debería haberlo hecho, pero cuando lo intentaba siempre había estado en desventaja, debido al tremendo cariño que sentía por él y el gran miedo de ir a recibir nuevas heridas en su desgraciado y blando corazón. Pero ahora, que la hiriera tanto como quisiera, tanto como pudiera: no por ello dejaría ella de aclarar las cosas con él. Y no es que él la hiriera intencionadamente; ella sabía que nunca tenía intención de hacerlo, sabía que con frecuencia ni siquiera se daba cuenta de haberlo hecho. Para ser una persona que escribía libros, pensó Rose, Frederick no parecía tener mucha imaginación. En cualquier caso, se dijo, al tiempo que se levantaba del tocador, las cosas no podían seguir así. Pondría las cosas en claro con él. Esta vida separada, esta soledad glacial: ya no lo soportaba más. ¿Por qué no iba a ser feliz ella también? ¿Por qué demonios —la enérgica expresión encajaba con la rebeldía de su estado de ánimo— no la iban a amar también y a permitirle amar?

Miró su pequeño reloj. Todavía quedaban diez minutos para la cena. Cansada de estar en su dormitorio, pensó acercarse a las almenas de Mrs. Fisher, que estarían vacías a estas horas, y contemplar cómo la luna salía del mar.

Entró en el desierto salón superior con este propósito, pero por el camino la atrajo el fuego que brillaba a través de la puerta abierta de la sala de estar.

Qué aspecto tan alegre tenía. El fuego transformaba la habitación. Esta, un cuarto oscuro y feo durante el día, se había transformado igual que lo había hecho ella gracias al calor de... no, no sería ridícula; pensaría en los pobres; pensar en ellos siempre la devolvía inmediatamente a la sensatez.

Se asomó. Fuego y flores; y más allá de las profundas aberturas de las ventanas colgaba la cortina azul de la noche. Qué bonito. Qué lugar más dulce era San Salvatore. Y esas espléndidas lilas que había sobre la mesa... tenía que acercarse a olerlas...

Pero no llegó nunca a las lilas. Avanzó un paso hacia ellas, y después permaneció quieta, porque había visto la figura que estaba mirando por la ventana en la esquina más alejada, y era Frederick.

Toda la sangre del cuerpo de Rose se agolpó a su corazón y pareció detener sus latidos.

Frederick. Había venido.

Permaneció muy quieta. Él no la había oído. No se volvió. Ella se quedó mirándole. El milagro había sucedido, y él había venido.

Permaneció conteniendo la respiración. Así que la necesitaba, ya que había venido inmediatamente. Así que él también debía haber estado pensando, anhelando...

Su corazón, que había parecido detenerse, ahora la estaba ahogando, tal era su aceleración. Entonces Frederick la amaba de verdad; tenía que amarla, o si no ¿por qué había venido? Algo, quizá su ausencia, le había hecho volverse hacia ella, desearla, y ahora el entendimiento que había decidido tener con él sería muy... sería muy... fácil...

Sus pensamientos se negaban a continuar. Su mente tartamudeaba. No podía pensar. Sólo podía ver y sentir. No sabía cómo había ocurrido. Era un milagro. Dios podía hacer

milagros. Dios había hecho esto. Dios podía... Dios podía... podía...

Su mente tartamudeó de nuevo, y se detuvo.

—Frederick... —intentó decir; pero no salió ningún sonido, o si lo hizo el chisporroteo del fuego lo ocultó.

Tenía que acercarse más. Comenzó a deslizarse hacia él, suavemente, suavemente.

Él no se movió. No había oído.

Ella se acercó sigilosamente cada vez más, y el fuego chisporroteó y él no oyó nada.

Ella se detuvo un momento, incapaz de respirar. Estaba asustada. Y si, y si... Oh, pero había venido, había venido.

Continuó de nuevo, hasta acercarse a él, y su corazón palpitó tan fuerte que pensó que lo oiría. Y no podía sentir él... no sabía...

—Frederick —susurró, no pudiendo casi ni siquiera suspirar, ahogada por el latir de su corazón.

Él giró en redondo sobre sus talones.

—¡Rose! —exclamó, contemplándola con la mirada vacía.

Pero ella no vio su mirada, ya que sus brazos rodeaban su cuello, y su mejilla estaba contra la suya, y estaba murmurando, con sus labios en su oído:

—Sabía que vendrías... en el fondo de mi corazón siempre, siempre supe que vendrías...

XXI

Ahora bien, Frederick no era persona a quien gustara hacer daño si podía evitarlo; además, estaba completamente desconcertado. No sólo estaba aquí su mujer —aquí, precisamente aquí—, sino que se estaba abrazando a él como no lo había hecho desde hacía años, y murmurando palabras de amor, y dándole la bienvenida. Si le daba la bienvenida debía haber estado esperando que viniera. Por extraño que pareciera, era la única cosa en toda la situación que resultaba evidente; eso, y la suavidad de la mejilla de ella contra la suya, y su dulce olor tanto tiempo olvidado.

Frederick estaba desconcertado. Pero, al no ser persona a quien gustara hacer daño si podía evitarlo, él también la rodeó con sus brazos, y, tras haberla rodeado con sus brazos, también la besó; y al poco tiempo la estaba besando casi con tanta ternura como ella a él; y al poco tiempo la estaba besando con la misma ternura; y de nuevo al poco tiempo la estaba besando con más ternura, y exactamente igual que si nunca lo hubiera dejado de hacer.

Estaba desconcertado, pero no obstante era capaz de besar. El estar haciéndolo le resultaba curiosamente natural. Le hacía sentirse como si tuviera treinta años en vez de cuarenta, y Rose fuera su Rose de los veinte años, la Rose a la que había adorado tanto antes de que empezara a pesar lo que él hacía junto a su idea de lo que estaba bien, y el saldo resultara negativo para él, y se hubiera vuelto extraña, y fría, y cada vez más escandalizada, y oh, tan lastimosa. En esa época era completamente incapaz de llegar hasta ella; no quería, no podía entender. Ella seguía remitiéndolo todo a lo que llamaba los ojos de Dios; a los ojos de Dios no podía estar bien, no estaban bien. Su rostro desgraciado — fuera lo que fuese lo que hicieran sus principios por ella, no la hacían feliz—, su pequeño rostro desgraciado, retorcido por el esfuerzo de ser paciente, había sido por fin superior a sus fuerzas, y Frederick se había mantenido tan alejado como había podido. Ella nunca debería haber sido la hija de un párroco anglicano, ese demonio de miras estrechas: no estaba en absoluto preparada para resistir a semejante educación.

Lo que había sucedido, por qué estaba aquí, por qué era su Rose de nuevo, sobrepasaba su comprensión; y mientras tanto, y hasta que llegara el momento en que comprendiera, todavía podía besar. De hecho no podía dejar de besar; y fue él el que comenzó ahora a murmurar, a decir palabras de amor en su oído bajo el pelo que olía tan dulce y le hacía cosquillas exactamente como recordaba que solía hacerle cosquillas.

Y mientras la sujetaba cerca de su corazón y sus brazos suaves rodeaban su cuello, sintió cómo le invadía una deliciosa sensación de... al principio no sabía lo que era, este calor delicado que se extendía por su cuerpo, pero entonces lo reconoció como seguridad. Sí; seguridad. Ahora no tenía necesidad de avergonzarse de su figura, y de hacer bromas sobre ella como si quisiera anticiparse a las de los demás y demostrar que no le importaba; ahora no necesitaba acalorarse subiendo colinas, o atormentarse con imágenes de la visión que las mujeres jóvenes y hermosas tenían probablemente de él: qué de mediana edad, qué absurda resultaba su incapacidad de mantenerse alejado de ellas. A Rose no le importaban nada esas cosas. Con ella estaba seguro. Para ella él era su amante, como solía serlo; y nunca se daría cuenta ni le importarían los innobles cambios que la edad había provocado en él y seguía provocando cada vez más.

Por lo tanto, Frederick continuó besando a su mujer con un entusiasmo que iba en aumento y un placer creciente, y el simple hecho de tenerla entre sus brazos le hizo olvidar

todo lo demás. ¿Cómo podía, por ejemplo, acordarse o pensar en Lady Caroline, para mencionar sólo una de las complicaciones que erizaban su situación, cuando aquí estaba su dulce mujer, devuelta milagrosamente a él, susurrando con su mejilla contra la suya lo mucho que le quería con las palabras más encantadoras y románticas, lo terriblemente que le había echado de menos? Por un breve instante, ya que incluso en los momentos de amor hay breves instantes de lucidez, llegó a reconocer el inmenso poder de la mujer presente y del abrazo real comparado con el de la mujer, por muy bella que sea, que está en otro lugar, pero eso es lo más lejos que llegó en su recuerdo de Scrap; no más. Era como un sueño, desvaneciéndose ante la luz de la mañana.

—¿Cuándo saliste? —murmuró Rose, con la boca en su oreja. No podía soltarle; ni siquiera para hablar podía soltarle.

—Ayer por la mañana —murmuró Frederick, estrechándola con fuerza. Él tampoco podía soltarla.

—Oh... entonces, en el instante mismo —murmuró Rose.

Esto resultaba enigmático, pero Frederick dijo:

—Sí, en el instante mismo —y le besó el cuello.

—Qué deprisa te llegó mi carta —murmuró Rose, con los ojos cerrados por el exceso de felicidad.

—¿Verdad? —dijo Frederick, que sentía también deseos de cerrar los suyos.

Así que había habido una carta. Pronto, sin duda, se haría la luz, y, mientras tanto, esto resultaba tan extraña y conmovedoramente dulce, este estrechar de nuevo a Rose contra su corazón después de tantos años, que no podía molestarse en intentar adivinar nada. Oh, había sido feliz durante estos años, porque no estaba en su naturaleza ser desgraciado; además, cuántos intereses le había ofrecido la vida, cuántos amigos, cuánto éxito, cuántas mujeres encantadas de ayudarle a borrar la imagen de la mujercita cambiada, petrificada y lastimosa que le esperaba en casa, que no quería gastarse su dinero, que estaba horrorizada por sus libros, que se apartaba cada vez más de él, y que, en las ocasiones en que él intentaba aclarar las cosas con ella le preguntaba, con una paciencia obstinada, cómo creía que las cosas que escribía y de las que vivía se veían a los ojos de Dios. «Nadie —dijo una vez— debería escribir un libro que a Dios no le gustara leer. Esa es la prueba, Frederick». Y él se había reído histéricamente, había estallado en una gran carcajada, y se había marchado corriendo de la casa, lejos de su pequeño y solemne rostro, lejos de su patético y solemne pequeño rostro...

Pero esta Rose era su juventud recuperada, la mejor época de su vida, la época que había encerrado todas las visiones y todas las esperanzas. Cómo habían soñado juntos, él y ella, antes de dar con ese filón de las biografías; cómo habían hecho planes, y reído, y amado. Durante un tiempo habían vivido en el corazón mismo de la poesía. Después de los días felices venían las noches felices, las noches inmensamente felices, en las que ella se dormía abrazada contra su corazón, y cuando él se despertaba seguía todavía abrazada contra su corazón, ya que apenas se movían en su sueño profundo y feliz. Era maravilloso cómo, bajo su toque, todo volvía a su memoria, al contacto de su rostro contra el suyo; era maravilloso que fuera capaz de devolverle su juventud.

—Amor mío, amor mío —murmuró él, vencido por el recuerdo, abrazándola ahora a su vez.

—Amado esposo —susurró ella—; qué felicidad, qué felicidad más completa...

Briggs, al bajar algunos minutos antes de que sonara el gong, con la esperanza de encontrar allí a Lady Caroline, se sorprendió sobremanera. Había supuesto que Rose

Arbuthnot era viuda y seguía suponiéndolo, por lo que se sorprendió sobremanera.

—Vaya, que me cuelguen —pensó Briggs, de un modo muy claro y definido, ya que la conmoción por lo que vio en la ventana le sobresaltó de tal manera que durante un momento se liberó de su confuso ensimismamiento.

En voz alta dijo, rojo como la grana:

—Oh, esto..., discúlpenme... —y después permaneció dubitativo y preguntándose si no debería regresar de nuevo a su dormitorio.

Si no hubiera dicho nada, ellos no se habrían enterado de que estaba allí, pero cuando les pidió que le disculparan, Rose se volvió y le miró con la expresión de alguien que está intentando recordar, y Frederick también le miró sin llegar a verle del todo al principio.

No parecían darle importancia, pensó Briggs, ni sentirse en absoluto violentos. Él no podía ser su hermano; ningún hermano provocaba jamás esa expresión en el rostro de una mujer. Resultaba muy incómodo. Si a ellos no les importaba, a él sí. Le desconcertaba tropezarse con su Madonna extralimitándose.

—¿Es este uno de tus amigos? —consiguió tras un instante preguntarle Frederick a Rose, que no parecía tener la más mínima intención de presentar al joven de pie incómodo ante ellos, sino que seguía contemplándole con una especie de expresión de buena voluntad abstraída y radiante.

—Es Mr. Briggs —dijo Rose, cuando le reconoció—. Este es mi marido —añadió.

Y Briggs, mientras le estrechaba la mano, tuvo el tiempo justo de pensar en lo sorprendente que resultaba tener un marido siendo viuda antes de que sonara el gong, y Lady Caroline estaría a punto de llegar, y perdió por completo su capacidad de pensar y se convirtió simplemente en un objeto con los ojos fijos en la puerta.

Por la puerta entraron inmediatamente, en lo que parecía una procesión interminable, primero Mrs. Fisher, realmente majestuosa con su chal de encaje de noche y su broche, que al verle se deshizo relajada en sonrisas bondadosas, envarándose, sin embargo, al divisar al desconocido; a continuación Mr. Wilkins, más limpio y pulcro y más cuidadosamente vestido y peinado que cualquier otro hombre sobre la tierra; después, atando algo apresuradamente mientras venía, Mrs. Wilkins y después nadie.

Lady Caroline se retrasaba. ¿Dónde estaba? ¿Había oído el gong? ¿No habría que golpearlo de nuevo? Y si, después de todo, no venía a cenar...

Briggs se quedó helado.

—Preséntame —dijo Frederick al entrar Mrs. Fisher, tocando el codo de Rose.

—Mi marido —dijo Rose, mientras le cogía la mano, el rostro exquisito.

«Este —pensó Mrs. Fisher— debe ser el último marido, a menos que Lady Caroline no se saque uno de la manga».

Pero le recibió con amabilidad, ya que sin duda tenía el aspecto exacto de un marido, en nada parecido a una de esas personas que circulan por el extranjero pretendiendo ser maridos cuando no lo son, y dijo que imaginaba había venido a acompañar a su mujer de vuelta a casa a final de mes, y señaló que ahora la casa estaría completamente llena.

—O sea que —añadió, sonriéndole a Briggs— por fin le sacaremos de verdad el jugo a nuestro dinero.

Briggs hizo un gesto mecánico, ya que sólo era capaz de notar que alguien le estaba gastando una broma, pero no había oído a Mrs. Fisher y no la miró. No sólo sus ojos estaban fijos en la puerta, sino que todo su cuerpo estaba concentrado en ella.

Mr. Wilkins, al ser presentado cuando le llegó el turno, se mostró muy hospitalario y llamó «señor» a Frederick.

—Bueno, señor mío —dijo Mr. Wilkins con cordialidad—, aquí estamos, aquí estamos... —y, tras haber estrechado su mano con una complicidad que no era mutua debido únicamente a que Arbuthnot no sabía todavía la clase de problemas que le esperaban, le miró como debía hacerlo un hombre, directamente a los ojos, y permitió que su mirada transmitiera, con tanta claridad como lo puede hacer una mirada, que en él encontraría lealtad, integridad, fiabilidad; de hecho un amigo en la necesidad. Mrs. Arbuthnot estaba ruborizadísima, notó Mr. Wilkins. Nunca antes la había visto tan ruborizada. «Bueno, soy su hombre», pensó.

El saludo de Lotty fue efusivo. Lo llevó a cabo con las dos manos.

—¿No te lo dije? —exclamó riendo en dirección a Rose por encima de su hombro mientras Frederick estrechaba sus manos entre las dos suyas.

—¿Qué fue lo que le dijo? —preguntó Frederick, para no permanecer en silencio. La forma en que todos le estaban recibiendo resultaba desconcertante. Evidentemente, todos habían esperado que viniera, no sólo Rose.

La mujer pelirroja aunque atractiva no respondió a su pregunta, pero parecía extraordinariamente contenta de verle. ¿Por qué iba a estar extraordinariamente contenta de verle?

—Qué sitio más delicioso es este —dijo Frederick, desconcertado, y haciendo el primer comentario que se le ocurrió.

—Es una tina llena de amor —dijo vehemente la joven mujer pelirroja; lo cual le dejó más desconcertado que nunca.

Y su desconcierto se hizo excesivo con las siguientes palabras que oyó, pronunciadas estas por la dama anciana, que dijo:

—No esperaremos. Lady Caroline siempre se retrasa —ya que sólo entonces, al oír su nombre, se acordó de Lady Caroline en toda su realidad, y pensar en ella le desconcertó en exceso.

Entró en el comedor como un hombre en sueños. Había venido a este lugar para ver a Lady Caroline y así se lo había dicho. Su fatuidad le había llevado incluso a decir —era cierto, pero qué fatuo por su parte— que no había podido evitar venir. Ella no sabía que estaba casado. Pensaba que su nombre era Arundel. Todo el mundo en Londres pensaba que su nombre era Arundel. Lo había utilizado y escrito bajo él durante tanto tiempo que casi pensaba que era el suyo. En el corto espacio de tiempo desde que ella le había dejado en el asiento del jardín, donde le dijo que había venido porque no podía evitarlo, había encontrado de nuevo a Rose, había abrazado apasionadamente y había sido abrazado y había olvidado a Lady Caroline. Sería un extraordinario golpe de suerte si el retraso de Lady Caroline significara que estaba cansada o aburrída y no bajaría en absoluto a cenar. Entonces él podría..., no, no podría. Su habitual tono rojo —puesto que era un hombre de constitución robusta y en cualquier caso colorado— se hizo todavía más intenso al pensar en semejante cobardía. No, no se podía marchar después de la cena y coger el tren y desaparecer a Roma; es decir, no, a menos que Rose viniera con él. Pero incluso así, qué forma de escapar. No, no podía.

Cuando llegaron al comedor, Mrs. Fisher se dirigió a la cabecera de la mesa; ¿sería esta la casa de Mrs. Fisher?, se preguntó. Frederick no lo sabía; no sabía nada, y Rose, que en sus primeros días de desafío a Mrs. Fisher se había apropiado del otro extremo, ya que después de todo nadie podía, mirando a una mesa, decir cuál era el extremo superior y cuál

el inferior, condujo a Frederick hasta el asiento situado junto a ella. Ojalá, pensó, pudiera haber estado a solas con Rose; sólo cinco minutos más a solas con Rose, de forma que hubiera podido preguntarle...

Pero probablemente no le habría preguntado nada y se habría limitado a seguirla besando.

Miró a su alrededor. La joven mujer pelirroja le estaba diciendo al hombre llamado Briggs que fuera a sentarse junto a Mrs. Fisher; ¿sería entonces la casa de la joven mujer pelirroja y no de Mrs. Fisher? No lo sabía; no sabía nada, y ella misma se sentó al otro lado de Rose, por lo que se encontraba frente a él, Frederick, y junto al hombre cordial que había dicho «aquí estamos» cuando resultaba perfectamente evidente que, en efecto, allí estaban.

Junto a Frederick, y entre él y Briggs, había una silla vacía: la de Lady Caroline. Lady Caroline era tan ignorante de la presencia de Rose en la vida de Frederick como inconsciente era Rose de la presencia de Lady Caroline en la vida de Frederick. ¿Qué pensaría cada una? No lo sabía; no sabía nada. Sí, sí sabía algo, y era que su mujer se había reconciliado con él: de repente, de forma milagrosa, inexplicable y divina. Más allá de eso no sabía nada. La situación era tal que no se sentía capaz de hacerle frente. Debía conducirlo allí donde tuviera que hacerlo. Lo único que podía hacer era dejarse arrastrar.

Frederick tomó la sopa en silencio, y los ojos, los grandes y expresivos ojos de la mujer joven sentada frente a él, le observaban, podía notarlo, con una mirada en ellos de interrogación creciente. Podía ver que eran unos ojos muy inteligentes y atractivos y llenos, aparte de la interrogación, de buena voluntad. Probablemente pensaba que él debía hablar, pero, de haberlo sabido todo, no habría pensado eso. Briggs tampoco hablaba. Briggs parecía inquieto. ¿Qué le pasaba a Briggs? Y Rose tampoco hablaba, pero había que tener en cuenta que eso era natural. Nunca había sido habladora. Tenía una expresión realmente encantadora en su rostro. ¿Cuánto tiempo permanecería en él después de la entrada de Lady Caroline? No lo sabía; no sabía nada.

Pero el hombre cordial a la derecha de Mrs. Fisher estaba hablando por todos. Ese tipo debería haber sido un pastor. El púlpito era el lugar apropiado para una voz semejante; le conseguiría un obispado en seis meses. Le estaba explicando a Briggs, que se agitaba en su asiento —¿por qué se agitaba Briggs en su asiento?—, que tenía que haber venido en el mismo tren que Arbuthnot, y cuando Briggs, que no decía nada, se retorció en aparente desacuerdo, se encargó de demostrárselo, y lo hizo con frases largas y claras.

—¿Quién es el hombre de la voz? —le preguntó Frederick a Rose en un susurro; y la mujer joven frente a él, que parecía poseer la rapidez de oído de las criaturas salvajes, respondió:

—Es mi marido.

—Entonces, de acuerdo con todas las reglas —dijo Frederick amablemente, serenándose—, usted no debería estar sentada junto a él.

—Pero yo quiero. Me gusta estar sentada junto a él. No me gustaba antes de venir aquí.

A Frederick no se le ocurrió nada que responder a esto, por lo que se limitó a sonreír a todo el mundo.

—Es este lugar —dijo ella, asintiendo con la cabeza en su dirección—. Le hace a uno comprender. No tiene ni idea de lo mucho que comprenderá antes de marcharse de aquí.

—Le aseguro que espero que así sea —dijo Frederick con un fervor auténtico.

Se retiró la sopa y trajeron el pescado. Briggs, sentado al otro lado de la silla vacía,

parecía más inquieto que nunca. ¿Qué le sucedía a Briggs? ¿No le gustaba el pescado?

Frederick se preguntó qué tipo de tics nerviosos tendría Briggs si se encontrara en su situación. Frederick se limpiaba el bigote una y otra vez y no era capaz de levantar la vista del plato, pero eso era todo lo que demostraba de lo que estaba sintiendo.

Aunque no levantaba la vista, sentía los ojos de la joven mujer sentada frente a él escrutándole como reflectores, y los ojos de Rose también le observaban, lo sabía, pero reposaban sobre él incondicionalmente, hermosamente, como una bendición. ¿Cuánto tiempo seguirían haciéndolo una vez que Lady Caroline estuviera allí? No lo sabía; no sabía nada.

Se limpió el bigote por vigésima e innecesaria vez y la mano le tembló ligeramente, y la mujer joven frente a él vio cómo la mano le temblaba ligeramente, y sus ojos le escrutaron persistentemente. ¿Por qué le escrutaron sus ojos persistentemente? No lo sabía; no sabía nada.

Entonces Briggs se puso en pie de un salto. ¿Qué le sucedía a Briggs? Oh..., sí..., claro: ella había llegado.

Frederick se limpió el bigote y se levantó también. Ahora no iba a poder librarse. Qué situación más absurda y fantástica. Bueno, sucediera lo que sucediera, sólo podía dejarse arrastrar; dejarse arrastrar y aparecer como un idiota a los ojos de Lady Caroline, el idiota más perfecto al tiempo que falso, un idiota que era además un reptil, ya que ella podía muy bien pensar que se había estado burlando de ella fuera en el jardín al decirle, sin duda con voz temblorosa —idiota y estúpido—, que había venido porque no lo podía evitar; mientras que, en cuanto al aspecto que iba a ofrecer a los ojos de su Rose... cuando Lady Caroline se la presentara, cuando Lady Caroline le presentara como un amigo al que había invitado a cenar..., bueno, sólo Dios lo sabía.

Por tanto, al levantarse se limpió el bigote por última vez antes de la catástrofe.

Pero no había contado con Scrap.

Esa mujer consumada y experimentada se deslizó en la silla que Briggs le sujetaba y, al inclinarse Lotty a través de la mesa con impaciencia y decirle antes de que nadie más pudiera intervenir:

—¡Fíjate, Caroline, lo deprisa que ha llegado el marido de Rose! —se volvió hacia él sin la más mínima traza de sorpresa en su rostro, le alargó la mano, sonrió como un ángel adolescente y dijo:

—Y voy y me retraso en su primera noche.

La hija de los Droitwich...

XXII

Esa noche fue la noche de la luna llena. El jardín era un lugar encantado en el que todas las flores parecían blancas. Las azucenas, las adelfas, el azahar, los claveles blancos, las rosas blancas: se podían ver con tanta claridad como a la luz del día; pero las flores de colores existían sólo como aromas.

Después de la cena, las tres mujeres más jóvenes se sentaron en el muro bajo al fondo del jardín superior, Rose un poco apartada de las demás, y contemplaron la luna moviéndose lentamente sobre el lugar en el que Shelley había vivido sus últimos meses hacía sólo cien años. El mar se estremecía a lo largo de la estela de la luna. Las estrellas parpadeaban y temblaban. Las montañas eran vagos perfiles azules, con pequeños racimos de luces centelleando desde pequeños racimos de casas. En el jardín, las plantas estaban muy quietas, derechas, y ni la más mínima mota de aire las agitaba. A través de las puertas de cristal, el comedor, con la mesa iluminada por las velas y las flores brillantes —narcisos y caléndulas esa noche—, resplandecía como una cueva mágica de color, y los tres hombres fumando a su alrededor parecían, vistos desde el silencio, desde la inmensa y fresca calma del exterior, figuras extrañamente animadas.

Mrs. Fisher se había ido al salón y al fuego. Scrap y Lotty, con los rostros levantados hacia el cielo, decían muy poco y en voz baja. Rose no decía nada. Su rostro también estaba levantado. Estaba mirando al pino piñonero, que, aplastado, se había convertido en algo glorioso, perfilado contra las estrellas. De vez en cuando los ojos de Scrap se detenían en Rose; lo mismo hacían los de Lotty. Porque Rose estaba preciosa. En ese momento habría estado preciosa en cualquier lugar, entre todas las bellezas famosas. Nadie habría podido hacerle sombra, apagar su luz esa noche; resplandecía de una forma demasiado evidente.

Lotty se inclinó cerca del oído de Scrap y susurró:

—El amor.

Scrap asintió.

—Sí —dijo en voz baja.

Se veía obligada a admitirlo. No había más que mirar a Rose para saber que aquí estaba el Amor.

—No hay nada parecido —susurró Lotty.

Scrap no respondió.

—Es algo maravilloso —susurró Lotty tras una pausa, durante la cual ambas observaron el rostro levantado de Rose—, esto de progresar en el amor. Quizá tú sepas de alguna otra cosa en el mundo que haga milagros semejantes.

Pero Scrap no conocía ninguna, y aunque hubiera sabido, qué noche para empezar a discutir. Esta era una noche para...

Se frenó. El amor de nuevo. Estaba en todos lados. No había forma de escaparse de él. Había venido a este lugar para escaparse de él, y aquí estaba todo el mundo en sus diferentes fases. Parecía incluso que una de las múltiples plumas del ala del Amor había rozado a Mrs. Fisher y durante la cena había estado diferente, llena de preocupación porque Mr. Briggs no comía, y con el rostro suavizado por una expresión maternal al volverse hacia él.

Scrap miró hacia arriba, al pino inmóvil entre las estrellas. La belleza te hacía amar

y el amor te hacía hermosa...

Se ciñó más el chal con un gesto de defensa, de exclusión y alejamiento. No quería ponerse sentimental. Era difícil no hacerlo, aquí; la maravillosa noche penetraba a través de todos los resquicios de una y traía con ella, se quisieran o no, unos sentimientos enormes, sentimientos que no se podían dominar, grandes cosas sobre la muerte y el tiempo y el despilfarro; cosas gloriosas y abrumadoras, magníficas e inhóspitas, éxtasis y terror a la vez y un anhelo inmenso, desgarrador. Se sentía pequeña y terriblemente sola. Se sentía expuesta y sin defensas. Instintivamente, se ciñó más el chal. Con este objeto de gasa intentaba protegerse de las eternidades.

—Supongo —susurró Lotty— que el marido de Rose te parece simplemente un hombre corriente de edad mediana y buen carácter.

Scrap bajó su mirada de las estrellas y contempló a Lotty por un momento, mientras centraba de nuevo su mente.

—Simplemente un hombre más bien colorado y más bien redondo —susurró Lotty.

Scrap inclinó la cabeza.

—No lo es —susurró Lotty—. Rose ve a través de todo eso. Eso son sólo adornos. Ella ve lo que nosotros no podemos ver, porque le ama.

Siempre el amor.

Scrap se levantó y, envolviéndose apretadamente en el chal, se alejó hasta su rincón de día y se sentó allí sola en la muralla y dirigió su mirada al otro mar, el mar en el que se había hundido el sol, el mar con la débil y lejana sombra que era Francia extendiéndose por él.

Sí, el amor hacía milagros, y Mr. Arundel —no podía acostumbrarse de inmediato a su otro nombre— representaba para Rose la encarnación misma del Amor; pero también hacía milagros a la inversa, no siempre, como ella bien sabía, transfiguraba a la gente en santos y ángeles. Por lamentable que resultara, en ocasiones hacía exactamente lo contrario. A lo largo de su vida se le había aplicado en exceso. Si la hubiera dejado en paz, si por lo menos hubiera sido moderado e infrecuente, ella podía, pensaba, haber llegado a ser un ser humano bastante decente, de disposición generosa y amable. ¿Y qué era ella, gracias a este amor del que Lotty tanto hablaba? Era una solterona consentida, amargada, suspicaz y egoísta.

Las puertas del comedor se abrieron y los tres hombres salieron al jardín, tras la voz de Mr. Wilkins que flotaba por delante de ellos. Parecía ser el único que hablaba; los otros dos no decían nada.

Quizá sería mejor que volviera junto a Lotty y Rose; resultaría agotador ser descubierta y encerrada en ese *cul-de-sac* por Mr. Briggs.

Se levantó de mala gana, ya que le parecía imperdonable por parte de Mr. Briggs obligarla a ir y venir de esta manera, forzarla a abandonar cualquier lugar en el que deseara sentarse; y surgió de los arbustos de adelfas sintiéndose como una imagen lúgubre y severa de legítimo resentimiento y deseando que su aspecto fuera tan lúgubre y severo como su interior; de esta manera provocaría la repugnancia en el alma de Mr. Briggs y se libraría de él. Pero sabía que no tenía ese aspecto, por mucho que lo intentara. Durante la cena, la mano de Mr. Briggs temblaba cuando bebía y no podía dirigirse a ella sin ruborizarse intensamente y palidecer a continuación, y los ojos de Mrs. Fisher habían buscado los de Scrap con la expresión de súplica de alguien que pide que no se haga daño a su único hijo.

Cómo podía un ser humano, pensó Scrap, frunciendo el ceño mientras salía de su rincón, cómo podía un hombre hecho a semejanza de Dios comportarse así; estando él

capacitado para cosas mejores, estaba segura, con su juventud, su atractivo y su inteligencia. Era inteligente. Le había examinado con precaución durante la cena cada vez que Mrs. Fisher le obligaba a volverse para responderla, y estaba segura de que era inteligente. También tenía carácter; había algo noble en su cabeza, en la forma de su frente: noble y bueno. Esto hacía todavía más lamentable que se dejara atontar por una simple fachada y que desperdiciara parte de su fuerza, parte de su tranquilidad de espíritu, en rondar algo que no era más que una cosa con forma de mujer. Bastaría con que él pudiera ver a través de ella, ver a través de la piel y todo lo demás, para que se curara, y ella podría seguir sentada sola en esta noche maravillosa.

Nada más traspasar los arbustos de adelfas encontró a Frederick, apresurándose hacia ella.

—Estaba decidido a hallarla a usted primero —dijo— antes de ir con Rose —y añadió rápidamente—. Deseo besar sus zapatos.

—¿De verdad? —dijo Scrap, sonriendo—. Entonces tengo que ir a ponerme los nuevos. Estos no son lo suficientemente buenos.

Se sentía enormemente bien dispuesta hacia Frederick. Él, por lo menos, no la agarraría más. Sus días de asimiento, tan repentinos y tan breves, se habían acabado. Era un hombre simpático, un hombre amable. Definitivamente ahora le gustaba. Evidentemente, se había estado metiendo en algún tipo de enredo y le estaba agradecida a Lotty por haberle impedido a tiempo decir algo que lo habría complicado todo irremediablemente. Pero, fuera lo que fuese en lo que se hubiera estado metiendo, ya había salido de ello; su rostro y el de Rose mostraban la misma luz.

—Ahora la adoraré para siempre —dijo Frederick.

Scrap sonrió.

—¿Lo hará? —dijo.

—Antes la adoraba por su belleza. Ahora la adoro porque no sólo es usted tan hermosa como un sueño, sino tan decente como un hombre.

Scrap rio.

—¿Lo soy? —dijo, divertida.

—Cuando la impetuosa mujer joven —prosiguió Frederick—, la benditamente impetuosa mujer joven, reveló en el momento preciso que yo era el marido de Rose, usted se comportó exactamente como un hombre se habría comportado con su amigo.

—¿Lo hice? —dijo Scrap, y su encantador hoyuelo se hizo más evidente.

—Es la combinación más rara y más preciosa —dijo Frederick—, ser una mujer y tener la lealtad de un hombre.

—¿Lo es? —sonrió Scrap, ligeramente melancólica. Ojalá fuera realmente así...

—Y deseo besar sus zapatos.

—¿No nos ahorrará esto complicaciones? —preguntó, al tiempo que le alargaba la mano.

Él la cogió y la besó rápidamente y se alejó de nuevo a toda prisa.

—Bendita sea —dijo mientras se iba.

—¿Dónde está su equipaje? —exclamó Scrap tras él.

—Oh, Dios, sí... —dijo Frederick, deteniéndose—. Está en la estación.

—Mandaré a buscarlo.

Él desapareció entre los arbustos. Ella fue dentro para dar la orden; y sucedió así que Domenico, por segunda vez esa noche, se encontró, perplejo, haciendo el viaje a Mezzago.

Entonces Scrap, tras haber tomado las medidas necesarias para la total felicidad de estas dos personas, volvió a salir lentamente al jardín, absorta por completo en sus pensamientos. El amor parecía traerle felicidad a todo el mundo menos a ella. Desde luego, aquí se había apoderado en sus diferentes variedades de todo el mundo, excepto de ella. Del pobre Mr. Briggs se había apoderado la variedad menos digna. Pobre Mr. Briggs. Resultaba un problema preocupante y su partida al día siguiente no lo solucionaría, se temía.

Cuando alcanzó a los demás, Mr. Arundel —seguía olvidando que no era Mr. Arundel—, con su brazo en el de Rose, estaba ya marchándose, probablemente hacia el mayor aislamiento del jardín inferior. Sin duda, tenían mucho que decirse el uno al otro; algo había ido mal entre los dos y de repente se había arreglado. San Salvatore, diría Lotty, San Salvatore realizando su sortilegio de felicidad. Scrap estaba dispuesta a creer en su hechizo. Incluso ella era más feliz aquí de lo que lo había sido en siglos. La única persona que se iría de vacío sería Mr. Briggs.

Pobre Mr. Briggs. Cuando Scrap divisó a grupo, le vio demasiado agradable y adolescente como para no ser feliz. Parecía fuera de lugar que el dueño de la casa, la persona a la cual debían todo esto, fuera la única que se marchara sin su bendición.

El remordimiento se apoderó de Scrap. Qué días más agradables había pasado en su casa, tumbada en su jardín, disfrutando de sus flores, gozando de sus vistas, utilizando sus cosas, descansando recuperándose, de hecho. Había estado más ociosa tranquila y pensativa que nunca antes en su vida y todo realmente gracias a él. Oh, sabía que le pagaba todas las semanas una suma ridículamente pequeña, que no guardaba ninguna proporción con los beneficios que obtenía a cambio, pero ¿qué suponía eso en el balance? ¿Y no le debía únicamente a él el haber encontrado a Lotty? En ningún otro lugar podrían ella y Lotty haber coincidido; en ningún otro lugar la habría conocido.

El remordimiento posó su mano rápida y cálida sobre Scrap. Se sintió inundada por una gratitud impulsiva. Fue directamente a Briggs.

—Le debo *tanto* —dijo, abrumada por la conciencia repentina de todo lo que le debía y avergonzada de su comportamiento grosero por la tarde y durante la cena. Por supuesto que él no se había dado cuenta de que estaba siendo grosera. Por supuesto, su desagradable interior estaba camuflado, como de costumbre, por la disposición casual de su exterior; pero ella lo sabía. Era grosera. Se había comportado groseramente con todo el mundo durante años. Cualquiera mirada penetrante, pensó Scrap, cualquier mirada realmente penetrante, la vería como lo que realmente era..., una solterona consentida, amargada, suspicaz y egoísta.

—Le debo *tanto* —dijo, por consiguiente, Scrap con vehemencia, mientras se acercaba directamente a Briggs, humillada por estos pensamientos.

Él la miró asombrado.

—¿*Usted* me debe a *mí*? —dijo—. Pero si soy yo el que..., yo el que... —tartamudeó. Verla allí en su jardín..., no había nada en él, ninguna flor blanca, que fuera más blanca, más exquisita.

—Por favor —dijo Scrap, aún más vehemente—, ¿por qué no elimina de su mente todo lo que no sea la pura y simple verdad? Usted no me debe nada. ¿Cómo me lo iba a deber?

—¿No le debo nada? —repitió Briggs—. Vaya, le debo mi primera visión de... de...

—Oh, por el amor de Dios..., por el *amor* de Dios —dijo Scrap encarecidamente—, por favor, compórtese con normalidad. No se humille. ¿Por qué iba usted a humillarse? Es

ridículo que se humille. Usted vale por cincuenta como yo.

«Imprudente», pensó Mr. Wilkins, que también estaba allí de pie, mientras Lotty seguía sentada en la muralla. Le sorprendía, le preocupaba, le escandalizaba que Lady Caroline alentara así a Briggs. «Imprudente... y mucho», pensó Mr. Wilkins, agitando la cabeza.

El estado de Briggs había alcanzado tal gravedad que, en opinión de Mrs. Wilkins, la única línea de acción a seguir con él era rechazarle de plano. Las medias tintas no servían para nada con Briggs, y lo único que haría el joven con la amabilidad y el trato familiar sería malinterpretarlos. La hija de los Droitwich —era imposible suponerlo— no podía realmente desear alentarle. Briggs estaba muy bien, pero Briggs era Briggs; su nombre bastaba para demostrarlo. Probablemente Lady Caroline no se daba del todo cuenta del efecto de su voz y su rostro y de cómo entre los dos hacían que palabras corrientes en otras circunstancias parecieran..., bueno, alentadoras. Pero estas palabras no eran muy corrientes; Mr. Wilkins se temía que no las había meditado lo suficiente. En efecto, y sin ninguna duda, Lady Caroline necesitaba un consejero, un asesor sagaz y objetivo como él. Allí estaba ella, de pie delante de Briggs, casi tendiéndole las manos. Por supuesto, había que darle las gracias, ya que estaban pasando unas vacaciones realmente deliciosas en su casa, pero no en exceso y no únicamente Lady Caroline. Esa misma noche había estado estudiando la idea de presentarle al día siguiente, antes de que partiera, una carta colectiva de agradecimiento; pero no debía ser la dama de la cual estaba tan manifiestamente enamorado la que le diera las gracias así, a la luz de la luna, en el jardín.

Por tanto, Mr. Wilkins, deseando ayudar a Lady Caroline a salir de esta situación por medio del tacto aplicado rápidamente, dijo con gran cordialidad:

—Sin duda, Briggs, debemos darle las gracias. Me permitirá, por favor, añadir la expresión de mi agradecimiento, y el de mi mujer, a la de Lady Caroline. Deberíamos haber propuesto una votación de gratitud hacia usted en la cena. Deberíamos haber hecho un brindis por usted. Debía haber habido desde luego algún...

Pero Briggs no le prestó ni la más mínima atención; se limitó a continuar mirando a Lady Caroline como si nunca antes hubiera visto a una mujer. Tampoco Lady Caroline —Mr. Wilkins se dio cuenta— le prestó ninguna atención; ella también continuó mirando a Briggs y con ese extraño aire de casi súplica. Realmente imprudente. Realmente.

Por el contrario, Lotty le prestó demasiada atención, eligiendo este momento, en el que Lady Caroline necesitaba especialmente apoyo y protección, para bajarse de la muralla y pasar su brazo por el suyo y arrastrarle.

—Quiero decirte algo, Mellersh —dijo Lotty en esta coyuntura, al tiempo que se levantaba.

—Dentro de un instante —dijo Mr. Wilkins, apartándola con la mano.

—No, ahora —dijo Lotty, y le arrastró.

Se fue con una extrema desgana. No había que darle rienda suelta a Briggs, ni un centímetro.

—Bueno, ¿qué sucede? —preguntó impaciente, mientras Lotty le conducía hacia la casa. No había que abandonar así a Lady Caroline, expuesta a ser molestada.

—Oh, pero no lo está —le aseguró Lotty, exactamente igual que si hubiera dicho esto en voz alta, lo que desde luego no había hecho—. Caroline está perfectamente bien.

—En absoluto bien. Ese joven Briggs es...

—Desde luego que lo es. ¿Qué esperabas? Vayamos dentro, junto al fuego y a Mrs. Fisher. Está sentada allí sola.

—No puedo —dijo Mr. Wilkins, intentando retroceder— dejar a Lady Caroline sola en el jardín.

—No seas tonto, Mellersh, no está sola. Además, quiero decirte algo.

—Bueno, entonces dímelo.

—Dentro.

Con una desgana que aumentaba a cada paso, Mr. Wilkins fue alejado más y más de Lady Caroline. Él ahora creía en su mujer y confiaba en ella, pero en esta ocasión pensaba que estaba cometiendo un tremendo error. En la sala de estar estaba Mrs. Fisher, sentada junto al fuego, y sin duda a Mr. Wilkins, que, una vez que oscurecía, prefería las habitaciones y los fuegos a los jardines y la luz de la luna, le resultaba más agradable estar allí dentro que al aire libre, si hubiera podido traer consigo a Lady Caroline para ponerla a salvo. Tal y como estaban las cosas, entró con una desgana extrema.

Mrs. Fisher, con las manos cruzadas sobre su regazo, no estaba haciendo nada, se limitaba a contemplar fijamente el fuego. La lámpara estaba colocada de forma que pudiera leer, pero no estaba leyendo. La lectura de sus grandes amigos muertos no parecía merecer la pena esa noche. Ahora siempre decían las mismas cosas; repetían las mismas cosas una y otra vez, y nunca más se podría sacar algo nuevo de ellos. Sin duda eran más grandes de lo que nadie lo era ahora, pero tenían una inmensa desventaja, y era que estaban muertos. No se podía esperar nada ulterior de ellos; mientras que de los vivos, ¿qué no se podía esperar? Ansiaba ardientemente la compañía de los vivos, los que se estaban desarrollando; los cristalizados y concluidos la fatigaban. Estaba pensando cómo le habría gustado tener un hijo, un hijo como Mr. Briggs, un muchacho así de encantador, que avanzara, se desarrollara, vivo, cariñoso, que la cuidara y la quisiera...

La expresión de su rostro provocó un pequeño vuelco en el corazón de Mrs. Wilkins cuando la vio. «Pobrecita», pensó, presentándose ante sus ojos toda la soledad de la vejez, la soledad de haber rebasado el tiempo que le correspondía en el mundo, de estar en él únicamente por tolerancia, la soledad total de la mujer anciana y sin hijos que no ha conseguido hacer amigos. Desde luego parecía que la gente sólo podía ser realmente feliz en parejas, cualquier tipo de parejas, sin ser en absoluto necesario que fueran amantes, sino parejas de amigos, parejas de madres y niños, de hermanos y hermanas; y ¿dónde se iba a encontrar a la otra mitad de la pareja de Mrs. Fisher?

Mrs. Wilkins pensó que sería mejor volverla a besar. El beso que le había dado por la tarde había sido un gran éxito; lo sabía, había notado inmediatamente la reacción de Mrs. Fisher. Por tanto, atravesó la habitación y se inclinó y dijo alegremente:

—Hemos entrado —lo que, en efecto, resultaba evidente.

Esta vez Mrs. Fisher llegó incluso a levantar la mano y sujetar la mejilla de Mrs. Wilkins —esta cosa viva, llena de cariño, de sangre cálida y palpitante— contra la suya; al hacerlo se sintió a salvo con la extraña criatura, segura de que ella, que hacía cosas poco comunes con tanta naturalidad, se tomaría el gesto como algo del todo normal y no la pondría en un aprieto sorprendiéndose.

A Mrs. Wilkins no le sorprendió en absoluto; le encantó. «Creo que *yo soy* la otra mitad de su pareja», se le pasó por la mente. «¡Creo que soy yo, yo misma, la que va a ser la amiga fiel de Mrs. Fisher!».

Cuando levantó la cabeza, la risa llenaba todo su rostro. Los cambios provocados por San Salvatore eran realmente extraordinarios. Ella y Mrs. Fisher..., pero ella las *veía* como amigas íntimas.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Mrs. Fisher—. Gracias..., querida —

añadió, cuando Mrs. Wilkins colocó un escabel bajo sus pies, un escabel evidentemente necesario, puesto que las piernas de Mrs. Fisher eran cortas.

«Me veo a lo largo de los años —pensó Mrs. Wilkins, mientras sus ojos danzaban— trayendo escabeles a Mrs. Fisher...».

—Los Rose —dijo, enderezándose— han ido al jardín inferior, *creo* yo que a arrullarse.

—¿Los Rose?

—Entonces, los Frederick, si lo prefiere. Están completamente fundidos e indistinguibles.

—¿Por qué no decir los Arbuthnot, querida? —dijo Mr. Wilkins.

—Muy bien, Mellersh, los Arbuthnot. Y los Caroline...

Tanto Mr. Wilkins como Mrs. Fisher clavaron sus ojos en ella. Mr. Wilkins, que por lo general tenía un control tan absoluto de sí mismo, los clavó aún más que Mrs. Fisher, y por primera vez desde su llegada se sintió enfadado con su mujer.

—Realmente... —comenzó indignado.

—Muy bien, Mellersh, entonces los Briggs.

—¡Los Briggs! —exclamó Mr. Wilkins, ahora enfadado de verdad, ya que la implicación suponía un insulto de lo más ultrajante para toda la estirpe de los Dester: los Dester muertos, los Dester vivos y los Dester todavía inofensivos al no haber nacido aún—. Realmente...

—Siento, Mellersh —dijo Mrs. Wilkins, aparentando docilidad—, que no te guste.

—¡Gustarme! Has perdido la cabeza. Vaya, nunca antes de hoy habían puesto los ojos el uno en el otro.

—Eso es cierto. Pero a eso se debe que ahora puedan avanzar.

—¡Avanzar! —Mr. Wilkins sólo era capaz de repetir las ultrajantes palabras.

—Siento, Mellersh —repitió Mrs. Wilkins—, que no te guste, pero...

Sus ojos grises brillaron, y la luz y la convicción que tanto habían sorprendido a Rose la primera vez que se vieron rizaron su rostro.

—Es inútil preocuparse —dijo—. Yo en tu lugar no lucharía. Porque...

Se detuvo y miró primero a un rostro alarmado y solemne y después al otro, y no sólo la luz, sino también la risa danzó y aleteó por el suyo.

—Les *veo* siendo los Briggs —terminó Mrs. Wilkins.

* * *

Esa última semana brotaron las celindas en San Salvatore y todas las acacias florecieron. Nadie se había dado cuenta de la cantidad de acacias que había hasta que, un día, el jardín se llenó de un nuevo aroma, y allí estaban los delicados árboles, los encantadores sucesores de la glicina, repletos de flores suspendidas entre sus hojas temblorosas. Esa última semana, tumbarse bajo una acacia y mirar hacia arriba entre las ramas, viendo cómo se estremecían sus frágiles hojas y sus blancas flores contra el azul del cielo, al tiempo que el más mínimo movimiento del aire sacudía su aroma hacia abajo, producía una enorme felicidad. De hecho, hacia el final poco a poco todo el jardín se vistió de blanco y se volvió cada vez más perfumado. Estaban las azucenas, tan vigorosas como siempre, y los blancos alhelies y los blancos claveles y las blancas rosas banksia, y las celindas y el jazmín, y, por fin, para culminarlo, la fragancia de las acacias. Cuando, el uno de mayo, todos se fueron, incluso después de haber llegado a los pies de la colina y haber pasado al pueblo a través de la verja de hierro, podían seguir oliendo las acacias.

Notas

^[1] Se trata de una referencia al poema de Dante Gabriel Rossetti «The Blessed Damozel». [N. de la T.] <<

^[2] *Victoria Cross*, la más alta condecoración británica militar al valor en batalla. [N. de la T.] <<



ELIZABETH VON ARMIN (Sidney, Australia, 1866 - Carleston, EE. UU., 1941). Se educó en Inglaterra. En 1889 conoció a su primer marido, el conde Hennin August von Arnim-Schlagenthin, con quien tuvo cuatro hijas y un hijo. Su primera novela, *Elizabeth y su jardín alemán*, se publicó anónima en 1898. Los veintiún libros que escribió después iban firmados «por la autora de *Elizabeth y su jardín alemán*» y, más tarde, sencillamente «por Elizabeth». En 1910, el conde Von Arnim murió y Elizabeth se instaló en Suiza, donde trabajaba en sus libros y recibía a amigos como H. G. Wells (con quien tuvo una aventura). En 1916 se casó con Francis, segundo conde de Russell, hermano de Bertrand Russell, pero aquella unión resultó desastrosa.

Figura literaria muy admirada en su época, descrita como «uno de los tres ingenios más finos de su tiempo», pasó sus últimos años en Suiza, Londres y la Riviera francesa, donde escribió su autobiografía *All the Dogs of My Life* (1936). *Abril encantado*, escrito en 1922, se ha convertido ya en un clásico y ha sido adaptado al cine en 1992 por Mike Newell.